

3 1761 06743458 9

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

TOMO TERCERO



MADRID: 1914
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
IMPRESORES Y LIBREROS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Arenal, 11.


LIBRARY
JUN 6 1973
UNIVERSITY OF TORONTO



LOS JUGADORES

SAINETE

PERSONAS

Don Marcos, hidalgo de Antequera, novio de
Doña Mónica.
Pascual, holgazán, jugador, y hermano de
Tecla, maja decente.
Rita, criada de Tecla.
Don Sirineo, caballero pobre, ridículo en su traje, holgazán y trapalón.
Blas, payo, y criado de don Marcos.
Vicentito, paje de doña Mónica.
Don Juan..... }
Don Mateo... } Jugadores.
Don Diego.... }
Un juez.
Ministros.

LOS JUGADORES

Vista de plaza con algunas tiendas; y, en una esquina, algunos carteles pegados. Un cuerpo de guardia en un ángulo del fondo. DON MATEO, DON JUAN y DON DIEGO, parados en la puerta de una tienda. DON SIRINEO, con gorro y un capote de verano algo roto, parado leyendo los carteles.

SIRINEO. «Aviso al público: Quien
se hubiere hallado una perra
finita, con una mancha
naranjada en una oreja,
acuda sin dilación
al cuartel de Santa Elena,
y se le darán dos onzas
de hallazgo.» ¡Que se prometan
onzas por un animal,
cuando, si me pongo en venta,
no hay quien dé por un cristiano
ni siquiera dos pesetas!
(Leyendo.) «Han venido a esta ciudad
un oso, un mico, una yegua
del Mogol...» ¡Cosa curiosa!
¡Como si faltaran bestias
en Cádiz! No; pues no esperen
los honre con mi presencia.

MATEO. ¡Don Sirineo!
SIRINEO. Señores;
¿qué se hace? ¿Se olfatean
las perdices? ¿Por qué causa
no se tiende la bayeta?
MATEO. No se talla hasta la noche.
SIRINEO. Esa ociosidad no es buena.
Si usted leyera a Virján
vería cómo se expresa
hablando del rey de copas.
JUAN. Pues ¿qué dice?
SIRINEO. Que el que quiera
librarse de tentaciones,
con los naipes se entretenga.
Y si no dígalo yo,
que para mí no hay comedia
como este teje maneje.
(Señalando el modo de tallar.)
Si mis cabulas (1) se aciertan,
bendigo contento al Cielo;
si no, maldigo a mi abuela
y me doy en esta cara
los moquetes a docenas.
Yo no paseo, no visto;
jamás voy a la Alameda;
mujeres, las aborrezco;
y una vez que mi flaqueza
me venció, luego que tuve
corridas las diligencias
de la boda, fuí a pedirle

(1) El original dice «cabulas», en vez de «cábalas».

al rey de bastos licencia;
pero se sirvió ocuparme
Su Majestad en materias
de Estado, y cuando volví
a ver mi novia, encontréla
con diez hijos: dos azules,
dos verdes, dos isabela,
tres amarillos y uno
de color de berenjena.

MATEO. Tuvo usted, don Sirineo,
lindo resuello.

SIRINEO. La flema
nos libra de garrotillos
y ataques a la cabeza.

PASCUAL. *(Saliendo.)* Señores; lance tenemos.
Ha venido de Antequera
un hidalgo tonto y vano
con muchísima moneda;
y ya he formado un proyecto
para desplumarlo.

SIRINEO. César
fué para ti un monigote.
¡Válgame Dios, lo que inventa
un jugador! Y así está
noche y día en la carpeta,
haciendo especulaciones
sobre las bolsas ajenas.

PASCUAL. Hasta el pelo he de ganarle.

DIEGO. Pero di de qué manera.

PASCUAL. El tal hidalgo, al momento
que ve una moza, babea.
Y, así, le he dicho a mi hermana

que pase por aquí, puesta
de tiros largos. El pobre
se volverá una jalea;
me pedirá que lo lleve;
la otra le hará mil finezas;
se pondrá el telar, y el bobo
tomará la lanzadera,
para quedar, como Amor,
sin más ropa que la puesta.

MATEO. Eres hombre singular
para estos casos.

PASCUAL. ¡Que llega
el hidalgo!

SIRINEO. Esta figura
la he visto yo en una feria.

Sale DON MARCOS de militar; el vestido, aunque no será de moda, tampoco será muy afiguronado; el sombrero muy grande; dos bucles colosales a cada lado, y muchos polvos; dos cadenas de reloj muy largas; las vueltas de la camisa le llegarán a las uñas; en fin, de modo que aparente un petimetre de pueblo, en donde las modas andan atrasadas. Su criado BLAS, vestido de payo, vendrá a su lado con la montera en la mano

MARCOS. Vuélvete a casa, salvaje;
¿no te he dicho que no vengas
oliéndome los zancajos?

BLAS. Pues quiero seguirle, ea;
su novia de usted me ha dicho
que vaya siempre a su vera.

MARCOS. ¿Y por qué es ese capricho?

BLAS. Porque dice: «En esta tierra
tiene tan malditos ojos

cierta casta de mozuelas,
que aun la plata, si la miran,
se pone al instante negra.»
Y, ya se ve; como usted
tiene tan buena presencia
y viene tan enjoyao,
teme que lo aojen.

MARCOS. ¡Bestia!
¿Y tú podrás estorbarlo?

BLAS. ¿Pues no..., si traigo dispuesta
(Saca un cuerno.)
esta higa para darle
en los fondillos con ella,
siempre que alguna lo mire?

MARCOS. Pues apártate una legua,
que yo no quiero espantajos
a mi lado.

BLAS. Norabuena;
pero a bien que en esta esquina
me he de estar de centinela.
(Blas se pone en la esquina del teatro opuesta a la tienda donde están los jugadores. Pascual se acerca hasta encontrar a don Marcos.)

PASCUAL. ¡Adiós, mi señor don Marcos!

MARCOS. ¿Qué hay, amigo; qué se cuenta
de mí en Cádiz?

PASCUAL. Mil prodigios.
Las mujeres se hacen lenguas,
y, al verlo, dicen: «Ahí va
el Cupido de Antequera.»
Con esto, padres y esposos

cierran ventanas y puertas;
los cortejos se enfurecen;
los petimetres patean
viendo que usted los eclipsa
con sus bucles y cadenas;
y, en fin, está, por usted,
la ciudad casi revuelta.

MARCOS. ¡Toma! Si a Villamartín
me llevaron una feria,
y, así que me presenté,
se arañaron seis Condesas
por mi hermosura.

PASCUAL. Es preciso;
si usted mueve hasta las piedras.

MARCOS. Desde que yo salí al mundo
se acabaron las Lucrecias.
(Lléganse los jugadores.)

DIEGO. ¡Bendita sea esa cara!

MARCOS. Gracias. *(Haciendo cortesías.)*

JUAN. ¡Qué cuerpo y qué piernas!

MARCOS. Dios lo ha hecho. Gracias...; gracias.

SIRINEO. ¿De dónde es esta azucena?

MARCOS. De Antequera, caballeros.

MATEO. ¡Bien haya, amén, la maceta!

MARCOS. Fué una señora muy noble.

PASCUAL. ¿Ve usted las bocas abiertas?
¡Si está todo el mundo lelo!

MARCOS. ¡Eh! Ya viene aquí una hembra.
¡Miren qué linda! Saltando
como una perdiz se acerca,
buscando a este perdigón.

PASCUAL. Si no me engañan las señas,

es mi hermana. La encerré
por que tras de usted no fuera,
y la infame se ha escapado
por debajo de la puerta.

MARCOS. Pero ¿por qué es ese encierro?
Si yo la favoreciera,
¿no sería una fortuna
para usted y para ella?

PASCUAL. Ya se ve.

MARCOS. Pues bien; veremos
si la muchacha me peta.

Sale TECLA con saya y mantón.

TECLA. ¡Qué bello trozo de mozo!
¡Dichosa la que merezca
tus favores!

MARCOS. Señorita;
acérquese usté y no tema,
que don Pascual es mi amigo.

TECLA. Hermano, con tu licencia
quiero un rato contemplar
su hermosura de más cerca.
(Llega Blas por detrás y le da con el cuerno.)

MARCOS. ¿Qué es esto?

BLAS. Nada; es la higa.

MARCOS. ¿A que te abro la cabeza?

BLAS. Pues vámonos; que la novia
me tomará luego cuentas
si esta bruja se lo chupa.

MARCOS. ¡Apártate y no me muelas!

BLAS. ¡Por vida!... Que estas mujeres
me lo enamoran, y pega
luego la novia conmigo.

TECLA. ¿Conque usted... ¡Jesús qué pena!
viene a casarse?... ¡Ay de mí!
Yo es preciso que fallezca
si lo miro en otros brazos...
¡Ay, que me da la jaqueca!...

MARCOS. ¡No, dije mío; no, mona;
límpiate los ojos, perla
gaditana! Sí; yo juro,
por mi varonil belleza,
darte mi preciosa mano
si eres acaso doncella.

BLAS. No es, no es, que aquí se casan
las mujeres muy pequeñas.
Vámonos.

MARCOS. ¡Vete, bergante!

BLAS. *(Se retira pateando.)*
¡Pobre Blas, que te lo pescan!

TECLA. Yo temo que usted me plante,
y más cuando hasta las viejas
le tiran de la casaca;
si usted me diera otras pruebas,
puede ser...

MARCOS. Niña; yo soy
hidalgo de cuatro suelas;
y, así, cuando me abortó
doña Juana Chupamechas,
juré no mentir jamás
en manos de la partera.

PASCUAL. Estas cosas es mejor

tratarlas en casa, Tecla;
vete, que el señor don Marcos
irá conmigo.

TECLA. ¡Sirena
de mis ojos!... Mas ¿qué digo?
¡Ay Jesús, y qué vergüenza!

MARCOS. No te cortes, mi Teclita.

TECLA. El amor me tiene ciega.
No tarde usted.

MARCOS. No, mi bien.

BLAS. Señor, que la novia espera.

TECLA. Hasta después. *(Vase.)*

MARCOS. Allá irá
el Cupido de Antequera.

BLAS. Déjeme usted que le cuelgue
esta reliquia en la oreja.

MARCOS. ¡Vete, canalla!

BLAS. ¡Por vida,
que no traiga la escopeta
para espantar las mujeres!...

MARCOS. La muchacha es una perla.

SIRINEO. Si usted con ella se casa,
serán la mejor pareja
que haya en Cádiz.

MARCOS. Ella y yo
en medio de la Alameda,
¡qué gran golpe hemos de dar!

PASCUAL. ¡Ojalá! Yo me tuviera
por feliz.

SIRINEO. Y no porque
falte en Cádiz quien pretenda
ser su esposo; pues de noche

por su ventana se trepan
seis Marqueses, suspirando
como gatos sobre teja.

MARCOS. Ya; pero nunca tendrán
este garbo y gentileza.

PASCUAL. Por supuesto.

JUAN. Nadie puede
hacerle a usted competencia.

SIRINEO. No he visto mejor figura
ni aun en las sombras chinescas.

MARCOS. Vamos, don Pascual; que rabio
por hablar a doña Tecla.

PASCUAL. Vamos.

DIEGO. Nosotros iremos
acompañándolo.

MARCOS. *(A Blas.)* ¡Bestia;
vete a casa!

BLAS. Yo no quiero;
que la novia estará hecha
un demonio, y si voy solo
me tirará de las greñas.

PASCUAL. Mas que venga; poco importa.

MARCOS. Don Pascual, a mi derecha.

TODOS. ¡Qué hombre tan hermoso!

MARCOS. Gracias.
(Vase haciendo cortesías.)

BLAS. De esta vez me lo revientan.
No; pues yo de cuando en cuando
le he de dar en la trasera.
(Vase empuñando el cuerno.)

Salón corto con sillas y mesa. Salen DOÑA TECLA y RITA.

TECLA. Toma, Rita, esta mantilla
y esta saya.
RITA. ¿Qué hay de empresa?
¿Cayó el pájaro en la trampa?
TECLA. Y viene como una oveja
al sacrificio. ¡Qué bruto!
Ya estuve por dar doscientas
carcajadas. ¡Ah, ah, ah!
RITA. ¿Tan ridícula es la prenda
de mis ojos?
TECLA. Es un oso
con casacón y coleta.
¡Qué bucles! Vaya; parecen
obuses. Con las cadenas
de los relojes se puede
atar un perro de presa.
Y, después de eso, ¡es tan macho!
RITA. De esos hay grande cosecha
en los pueblos.
TECLA. Y también
en las ciudades.
RITA. Por fuerza;
en el populacho hay muchos.
TECLA. En todas partes se encuentran.
Yo he visto a un señor con fraque,
calzón ajustado, medias
de patente, con dos libras
de polvos en la cabeza,
dar un tremendo rebuzno

al decir una sentencia.

RITA. ¡Jesús! Pues yo discurría
que todos los ricos eran
unos sabios.

TECLA. ¡Qué locura!
Aunque se vista de seda
la mona... *(Llaman.)* Pero ese asno
ha llegado... Abre la puerta.

RITA. Ya van.

TECLA. Veremos si larga
todo lo que trae a cuestas.
(Abre Rita y salen don Marcos, Pascual, Juan, Diego, Sirineo, Mateo y Blas.)

MARCOS. No he querido dilatarle
más tiempo la complacencia
de esta visita.

TECLA. Ya estaba
desasosegada, inquieta,
con su tardanza.

PASCUAL. Sentarse;
y déjense de etiquetas,
porque entre amantes parece
mucho mejor la franqueza.
(Se sientan.)

BLAS. ¿No dije que me lo había
de embabucar (1) esta puerca?
Pues no; como me lo toque
ando a sopapos con ella.

TECLA. ¿No tengo buen gusto, Rita?

---

(1) No enmendamos, por considerar que el autor puso de intento «embabucar» por «embaucar».

RITA. Mucho. ¡Qué nariz tan bella!
(Finge que habla aparte, de suerte que lo oiga don Marcos, el que hace muchos gestos.)
TECLA. Mas, sobre todo, la boca...
observa cómo la juega.
RITA. ¡Si es como un piñón!
TECLA. ¡Ay!
MARCOS. ¡Ay!
TECLA. ¿Qué tienes, amada prenda?
MARCOS. Tengo... ¿Qué sé yo qué tengo?
¿Y tú, mi vida?
TECLA. Jaqueca.
BLAS. ¡Miren cómo se enquillostran!
Pues de aquí no me menean.
(Se sienta en el suelo.)
TECLA. ¡Ay!
MARCOS. ¡Ay!
SIRINEO. Que se descomponen
esos niños.
PASCUAL. Mejor fuera
jugar un rato a la banca;
que a bien que tiempo les queda
para requebrarse.
TODOS. Vamos
a divertirnos.
TECLA. La mesa,
Rita. Veremos si así
se me quita esta tristeza.
(Pone la mesa en medio.)
MARCOS. Pues ya se ve.
TECLA. ¿Jugarás,

dueño mío?
MARCOS. ¡Buena es esa!
Si no conozco las cartas...
TECLA. Pues es preciso que aprendas.
SIRINEO. No es necesario, don Marcos.
(Lo llama aparte.)
Escuche usted. Bajo esta
mala capa, soy un hombre
comerciante de bayetas.
Nadie sabe como yo
buscar la *facha* o la *inglesa*,
observar la *chirimía*,
la *vesnoya*, y cuantas reglas
han inventado los sabios
que estos colegios frecuentan.
Además de eso, yo tengo
cabulas que nunca yerran,
porque en viendo la *polaca*
la multiplico por treinta,
parto luego por catorce,
resto, sumo, y lo que queda
fuera de los nueve, da
el punto de la *cuarteta*.
Y, así, si usted quiere verlo,
nos sentamos con gran flema;
usted me entrega el dinero,
formo al instante mi cuenta,
salgo con mi carta, gano,
cobro, y usted, sin molestia,
se alegra, ríe y se guarda
la plata en la faltriquera.
MARCOS. Mas, siendo tan habilón,

¿cómo viene usted con esa
trapería sobre el lomo?

SIRINEO. Porque soy hombre que piensa
con mucha filosofía.
¡Oh! Me gusta la pobreza.

MARCOS. Pues bien; probaremos.

TODOS. Vamos,
señor don Marcos.

TECLA. ¿Qué esperas?
Siéntate aquí, dueño mío.

(Lo agarra del brazo para irse con él a la mesa, y Blas se arroja en medio para dividirlos.)

BLAS. Eso no; las manos quietas.
Mire usted que con la higa
le he de revolver las greñas.

TECLA. ¿A mí, pícaro!

MARCOS. ¡Insolente!

PASCUAL. ¡So tunante!

TODOS. ¡Vaya fuera!

BLAS. Si la novia me lo manda...

MARCOS. ¡Vete noramala!

TODOS. ¡Arrea!

(Lo echan a empujones, cierran la puerta y se van a sentar.)

MARCOS. ¡Bribonazo!

TECLA. Ven, lucero;
no te sofoques; sosiega.

SIRINEO. Verá usted, señor don Marcos,
qué ganancia.

MATEO. ¿Quién la lleva?

PASCUAL. Yo quiero ser el banquero.

JUAN. Pues aquí hay baraja; empieza.
(Se sienta don Marcos entre Tecla y don Sirineo, que estará en pie. Pascual empieza a barajar.)

SIRINEO. Venga dinero.

MARCOS. Allá van
esos veinte duros.

SIRINEO. Vengan.
¿Qué es polaca?

PASCUAL. El rey de bastos.

SIRINEO. Venga muy enhorabuena.
(Repasando el libro.)
Su Majestad a estas playas.
Diez y ocho y doce son treinta.
La raíz cuadrada de veinte,
son... son... Ya saqué la cuenta.
Este dos lleva el dinero.
Diez, quince, veinte... *¡Requiescat!*
Vaya este duro a la bolsa.
(Cuenta el dinero y se guarda un duro.)

MATEO. Eso va de paz.
(Los jugadores ponen cartas.)

TECLA. ¿Me prestas
para poner a ese cinco
un par de duros siquiera?

MARCOS. Toma, mi bien.

PASCUAL. ¿Tiro?

SIRINEO. Tira.
Que gane el dos, Santa Petra,
para esconderme en las uñas
otro par de tejoletas.
Ven, cartita... Voto al sol,

que ha caído a la derecha.
Venga plata.

MARCOS. Cabulista
de los diablos, ¿y las reglas?...

SIRINEO. Mire usted, me equivoqué;
porque, por decir cuarenta
dije treinta...; mas ya he visto
la declarada... No tema...
Venga dinero.

MARCOS. Allá va
lo que tengo, y no me meta
los dedazos por los ojos.

SIRINEO. Esto es por su conveniencia.
Salgo con los anteojos
de Mahoma. Esta moneda
vaya a la manga, pues yo
soy todo bolsa.
(Se guarda un duro y lo ve don Marcos.)

MARCOS. ¡Canela!
Qué, ¿me roba usted el dinero?

SIRINEO. ¡Cómo! ¿Yo ladrón? Advierta
lo que dice.

MARCOS. Sí, señor;
que yo lo he visto.

SIRINEO. Contenga
la lengua, y mire que soy
formal, como lo demuestra
la peluca de Bretaña
que me cubre la mollera.

MARCOS. ¡Qué formal! Largue usté el duro
que tiene en la manga.
(Le agarra del brazo para sacarlo.)

PASCUAL. Mientras,
remolquemos esta lancha.
(Toma el dinero de don Marcos.)
SIRINEO. Esto es insultarme. *(Cae el duro.)*
MARCOS. Vea
si dije bien.
SIRINEO. No, señor;
porque yo sé mi inocencia.
Ya se ve; como las mangas
están un poco mugrientas,
suele pegarse el dinero.
MARCOS. ¡Ya es usted muy linda pieza!
Pero ¿qué es esto? ¿Y mi plata?
PASCUAL. ¿Ahora pregunta por ella?
Si la ha perdido.
MARCOS. ¿Qué escucho!
¡Y no hay un diablo que venga
y se lleve a los infiernos
al Cupido de Antequera!
TECLA. Témplate, hermoso.
MARCOS. ¡Qué hermoso;
si una blanca no me queda
para poder desquitarme!
TECLA. ¿Pues de qué sirven las prendas?
Pon, mi vida, los relojes.
PASCUAL. Yo abono el valor.
MARCOS. Pues ea;
quiero sobre ese caballo
aventurar la decencia.
MATEO. Verás cómo te desbanca...
PASCUAL. *(Sigue tirando.)*
Las manos casi me tiemblan.

SIRINEO. Pondré este duro a la sota. *(Lo pone.)*
¡Malo! Cayó a la derecha
(Retira la carta con recato.)
al primer golpe. Pues, mico.

PASCUAL. Deje usté el duro en la mesa,
¡so tramoyón! *(Pónese en pie.)*

SIRINEO. ¡Don Pascual!
¡Válgame Dios; qué soberbia
gasta usted!

PASCUAL. ¡Suelte usté el duro,
que conmigo nadie juega!

SIRINEO. Pero, señor, ¿por un mico
a un hombre de bien se afrenta
de este modo? ¡Por un mico,
que hasta un señor de venera
lo suele hacer? Mire usted
que aun no tengo la despensa
en casa.

PASCUAL. De caridad
se lo dejo; pero cuenta
que no apunte.

SIRINEO. No, señor.

MARCOS. Siga usted, que ya me tiemblan
las quijadas. ¿Si el caballo
me dará una coz?

PASCUAL. Y buena.
Perdió usted.

MARCOS. ¡Ay, mis relojes!
¡Maldita sea mi testa!
¿Qué dirán de mí si ven
que no llevo las cadenas?

TECLA. Que digan lo que quisieren;

a bien que tu fina Tecla
de cualquier suerte te adora.

MARCOS. *(A los jugadores.)* ¿Saben ustedes si ésta
es buena carta?

MATEO. Sí, mucho.

MARCOS. ¿Me desquitaré con ella?

JUAN y MATEO. ¿Quién lo duda?

MARCOS. Pues al seis
pongo el vestido. *(Se lo quita.)* ¡Qué tela
tan famosa! *(A Tecla.)* ¿No es verdad?
Un puñal no lo atraviesa.

TECLA. Pero ¡qué corte! Se ve
que hay mucho gusto en su tierra.
(Marcos pone el vestido sobre la mesa.)
El albardero de allá
tiene una linda tijera.
Vaya, llegue usted.

SIRINEO. Don Juan;
sin que el banquero lo entienda
ponga usté ese duro al cuatro.
(Dándoselo con recato.)

PASCUAL. Conmigo no valen tretas;
yo no se lo he de pagar.

SIRINEO. Eso ya pasa de tema.

JUAN. Hombre, déjalo.

PASCUAL. No quiero.

DIEGO. Eres pesado y fachenda.

PASCUAL. Tú lo serás.

DIEGO. Yo; ¡embrollón!

PASCUAL. ¡Toma, por la desvengüenza!
(Le tira la baraja.)

DIEGO. ¡So indinote!
(*Le tira el vestido de don Marcos.*)
MARCOS. ¡Ay, mi vestido!
¡Qué dolor! A la cartera
se le ha pegado un gargajo. (*Llaman.*)
TECLA. Que están llamando a la puerta.
SIRINEO. Yo abriré.
TODOS. Señores; paz.

Sale DOÑA MÓNICA, con el PAJE, BLAS, un JUEZ y MINISTROS (1).

SIRINEO. ¡La jura, la jura!
TODOS. ¿Cómo?
JUEZ. Señores; nadie se mueva.
SIRINEO. Voy a ver dónde me escondo.
(*Vase por la izquierda.*)
MÓNICA. ¡Ay Dios mío; qué indecencia!
¡Marcos en ropas menores,
y en casa de mujerzuelas!
¡Qué desacato!
BLAS. Míe usted,
señá novia; aquella puerca
con sus malditos *jechizos*
lo ha transformado en cigüeña.
TECLA. Me admiro que siendo ganso
no conozca ni aun las bestias
de su país. ¿No ve usted
que es pollino, en las orejas?
MARCOS. ¿Cómo es eso? ¿Conque al fin

(1) Falta un verso asonantado.

me ha transformado esta perra
en animal? Di, Blasillo;
¿tengo pezuñas?

BLAS. De a tercia.

MARCOS. Señor; hágame justicia.

JUEZ. No grite, que sabré hacerla.
¿Quién es dueño de la casa?

PASCUAL. Don Pascual de Hierbabuena,
servidor de usté.

JUEZ. Escribano;
apúntelo usted.
(Uno saca un tintero y escribe.)

BLAS. ¡Qué gresca!
Bien hice en aconsejarle
a la novia que viniera.

JUEZ. Diga usted cómo se llama.

JUAN. ¿Quien? ¿Yo? Don Juan de Habichuela.

JUEZ. ¿Y usted?

DIEGO. Don Diego Lechuga.

BLAS. Hijos son de alguna huerta.

JUEZ. ¿Y usted?

MATEO. Don Mateo Liendres.

JUEZ. ¿Y usted, caballero?

MARCOS. ¡Buena
pregunta! ¿Quién no conoce
al Cupido de Antequera?

JUEZ. Yo carezco de ese honor.

MARCOS. Pues desde este instante sepa
que soy don Marcos Boliche
Cochinchina y Chupamechas.

JUEZ. Sea para bien. Entra tú
(A un alguacil, que se va por la izquierda.)

a registrar esas piezas.
Todos ustedes mañana
irán a las diez y media
a pagar la multa.

MARCOS. ¡Cómo!
¿También entro yo en la cuenta?

JUEZ. Sí, señor.

MÓNICA. ¿Conque yo he sido
la que le ha dado la queja
y lo multa usté?

JUEZ. Ha jugado;
y yo le impongo la pena.
(Saca un Ministro a don Sirineo.)

MINISTRO. Este hombre estaba metido
en una canasta llena
de ropa sucia.

SIRINEO. Señor;
como tengo ya tan puerca
la camisola, y no hay otra
que pueda suplir su ausencia,
es necesario que cargue
conmigo la lavandera.

JUEZ. Yo la mandaré lavar
en la cárcel.

SIRINEO. Usté advierta
que, aunque pobre, en otro tiempo
he tenido cuatro tiendas,
tres *taratanas* y un cúter.

JUEZ. Y ¿por qué ha sido la quiebra?

SIRINEO. Porque en la primera flota
mandé a Jalapa una ancheta
de figuras de alfeñique,

y se averiaron.

JUEZ. Me pesa.
Venga usté, y por el camino
me contará la tragedia.

MARCOS. Señor Juez; que ese embrollón
los relojes me devuelva.

JUEZ. Déselos usté al instante.

PASCUAL. Ahí están; pero agradezca...

MARCOS. ¿Qué he de agradecer? No quiero
ya casarme, aunque lo sienta.

TECLA. Él no lo siente; yo sí,
porque, a la verdad, quisiera
tener un mastín en casa,
que me guardase la puerta.

MÓNICA. Eso es envidia, porque
no se casa con la puerca.

TECLA. Ella lo será.

MÓNICA. ¿Es conmigo?

TECLA. Con usted, doña Quiteria,
que acá no nos asombramos
de ver damas de la sierra.

MÓNICA. ¡Ah bellaca!

TECLA. ¡Vive el cielo!

(Se van a agarrar, y Blas se mete en medio levantando el cuerno.)

BLAS. ¿A mi ama? Si la llega,
la saludo con la higa.

TECLA. ¿Da tu ama esa librea
a sus criados?

JUEZ. Silencio,
o tomo otra providencia.
A su casa todo el mundo.

BLAS. Vámonos, y no se meta
con esa bruja. ¡Tup, tup!

TECLA. ¡Marcha de aquí, cuatro orejas!

JUEZ. Señor del gorro; al vivac.

SIRINEO. No se burle usted; y advierta
que antes, para recibirse
en el comercio, era fuerza
hacer un voto solemne
de raparse la cabeza
y encapillarse una funda
de almohada por la mollera.

JUEZ. Pues ahora es otro tiempo;
y, así, yo haré que le crezca
el pelo.

TODOS. Pidiendo todos
perdón de las faltas nuestras.

FIN

LA ORGULLOSA ENAMORADA

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

La Condesa del Prado.
Don Leandro, amante de la Condesa.
Don Narciso, amante de
Doña Clara.
Pepa, criada de la Condesa.
Mateo, criado de don Leandro.

La escena es en Cádiz, en una sala de la Condesa.

LA ORGULLOSA ENAMORADA

DOÑA CLARA y DON NARCISO.

NARCISO. Tu resolución, mi bien,
me sobresalta.

CLARA. No temas.
Mira: mi tío don Pedro,
habiendo muerto en Baeza
sin hijos, dejó a mi primo
por dueño de sus riquezas;
pero con la condición
de que la mano me diera,
cumplido el tiempo del luto;
y, de no hacerlo, le ordena
que me dote en diez mil duros,
que es el tercio de la herencia.
Vino a Cádiz don Leandro
con este designio; y sea
porque, sagaz, advirtiese
nuestra fiel correspondencia,
o porque se enamorase
de tu prima la Condesa,
es lo cierto que me trata

cada vez con más tibieza.
Conque, si yo le importuno
para que cumpla a la letra
el testamento, no hay duda
que, despechado, resuelva
perder por su nueva Clori
parte de sus conveniencias.

NARCISO. ¡Pero querer a mi prima!
¡Si es intratable en materias
de amor!

CLARA. ¿Intratable? Vaya;
que con toda tu viveza
no conoces nuestro sexo.
¿Juzgas que será de piedra
una señora vïuda,
cuyas gracias no desdeñan
las consultas al espejo?
No pienses de la Condesa
con tanta melancolía.
Es verdad que ella es soberbia
y amiga de dominar
a todos cuantos la cercan;
pero como don Leandro
es dulce, igual, y se deja
fácilmente conducir,
es preciso que se avengan
a los primeros envites.

NARCISO. Pero, con todo, ¿y si acepta
tu mano? Entonces, ¿qué haremos?

CLARA. Tú déjalo por mi cuenta.
Yo sé cómo he de entablar
el negocio. Pero Pepa

y Mateo vienen. Vete;
que para nuestras ideas
es fuerza ganarlos.

NARCISO. Mira
que en ti confío.

CLARA. No temas;
yo soy tuya, y lo diré
mas que todo al fin se pierda.
(Vase don Narciso.)

Salen PEPA y MATEO por diversas partes.

CLARA. Oye, Pepa.

PEPA. ¿Mande usté?

CLARA. Yo tengo ciertas sospechas,
y quisiera que los dos
me dijeseis con franqueza
si me engaño.

PEPA. Soy muy fiel
a mi ama la Condesa;
y siendo en su perjüicio,
juro no mover la lengua.

MATEO. Dichosa tú que la puedes
refrenar; pero esta perra
es tan flexible y aguda,
que así que la infame encuentra
un resquicio en una honra,
como una anguila se cuela.

CLARA. En el servicio que espero
de vosotros no se arriesga
vuestra lealtad; pero antes
quiero daros una prueba *(Saca un bolsillo.)*

de mi gratitud. Pepita;
toma para un par de medias.
(Dándole algunas monedas.)

PEPA. Pero sepamos primero
de qué se trata.

CLARA. No seas
tan puntillosa. Mateo;
mañana, en mi nombre, estrena
un sombrero. *(Dándole dinero.)*

MATEO. ¿Para qué
tanto lujo en la cabeza?
Nada; con este dinero
tengo para una docena
de gorros de Manzanilla.

CLARA. Pues mi pretensión es ésta:
yo he sospechado, Mateo,
que se inclina a la Condesa
don Leandro. Di, ¿me engaño?

MATEO. ¡Toma! ¡Si está que chochea!
Ayer se le figuró
que me parecía a ella;
y, si no salto hacia atrás
como un volatín, me besa.

CLARA. Y tú, Pepita, ¿qué juzgas
de tu ama?

PEPA. Que no piensa
en semejante locura.

MATEO. Yo apostara que hasta sueña;
porque en viendo a mi señor,
se le engarrota la vena
de la frente, y la papada
le crece pulgada y media.

CLARA. Yo opino del mismo modo;
pero aun suponiendo cierta
mi sospecha, como es tanta
la timidez o reserva
de tu señor, imagino
que uno y otro se mantengan
en un perpetuo silencio.

MATEO. Cuando mi amo entra a verla,
me parece la visita
del Convidado de piedra.

CLARA. Y dime: ¿querrás, Mateo,
animarlo a una resuelta
declaración, mientras tú
dispones a la Condesa
a que la escuche?

MATEO. Yo, sí.

PEPA. Yo, no.

CLARA. ¿Por qué causa, Pepa?

PEPA. Porque mi ama es vïuda;
vive feliz y contenta,
y sería una crueldad
inquietarla con la gresca
de otro casorio. ¡Jesús!
¡Dios la libre y la defienda!
Conque si es éste, señora,
el favor que de mí espera,
sírvase usté de tomar
su dinero.

MATEO. (*Tomando el dinero a Pepa.*) Venga, venga;
que para que esta rebelde
a mis voces se convierta,
he de hacer, con esto, cuatro

novenarios de botellas.

CLARA. ¿Conque no quieres servirme?

MATEO. Sí, servirá. Usté no tema.
También meterá su aguja
en esta boda.

PEPA. Es quimera.

MATEO. No lo será. Doña Clara,
déjeme usté aquí con ella,
que yo la reduciré.

CLARA. Mira, Mateo...

MATEO. Usté pierda
cuidado, que de mis manos
ha de salir alcahueta. *(Vase doña Clara.)*
¿Conque, señora, usté quiere
ser la excepción de la regla?
¿No sabe usté que en el folio
veinte, página cuarenta,
del Manual de las Criadas
se dice que una sirvienta
debe zurcir un amor
lo mismo que un par de medias?

PEPA. Pues yo no quiero, no quiero.
Y no es, no, porque carezca
de habilidad, sino porque
yo domino a la Condesa,
gobierno toda la casa
y dispongo de sus rentas;
y, si se casa, vendrá
un señor echando piernas
a mandar lo que yo mando,
y pierdo mi conveniencia.

MATEO. ¡Bravo! ¿Conque el interés

es tu virtud? Norabuena.
Y bien, hija, ¿me conoces?

PEPA. ¿Quién no, por tu gentileza?
¿Es algún moco de pavo
don Mateo Garraspera
Gavilán y Garfios?

MATEO. Alias
el Sevillano.

PEPA. ¡Gran pieza!

MATEO. Pues, si me conoces, ¿cómo
entras conmigo en contiendas?
¿No sabes, tonta, que he sido
casamentero en mi tierra
y que, si no me despide
la Justicia, a la hora de ésta
estuviera el Giraldillo
casado con la Veleta
de San Bernardo?

PEPA. Pues mira:
con toda tu sutileza
no has de echar a nadie el lazo
en esta casa.

MATEO. No seas
simplonaza: hasta las moscas
he de casar, si me aprietas;
y después que tu señora,
el mozo, la cocinera,
el faldero y el podenco
en el tálamo se vean,
entonces tú me has de dar
la mano por fin de fiesta.

PEPA. ¿Yo? Primero me ahorcaría.

MATEO. Pues bien: prevente a la guerra.
PEPA. Acomete cuando gustes.
MATEO. Pronto haré que te arrepientas.
PEPA. Si eso es hablar...
MATEO. ¿Cómo hablar?
Mira; no me enfades, Pepa,
y te case con el negro
que toca el violón.
PEPA. Pues cuenta
que hay plumas en la recova,
y tengo a mano pesetas.
MATEO. Mira; no te digo nada
porque viene la Condesa,
y porque voy a exhortar
a mi amo.
PEPA. ¿Sí? Pues vuela. *(Vase Mateo.)*
¡Picarón! No ha de lograr
sus intentos, si supiera
que me habían de freir.
¿Casamiento, y que yo pierda
la minilla que disfruto?
No, señor. Mi conveniencia
se funda en la castidad
de mi ama, y será eterna.
CONDESA. *(Saliendo.)*
¿Qué haces, Pepa? ¿Dónde estás?
PEPA. Repasaba aquí en la idea
cierto asuntillo. ¡Ah, ah, ah!
(Da carcajadas.)
¡Puede Usía estar muy hueca!
CONDESA. ¿De qué, mujer?
PEPA. De que hay

en el terrero alma en pena.

CONDESA. No te entiendo.

PEPA. Es un amante
que se ha entrado por las puertas.

CONDESA. Será algún joven, pagado
de sus méritos y prendas.
¡Dios me libre! Ni aun en chanza
vuelvas a moverme, Pepa,
tal conversación.

PEPA. ¡Jesús!
No despegaré la lengua.
Apuradamente yo
estoy, señora, contenta
de ver a Usía gozar
de su libertad. ¡Qué necia
es la que se casa!

CONDESA. Todas
lo hacemos sin experiencia.
Vemos un joven amable
a nuestros pies, que pondera
su pasión vertiendo llanto,
llamándonos, con terneza:
su dueño, su bien, su gloria;
lo vemos que gime y tiembla
nuestros enojos; que atento
en complacernos se empeña;
y nosotras, seducidas
de estas falsas apariencias,
discurrimos que el amor
sólo palomas enseña.
Pero luego que nos ligan
en la perpetua cadena,

se muda todo el teatro.
El señorito despierta,
arrugado el entrecejo;
habla poco y con tibieza,
tuerce el gesto a las caricias,
se encoleriza a la queja,
se va luego a picos pardos
y se remata la fiesta.

PEPA. ¡Qué pintura tan horrible!
¡Jesús; se me escarapela
todo el cuerpo! ¡Picarones!
Ninguno engañará a Pepa.

CONDESA. ¿Y quién, dime, es el herido
de la amorosa saeta?

PEPA. Vaya, vaya; es una risa;
mejor es que no lo sepa
Usía.

CONDESA. Quiero saberlo
para, si acaso se acerca,
fulminarle una mirada
de las que suelo.

PEPA. Un babieca.
¡Ah, ah, ah!

CONDESA. Vaya, ¿quién es?

PEPA. Don Leandrito de Contreras.

CONDESA. ¿Qué me dices? ¿Don Leandro?
Tú te equivocas o sueñas.

PEPA. No, señora. Está el pobrete
echando todas las muelas
por Usía.

CONDESA. Yo lo extraño.

PEPA. Usía no tome perra

por eso; porque en viniendo
le he de echar una indirecta
que se le quite la gana
de amar a Usía.

CONDESA. No, Pepa;
no lo abochornes. ¡Jesús!
Él es un joven de prendas.
¡Qué finura! ¡Qué atención!
Y lo que es más: ¡qué modestia!

PEPA. Todos son unos, señora;
y ése, que parece oveja,
si se viera en posesión
(¡Dios nos libre!), descubriera
unos colmillos mayores
que los de un perro de presa.

CONDESA. No, Pepa; yo no lo creo
de ese joven. Soy ingenua:
si alguna vez intentara
cautivarme, sólo él fuera
mi dueño. Pero dejemos
devaneos.

PEPA. *(Aparte.)* Pepa, Pepa;
me parece que esto acaba
a bendiciones. ¿Quién entra?

MATEO. *(Sale haciendo cortesías.)*
Señora; beso los pies
a Usía.

CONDESA. Mateo, llega.
¿Qué se te ofrece?

MATEO. Mi amo
hablar a Usía desea;
mas temiendo incomodar,

me manda...

CONDESA. Dile que venga.

MATEO. Pues voy a darle este gusto,
que en la antesala me espera. *(Vase.)*

CONDESA. Vete allá dentro.

PEPA. ¿Y si a Usía
se le ofrece algo?

CONDESA. Pepa,
no me irrites.

PEPA. Ya me voy.

LEANDRO. *(Saliendo.)* Señora, yo no quisiera
interrumpir.

CONDESA. No, señor.
¡Pepa! *(Mirándola con ira.)*

PEPA. Ya cayó esta breva. *(Vase.)*

CONDESA. ¿Qué es esto? ¿Cuándo usté ha usado
ceremonias ni etiquetas? *(Siéntanse.)*

LEANDRO. Como es temprano, señora,
recelaba sorprenderla
en el tocador... *(Con inquietud.)* Ya estuve
por volverme... Pero es fuerza
tratar con usté un asunto.

CONDESA. ¿Usté tiene alguna pena?
Lo miro inquieto. ¿Qué es esto?

LEANDRO. Me agrían ciertas ideas
funestas... Sí; necesito
de consejos, de indulgencia;
y todo de usté lo espero.

CONDESA. Pues siendo así, ¿qué recela?
Declárese usté; yo soy
una amiga verdadera.

LEANDRO. Esa dulce confianza

tanto, señora, me alienta,
que... Temo abusar...

CONDESA. Dejemos
reparos ni frioleras.
Ya esa es mucha timidez.

LEANDRO. Yo lo confieso; es extrema
mi cortedad.

CONDESA. Se conoce.
De encogido ya usté peca.

LEANDRO. Pues, señora, usté no ignora
los motivos que me empeñan
con doña Clara.

CONDESA. Los sé;
pero, hablando con franqueza,
usté no está enamorado.

LEANDRO. Ni por asomo.

CONDESA. No yerra
mi barómetro. Ayer tarde,
mientras duró la comedia,
estuve observando a ustedes;
pero, vaya, ni una seña,
ni siquiera una ojeada;
siendo así que, en la Luneta,
por lo menos cien anteojos
la estaban batiendo en brecha.

LEANDRO. Señora, no confrontamos;
me fastidia; no quisiera
verla ni hablarla jamás.

CONDESA. ¡Ya! Es natural; no concuerdan
los genios; ella es tan viva...

LEANDRO. Es insufrible; no piensa
más que en sus gracias; no tiene

otro afán ni otra tarea
que la moda y el cortejo;
y, a la verdad, más quisiera
luchar con una insensata
que no con una coqueta.

CONDESA. ¡Ah, ah, ah! Lo es; lo es
un poquito. Pero de esa
enfermedad adolecen
casi todas.

LEANDRO. ¡Ah Condesa!
¿Por qué no tomar ejemplo
de su recato y prudencia?
Usté, sin arte, arrebata
los corazones; sujeta
sin querer las voluntades.
Sus gracias y su belleza,
menos usté, todos, todas
las conocen y celebran.
Y hay alguno...

CONDESA. ¿Que suspira?
Vaya, que usté se chancea.
¿Quién ha de pensar en mí?
Tan solamente pudiera
un amigo como usté
tener hoy tan estupenda
extravagancia.

LEANDRO. Señora,
yo estimara que usté hiciera
más aprecio de sus gracias.

CONDESA. Por eso no haya contienda;
si es gusto de usté, ya creo
que soy dulce, que soy bella.

LEANDRO. ¡Sí; bellísima! ¡Ojalá
que doña Clara tuviera
tanto mérito!... Yo entonces
la mano, el alma le diera...
¡Pero me disgusta tanto!...

CONDESA. *(Aparte.)* ¡Qué hombre tan raro! Se hiela
cuando pienso que se enciende.

LEANDRO. Usté se ha puesto algo seria.

CONDESA. No; sino que siento... ¡Ay, ay!
(Como desmayándose.)

LEANDRO. ¿Qué le ha dado a usté, Condesa?

CONDESA. No sé; desde que enviudé
me suben a la cabeza
unos vapores tan fuertes,
que me quedo casi muerta.

LEANDRO. ¿Quiere usted agua?

CONDESA. No, no.
(Aparte.) Este hombre es una piedra.
(Alto.) Pero dígame usté: ¿en Cádiz
no ha encontrado usté sirena
que le encante? La verdad.

LEANDRO. ¡Ay, señora, que ésa, ésa
es la causa de mis males!

CONDESA. ¿No lo dije? Si las señas
son mortales. ¿Conque ama?

LEANDRO. Con toda el alma.

CONDESA. Pues ea;
ya que nadie nos escucha,
sepamos si tiene buena
elección. ¿Quién es la dama?

LEANDRO. No me atrevo... Usté es discreta
y lo podrá adivinar.

CONDESA. (*Aparte.*) ¡Qué genio! Me desespera.
(*Alto.*) ¿Pues acaso la conozco?
LEANDRO. Como a usté misma. ¡Qué prenda!
¡Qué mujer tan adorable!
Cada día más me eleva.
CONDESA. Pues casarse, don Leandro;
casarse al punto con ella,
y dejar a doña Clara.
LEANDRO. ¡Si yo tan dichoso fuera!
CONDESA. ¿Pero usté no le ha expresado
su pasión?
LEANDRO. Si me refrena
el respeto.
CONDESA. ¡Qué respeto!
Ya tanta delicadeza
pasa de raya. Es hacerse
poco favor. Con modestia
puede un hombre declararse,
pues la mujer más soberbia
gusta de verse querida.
LEANDRO. Usté dice bien, Condesa.
(*Aparte.*) Yo declararme resuelvo.
(*Alto.*) ¡Ah, qué robusta y qué bella
se ha puesto usté en cuatro días!
CONDESA. (*Aparte.*) ¡Miren con qué friolera
sale ahora! (*Alto.*) Son efectos
del tiempo de primavera.
LEANDRO. ¡Los ojos más expresivos;
la tez más clara y más tersa!
CONDESA. Me siento buena en el día.
Mas reparo...
LEANDRO. ¿Qué, Condesa?

CONDESA. Que, sin pensarlo, está usté
diciéndome mil ternezas.
LEANDRO. No, señora; si es el alma
quien se las dicta a la lengua.
CONDESA. Guárdelas para la dama
que ama tanto.
LEANDRO. Si usté es ésa,
¿para qué guardarlas?
CONDESA. *(Con aspereza.)* ¡Cómo!
¿Se trata de mí? ¿Qué expresan
esas voces? ¿Usté amarme?...
LEANDRO. *(Levantándose.)* No; de ninguna manera.
Yo no he dicho tal.
CONDESA. *(Con rabia.)* ¡Qué hombre
tan cobarde!
LEANDRO. Usté se altera
sin motivo. Bien temía...
CONDESA. Pues diga usté con franqueza
a quién ama.
LEANDRO. A nadie, a nadie;
ya no moveré la lengua.
CONDESA. *(Aparte.)* Casi estoy para decirle
que es un tonto.
(Alto.) ¿No se sienta?
LEANDRO. Ya me retiro, señora.
CONDESA. Muy bien; vaya usté y no vuelva
con sus necias frialdades
a quebrarme la cabeza.
LEANDRO. Perdone usté...
CONDESA. No perdono;
váyase, no se detenga;
mas oiga usté... *(Al irse don Leandro, vuelve.)*

Salen DOÑA CLARA, DON NARCISO y PEPA.

CLARA. Don Leandro,
delante de la Condesa
podemos quedar acordes
de una vez. O dentro o fuera.
LEANDRO. Yo no entiendo a usté, señora.
CLARA. ¿Cómo es eso? ¿No se acuerda
de lo que manda mi tío
en su testamento, acerca
de nuestro enlace?
LEANDRO. Me acuerdo.
CLARA. Pues diga usté lo que intenta,
para fijar yo mi estado.
Don Narciso de la Rueda,
rival de usté, solicita
saber hoy mismo quién queda
en tranquila posesión.
Yo estimo tanto sus prendas,
que si usté le deja el puesto,
le prefiero a la caterva
de amantes que me persiguen.
Conque hable usté con franqueza.
¿Le despido? ¿Qué le digo?
Declare usté sus ideas.
LEANDRO. Yo resuelvo obedecer
a mi tío.
CLARA. Muy bien. ¡Pepa!
PEPA. Mande usté, doña Clarita.
CLARA. Dile a Mateo que venga,
para que vaya a buscar

un escribano que extienda
los contratos.

PEPA. Voy corriendo
a llamarlo.

CONDESA. Estate quieta.
Yo no quiero que en asuntos
de matrimonios se metan
mis criados.

PEPA. Desde aquí
lo miro, que se pasea
en la antesala. ¡Mateo!

CONDESA. ¿Habrá loca como ésta?

MATEO. *(Saliendo.)* ¿Quién me llama?

CLARA. Ve al instante,
y busca a don Pedro Sierra,
el escribano.

PEPA. Prontito;
que doña Clara desea
capitular con tu amo.

MATEO. ¿Pues es plaza que se entrega?

PEPA. ¡Si son los contratos, bruto,
de la boda!...

MATEO. Pues si espera
que ese escribano los haga,
se habrá de quedar doncella.

CLARA. Pero ¿por qué?

MATEO. Porque ayer
lo vi yo enterrar.

PEPA. No mientas;
que el domingo estaba bueno.

MATEO. Si el lunes, por una deuda,
fué a embargar a un boticario

y al revolver las recetas
se cayó muerto...

CLARA. Pues bien;
llama a don Diego de Herrera.

MATEO. Está escribiendo la plana.

CLARA. ¿Qué es lo que dices, tronera?

MATEO. Cuando tuvo en el cogote
aquella hedionda postema,
se le olvidó el escribir;
y, así, está el pobre en la escuela
escribiendo unos palotes
como masteleros.

PEPA. ¿Piensas
jugar con nosotros?

CLARA. Corre,
y ve a llamar a cualquiera.

MATEO. ¿No será mejor que vuele,
para volver más apriesa?

PEPA. No seas machaca.

MATEO. Pues voy.
(Da un salto como para volar, y se cae.)

TODOS. ¿Qué es esto?

MATEO. ¡Malditas sean
mis alas!... Yo debo ser,
sin duda, gallina clueca,
porque no puedo volar.

PEPA. ¿Vas o no vas?

MATEO. Esta pierna
se me ha roto por seis partes.
¡Ay, que no puedo moverla!

CLARA. Haga usté que vaya.

LEANDRO. ¿Cómo

me he de poner con un bestia
a razones?... Vete, y busca
donde servir.

MATEO. A docenas
tengo yo los acomodos.
Voy a ver si en la taberna
buscan lacayo. *(Vase cojeando.)*

CLARA. ¿No hay quien
quiera hacer la diligencia?

LEANDRO. Escuche usté, doña Clara;
y antes que se comprometa,
sepa usté que, aunque me allano,
me desposo con violencia;
y si me hallara en el día
con dinero, ya le hubiera
dado su dote. Con todo,
si acaso usté se contenta
con mil duros, le daré
lo restante cuando pueda.

CLARA. Ese es muy poco dinero.

NARCISO. *(Al oído de Clara.)*
Lo dará todo; no temas.

CONDESA. *(Al oído de don Leandro.)*
Ofrézcale la mitad
del dote.

LEANDRO. Muy bien. Pues ea;
procuremos componernos;
pártase la diferencia,
y aprontaré cinco mil.

CLARA. Eso es una bagatela.
Usté vale mucho más.

LEANDRO. Yo haré que usted se arrepienta

de ese jüicio. Mañana,
hoy mismo, cuando usted quiera
le daré la mano; pero
no espere de mí ternezas,
sino desprecios y enojos.

CLARA. Mi dulzura y su prudencia
frustrarán esa amenaza;
y, por fin, estoy resuelta. *(Vase.)*

PEPA. Voy a avisar esta boda. *(Vase.)*

CONDESA. Pero tú, primo, ¿en qué piensas?
¿No te estremece la suerte
de tu amante?

NARCISO. Me penetra
el corazón. A los dos
mucho que llorar nos queda.

LEANDRO. ¡Y cómo que llorará!
Aunque me cueste violencia,
he de ser con ella un tigre.

NARCISO. Sí; yo temo una tragedia.
Porque, ya se ve, el mal trato,
el amor que me profesa,
la pasión que yo la tengo,
el diablo, nuestra flaqueza...
¿Quién sabe lo que podrá
suceder?

LEANDRO. ¡Oh! Por mi cuenta
corre su buena conducta.

NARCISO. Con todo, mucho se arriesga.
Yo, por mí, sería capaz
de meterme en una celda;
pero como hay en el mundo
una criada, una vieja,

un lacayo o un demonio
que lleve o traiga, se empieza
por dos letritas, después
sigue un rato de Alameda,
y se concluye asaltando
de noche las azoteas.

CONDESA. Pero ¿por qué tú no vas
y procuras convencerla?

NARCISO. Yo no quiero en daño suyo
persuadirla. La terneza
y el interés son dos cosas
muy diferentes; y en ciertas
ocasiones preferimos,
al amor, las conveniencias.

CONDESA. ¡Y luego dirás que amas!
No puedo escuchar bajezas.
¡Qué espíritus tan rastreros!
Se consumen, se despechan,
cuando están a nuestros pies,
como un cómico en la escena;
pero en llegando a tratar
de intereses, se serenan
y se refrescan de modo
que, hasta los quemados, hielan.
¡Vete de aquí, no me hagas
disparar!

NARCISO. Adiós, Condesa;
y aconséjale al señor
que busque prestado o venda. *(Vase.)*

LEANDRO. Dígame usté: ¿no soy digno
de lástima?

CONDESA. ¿Y a qué espera?

¿Por qué no le da usté el dote
y se quita de quimeras?

LEANDRO. ¿De dónde lo he de sacar?

CONDESA. ¡Qué genio; me desespera!
¿Quien ofrece cinco mil
no ofrecerá lo que resta?

LEANDRO. ¿Qué me importa, cuando miro
frustradas ya mis ideas,
darle mañana la mano
a mi prima o a cualquiera?
Para mí, fuera de usté,
blancas, morenas o negras,
todas son unas. Y puesto
que la que amo me desprecia,
piérdase, piérdase todo,
y más que rabiando muera.

CONDESA. ¿Conque es preciso que yo
a ser su esposa me ofrezca
para sacarle de ahogos?
¡Por cierto que es lindo tema!

LEANDRO. ¡Pues, al momento se irrita!
¿Le hago yo, acaso, violencia?
Si la quiero y la idolatro,
también usté, en recompensa,
me aborrece y me maltrata;
conque todo se remedia
con no despegar los labios,
con huir de su presencia,
con matarme...

CONDESA. Bien; al punto
haga lo que le parezca,
que siempre será una hazaña.

LEANDRO. Señora; con su licencia,
la libraré de un objeto
tan odioso.

CONDESA. Sí; que espera
la primita.

LEANDRO. Ya eso es
hacer burla de mis penas.
Estoy por hacer...

CONDESA. Ea; vaya,
señor novio, y no se pierda.

LEANDRO. Permita el Cielo que un rayo
me parta, si por las puertas
vuelvo a entrar...

CONDESA. Con esos gritos,
a su mujer.

LEANDRO. ¡Si no fuera
porque miro...! Pero nada...
Adiós, señora Condesa.
(Hace una cortesía, y vase.)

CONDESA. Déjese de cortesías,
que el negocio corre priesa.
¿Han visto ustedes qué hombre
tan pertinaz? No hay paciencia
para sufrirlo. Erre que erre
que lo aborrezco; y me estrecha
de modo que, si otra vez
vuelve con la cantinela,
le he de decir que le quiero,
por probarle que es un bestia.

MATEO. *(Saliendo.)* ¿Me da Usiría permiso
para hablarla?

CONDESA. Vamos, llega.

¿Qué es esto? ¿Tan brevemente
se te ha curado la pierna?

MATEO. ¡Qué memoria! Se me había
olvidado la cojera. *(Empieza a cojear.)*

CONDESA. Y bien; ¿qué quieres?

MATEO. Que mi amo
no me despida.

CONDESA. Muy buena
comisión vienes a darme.

MATEO. Diga Usía, con llaneza:
¿no hice bien en enterrar
al escribano?

CONDESA. Tú muestras
más talento que tu amo.

MATEO. ¡Pues ya se ve! Y si me aprietan,
entierro toda la plaza
con protocolos y mesas.

CONDESA. Hubieras hecho muy bien.

MATEO. Si era un dolor que se fuera
a casar con esa prima
tan revoltosa y coqueta,
que tiene siete cortejos
de escalera arriba, treinta
de escalera abajo, y veinte
que roen los huesos que quedan.
Pero acá, para *inter nos*,
mi amo está que tira piedras
por Usía.

CONDESA. *(Con seriedad.)* Puede ser.

MATEO. En todo el día no cesa
de nombrar a Usía; de modo
que con la Condesa sueña,

con la Condesa se viste,
con la Condesa se acuesta,
y con la Condesa...

CONDESA. Calla.

MATEO. Pero mire Usía: Pepa
lo sabe; y aunque nosotros
le suplicamos que hiciera
algunos buenos oficios,
no quiso, porque recela
perder sus provechos.

CONDESA. ¿Cómo?

MATEO. Me explicaré. La doncella
va juntando su trapito
con el ochavo que pesca
de aquí y de allí: ya en la carne,
ya en el pan o ya en la berza.
Por eso teme que Usía
se case con quien le pueda
privar de la intervención
que tiene en la faltriquera
de Usía.

CONDESA. ¿Conque eso hay?
Ve aquí por qué era la tema
con los hombres. ¡Picarona!
Pero la insolente llega.
Márchate. Dile a tu amo
que lo llamo.
(Sale Pepa, y Mateo le dice al paso):

MATEO. Doña Pepa;
según veo, poco tiempo
le queda ya de soltera. *(Vase.)*

PEPA. ¡Qué tonto!

CONDESA. ¿Conque, señora,
usté, por su conveniencia,
quiere que viva vïuda?

PEPA. ¿Yo? ¿Quién es la mala lengua
que tal ha dicho? ¡Qué enredo!
¡Jesús! Cuando a Santa Tecla
le rezo, siempre le pido
depare a Usía una buena
proporción, como un esposo
que tenga muy buenas rentas,
muchacho alegre, bonito
y manso como una oveja.

CONDESA. Ya te conozco. Ahora quieres
deslumbrarme con tus necias
gazmoñerías. Pues mira:
tan sólo por que lo sientas,
mañana me he de casar.

PEPA. Señora; por Dios, atienda
mis razones.

CONDESA. Tomarás,
en casándome, la puerta.

PEPA. Pero yo...

CONDESA. Nada me digas.
Márchate al punto allá fuera.

PEPA. ¿Pero es posible?...

CONDESA. Si hablas,
te encapillo una silleta.

PEPA. *(Aparte.)* Por fin, ese embrollador
ha sabido más que Pepa. *(Vase.)*

LEANDRO. *(Saliendo.)*
¿Qué tiene usté que mandarme?

CONDESA. Es sólo una bagatela.

Su criado me ha pedido
que sirva de medianera
para que no lo despida;
y, así, espero me conceda
esta gracia, por lo mucho
que me quiere.

LEANDRO. Sí, Condesa;
la quiero a usté, y la querré
hasta morir.

CONDESA. Norabuena;
yo impedírselo no puedo.

LEANDRO. Ya lo sé; porque era fuerza,
para impedirlo, librarme
de esta pasión que me ciega
y me consume.

CONDESA. ¡Ah, ah!
Me río de sus simplezas.

LEANDRO. Sí, señora; soy un simple.

CONDESA. De los pies a la cabeza.

LEANDRO. ¡Ojalá nunca la hubiese
conocido! ¡Que la tierra
no me hubiese sepultado!
¡Que fulminado no hubiera
el Cielo un rayo!

CONDESA. Muy bien.
La pasión de usté se expresa
con mucha gracia y finura.

LEANDRO. Y eso ¿de qué me sirviera?
¿No me tiene usté aversión?

CONDESA. Ya me falta la paciencia
para escuchar necedades.
Diga usté, diga: ¿qué pruebas

le he dado yo de aversión?
¿Le he dicho una vez siquiera
que lo oborrezco? Acabemos.
Todas, todas son quimeras
forjadas en su celebro.
Tiene usté mucha torpeza
para tratar con mujeres.
Si me habla, tartamudea;
si me río, se alborota;
si no me río, patea.
¿Qué niño es éste? Y después
que lo tolero, se queja.

LEANDRO. Sí; soy un extravagante.

CONDESA. Y lo afirmo, aunque se sienta.
Nada es más original,
más ridículo que nuestras
conversaciones.

LEANDRO. ¡Qué bien
su aversión me manifiesta!

CONDESA. ¿Conque aversión? Ahora bien:
¿no dice usté a boca llena
que me ama? Pues lo creo.
Mas veamos: ¿qué respuesta
quiere usté que yo le dé?

LEANDRO. ¡La pregunta es muy discreta!
¿Qué respuesta? Usté la sabe
mejor que yo.

CONDESA. ¡Si no hay fuerzas!...
Me voy huyendo de usté;
no quiero hablarle, ni vuelva
jamás a verme ni a oirme.
Adiós, adiós. *(Quiere irse, y él la detiene.)*

LEANDRO. ¡Ah, Condesa!
¿Y tiene usté corazón
para dejarme en tan fiera
situación? ¡Ah, no, señora!
Yo la adoro a usté; no sea
tan crüel... ¡Ay!, por sus ojos,
dígame usté lo que piensa.

CONDESA. ¿Qué pienso? Que quiero a usté;
y si aun no lo entiende, sepa
que lo estimo, que lo amo.
Lo diré diez, veinte o treinta
veces, porque de otro modo
no se acabará esta guerra.

LEANDRO. ¿Conque me ama? ¡Oh qué gozo!
Permítame usté, Condesa,
que esa bella mano bese.
(Se arrodilla, le besa la mano, y lo sorprenden en esta acción doña Clara y don Narciso.)

CLARA. ¡Bravo, bravo!

NARCISO. Norabuena,
prima mía.

CLARA. ¿Es juramento,
don Leandro?

LEANDRO. Es la promesa
de darle a usté diez mil pesos
en el día.

CLARA. Y yo, contenta,
le doy por ello las gracias.

Sale MATEO trayendo de la mano a PEPA.

MATEO. Ven, desolada doncella;
ven a pedirle perdón
a tu ama de la ofensa
de espantarle los maridos.
CONDESA. ¿Qué es eso?
MATEO. La pobre Pepa,
que arrepentida y confusa
viene a implorar su clemencia.
PEPA. Señora; perdone Usía...
MATEO. No se te enrede la lengua.
Di aquello de «casamiento,
casamiento a toda priesa».
CONDESA. Si contigo se desposa,
quedará en casa.
MATEO. ¿Qué esperas?
¿Me alargas las cinco uñas?
¿Adónde irás que no veas
seis novios en cada esquina?
En cualquier parte, morena,
como haya niñas, serás,
quieras o no, tapadera.
Conque dame la manita.
PEPA. Venciste; ya es tuya Pepa.
MATEO. Esta victoria es preciso
que venga puesta en Gaceta,
pues se pone la llegada
de cualquiera sacamuelas.
CONDESA. Primo, ya estarás contento.
NARCISO. Lo mismo que tú, Condesa.

MATEO. He logrado ver a todos
al lado de su pareja;
y, así, mientras se dispone
que nos echen la cadena,
pidamos todos rendidos...

TODOS. Un aplauso por la idea.

FIN

LA MADRE HIPÓCRITA

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

Don Pedro.	Doña Tecla.
Don Eusebio.	Doña Clara.
Don Prudencio.	Juan.
Don Carlos.	Rita.
Don Bruno.	Alguaciles.

LA MADRE HIPÓCRITA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Aparecen: DOÑA TECLA, sentada, con un libro en la mano; RITA, cosiendo; y DON EUSEBIO, paseándose por la escena, como enfadado.

EUSEBIO. ¡Vaya; si estoy que echo chispas!
Todos se han puesto de acuerdo
para sofocarme.

TECLA. ¡Hombre!;
por amor de Dios te ruego
que no me quites la vida.

EUSEBIO. Si es malo tener buen genio.
Pues no; como se me suba
la tramontana a los sesos,
han de acordarse de mí. *(Pateando.)*

RITA. ¡Jesús, qué coraje! Apuesto
que ha reñido con la moza.

TECLA. ¿Qué tienes, amado Eusebio?

EUSEBIO. No me muela usted.

TECLA. ¡Qué cruz

se ha servido darme el Cielo!
No sé qué quiere este hijo.
Yo lo mimo, lo contemplo,
tapo todos sus deslices
por que no llegue a saberlos
su padre y lo aturda a gritos;
si necesita dinero
para divertirse, encuentra
mi bolsillo siempre abierto.
¿Qué trampas no le he pagado
por que el niño esté contento?
¿Y qué fruto es el que saco
de mi bondad? Sólo ceños,
malos modos, respostadas,
rabietas, votos y ternos.
Así, ni duermo ni como;
lloro, suspiro y me seco
como un esparto. ¡Qué vida!
¡Jesús! No se la deseo
a mi mayor enemigo.
Me ha de llevar al infierno.

EUSEBIO. A mí sí que ha de llevarme;
porque estoy tal, que aborrezco
la vida. ¡Voto a ...! Mañana
tomo las de Villadiego,
o me encuentran en mi casa
con un lazo en el pescuezo.

TECLA. ¡Ay, qué desesperación!
¡De escucharlo me estremezco!
Ven acá, Eusebio de mi alma;
sosiégate. ¿Qué te han hecho?
Descúbrete con tu madre.

EUSEBIO. Cállese usted, que no puedo
escuchar zalamerías.
(Remedándola.)
«Sosiégate. ¿Qué te han hecho?
Descúbrete con tu madre.»
¿Para qué son fingimientos,
si sabe usted como yo
la causa de mi despecho?

TECLA. No me atrevo a replicarte;
pero, niño, te prometo
como cristiana, aunque mala,
que no puedo caer en ello.

EUSEBIO. ¡Si la tienen a usted lela
los escrúpulos! ¡Me quemo!
Mas, por vida de los diablos,
que aunque haga yo un desacierto
nada importa, como usted
se dé golpes en los pechos.

TECLA. ¿Pero a ti qué pesadumbre
puede darte el casamiento
de tu hermana?

EUSEBIO. ¡Friolerilla!
Si digo yo... ¿Conque debo
tolerar que un señor mío
venga allá de los infiernos
a llevarse con sus manos
lavadas treinta mil pesos,
que pudiera yo gastar
con más razón y derecho?

RITA. Dice bien el señorito.
Vaya el señor don Prudencio
al Perú, que allí hallará

negras con mucho dinero.
TECLA. ¿Y si éste no se los lleva,
no es fuerza que con el tiempo
tengan otro poseedor?
EUSEBIO. ¡Qué poquísimo talento!
¿Por qué es esa precisión?
¿No hay en Cádiz mil conventos
donde meterla? Si acaso
rabian ustedes por nietos,
aquí estoy; me casaré.
No soy de los majaderos
que repugnan la elección
de sus padres. En no siendo
una Minerva la novia,
¿qué importa que sea un escuerzo?
No; por eso no habrá riñas;
yo doy mi palabra. Pero
partir con otro el caudal
y quedarme casi en cueros,
representando el papel
más ridículo del pueblo,
no lo sufriré. Más claro:
si no pone usted remedio,
pasará por el dolor
de verme en un Regimiento,
donde en la primera guerra
me rompa una bala el pecho,
y tenga usted luego el gusto
de hacer muecas en el duelo.
TECLA. No lo permita el Señor,
por quien es. ¡Jesús! Primero
su Divina Majestad

me lleve a su santo reino.
¡Qué fiel es mi corazón! *(Llora.)*
Desde el punto que en Laredo
formó tu bendito padre
el insensato proyecto
de esta boda, la camisa
no se me ha pegado al cuerpo.
Nadie, nadie sufre más...
Dios lo reciba en descuento
de mis culpas y pecados.

RITA. Mas, señora, ¿no habrá medio
de aguar la boda y echarle
a la señorita el velo?

TECLA. Si ella no consiente, ¿cómo?

EUSEBIO. Mi hermana es dócil de genio,
sencillota y obediente.

RITA. Es un ángel.

TECLA. Pero temo
que su padre...

EUSEBIO. Para padre
ya buscaremos un perro
de oreja que nos le ponga
más mansito que un cordero.
Mas Clara viene. Entre todos,
con facilidad podremos
convencerla.

TECLA. Déme Dios
en esta ocasión acierto.

ESCENA II

Dichos y DOÑA CLARA.

RITA. Aquí está madre.
CLARA. ¿Has echado
el dobladillo al pañuelo?
RITA. Un lado me falta.
TECLA. Ven.
Siéntate, Clara, un momento.
CLARA. ¿Qué me manda usted?
TECLA. Parece
que estás triste.
CLARA. ¿Yo? No tengo
causa para estarlo.
TECLA. Y bien;
¿qué dices de don Prudencio?
Me parece un poco tosco.
CLARA. Pues yo, señora, lo encuentro
bastante fino.
EUSEBIO. ¡Ah, ah, ah!
¿Fino ese bestia? Por cierto
que te precias de buen gusto.
¿No le ves aquel sombrero
colosal, aquel calzón
como bailarín grotesco,
aquel espadín cosido
a la pretina, aquel pelo
empavonado a la gringa,
y, en fin, todo aquel pergeño
de mayorazgo asturiano?

RITA. Vaya; si cuando lo veo
entrar en casa..., ¡ah, ah!...,
se me figura un maestro
de albañil con el ajuar
del día de Corpus.

CLARA. Yo creo
que no es fina una persona
por seguir los devaneos
de la moda, y consumir
en fruslerías el tiempo.
Yo llamaré fino a un hombre
atento, honrado y discreto,
afable en la sociedad
y de nobles sentimientos;
y, según este retrato,
es muy fino don Prudencio.

EUSEBIO. ¿Qué sabes tú de finura?

CLARA. Ya sé que son mis talentos
muy escasos.

TECLA. No lo son,
hijita mía; y por eso
me admiro de que no elijas
un camino más perfecto.
Créeme, hija mía: el sayal
es el adorno más bello
de la virtud, y si quieres
ser dichosa, en un convento
lo serás. ¡Ah, si yo fuera
doncellita para hacerlo!

RITA. ¡Perra de mí, que he enterrado
tres maridos! Si lo hecho
se pudiera deshacer,

¡qué chasco le daba al feo
de Patillas! Un Domingo
de Ramos fuera mi entierro.

CLARA. Ustedes dicen muy bien,
y yo igualmente confieso
la perfección del estado
religioso; pero hablemos
con madurez y franqueza.
Si yo, señora, no tengo
ni fuerzas ni vocación,
¿no fuera loco denuedo
exponerse a ser la presa
del llanto, el dolor y el tedio?
Mis ideas me encadenan
a la sociedad, y creo
que en ella seré feliz
al lado de don Prudencio.

EUSEBIO. ¡Sí, feliz! Eres muy tonta,
muy bruta. Puedes creerlo.
Mas ya se ve : si no ha visto
más mundo que el costurero,
la cocina, el tocador,
el estrado y el paseo,
¿no ha de hablar mil desatinos?

RITA. ¡Qué bien dice usted! Por eso
todas rabian por casarse
cuando niñas. ¡Ya! Creemos
que es el santo matrimonio
un alegre pasatiempo,
y soñamos con la boda;
pero así que nuestro dueño
empieza a juntar las cejas

y a espantarnos con el gesto...,
¡ay qué gusto!, entonces sí
que van los treinta dineros
con mil demonios.

TECLA. ¡Jesús!
Dígalo yo, que con estos
angelitos he pasado
el purgatorio... ¡Si tiemblo
de acordarme! ¡Qué batalla!
Y después de todo, el Cielo
me dió un marido, ¡qué hombre!;
siempre está arrojando fuego
por los ojos; es un tigre;
no se puede con su genio.

EUSEBIO. ¿Ve usted todo ese mal trato?
Pues no es siquiera un bosquejo
de lo que toleran otras.
Los maridos de estos tiempos
manejan el acebuche
con mucha gracia.

CLARA. No niego
que los hombres bajos hacen
eso, y mucho más que eso;
pero los hombres de honor,
de educación y talento
no cometen tal vileza.

EUSEBIO. No, hija mía; todo cuerdo
marido maneja el palo
como yo hacerlo prometo.
Muchos palos, muchos, muchos.

CLARA. Yo no dudo esos excesos,
porque suele ser peor

el vulgo de caballeros.

EUSEBIO. Eso es decirme que soy
un ignorante.

CLARA. Tus hechos
son los que te califican.

EUSEBIO. ¿Tú me pierdes el respeto? *(La amenaza.)*

CLARA. No tienes la culpa, no,
sino quien no pone freno
a tu osadía.

TECLA. ¡Villana!;
¿qué quieres decir con eso?

CLARA. Que usted, señora, debiera
reprimir los desafueros
de mi hermano.

TECLA. ¿Tú te atreves
a darme, infame, consejos?

EUSEBIO. ¿Tú insultas a madre?

CLARA. ¿Yo?

TECLA. ¡Dios mío, que llueva fuego;
y convertidla en pavesas,
como hicisteis, otro tiempo,
con Sodoma y con Gomorra!

EUSEBIO. Márchate de aquí, o te quiebro
una costilla.

CLARA. ¡Dios mío!
Yo no tengo sufrimiento.
Acabadme de sacar
de esta vida o este infierno. *(Vase.)*

ESCENA III

DICHOS, menos DOÑA CLARA.

RITA. Por fin ya va santiguada.
Al fin la convenceremos.
EUSEBIO. A no estar madre delante,
hubiera llevado el premio...
TECLA. Si es tan mala, tan hereje
como su padre. Lo menos
la tentará Satanás
diez veces al día. El Cielo
se duela de ella y aclare
la luz de su entendimiento.

ESCENA IV

DICHOS y DON PEDRO.

PEDRO. ¿Qué tiene Clara, que está
querellándose allá dentro?
TECLA. No me hables de esa insolente.
¡Si la hubieras visto! El grueso
de un cabello no ha faltado
para arañarme.
RITA. ¡Qué genio
tiene la tal señorita!
PEDRO. ¿Quién la ha llamado a este entierro?
Cosa y cállese.
RITA. Señor,
yo los labios no despego.
PEDRO. Y, vaya, ¿cuál fué el motivo?

TECLA. Haberle dado un consejo
saludable.
PEDRO. ¿Pero cuál?
TECLA. Si tú no me dejas tiempo
para hablar...
PEDRO. Las cosas, prontas.
No me ande usted con rodeos.
TECLA. Hombre, ya voy a decirlo.
No me sofoques, que tengo...
PEDRO. Al caso.
TECLA. Yo le decía
que todos nuestros desvelos
deben siempre dirigirse
a ganar la gloria.
PEDRO. Bueno.
Pero vamos al asunto.
TECLA. Por Dios, no me apures, Pedro.
Yo acabaré. Le decía
que, siendo tantos los riesgos
de este mundo, donde hallamos
a cada paso un despeño,
me parecía que el modo
de asegurar una el cielo
era encerrarse en el claustro.
PEDRO. Bien temía yo que el cuento
fuese alguna bobería.
TECLA. ¿Son éstas cosas de juego
para que te mofes de ellas?
PEDRO. ¿Conque, cuando yo la tengo
prometida, viene usted
a tratarnos de convento?
¿Soy algún niño, señora,

para plantar a un sujeto
de estimación?

TECLA. Pero cuando
la causa es tan justa, creo
que no se debe agraviar.

PEDRO. Pero dirá don Prudencio,
con muchísima razón,
que si no tuvimos tiempo
de consultarlo. Además
que ella no quiere; y primero
la casara con un pobre
que violentarla a un encierro.

TECLA. ¿Conque es bueno que los hijos
hagan su gusto?

PEDRO. Debemos
no obligarlos a abrazar
estado contra su genio.

TECLA. ¡Qué dislate! Si leyeras
dos renglones del *Espejo
de cristal fino*, pensaras...

PEDRO. Si otra vez a saber vuelvo
que incomodas a Clarita
con tus pantomimas, vengo
y hago una hoguera de todos
tus libros y mamotretos.

TECLA. Eres un hereje.

PEDRO. Ya;
hereje porque no creo
tus gazmoñadas. No, Tecla;
no te cuelas con tus gestos
y jaculatorias. Mira
que te conoce bien Pedro.

No consiste la virtud
en correr de templo en templo
abandonando su casa,
descuidando al mismo tiempo
la educación de sus hijos.
Sí, mi señora; los rezos
y los ayunos no sirven
si no cumplimos primero
con nuestras obligaciones.
No empieces ya con pucheros.
Esta es la verdad; y yo
he de decir lo que siento.

TECLA. ¡Dios mío, qué infeliz soy!
Pero mucho, y más merezco
por mis gravísimas culpas.

EUSEBIO. Padre; mire usted...

PEDRO. ¿Qué es esto?
¿Tú me reconvienes? ¡Hola!
Mira que a ti no te tengo
por santo, y te romperé
una docena de huesos.

TECLA. Hombre, no me aflijas más.

PEDRO. ¿Te aflijo porque reprendo
lo que es justo? ¡Ignorantona,
mojigata!

TECLA. Yo no puedo
sufrir más. ¡Eterno Dios;
(Se arrodilla y levanta los brazos.)
libradme de este tormento
y llevadme a descansar
a la gloria; yo os lo ruego
por el ángel de mi guarda;

por el apóstol San Pedro;
por todas las once mil
Vírgenes; por...!

PEDRO. ¡Yo me quemo!
Di por todo el almanaque,
y así acabarás más presto.
¡Qué embustera! Yo me voy,
pues si la escucho no hay medio:
o he de reventar de rabia
o he de hacer un desacierto. *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, menos DON PEDRO.

TECLA. ¡Anda con cinco mil diablos!
¿Han visto ustedes qué genio
tan endiablado?

EUSEBIO. A no ser
mi padre...

RITA. No he visto un viejo
más colérico. ¡Caramba!,
que por usted lo tolero.
¡No faltaba más! ¡Pues soy
bonita yo para esto!
Nadie, nadie me ha metido
el resuello para dentro.

EUSEBIO. ¡Vive Dios, que he de impedir
el dichoso casamiento,
solamente por vengarme
de Su Merced!

TECLA. ¡Cómo, Eusebio!

¿Pues qué pretendes hacer?

EUSEBIO. ¡Qué sé yo! Si no hallo medio,
seré capaz de aguardar
una noche a don Prudencio
y darle un pistoletazo.

TECLA. No, hijo mío; no lo apruebo.
Eso es perderte. ¡Jesús!
No lo permitan los cielos.

EUSEBIO. Pues ellos no han de casarse.

RITA. ¿Y para qué es el ingenio?
¡Miren qué dificultad!
Con un empate está hecho.

TECLA. ¿Cómo, Rita?

RITA. El escribiente
es un mozo de talento
que falsea cualquier firma...

TECLA. ¡Jesús, hija! Yo no puedo
entrar en ese embolismo.

EUSEBIO. ¡El escrúpulo está bueno!
¿Conque usted, sin duda, quiere
que yo mate a don Prudencio,
y tenga después que andar
por esos mundos, huyendo?

TECLA. No, hijito... ¡Jesús! La pena
me matara sin remedio.

RITA. Vamos; que aun falta saber
si el don Carlos querrá hacerlo.

EUSEBIO. ¿No lo ha de hacer? ¡Toma! El otro
es un amigo de aquellos
que saben sacrificarse
por su amigo. ¡Qué bureos
hemos tenido! No hay más;

en diciendo que en el juego
me presta, todo está dicho.
Y si no, pronto saldremos
del cuidado. ¿Juan, Juan, Juan?

ESCENA VI

Dichos y JUAN.

JUAN. Más gritos. Para boyero
tiene usté una voz que asombra.
EUSEBIO. ¿En dónde estabas, camello?
JUAN. ¡Toma! Recogiendo puntas
de cigarro por el suelo.
EUSEBIO. ¿Y eso es antes que acudir
cuando llamo?
JUAN. Por supuesto,
que en el día los chicotes
deben pisarse. Está bueno
para chanzas el tabaco.
Ayer me dió el estanquero
raíces de escorzonera
por cigarros. ¡Qué gran perro!
EUSEBIO. Reniego de tu tabaco
y tu pesadez. Ve presto,
y di a don Carlos que suba.
JUAN. ¿Tiene usté en el cañutero
algún chicotico?
EUSEBIO. Marcha
a lo que digo, o te arreo
con el pie.
JUAN. Ya voy, señor.
Búsquelo usted para luego.

EUSEBIO. Bien; lo buscaré.
JUAN. Siquiera
porque le traigo y le llevo
cuando se ofrece... No digo
nada más. Usté es discreto. *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS, menos JUAN.

EUSEBIO. ¡Qué postema!
RITA. Es como el plomo.
EUSEBIO. No tenga usté algún recelo.
Yo sé bien quién es don Carlos.
No digo yo a don Prudencio,
que parece un poco tonto;
pero al hombre más experto
es capaz, si se le pone
en los cascos, de envolverlo.
RITA. ¡Cómo me gustan los hombres
que tienen entendimiento!
Pero él viene.

ESCENA VIII

DICHOS y DON CARLOS, sin sombrero, con la pluma en la mano.

CARLOS. Juan me dijo
que me llamabas.
EUSEBIO. Es cierto.
CARLOS. ¿Qué me quieres?
EUSEBIO. Siéntate.
CARLOS. Ahora sentarme no puedo,
porque el tío solicita

que vaya por el correo
una maldita factura,
y ya la estoy concluyendo.

EUSEBIO. Pues, Carlitos, te llamamos
para que luzcas tu ingenio.

CARLOS. Vaya, ¿y qué es el caso?

EUSEBIO. Escucha.
¿Qué hablamos en el paseo
ayer tarde?

CARLOS. Allí se habló
de que estabas sin dinero
y... ¿qué sé yo? ¡Se trataron
tantas cosas!...

EUSEBIO. Lo primero,
¿no fué de mi hermana?

CARLOS. Sí;
acerca del casamiento.

EUSEBIO. Y bien; ¿qué te dije yo?

CARLOS. Que estabas hecho un veneno,
viendo que será preciso
partir con un forastero
tu caudal; y yo te dije
que todo tiene remedio,
menos la muerte.

EUSEBIO. Es verdad;
y, como me ayudes, tengo
de desbaratar la boda.

CARLOS. Ya tú conoces mi genio.
¿Qué quieres que haga por ti?

EUSEBIO. Una bagatela. Quiero
que te finjas novio antiguo
de Clara, con documentos

falsificados, con prenda
(que ésa acá te la daremos)
y, en fin, con los requilorios
de un empate.

CARLOS. Ya te entiendo.
¡Cáscaras!, que el enredillo
es peliagudo. Primero
será menester pensarlo.

EUSEBIO. ¡Cómo! ¿Tú tienes recelo?
No lo creyera. ¿Y de qué?

CARLOS. ¿Te parece que don Pedro
armará poco rüido?
Mira : lo menos, lo menos,
me plantará en la del Rey;
y, ya se ve, yo no siento
dejar la casa, sino
adquirir en el comercio
mala fama. Ya tú sabes
que mas que tenga un casero
cuatrocientos extravíos,
nadie le roe los huesos;
pero como el infeliz
piense en casarse, al momento
le cierran todas las puertas,
y se queda pereciendo.

EUSEBIO. Vaya, vaya, que el reparo
me ha hecho fuerza. Mira, necio :
en muriéndose mi padre,
¿no serás, entonces, dueño
de la casa? Tú no ignoras
que me fastidia el manejo
de los negocios y que

necesito un compañero
que dirija esa monserga,
mientras ando en mis bureos.
¿Conque a quién podré elegir
mejor que a ti, por tu genio,
tu honradez y..., la verdad,
porque te estimo?

CARLOS. No niego
que será así. Pero mientras
que no se le antoje al viejo
salir de este mundo, ¿cómo
sin destino me mantengo?

EUSEBIO. Con lo que yo te señale.

CARLOS. Pero tú...

TECLA. ¡Jesús! Por eso
no se desconsuele usted.
Dios no lo permita; pero
si por mi causa lo viese
desacomodado, creo
que hasta la postrer alhaja
vendiera por socorrerlo.

EUSEBIO. Hombre, no tengas cuidado.
Quince, veinte, treinta pesos
que necesites al mes
para la broma o el juego,
se te darán al instante.
Mira: mi padre está enfermo.
Él es regañón; mañana
de un berrinchín queda tieso;
y entonces, Carlitos mío,
nosotros dos triunfaremos.
Vaya, responde: ¿lo harás?

CARLOS. Me pones en un estrecho...
EUSEBIO. No seas tímido.
RITA. ¡Qué hombre
tan cobardísimo!
TECLA. ¿Puedo
lisonjearme, don Carlos,
de que empleará sus talentos
en servirnos?
CARLOS. Sí, señora;
ya estoy a todo resuelto.
¿Qué no haré yo por ustedes?
Si supiera que don Pedro
me daba un pistoletazo,
no he de ceder del empeño.
EUSEBIO. Ahora sí que eres mi amigo.
RITA. ¡Si don Carlos vale un reino!
TECLA. Crea que, en mis devociones,
no lo olvidaré.
CARLOS. Por cierto
que si me despide el tío,
me pondré gordo con eso.
TECLA. ¡Jesús! Cuente usted, don Carlos,
con mis facultades.
EUSEBIO. Presto;
ven a escribir el papel;
y tú, Rita, ve allá dentro,
y mira lo que le puedes
pescar a mi hermana.
RITA. Quedo
impuesta. Seguro está
que se malogre el proyecto
por falta de prenda. ¡En buenas

manitas está el pandero!

EUSEBIO. Ven, Carlitos.

CARLOS. Ya tú ves
a lo que me comprometo
por servirte, y que yo...

EUSEBIO. Vamos;
y ahora no pienses en ello.
(Vanse los dos.)

RITA. Voy a descubrir el campo. *(Vase.)*

TECLA. Y yo en mi cuarto me encierro
a implorarte los auxilios
que necesitas del Cielo.

ACTO SEGUNDO

—

ESCENA I

DON EUSEBIO, DON CARLOS y luego RITA.

CARLOS. ¡Qué diablura! Sobre que
tiemblo de pies a cabeza
cuando pienso en los bufidos
que dará tu padre.

EUSEBIO. Deja,
que después lo amansaremos.
Sobre todo, el que desea
manejar plata y hacer
un papel brillante, es fuerza
que estafe, embrolle y engañe;
y si acabase en tragedia,
paciencia, que alguna cosa
debe exponer el que juega.

CARLOS. Es que yo temo la cárcel.

EUSEBIO. ¿Cárcel por una friolera?
¡Qué cobarde!... Pero aguarda,
que Rita viene. ¿Y la prenda,
pudiste pescarla?

RITA. *(Saliendo.)* ¡Toma!
Ya hice yo mi diligencia;
y si ustedes no me creen,
será preciso que crean

a esta sortija, que tiene
un rubí como una rueda
de molino.

EUSEBIO. Un reino vales.

RITA. ¡Qué favores!

EUSEBIO. Di, morena:
¿me quieres dar un abrazo?

RITA. Me sofoco si me aprietan.

CARLOS. Yo los doy con suavidad.

EUSEBIO. Y yo también.

RITA. Anda fuera,
tentación. *(Huye, y la siguen.)*

EUSEBIO. No has de escaparte.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA TECLA.

TECLA. Niños, ¿qué algazara es ésta?

RITA. Si me quieren abrazar...

TECLA. ¿Qué es esto? Suéltala, o llevas
un pellizco.

EUSEBIO. También hay
para usted. *(La abraza.)*

TECLA. ¡Que me revientas!
Toma, para que escarmientes.
¡Qué criaturas! Sólo piensan
en jugar.

EUSEBIO. ¡Toma! Lo mismo
haría usted cuando doncella.
No empiece usted a marearnos
con sus sermones; y sepa
que el novio postizo tiene

asegurada la prenda
y la palabra.

TECLA. ¿Tan presto?
¡Ay, que las carnes me tiemblan!
Mi señora Santa Rita;
cuatro milagros de cera
y uno de plata os ofrezco
si nos sacáis de la empresa.

EUSEBIO. ¡Toma si nos sacará;
como que en la faltriquera
tengo una carta que vale
un tesoro!

TECLA. ¡Cómo!

EUSEBIO. En ella
se manifiesta que el padre
de don Prudencio desea
la conclusión de la boda
para quebrar.

TECLA. ¡Qué vileza!
¿Pero quién la escribe?

EUSEBIO. Él mismo.

TECLA. ¿Y a quién?

EUSEBIO. ¡La pregunta es buena!
¿A quién ha de ser? Al hijo.

TECLA. ¡Vaya; si no lo creyera!
¿Y cómo llegó a tus manos?

EUSEBIO. ¡Qué sandez! Por la estafeta
de Carlitos.

CARLOS. Sí, señora.
Yo he falseado su letra
y el horrible garabato
de su firma; de manera,

que si el hijo va a Laredo
y al viejo se la presenta,
afirma que es suya, y pide
el braguero a toda priesa.

TECLA. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Y a qué fin
es esa carta?

EUSEBIO. Usted vea,
oiga y calle, que yo sé
lo que me hago.

TECLA. Me llenan
de temor tus travesuras.
¡Señor; oid a esta sierva!

ESCENA III

DICHOS y JUAN.

JUAN. Ahí está...

EUSEBIO. ¿Quién? Habla, bruto.

JUAN. Pero si usted no me deja...

EUSEBIO. Si eres un asno... Prosigue.

JUAN. Ahí está...

EUSEBIO. Me desespera
este tonto.

TECLA. No te irrites.

RITA. ¿Tienes frenillo en la lengua?

JUAN. ¿He de hablar de carretilla?
Por cierto que es linda tema.

TECLA. Vaya, ¿quién es?

JUAN. Don Prudencio.

EUSEBIO. Pase adelante. ¿Qué esperas?

JUAN. ¿Tiene usté aquel encarguito?

EUSEBIO. ¿Qué encargo?
JUAN. ¿Ya no se acuerda
de aquéllo?
EUSEBIO. Di: ¿qué es aquéllo?
JUAN. Toma; aquello que jumea.
RITA. Explícate.
JUAN. El chicotito
que le pedí habrá hora y media.
EUSEBIO. Yo no sé cómo te aguanto.
RITA. Ve a lo que te mandan, bestia.
JUAN. Por Dios, no me olvide usted,
porque el vicio no me deja... (*Vase.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos JUAN.

RITA. ¡Qué fastidioso!
EUSEBIO. Cuidado;
que ahora comienza la escena.
Cada cual haga el papel
que le corresponde.
TECLA. Acerca
aquí una silla.
RITA. Aquí está.
CARLOS. Silencio todos, que llega.

ESCENA V

Dichos y DON PRUDENCIO.

Doña Tecla se sienta fingiendo que llora, con el pañuelo en los ojos. Don Eusebio cruza los brazos y se pasea, pateando. Don Carlos se queda a un lado, en pie, con los ojos fijos en el suelo. Rita se apoya sobre el espaldar de un taburete, manifestando confusión.

PRUD. Señores; felices días.
Mi señora doña Tecla,
¿qué es esto? ¿Qué tiene usted?
TECLA. ¡Ay! ¡Que ya no tengo fuerzas
para sentir!
PRUD. Qué, señora,
¿está usté acaso indispuesta?
TECLA. No, señor.
PRUD. ¿Pues qué otro origen
tiene ese llanto? Merezca
mi amistad su confianza;
descúbrame usted su pena.
TECLA. ¡Ay, mi señor don Prudencio;
que estos hijos, o estas fieras,
han de quitarme la vida!
EUSEBIO. ¡Qué hermanita! Si tuviera
una pizca de dominio,
yo le aseguro...
RITA. ¡Está buena
la injusticia! Yo no sé
por qué a las pobres sirvientas
se han de achacar los deslices
de las señoritas.

EUSEBIO. Cierra
ese pico; que vosotras
sois siempre las tapaderas.
¡Que no pudiera yo hacer
hoy un ejemplar!...

PRUD. Me llenan
ustedes de confusión.
Qué, ¿doña Clara pudiera
merecer esos extremos
de indignación?

TECLA. En la tierra
no hay madre más infeliz.

EUSEBIO. ¡Estamos buenos! ¡Me tientan
los demonios!

PRUD. Don Eusebio,
témplese usted. La promesa
de don Pedro y el amor
que a doña Clara me estrecha,
no me permiten, amigo,
mirar con indiferencia
los disgustos de esta casa;
y, así, no extrañe que sea
importuno en inquirirlos.
Vamos; ¿por qué son las quejas
de esta señora? ¿En qué pudo
doña Clarita ofenderla?

EUSEBIO. ¿En qué?... Mejor es callar,
porque si hablo...

PRUD. Prudencia;
sin irritarse.

EUSEBIO. No, amigo;
yo no despego la lengua.

El señor, que es su rival,
puede darle la respuesta.

PRUD. Pues decid.

CARLOS. Que es la desdicha
mayor el tener pobreza. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos DON CARLOS.

PRUD. ¿Qué estilo es éste? No sé,
ciertamente, si me ofenda
de un silencio que me expone
a estos desaires.

EUSEBIO. Quisiera
no darle yo la noticia;
mas, puesto que usted se queja
de mi silencio, le digo
que don Carlos tiene prenda
y palabra de mi hermana.
¡Indigno! ¡Con qué insolencia
se declaró! Yo no sé
cómo... ¡Vaya; si no fuera
por la que está en esa silla!...
Mejor es callar... Me llevan
los diablos cuando no puedo
usar de mi genio.

TECLA. ¡Vengan,
Señor, más pesares juntos
sobre este montón de tierra
que ha excitado vuestras iras!

RITA. Señor don Prudencio: piensan

que yo he sido... (no sé cómo
explicarme) la alcahueta
de los niños. ¡Mire usted!
Una moza... (aunque parezca
mal que yo lo diga) tan...

EUSEBIO. Vamos, alábate.

RITA. ... honesta.
Sí, señor; puedo decirlo
con mi cara descubierta.

EUSEBIO. Déjame en paz.

PRUD. ¿Pero cómo;
doña Clarita...? ¿Es quimera?
¿Una niña tan amable,
tan recatada, tan llena
de virtudes, contraerse
sin la debida anüencia
de sus padres; engañarme
con una falsa terneza;
usar de unos artificios,
de un dolo, de una reserva
que en su edad son imposibles?

RITA. Yo tampoco lo creyera;
mas, con esto, ya descubro
todo el misterio de ciertas
acciones, ciertas miradas
y ciertas palabras sueltas
de que nunca he maliciado.
Ya se ve; yo soy sincera
y no pienso mal de nadie.
Ayer iba a la despensa
por jamón, y los hallé
arrimados a la mesa

del comedor. Bien oí
que él le decía: «Ya es fuerza
quitarse la mascarilla.»
Preguntóle entonces ella:
«¿Y cuándo será? — Mañana»,
le respondió. Entré en la pieza,
y al instante se salieron.
¿Quién formaría sospecha
de tres palabras al aire?
¡Estaba yo tan ajena
de este enredo! Pero ya...,
¡Jesús!..., nadie me la pega.
¿Niñas? ¡Cáspita! Si yo
fuese juez, no consintiera
que se pusiese una amiga
a dos leguas de una escuela.

EUSEBIO. ¡Que no los hubiera hallado
tan sólo una vez siquiera
en secretitos!...

TECLA. ¡Villana;
mala hija!... No; no es ésta
la crianza que le he dado!

RITA. ¡Y qué cierto!

TECLA. La perversa
siempre ha vivido a mi lado
como una joven honesta.

RITA. Y yo testigo.

TECLA. ¡Malvada!...

PRUD. Señora; nada aprovechan
las lágrimas, aunque justas;
el despecho nada enmienda.
Además de eso, el delito

no es de tal naturaleza
que carezca de disculpa.
Un joven cuya presencia
con tantos méritos brilla;
que en el estrado, en la mesa,
desenvuelve sus talentos;
que, desde su adolescencia,
debajo de un mismo techo
hace alarde de sus prendas,
no es mucho que haya encendido
con sus gracias tan violenta,
tan voraz llama en el pecho
de una jovencita tierna.

EUSEBIO. Por más que usted la disculpe,
yo he de hacer que se arrepienta
de su liviandad.

ESCENA VII

DICHOS y DON PEDRO.

PEDRO. ¿Y quién
se ha de arrepentir? Mas, Tecla,
¿por qué lloras? Don Prudencio;
descalcémonos, que hoy riega
mi mujer toda la sala
con sus lágrimas; y fuera
irreverencia pisarlas
con el polvo de las suelas.

TECLA. ¿Vienes, hombre, a duplicar
mi martirio? Por Dios, deja
que llorando desahogue

mi corazón.

PEDRO. ¡Qué embustera!
¡Yo me pierdo! ¡Vive Dios,
que a no ser porque dijeran...!

PRUD. Esta señora, don Pedro,
con mucha razón se queja.
Una madre que ha sufrido
tantos afanes y penas
por inspirar sus virtudes
a una hija, dulce prenda
de su ternura, no puede
mirar con indiferencia
la ceguedad con que, hollando
todo respeto, enajena
su corazón, y dispone
de su mano; ligereza
que, si el amor la disculpa,
el decoro la condena.

PEDRO. Yo no entiendo a usted.

PRUD. Señor;
doña Clarita se encuentra
sin libertad. A don Carlos
le ha dado la preferencia
el amor; y yo respeto
lo que su deidad decreta.

PEDRO. Pero ¿cómo? ¿Quién lo ha dicho?
¿Por dónde se sabe? Tecla,
¿qué embrollo es éste?

TECLA. Don Carlos,
a instancias de la perversa,
se ha declarado conmigo.

PEDRO. ¿Qué dices? Rita, anda apriesa.

Llámame a Clara. ¡Traidora! *(Vase Rita.)*
Si es verdad, ¡infeliz de ella!

ESCENA VIII

DICHOS, menos RITA.

PRUD. Señor don Pedro; el rigor
perjudica, no remedia
en estos casos, y así...

PEDRO. Calle usted; que no hay prudencia
cuando los hijos se burlan
de la crédula terneza
de sus padres. ¡Quién juzgara
que toda aquella modestia,
aquella humildad, aquel
recato, aquella obediencia
fuesen sólo una impostura!
¡Qué astuta! Dios nos defienda
del agua mansa. No, amigo;
ya no tendré la flaqueza
de creer en gazmoñadas.
¡Hipócrita! Mira, Tecla,
el fruto de tus arrobos,
de esa estéril e indiscreta
santidad de que te jactas.
¿Lo ves? ¿Querrás que enmudezca
que no culpe el abandono,
la insensatez, la indolencia
con que educas tu familia?

TECLA. Hombre, no me aturdas; cesa.
Bien temía era preciso

que tronase la tormenta
sobre mí. Dadme, mi Dios,
por vuestro amor, resistencia.

ESCENA IX

Dichos, DOÑA CLARA y RITA.

RITA. Aquí está la señorita.
CLARA. ¿Qué manda usted?
RITA. Aquí es ella.
PEDRO. ¿Me conoce usted, señora?
CLARA. Esa pregunta me aterra,
padre mío.
PEDRO. Pues si sabe
que su padre no tolera
liviandades ni perfidias,
¿cómo a mi vista no tiembla,
después de haberme burlado?
Diga usted, señora: ¿piensa
que con dos mimos y tres
lagrimitas me enternezca,
y proteja su delirio?
Vaya, responda; no quiera
que le haga hablar. *(Amenazándola.)*
CLARA. Padre mío;
suplico a usted que suspenda
su indignación.
PEDRO. Vamos, habla;
no me apures la paciencia;
pues si me irrito...
CLARA. Señor;

si ignoro por qué se altera,
¿qué quiere usted que responda?

PEDRO. Ya no sirven apariencias
ni disimulos; responde,
responde, pues, con presteza.

CLARA. Haga usted lo que gustare;
pero sé que mi inocencia
no merece esa injusticia.

PEDRO. ¡Conque inocente! ¡Embustera!;
¿aun piensas alucinarme,
cuando ya la buena pieza
de don Carlos ha tenido
la solemne desvergüenza
de pedirte?

CLARA. ¿Qué don Carlos,
ni qué pretensión es ésa?
Yo no entiendo a usted, señor.

EUSEBIO. Mujer, no te desentiendas.
Si ya lo sabemos todo.

CLARA. ¿Pero qué saben? ¿Desean
volverme el jüicio?

TECLA. Calla;
y Dios no te tome en cuenta
el pesar que me ocasionas.

CLARA. ¿Qué conjuración es ésta,
Dios de mi alma?

RITA. Señorita;
diga usted, por Santa Elena,
si en sus tratos o no tratos
la he servido de tercera.

CLARA. ¿Qué dices?

RITA. Que lo declare;

porque no quiero que muerdan
mi estimación.

CLARA. ¡Yo estoy loca!

PRUD. Yo, señora, aunque pudiera
quejarme de un desengaño
que desairado me deja,
es mi afecto tan leal,
que solamente la idea
de que serán mis suspiros
ecos de su complacencia,
ya que no temple mis ansias,
en parte las lisonjea.

CLARA. ¡Señores; yo me confundo!
¿Qué especie de enigma es ésta?
Hablen ustedes más claro.
¿Para qué son indirectas?
¿En qué he faltado?

PEDRO. ¡Insolente!;
ya no han de servir tus tretas.
¿Juan, Juan? Veremos ahora
si la niña se hace lerda.

ESCENA X

DICHOS y JUAN.

JUAN. ¿Qué manda usted?

PEDRO. ¡Picarón!
¿Qué es esto? ¿Tú te presentas
fumando tabaco?

JUAN. ¿Yo?
¡Dios mío! ¿Qué mala lengua

me ha levantado ese falso
testimonio?

PEDRO. ¿Conque niegas
lo mismo que estoy yo viendo?

JUAN. Señor; por Santa Teresa,
que usted se equivoca.

PEDRO. ¿Cómo?
¿Y esa pipa?

JUAN. Si está llena
de aserrín... Toma; el tabaco
no tizna mi chimenea.

PEDRO. Mira que ya me empalagan
tus chanzas.

JUAN. Pero si...

PEDRO. Apriesa,
llama a don Carlos.

JUAN. Corriendo...;
ya él subía la escalera.

ESCENA XI

DICHOS y DON CARLOS.

PEDRO. Venga usté acá, señor mío.
Cuidado, que si me niega
lo que voy a preguntarle,
lo he de poner a usté en Ceuta.
Vamos; diga francamente
qué tratos tiene con ésa.

CARLOS. Si es delito, padre mío,
el amor y la terneza
de dos finos corazones
que han unido las estrellas,

confieso que somos reos;
y, así, tenga usted clemencia
de nosotros, conociendo
cuán poderosa es la fuerza
de una pasión. Sí, señor;
ahora es justo resplandezcan
su bondad y su dulzura...
Mis lágrimas se lo ruegan,
por la vida de su esposa,
por esta mano que besa
mi humildad, por...

PEDRO. ¡Por los diablos
que te lleven! Ya me ciega
tanto la rabia, que estoy
por hacer... ¿Lo ves, perversa?
¿Qué responderás?

CLARA. No sé;
porque es tanta mi sorpresa,
que voces con qué explicarse
mi sentimiento no encuentra.
¿Qué es esto, señor don Carlos?
¿Es posible que se atreva
con semejante descaro
a mentir en mi presencia?
¿Qué ternura? ¿Qué pasión?
¿Qué influjos de las estrellas?
¿Qué multitud de locuras
ha proferido? Usted sueña...
¿Yo amarlo? Yo, ¿cuándo o cómo
le he dado la menor muestra
de cariño?

CARLOS. Señorita,

ya está soltada la piedra;
conque no hay otro remedio
que ablandar, con nuestras tiernas
lágrimas, el corazón
del señor don Pedro.

CLARA. ¿Intenta
burlarse de mí este hombre?
¿Qué es lo que habla? ¿Está fuera
de jüicio?

CARLOS. Doña Clara;
si, por rubor o violencia,
pretende usted desmentir
mi confesión, será fuerza
ratificarla.

CLARA. ¡Impostor!
¿Aun tendrá usted la insolencia
de sustentar un engaño
tan manifiesto?

CARLOS. Quisiera
no verme en la precisión
de publicar las finezas
de una dama; pero cuando
las circunstancias me estrechan,
perdone usted si, grosero,
hago alarde de esta prenda.
(Muestra un anillo.)

EUSEBIO. Pues; su anillo.

TECLA. Yo no sé
cómo no me caigo muerta.

PRUD. ¿Ya qué tengo que dudar?

RITA. ¡Ay! Ya me acuerdo; una siesta...
¿Fué el mes pasado? No..., el otro...,

jurara que en la escalera
le alargaba usté el anillo.

CLARA. ¡Infame; tú mientes!

RITA. Ea,
se acabó; lo soñaría;
por eso no haya quimera;
tiene usted mucha razón.

PEDRO. Y bien, señora; ¿esta prueba
le parece despreciable?
¿Tendrá usted la desvergüenza
de hacer otros aspavientos
para borrar su flaqueza?
Ea, pues; ¿qué dice usted?

CLARA. Digo que es la más perversa,
la más infame impostura,
y que...; pero ya es bajeza
tanta disculpa. Señor;
no extrañe usted que enmudezca.
Yo no puedo proferir
sino amarguísimas quejas
contra todo el que me agravia
y siendo quien más se empeña
en desdorarme mi padre,
por que el dolor que me ciega
no se olvide del respeto,
echaré un nudo a mi lengua,
aunque en el silencio quede
poco airosa mi inocencia.

PRUD. *(Aparte.)* ¿Será falso este lenguaje?

PEDRO. ¡Yo he de perder la cabeza
con este enredo! Don Carlos
o don demonio; si es cierta

la palabra, ¿cómo Clara
redondamente la niega?
¿Qué misterio es éste?

CARLOS. Ignoro
los fundamentos que tenga
para tan intempestiva
mudanza. Pero si piensa,
o porque esté arrepentida
de amar a quien escasea
sus favores la Fortuna,
o porque las iras tema
de una familia que funda
el mérito en las riquezas;
si piensa, digo, por esto
negar su fe y su promesa,
por más que finja y proteste
no es posible que desmienta
este documento...; sí;
me acuerdo de aquella siesta
que le recibí, postrado,
de esa mano que... Mas era
otro tiempo entonces. ¡Ay!...
¡Cuán fácilmente se truecan
los suspiros en ultrajes,
en aversión la terneza!
Y más cuando...

PEDRO. ¿De qué sirven
tantas pantomimas? Ea;
¿qué contiene ese papel?

CARLOS. Una inconstancia de aquellas
que ofrecen al agraviado
mil disculpas, si se venga.

CLARA. Pero ¡cómo!
CARLOS. Sí, señora;
supuesto que usté atropella
mi honor y su fe, tolere
que, irritado de la ofensa,
tome un miserable amante
la venganza que le queda.
(Lee.) «Yo, doña Clara de Vargas Machuca, enamorada de don Carlos Antonio Fernández, le doy palabra y mano de esposa, sin que sirvan de pretexto para revocarla ni el disgusto que pueda manifestar mi familia, ni el desheredamiento, ni cuantos males me produjere el logro de mis deseos. Y para que conste en todo tiempo la fe con que le entrego mi corazón, firmo la presente en Cádiz a 20 de julio de 1800. — *Clara de Vargas Machuca.*»
EUSEBIO. ¡A ver la niña!
TECLA. ¡Dios mío!
¿Quién a estos niños enseña
un lenguaje que yo ignoro,
siendo mujer de cincuenta?
PEDRO. Y bien; ¿qué dirás ahora?
¿Callas, infame?
CLARA. ¡Qué pena!
No puedo más. *(Se desmaya.)*
TECLA. ¡Ay, mi Clara,
que se desmaya!
RITA. Me quiebra
el corazón. Marcha, pronto,

por agua.
JUAN. ¡Pobre mozuela! *(Vase.)*

ESCENA XII

DICHOS, menos JUAN.

EUSEBIO. Ya no puedo más. ¡Que esté
toda la casa revuelta
por un vil! He de beberte
la sangre.
RITA. ¡Que se pelean!
PEDRO. Tente, Eusebio.
TECLA. ¡Hijo de mi alma!
EUSEBIO. ¡Déjenme ustedes!
PEDRO. ¿Qué espera?
Plántese al punto en la calle,
antes que de otra manera
se lo mande.
CARLOS. Poco a poco,
señor don Pedro.
PEDRO. Pues ea;
obedezca usté al instante.
CARLOS. En su casa usted gobierna;
pero en la calle, yo haré
que mis derechos se atiendan. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DICHOS, menos DON CARLOS.

EUSEBIO. No me impidan que lo mate.
PRUD. Don Eusebio...
PEDRO. ¿Te sosiegas,

niño o demonio? Di.

CLARA. ¡Ay, cielos!

RITA. Ya parece que se alienta.
Vamos; llore usted.

CLARA. Yo muero...

PEDRO. Quítenla de mi presencia,
si no quieren que la ahogue
entre mis manos.

TECLA. Ya es ésta
demasiada crüeldad.

PEDRO. Chitón; y tú no te metas
en este asunto.

RITA. Señora;
venga usted.

CLARA. No tengo fuerzas
para sostenerme.

RITA. Vamos
poquito a poco. *(Vanse las dos.)*

ESCENA XIV

DON PEDRO, DOÑA TECLA, DON EUSEBIO, DON PRUDENCIO y JUAN.

JUAN. ¡Qué fresca
viene el agua!

PEDRO. Majadero;
vete de aquí.

JUAN. La tormenta
rompió en agua. Juan; a casa,
no caiga alguna centella... *(Vase.)*

ESCENA XV

DICHOS, menos JUAN.

PRUD. Señor don Pedro; este lance
ha oprimido de manera
mi corazón, que es preciso
se sirva darme licencia
para recobrarme.

PEDRO. ¿Cómo?
¿Usted se va? ¿Ya me deja
mi único amigo?

PRUD. Señor;
su amigo de usted se ausenta
para poder suspirar
y quejarse de su estrella,
con libertad. Cuando calmen
el tumulto y la violencia
de mis ansias; cuando el grito
de la razón enmudezca
mis sentimientos, no dude
que, entonces, su amigo vuelva,
no a cumplir con una estéril
y maquinal etiqueta,
sino a ofrecerle la misma
voluntad con que a sus puertas
solicitó una ventura
que la desgracia le niega. *(Vase.)*

ESCENA XVI

DICHOS, menos DON PRUDENCIO.

PEDRO. ¡Que no conozca esa loca
la notable diferencia

que hay de hombre a hombre! ¿Es posible
tal ceguedad? ¡Quién creyera
tan poco seso en Clarita!
Honradez, caudal, nobleza,
todo lo ha perdido, todo.
¿Y por quién? Por un tronera.
No hay remedio; si mi amigo
don Prudencio la desprecia
(que hará muy bien en hacerlo)
aunque por ella interceda
el mismo Rey, al instante
la sepulto en una celda.

EUSEBIO. Yo discurro que hará usted
lo postrero cuando lea
dos rengloncitos.

PEDRO. ¿Qué dices?

EUSEBIO. Que engañan las apariencias;
y por eso, a cada instante,
nos hallamos en las presas
de alguno de tantos lobos
como llevan piel de oveja.

PEDRO. Déjate de alegorías,
y habla claro.

EUSEBIO. Cuatro letras
descifrarán el misterio. *(Le da una carta.)*

PEDRO. ¿Qué simpleza será ésta?
(Lee.) «Querido hijo: Nuestros asuntos están cada vez en peor estado. La casa de Mr. Potier, que acaba de quebrar en Holanda, giraba, como sabes, la mayor parte de nuestros intereses; y este funesto golpe me deja sin esperanza de soste-

ner mi crédito más tiempo. Por tanto, acelera tu boda con doña Clara, pues no quisiera que mi desgracia te privase de las comodidades que te promete tan ventajoso casamiento. Es verdad que esta conducta no dejará de ser vituperada; pero la necesidad obliga muchas veces al hombre a obrar contra sus verdaderos sentimientos. Queda pidiendo a Dios guarde tu vida muchos años, tu padre que de corazón te ama, — *Francisco Ignacio Vergara.*»

¡Yo estoy pasmado! ¡Una casa
tan fuerte! ¡Quién lo dijera!
Pero dime: ¿quién te ha dado
esta carta?

EUSEBIO. Mi destreza.
Esta mañana a las siete
fingía leer la *Gaceta*
de Leyden; pero se estaba
vistiendo con tanta priesa,
que no quise importunarlo.
Sentéme junto a la mesa;
y, estándole revolviendo
los libros, vi la cartera
junto al tintero y, al lado,
esta carta medio abierta.
Yo no soy curioso; pero
conociendo que era letra
de su padre, mientras él
se lavaba en la otra pieza,
le pasé la vista, y luego

me la eché en la faltriquera
para que usted viese el lazo
prevenido.

TECLA. ¡Qué vileza!

PEDRO. ¿Es posible, santo Dios,
que de esta suerte procedan
los hombres más timoratos?
¿Qué harán los que no profesan
sino la estafa y el fraude?
Lo digo: es una quimera
la honradez. Todos son buenos,
son justos, mientras no media
el interés; porque entonces
no tienen fe ni conciencia.
¡Jesús! ¡Jesús!

TECLA. Yo me pasmo
de que las gentes no teman
el divino azote. ¡Somos
muy pecadores! Paciencia.

PEDRO. Si no quieres que me ahorque,
cállate, mujer.

TECLA. ¡Qué tema
me ha tomado! ¡Jesús mío;
no puedo mover la lengua
sin que se ponga este hombre
más rabioso que una hiena!

EUSEBIO. Padre, ahora, tiene motivo
para irritarse. ¿Es friolera
lo que mi hermanita ha hecho?

TECLA. ¿Y he de pagar yo la pena
de su liviandad? ¡Malvada!
Si su padre me creyera,

mañana mismo en un claustro
la encerrara.

PEDRO. Si me tientas,
puede ser que sea esta tarde.

TECLA. ¡Ojalá, pues, que así fuera,
Pedro mío; que de Clara
no hay que esperar cosa buena.
¡Sí, lo digo! Una mocita
que solamente se prenda
de mozuelos; que, a tu espalda,
su palabra y mano empeña,
no está segura. Quizá
mañana será la presa
de un seductor, y tendremos
que suspirar su flaqueza
y nuestro descuido. Dios
no permita que yo sea
madre de una pecadora;
primero me caiga muerta.
Después de eso, ¿quién será
tan loco que la pretenda,
conociendo sus desbarros?
No, Pedro mío; aunque sean
los hombres calaverillas,
quieren mujeres honestas
y juiciosas. Conque, hijo;
si hemos de estar siempre alerta
con la niña, y a la postre
se ha de perder, mejor fuera
librarnos de sobresaltos
y, sin dilación, meterla
en Candelaria; que allí,

con la continua abstinencia
y disciplina, este freno
de la carne que nos tienta,
se olvidará brevemente
de las cosas de la tierra.

PEDRO. Y mas que nunca se olvide,
¿qué me importa? Llore; sienta
el haberme así engañado.
¡Falsa!... Creí verdadera
tu resignación; creí
que lograse mi terneza
labrar tu dicha... Mas no;
no es tiempo de vanas quejas...
Ahora mismo... ¿Dónde está
mi sombrero? Aunque ya sea
tarde, no he de comer hoy
hasta hacer las diligencias... (*Vase.*)

ESCENA XVII

DICHOS, menos DON PEDRO.

EUSEBIO. Perfectamente, mamá.
¡Qué bien nuestra estratagema
se ha logrado! Vaya; Carlos
es un héroe.

TECLA. Estoy contenta
por haber puesto a Clarita
en la más segura senda
de la salvación. ¡Qué gozo
fuera el mío si quisieras
ser religioso!

EUSEBIO. ¿Quién? ¿Yo?
No le respondo una fresca
por no perderle el respeto.
¿Habrá más maldita vieja? *(Vase.)*
TECLA. ¡Qué loco! Ya; si es muchacho...
Luego que cumpla los treinta
será un santo. Quiera Dios
que, amigos, no le perviertan.

ACTO TERCERO

—

ESCENA I

DON PEDRO, que viene de la calle pensativo;
y luego RITA.

PEDRO. Todo está allanado... No;
no ha de estar la niña en casa
un momento. ¿Rita, Rita? *(Llamando.)*
¡Cuál la infiel me alucinaba
con sus mojigaterías!
Mas ¿qué mucho, si la santa
de mi esposa es otra tal?

RITA. *(Saliendo.)*
¿Qué manda usted?

PEDRO. ¿Qué hace Clara?

RITA. Llorando como una niña.

PEDRO. ¡Fingimientos! No me engaña.
Ya pasó ese tiempo. ¿Juan? *(Llamando.)*
¡Una y mil veces malhaya
mi simpleza! ¡Que no hubiera
conocido la añagaza
de su fingida humildad!
Pero ¿qué hace este canalla?
¿Juan, o demonio?

ESCENA II

DICHOS y JUAN.

JUAN. Señor;
por Dios, que no tengo astas,
ni pies de gallo, ni cola,
ni crin, ni garras, ni patas.

PEDRO. No me irrites. A Ramón,
que ponga el coche.

JUAN. Tarara.
Hoy creo que no se come,
y yo estoy como una flauta. *(Vase.)*

ESCENA III

DICHOS, menos JUAN.

PEDRO. Ve allá dentro y dile a Tecla
que arregle sobre la marcha
la ropa que ha de llevar
esa mujer...

RITA. ¡Ay, qué cara!
Lucifer es un Adonis. *(Vase.)*

ESCENA IV

DON PEDRO, solo.

¡Hijos! ¡Ellos acibaran
nuestros placeres! ¡Qué ingratos!
El sustento; la enseñanza;
los halagos; nada sirve;

nada los obliga, nada;
seguro está que, en obsequio
de sus tristes padres, hagan
el más leve sacrificio.
¡Ay, qué día! De la rabia
y la agitación, no puedo
sostenerme... Ya me cansa
la vida; sí, es mi martirio...
Pero don Prudencio; vaya,
¡quién lo creyera!

ESCENA V

DON PEDRO y DON PRUDENCIO.

PRUD. Señor;
aunque la fiera borrasca
que ha excitado en mis sentidos
un burlado amor, no calma;
y aunque estos dulces umbrales
exasperan más la llaga
de mi corazón, con todo,
la amistad que nos enlaza
tiene en mí tanto poder
que a costa de muchas ansias
vengo a cumplir...

PEDRO. Yo lo estimo;
y me pesa que se haya,
por un vano cumplimiento,
molestado.

PRUD. Usted me agravia,
si juzga que la verdad

no acompaña mis palabras.
PEDRO. ¡Ah, don Prudencio! En el día
todo se vuelve hojarasca,
falsedades, artificio...
¿A qué andarse por las ramas?
Quitémonos uno y otro
la mascarilla. Usted trata
de engañarme, y yo no quiero
ser la risa de esta farsa;
conque busque usté otro simple,
mientras le doy a Dios gracias
de haberme abierto los ojos
cuando casi ya pisaba
el precipicio.
PRUD. ¿Qué es esto,
señor don Pedro? ¿Qué habla?
Sin duda que, con la pena,
le ha entrado fiebre.
PEDRO. Tomara
fuese efecto de una fiebre,
pues con quince o veinte dracmas
de quina, quedara bueno;
pero el disgusto y la rabia
que me ha dado la perfidia
de un hombre que me llamaba
su amigo, no han de quitarse
con cuantas drogas ensartan
todas las... ¡Cáspita! ¿Somos
por ventura, aquí, de pasta,
para callar?
PRUD. Pero bien;
¿qué delito se me achaca?

Sepamos en qué he faltado.

PEDRO. Es conversación muy larga,
muy fastidiosa; y yo estoy
de mal humor.

PRUD. ¿Cómo?

PEDRO. Basta
de porfía; y para que
no le quede a usté esperanza
de conseguir sus proyectos,
tome usted. *(Le da la carta.)*

PRUD. ¿Qué es esto?

PEDRO. Nada;
sólo quiero a usté advertirle
que si su padre prepara
otro nuevo engaño, tenga
más cuidado con sus cartas. *(Vase.)*

ESCENA VI

DON PRUDENCIO, solo.

¿Qué enredo es éste? Aturdido
estoy con lo que me pasa.
Esta es letra de mi padre.
Veamos, pues.

ESCENA VII

DON PRUDENCIO, y JUAN con un papel en la mano.

JUAN. Si lograra
despegar la oblea... Doile
con saliva. Vaya; es gana.
Se rompe el papel. Si está

la oblea picoteada...
¿Qué he de hacer? ¿Cómo sabré
lo que contiene?

PRUD. ¡Qué infamia!
¿Quién podrá ser el autor
de esta impostura?

JUAN. ¡Malhaya
quien te pegó! Don Prudencio;
si me diera usted palabra
de no descubrirme...

PRUD. Sí;
te lo ofrezco.

JUAN. Pues yo estaba
en el banco del portero
embetunando las rajas
de mi pipa, cuando atisbo
a don Carlillos, que andaba,
envuelto en un capotón,
observando las ventanas.
Yo al instante entré en malicia;
y como tengo esta pasta
que todos son mis amigos,
me llegué y le dije: «Vaya;
¿qué busca usted? ¿Puedo acaso
servirle en algo? — Sí; llama
(me respondió) al señorito.»
Díjele no estaba en casa.
Entonces sacó la bolsa
y me rogó que tomara,
naturalmente, un cigarro;
pero como me temblaba
la mano de regocijo

y tengo las uñas largas,
sin querer me traje el forro
enredado entre las garras.
Después me dió este papel
para que se lo entregara
al señorito, y se fué,
dejándome con la escama
de si será desafío.
¡Contemple usted, si se matan,
qué desdicha! Ya se vé;
yo, en este apuro, no hallaba
callejuela, porque dar
la esquela al amo o al ama,
era perder a don Carlos.
¡Jesús! ¡Dios lo libre! Basta
que me haya dado el pobrete
humo para una semana.
Conque, así, tan sólo usted
puede con dulzura y maña
cortar el lance. Mas cuenta
no me nombre para nada;
que no quiero que ninguno
me tome ojeriza. ¡Guarda!

PRUD. Bien. Veremos lo que dice.

JUAN. ¡Que no se encuentren, Santa Ana!

PRUD. *(Lee.)* «Querido Eusebio: Ya ves cuánto me debes. Estoy en el momento de recordarte tus promesas; pero los papeles no son medios seguros para tratar de nuestros asuntos; y, así, te suplico vayas al café que yo frecuento, donde te aguardo a las cuatro de la tarde, para decirte lo que

pienso y salir de nuestra empresa con victoria. Adiós y no faltes, pues a todos nos interesa el buen suceso. Tu amigo de corazón,—*Carlos.*»

Hombre, sosiega. Ya ves
que están en paz octaviana.
La verdad, no sé qué piense
de este papel. Aquí hay trama.
«Querido Eusebio: Ya ves
cuánto me debes», y acaba
de agraviarlo...

JUAN. Pues, señor;
una vez que las espadas
han de ser las lenguas, venga,
que quiero entregarlo.

PRUD. Aguarda,
que por hoy lo necesito.

JUAN. ¿Pero no ve usted...?

PRUD. Mañana
te lo volveré.

JUAN. Señor...

PRUD. No tengas recelo; calla,
y toma para tabaco.

JUAN. La pipa me hace más falta;
pues la que tengo, ha diez años
que comencé a carenarla.

PRUD. Adiós.

JUAN. Por Santa Cecilia,
que no salga yo en la danza.

PRUD. Yo te lo prometo. *(Vase.)*

ESCENA VIII

JUAN, solo.

Pienso
que algún enredillo traza
don Prudencio. ¿Qué será?
¿Si al fin vendré yo a pagarlas?
Pero venga lo que venga,
hoy no pensemos en nada,
sino en fumar. ¡Qué cigarros!
La boca se me hace agua.

ESCENA IX

JUAN, DOÑA TECLA, DOÑA CLARA y RITA.

RITA. ¡Camastrón!
JUAN. Señora Rita;
cuenta que no quiero chanzas.
Usté es una mozaleja,
y yo tengo ya más barbas
que un zamarro; conque así...
RITA. Vaya, no nos muelas; marcha
y saca el baúl, que está
junto a los pies de la cama
de la señora.
JUAN. Ni el diablo
puede con una crïada.

ESCENA X

DICHOS, menos JUAN.

RITA. Conque, señora, ¿la niña
lleva todas sus alhajas?

TECLA. Su padre no quiere.
RITA. Cierto
que esto ya pasa de raya.
No puedo ver sinrazones.
Pero ¿por qué usted lo aguanta?
TECLA. ¿Qué he de hacer? Iba yo a instarle;
pero a la primer palabra
me dió un bufido tan fuerte
que estuve dos horas largas
como una sorda.
RITA. ¡Jesús!
Me parece que me ahorcara
si diera con un marido
de este temple.
TECLA. No hay constancia
para tan grande martirio.
Yo ya a estas horas obrara
milagros, a no vivir
en una eterna batalla
con este infernal esposo.

ESCENA XI

DICHOS, y JUAN con un baúl.

JUAN. Suspenda usted por un asa.
RITA. Ea, que al dichoso viejo
ya se le caen las bragas.
JUAN. ¡Lengua de víbora!
RITA. Siento
no tenerla.
JUAN. Charla, charla.

¡Qué demonio de mujer!
Le pusiera una mordaza... *(Vase.)*

ESCENA XII

DICHOS, menos JUAN.

CLARA. En fin, ¿con tal vilipendio,
con tal impiedad me arrastran
a mi horrorosa prisión?
¡Dios mío! ¿Estoy en la casa
de mis padres o en las rocas
de los caribes? ¿Quién tanta
barbarie, tanta injusticia
vió jamás?

TECLA. Te pido, Clara,
por San Antonio bendito,
que no me aflijas el alma.

ESCENA XIII

DICHOS y DON PEDRO.

PEDRO. Ea, pues; llegó, señora,
el instante de llevarla
donde eternamente llore
sus locos amores. Vaya;
bajemos, que el coche espera.

CLARA. Padre mío; si mis ansias,
mi pasmo, mi turbación
al ver la insolente audacia
de ese impostor, impidieron
que volviese por mi fama,

hoy que tristemente piso
la orilla de la desgracia,
debo vindicarme, debo
apelar de tan tirana
injusticia a la terneza
de un padre que me estrechaba
entre sus brazos, de un padre
a quien he debido tantas
y tan generosas pruebas
de amor y de confïanza...
Sí, señor; en esta mano,
que mi horrible angustia baña
de tristes lágrimas, juro
que al tal don Carlos...

PEDRO. Te cansas
en vano. Por más que digas
no has de convencerme, Clara.
Conque no perdamos tiempo.

CLARA. Yo no he de dejar sus plantas
sin merecer un momento
de atención.

TECLA. Vamos, muchacha;
resígnate y no resistas
lo que tu padre te manda.

CLARA. ¿Resignarme? ¿Cómo es dable?
¿Qué ley divina ni humana
me impone un torpe silencio
cuando injustamente ultrajan
mi inocencia y, lo que es más,
cuando en el honor me agravian?
No, madre, no; la obediencia
en tales casos degrada,

envilece; y, así, en tanto
que en mi triste pecho lata
un soplo de vida, debo
decir que es falso.

PEDRO. ¿A que callas?

CLARA. La violencia no despoja
del derecho.

PEDRO. Ven; no hagas
que ejecute un desatino.

CLARA. ¿Matarme? Pues ¿a qué aguarda
la ciega crueldad de un padre,
que de una vez no se sacia?
Ea, pues; traspase usted
mi corazón. Nada, nada
me intimida. Más bien quiero
derramar en esta sala
mi sangre, que en un encierro
expirar entre las garras
de mi desesperación.

TECLA. ¿Conque aborreces, villana,
el santo velo?

PEDRO. El encierro
es lo que le desagrada.

CLARA. La violencia, dirá usted,
con que despojarme trata
de la inestimable joya
de mi libertad.

PEDRO. ¡Malvada!;
ya no puedo tolerar
el arrojo con que hablas.
Vamos pronto. *(La agarra de un brazo.)*

CLARA. ¡Padre mío!

TECLA. Camina, descomulgada.
CLARA. Suélteme usted, que yo iré
sin resistirme.
PEDRO. Pues anda.
CLARA. Respiraré. ¿Conque, en fin,
no se escuchan las plegarias
de una inocente? Pues, padre,
tiemble usted de las infaustas
resultas de esta violencia.
Sí; las paredes sagradas
de ese templo serán, padre,
mi suplicio. Sin tardanza
partamos al sacrificio.
Ea; la víctima aguarda
que usted guíe. Ya estoy pronta.
TECLA. ¿En qué piensas, Pedro? Vaya,
¿tú haces caso de rabietas?
En pasando dos semanas,
se olvida de ese mozuelo
y empieza a ser una santa.
PEDRO. Bien dices. Vamos.

ESCENA XIV

DICHOS y JUAN.

JUAN. Don Bruno,
el Alcalde, en la antesala
espera licencia.
PEDRO. Que entre. (*Vase Juan.*)
Retírense ustedes.
TECLA. Clara,

no llores.

CLARA. Calle usted, madre,

que usté es mi mayor contraria.

TECLA. ¿Eso dices? Algún día

puede que me des las gracias.

(Vanse las dos.)

ESCENA XV

DON PEDRO y DON BRUNO.

BRUNO. Señor don Pedro, hace tiempo

que esta ocasión deseaba

de tratarle, y hoy la logro

con la dulce confïanza

de merecer su atención

por la interesante causa

que me conduce.

PEDRO. Señor,

usté es dueño de mi casa

y mi persona; y, así,

puede mandar.

BRUNO. Basta, basta

de cumplimientos, y vamos

a lo que importa. Vergara...

PEDRO. ¿Don Prudencio?

BRUNO. Sí, señor.

En solas cuatro palabras

me ha referido el suceso

que presenció esta mañana.

Igualmente me ha mostrado

aquella supuesta carta

de su padre.

PEDRO. No es supuesta,
señor don Bruno.

BRUNO. Cachaza.
Señor don Pedro, muy pronto
le probaré yo que es falsa.
Últimamente enseñóme
un papel que le enviaba
don Carlos a don Eusebio,
cuyas expresiones daban
indicios de alguna oculta
inteligencia.

PEDRO. Se engaña
quien imagine que Eusebio...

BRUNO. ¿No es capaz de tales tramas?
Bien; deje usted que concluya
mi relación; poco falta.
En efecto; yo en persona
fuí al café, donde estaba
el tal don Carlos; llevélo
custudiado a mi morada;
y usando, según costumbre,
de promesas y amenazas,
hice que el dichoso niño
poco a poco confesara
todo el enredo.

PEDRO. ¿Y qué enredo
puede haber?

BRUNO. Que la palabra
de casamiento es su obra.

PEDRO. ¿Él la ha forjado?

BRUNO. Y a instancias

de doña Tecla.

PEDRO. ¿Es posible?
¡Jesús, y qué zalagarda!
Pero ¿con qué fin lo ha hecho
esa mujer?

BRUNO. Con la santa
intención de sepultar
en un claustro a doña Clara
para complacer al hijo,
que como un toro bramaba
viendo que era indispensable,
si se casaba su hermana,
partir el caudal.

PEDRO. ¡Bergante!
Si ahora se me presentara,
discurro que le ahogaría.
Pero ¿y la madre beata?
¡Sobre que me vuelvo loco!

BRUNO. Se supone que la carta
del padre de don Prudencio
es también falsificada
por don Carlos.

PEDRO. Qué, ¿también
ha declarado esa infamia?

BRUNO. Sí, señor; y fué invención
de don Eusebio.

PEDRO. ¡Qué maula!
¡Dios mío! Pero la prenda...

BRUNO. Tómela usted. *(Le da el anillo.)* La crïada
desempeñó con aplauso
el encargo de robarla.

PEDRO. ¿Conque todos, según eso,

se armaron contra mi Clara?

BRUNO. Y contra usted, pues le han dado tan buen día.

PEDRO. ¡Qué canalla! ¡Vive Dios, que han de acordarse para siempre de esta hazaña!

BRUNO. Por si importa, los ministros me esperan en la antesala con don Carlos.

PEDRO. Yo me alegro. Que venga esa buena alhaja.

BRUNO. ¿Martínez? Entren ustedes.

ESCENA XVI

DICHOS, y dos ALGUACILES con DON CARLOS.

CARLOS. Señor don Pedro, a sus plantas arrepentido...

PEDRO. No es tiempo de llantos ni de plegarias. Entren pronto en esa alcoba.

CARLOS. ¿Puedo tener esperanza...?

PEDRO. Entre el bribonazo, y calle.

CARLOS. Por Dios, señor...

PEDRO. Noramala. *(Le entran por fuerza.)*

ESCENA XVII

DON PEDRO, DON BRUNO y DON PRUDENCIO.

PRUD. Mi señor don Pedro, aquí tiene usted todas las cartas

de mi padre. Le suplico
que se digne examinarlas
para que se inteligencie
del estado de mi casa.

PEDRO. Amigo, perdone usted
mi ligereza. La causa
ya la sabe usté. ¡Esa infame,
esa infernal alianza
nos ha dado un bello día!
Yo nó he comido; mi Clara
no ha cesado de llorar;
y si el señor no llegara
tan a tiempo, la infeliz
ya estuviera en Candelaria.

PRUD. ¡Pobre niña! ¿Dónde está?
Corramos a consolarla.

PEDRO. Yo la mandaré llamar.
¿Rita? La infeliz muchacha,
ya se ve, se resistía
con razón.

ESCENA XVIII

DICHOS y RITA.

RITA. ¿Señor?

PEDRO. Di a Clara
que venga al instante.

RITA. ¿Llevan
el baúl hoy o mañana?

PEDRO. Eso no le importa; marche
y haga lo que se le manda.

RITA. ¡Qué perro viejo! Por fin
hoy le hemos puesto una maza. (*Vase.*)

ESCENA XIX

DICHOS, menos RITA.

PEDRO. Ésta es la crïada.
BRUNO. Tiene
talento para urdir tramas,
porque la presente es suya.
PEDRO. Hoy mismo saldrá de casa.
¡Ojalá pudiese a Tecla
de la misma suerte echarla!

ESCENA XX

DICHOS, DOÑA TECLA, DOÑA CLARA y RITA.

TECLA. Hijo, ya he puesto a Clarita
como un guante. Conque, vaya,
tomemos al punto el coche,
no venga a meter la pata
Satanás, y mis afanes
se malogren.
PEDRO. ¡Qué cachaza
tienes! Ya el diablo ha venido
y me ha quitado la gana
de ponerla en reclusión.
TECLA. ¿Qué dices?
PEDRO. Si lo amarraras
con el cordón de algún santo,
no metiera aquí la pata.

Ven, hija; dame un abrazo
y perdona mi insensata
determinación. Amigo,
así cumplo mi palabra.
Usté es dueño de esta mano.

TECLA. ¡Cómo, Pedro? ¿Qué mudanzas
y qué arrebatos son éstos?
¿Eres loco? ¿No reparas
que tiene ya vocación
y que es eso violentarla?

PEDRO. ¿Violentarla? Dime, niña:
¿quieres ser monja o casada?

CLARA. Usted, señor, dió mi mano,
y yo di con ella el alma.

PEDRO. ¿Lo ves, Tecla?

TECLA. ¡Qué bribona!
Por último, tú la casas
con un hombre que pretende
chasqüearnos y que...

PEDRO. Calla,
embustera, hipocritona;
¿cómo tienes, di, la audacia
de forjar tales engaños?

TECLA. ¿Yo engaños? ¿Qué es lo que hablas,
deslenguado, mentiroso?
¡Vive el cielo! Pero nada...
Dices bien; no he de irritarme.
Sin duda Lucifer anda
por aquí. ¡Jesús mil veces!
No le han de valer sus trazas
al maligno... ¡Dios me asista!

PEDRO. No pienses, no, que me engañas.

Sé el enredo que has urdido
por deshacerte de Clara.

TECLA. Dios mío, volved por mí;
que este hombre me levanta
un testimonio más falso
que su corazón.

PEDRO. Son vanas
esas gesticulaciones.
Todo lo sé. Mojigata,
¿negarás que tú, don Carlos,
tu hijito y esa crïada
habéis sido los actores
de tan detestable farsa?

RITA. ¿Yo, señor? ¡Triste de mí!
Porque soy pobre me ultraja
todo el mundo... Antes decían
que yo la alcahueteaba,
y ahora...

PEDRO. Déjate de lloros,
porque si agarro una tranca...

TECLA. ¿Es Lucifer este hombre?

ESCENA XXI

DICHOS y DON EUSEBIO.

EUSEBIO. Padre, ¿conque ya mi hermana
se va al convento? ¡Qué gusto!
Mira: he de verte una santa
dentro de poco; si no,
me parece que llorara
diez años, según te quiero.

¡Como que tengo yo un alma
tan sensible! Padrecito,
¿me deja usté acompañarla?

PEDRO. Ya Clara no va al convento;
tú sí que saldrás mañana
para Sevilla.

EUSEBIO. ¿A qué asunto?

PEDRO. A mejorar de enseñanza
en los Toribios.

EUSEBIO. ¿Toribios?
¡Cáscaras, que no me agrada
la cuchufleta!

PEDRO. *(A Tecla.)* Tú harás
que se disponga, sin falta,
su equipaje.

TECLA. Te suplico
por toda la corte santa
que no me des más pesares.

EUSEBIO. Pues qué, ¿es de veras? ¡Caramba,
que yo no he dado motivo!...

PEDRO. Insolente, ¿tendrás cara
para alegar inocencia,
tú, que inventaste la carta
con que desacreditar
a don Prudencio?

EUSEBIO. Tomara
conocer al hablador
que viene a sembrar cizaña
en las familias.

TECLA. Si son
pretextos y faramallas
de tu padre, solamente

para dorar su inconstancia...

PEDRO. Y si te pongo delante
quien te pruebe tus infamias,
¿qué dirás?

TECLA. No puede ser.
¿Tú piensas con amenazas
aturdirme?

RITA. ¿Quién sería
capaz de ponerme tacha
rostro a rostro? ¡Vive el cielo!...

EUSEBIO. Vengan; verán con qué gracia
les digo que mienten.

PEDRO. ¿Sí?
Pues, por confundirte, salgan
ustedes.

ESCENA XXII

DICHOS, DON CARLOS y los ALGUACILES.

TECLA. ¡Cómo! ¿Don Carlos?

CARLOS. Sí, señora. En esto paran
las injustas pretensiones.
Mas, ¡ay!, que yo no pensaba
en esta maldad, y ustedes
me han forzado a ejecutarla.
Por ustedes me he perdido.

RITA. Yo también, como crïada,
sin experiencia y simplona,
hice lo que me mandaban.
Pero bien sabe mi Dios...

PEDRO. No quiero disculpas; marcha

donde nunca vuelva a verte.
RITA. Pero...
PEDRO. No hables más palabra.
Ve a ponerte la mantilla.
RITA. He nacido desdichada... (*Vase.*)

ESCENA XXIII

DICHOS, menos RITA.

BRUNO. Yo ofrezco hacerte dichosa
con la cena que te aguarda.
PEDRO. ¿Conque, señora, son éstos
sus milagros? ¿Ahora calla?
Dígame que soy el diablo,
que soy un hereje... Vaya;
cíteme usté algún librito.
TECLA. Debo confesar mis faltas
a vista de todo el mundo.
Señores: soy una flaca
mujer; soy un vil gusano
y he delinquido. Postrada
pido a todos me perdonen.
Pero ¿qué digo? No bastan
las palabras sin las obras.
Debo andar toda la sala
de rodillas, aplicando
mis labios a vuestras plantas.
Señores: perdón, perdón.
(*Comienza a andar de rodillas, y don Prudencio, don Bruno y Clara corren a levantarla.*)

PEDRO. Un cordel para amarrarla.
PRUD. Bueno está, señora.
BRUNO. Baste.
TECLA. Así quedo descansada.
PEDRO. Vamos; y usted, señorito,
¿no resuelve andar a gatas
como su madre?
EUSEBIO. Es que yo,
si pretendí que mi hermana
no se casase... Es verdad
que mi intención no era mala;
y como usted...
PEDRO. No prosigas,
que las disculpas son vanas.
EUSEBIO. Pero, padre...
PEDRO. No te escucho.
Mañana, al romper el alba,
partirás a tu destino.
TECLA. ¡Pedro mío de mi alma!
Ten lástima de tu esposa;
considera que me arrancas
el corazón en mi Eusebio.
Yo soy sólo la culpada.
Castígame a mí y perdona
su inocencia.
PEDRO. Tus plegarias
me irritan más. Ignorante,
mujer débil, preocupada,
¿cómo quieres, con los medios
con que su ruina labrabas,
templar mi rigor? Sí, loca;
esa torpe tolerancia,

esa culpable indulgencia,
ese mimo... Sí, mañana
irá donde le corrijan.
Ya la sentencia está dada.
No hay remedio.

EUSEBIO. Caballero,
en este lance me valga
su intercesión.

BRUNO. Desmintiera
mis principios si abogara
contra sentencia tan justa.

CLARA. Él corregirá sus faltas
conociendo las resultas
de su conducta estragada.
Sí, señor; el triste llanto
de mi madre es la fïanza
de esta promesa; penetro
su silencio. Escarmentada
de su bondad y dulzura,
será más severa y cauta
en la educación de Eusebio.

PEDRO. Sin falta, por la mañana,
ha de ir a los Toribios.

BRUNO. Y el amigo, a la Carraca.

CARLOS. Señor...

BRUNO. Llevadle.

CARLOS. ¡Ay de mí,
que hoy empiezan mis desgracias!

ESCENA XXIV

DICHOS, menos DON CARLOS y los ALGUACILES.

PEDRO. Señorito; ya ve usted
las consecuencias infaustas
de su pésima conducta;
conque procure enmenderla,
porque si no... Ya me entiende...
Y usted, señora beata,
procure ser virtüosa
sin apariencias de santa.
Deje las preocupaciones;
estudie más la crïanza
de sus hijos; ponga en todos
igual amor; y sin tanta
ostentación, desempeñe
las devociones cristianas.
Y aquí acaba la comedia;
perdonad sus muchas faltas.

FIN

LOS NOBLES IGNORADOS

SAINETE

PERSONAS

Basilio.	Antón.
Don Fernando.	Felisa.
El tío Melchor.	Jacinta.
El tío Fulgencio.	Teodora.
Bato.	Pastores.
Pascual.	Pastoras.

LOS NOBLES IGNORADOS

Selva corta con algunas cabañas repartidas por ambos lados. El sol se dejará ver en su primer horizonte; sonando el canto de algunos pajarillos, y tocando piano la orquesta el *ritornelo* del cuatro que abajo se pone; durante él cruzan el teatro algunos pastores conduciendo sus rebaños, que serán unos grupos pintados en cartones; de las chozas saldrán algunas pastoras, unas con cestas, otras con cántaros y otras con canastos grandes al hombro; entreteniendo toda la escena hasta que acabe el cuatro, que queda el tablado solo.

(Música).
Pues ya el sol hermoso
nos muestra sus rayos
y los pajarillos
nos están llamando,

VOZ 1.ª Pastoras; pastores;
dejad el descanso.

CORO. Y todos, alegres,
vamos al trabajo.

Salen, cada una por su parte, TEODORA y JACINTA.

JACINTA. ¿No sacas hoy tu ganado?
TEODORA. No, porque mala me siento.

Salen: BATO por el lado que está Teodora, y PASCUAL por el lado de Jacinta; y las dos se suspenden.

PASCUAL. Sol hermoso...
BATO. Rosa fresca...
LAS DOS. ¡Ay qué susto!
BATO. ¿Soy tan feo,
Teodora, que así te espanto?
PASCUAL. Jacinta, ¿soy tan horrendo
que tiemblas de verme?
BATO. Pues
yo conozco hombres diversos
a quien muchas cortesanas
quieren con grandes extremos,
y son más feos que yo;
bien que tienen más dinero.
PASCUAL. Lo mismo te digo yo.
JACINTA. Y yo escucharlo no quiero.
Vete, Pascual.
TEODORA. Vete, Bato;
que ya sufrirte no puedo.
JACINTA. No vuelvas a verme más.
TEODORA. No tienes ya que molernos;
que yo te aborrezco, Bato.
JACINTA. Y yo, Pascual, te aborrezco.
PASCUAL. Eres una fiera, una...
BATO. Y tú eres un *cancerberio*,
una *cocodrilla*, una...,
una...; pero aquí me quedo...
Tú serás... lo que quisieres;
y lo que serás, veremos.
PASCUAL. ¿Qué haremos, Bato?

BATO. Morirnos,
pues tan desgraciados semos,
de repente.
PASCUAL. Sí; muramos;
pero sabe que lo siento;
que no quería morirme
yo en mi vida.
BATO. Ya lo creo;
pero ¿para qué la vida,
ni tú ni yo la queremos,
despreciados de estas dos
fieras, que tienen los pechos
más duros que las bigornias
de un herrador?
PASCUAL. Es muy cierto.
Vamos, pues, a ahorcarnos.
BATO. No;
que quedaremos muy feos.
TEODORA. Más feos que sois en vida
no quedaréis.
BATO. Un veneno
tomaremos.
PASCUAL. No; que causa
unos vómitos tremendos.
JACINTA. Pero se sale del paso
prontamente.
PASCUAL. Nos daremos
de puñaladas.
BATO. Un diablo;
que si nos damos en hueso,
nos dolerá mucho.
PASCUAL. ¿Pues

de qué modo moriremos?
BATO. Eso es menester, Pascual,
que despacio consultemos.
Vámonos, por que las dos
no sepan nuestros secretos.
PASCUAL. Bien dices. Adiós, ingrata;
que ya verte más no espero.
BATO. De Josafat hasta el valle,
Teodora, no nos veremos.
PASCUAL. Adiós. Parece que un nudo
me han echado en el pescuezo.
BATO. A mí se me ha atravesado
qué sé yo en el tragadero.
PASCUAL. Tengan lástima de mí...
BATO. Y de mí tengan lo mesmo...
PASCUAL. ... las cuatro partes del mundo.
BATO. ... y todos siete elementos.
(Se abrazan los dos estrechamente; y llorando con amargura se entran, siguiéndolos con la vista atentamente Teodora y Jacinta, hasta que se ocultan.)
TEODORA. ¿Por qué, Jacinta, a Pascual
le tratas con tal desprecio?
JACINTA. Teodora, ¿y tú por qué a Bato
no le quieres?
TEODORA. Yo no puedo
quererle...
JACINTA. Ni yo a Pascual...
TEODORA. ... que ha días...
JACINTA. ... que ya hace tiempo...
TEODORA. ... que estoy queriendo a otro hombre.
JACINTA. ... que también a otro hombre quiero.

TEODORA. Pues somos amigas, nada,
Jacinta, nos ocultemos. *(Acaricidnaose.)*
(Bato y Pascual, cada uno a su lado al bastidor.)

BATO. A decir vuelvo a Teodora...

PASCUAL. A Jacinta a decir vuelvo...

JACINTA. ¿Y es buen mozo ése a quien quieres?

BATO. ¡A qué mal tiempo que llego!

TEODORA. Mucho; y por eso yo a Bato
no puedo ver.

BATO. Ya lo veo.
No tardarás, pobre Bato,
mucho en ir al cementerio.

TEODORA. ¿Y al qué tú quieres, Jacinta,
es buen mozo?

JACINTA. Y muy perfecto.
Por eso aborrezco tanto
a Pascual.

PASCUAL. ¡Permita el Cielo,
pues con celos me degüellas,
que te degüellen con celos!

TEODORA. ¿Cómo se llama el que quieres?

JACINTA. Basilio es el que yo quiero.

TEODORA. ¡Pícara, desvergonzada!
¿Tú tienes atrevimiento
de quererle, cuando yo
a Basilio estoy queriendo?

JACINTA. ¿A Basilio quieres tú?

TEODORA. Sí; le quiero y le requiero.

BATO. A él le quieren dos, y a mí
ninguna. De mí reniego.

PASCUAL. ¡Qué desgraciado he nacido!

TEODORA. A Basilio le merezco
yo sola.
JACINTA. ¡Mejor que tú
le merezco yo!
TEODORA. Apostemos...
Yo tomaré providencias.
JACINTA. Yo las tomaré, y bien presto.
TEODORA. Y cuenta que soy lo mismo
que un Lucifer.
JACINTA. Yo, te advierto,
soy peor que Satanás.
TEODORA. Lo veremos.
JACINTA. Lo veremos.
(Vanse cada una por su lado, jurándose una a otra; y van saliendo poco a poco Bato y Pascual, sin verse.)
BATO. Aves, plantas, hombres, brutos
y cuantos me estáis oyendo...
PASCUAL. Tabardillos, perlesías,
cólicos, vómitos negros...
BATO. ... tened lástima de mí.
PASCUAL. ... matadme todos a un tiempo.
BATO. ¡Ay de mí!
PASCUAL. Y ¡ay de mí!
BATO. ¿Quién
se queja tanto y tan recio?
PASCUAL. Quien es, en punto de amor,
tu infelice compañero.
BATO. ¡Pascual mío!
PASCUAL. ¡Bato mío!
BATO. Lloremos juntos.
PASCUAL. Lloremos.

BATO. Ya hemos llorado bastante.
Ahora, Pascual, consultemos
qué hemos de hacer.
PASCUAL. Dilo tú;
que yo a todo me convengo.
BATO. Ellas, en verdad, merecen
les diéramos un solfeo.
PASCUAL. ¡Duro!
BATO. Mas poner las manos
en mujeres no es bien hecho.
PASCUAL. En dándolas de patadas,
queda ese reparo absuelto.
BATO. No; el picarón de Basilio
es el que, infame y perverso,
¡pif!, a los dos nos burló;
pues que lo pague su cuerpo,
y como a gato goloso
el escarmiento le demos.
PASCUAL. Bien dices. Pronto a buscarlo,
y en donde quiera le hallemos...
BATO. Tente, bruto; que es preciso
que nos armemos primero.
Yo tomaré el cuchillón
grande con que los carneros
degüello; que el verlo sólo
hará temblar a un gallego.
PASCUAL. Pues yo al tío Cascarreta
un chafarote muy viejo
que tiene, le pediré;
que pueda ser que, de verlo
solamente, de repente
se caiga a nuestros pies muerto.

BATO. Pues arriscados...
PASCUAL. Furiosos...
BATO. ... furibundos...
PASCUAL. ... y resueltos...
BATO. ... Pascual mío, a la venganza...
PASCUAL. ... noble Bato, al desempeño...
BATO. ... y asombremos estos valles...
PASCUAL. ... y aturdamos esos cerros...
LOS DOS. ... como venados heridos
del amor y de los celos.
(Vanse Pascual por la derecha y Bato por la izquierda.)

Sale FELISA, pastora joven, con sombrero caído y un ramo de flores en la mano; se sienta en un peñasco, quedando como pensativa. Sale BASILIO con una jaulita de mimbres, y dentro un pajarito muy alegre.

BASILIO. ¡Felisa, Felisa mía!
FELISA. ¿Qué quieres, Basilio?
BASILIO. Vengo
a darte un retrato mío.
¿Le quieres?
FELISA. Sí que le quiero,
Basilio mío. ¿Y adónde
le tienes?
BASILIO. Ya le estás viendo.
FELISA. ¿En aqueste pajarito?
BASILIO. Sí, Felisa mía; puesto
que, aunque se ve aprisionado
y en esta jaula sujeto,
al ver que yo lo regalo
y lo cuido con esmero,

no sintiendo la prisión,
muy alegre y muy contento
con su canto la celebra.
Pues yo vengo a ser lo mesmo:
en las redes de tus ojos
hermosos y placenteros,
gustoso y aprisionado
vivo, y mi dicha celebro;
porque, como tus finezas
pagan mis finos afectos,
no apetezco libertad;
la prisión sólo apetezco.

FELISA. Toma, Basilio, este ramo
y póntelo en el sombrero
y estímale mucho, pues
yo por mi mano le he hecho.

BASILIO. No me lo encargues, que yo
tendré cuidado de hacerlo.
Felisa mía; a mi padre
hablar al punto resuelvo
por que trate con el tuyo
nuestro feliz casamiento.

FELISA. ¡Ay, Basilio!

BASILIO. ¿Qué suspiras,
Felisa?

FELISA. ¡Qué sé yo! Temo...

BASILIO. ¿Qué temes?

FELISA. ... que como es pobre
mi padre...

BASILIO. Gracias al Cielo
que al mío ha dado, Felisa,
harto para mantenernos,

sin interés a ti sola,
y a tu virtud, amo tierno.

FELISA. No obstante, puede tu padre
pensar de modo diverso,
porque tú hablas con amor
y el amor de él está lejos.

BASILIO. No temas; porque mi padre
tiene un corazón muy bueno.
Voy a hablarle. Ven, Felisa;
que hasta tu cabaña quiero
acompañarte.

FELISA. Basilio;
¡ojalá nuestros deseos
se cumplan!

BASILIO. Se cumplirán;
que siendo justos y honestos,
los mismos cielos, amada
Felisa, han de protegerlos.

FELISA. Dices bien.

BASILIO. Vamos, Felisa,
y no perdamos el tiempo.
Tuyo he de ser.

FELISA. Y yo tuya.

LOS DOS. Por que vivamos contentos.

(Vanse por la izquierda; si puede ser, cae otro telón, quedando siempre selva corta; y sale por la derecha Teodora, que trae al tío Melchor por la mano, andando y mirando recelosa.)

MELCHOR. ¿Qué diablos de mojigangas
son éstas, y qué rodeos?
¿Para qué a lo más oculto

me traes?

TEODORA. Porque un secreto
os quiero confiar.

MELCHOR. ¡Demonio!
¿Y me has hecho para eso
andar media legua? Vaya,
paciencia; pues ya nos vemos
en el borrico, vomita
lo que traes en el cuerpo.

TEODORA. ¿Lo digo?

MELCHOR. ¡Con buena fresca
me sales! Dilo, o me vuelvo.

TEODORA. ¿Y acaso por atrevida
me tendrá usted? *(Como vergonzosa.)*

MELCHOR. En sabiendo
lo que tienes encerrado,
te lo diré.

TEODORA. No me atrevo.

MELCHOR. ¡Voto al demonio!

TEODORA. ¿Lo digo?

MELCHOR. Con mil diablos, dilo luego.

TEODORA. Es que estoy enamorada...
No os espantéis.

MELCHOR. No por cierto,
que las más de las mujeres
adolecen de lo mesmo.

TEODORA. Y como estriba en la mano
de usted todo mi consuelo,
y mi gusto...

MELCHOR. ¡Arda Bayona!

TEODORA. Os lo digo porque espero
que condolido de mí...

MELCHOR. A la verdad, yo no tengo
el corazón de guijarro.
Explícate más.
TEODORA. Deseo
hacer, señor, alïanza
con usted.
MELCHOR. Yo me convengo.
TEODORA. ¿Conque no tendréis reparo?
MELCHOR. Ninguno; y en prueba de ello
esta es mi mano de esposo.
TEODORA. ¡Ay Dios mío! Según eso,
¿usted se quiere casar
conmigo?
MELCHOR. ¿Pues tus deseos
no son éstos?
TEODORA. No, señor.
MELCHOR. ¡Zape!
TEODORA. Yo casarme quiero
con Basilio.
MELCHOR. ¿Con mi hijo?
TEODORA. Sí, señor.
MELCHOR. ¡Pues quedo fresco!
¡Que tan fáciles seamos,
para consentir, los viejos!...
Si hubieras hablado claro...
TEODORA. Tío Melchor, ¿qué culpa tengo,
si usted lo entendió al revés?
MELCHOR. Pues concluye, y despachemos.
TEODORA. Jacinta también le quiere;
mas, pues vine yo primero,
yo me llevo la palmeta;
demás que sabe usted mesmo

soy mucho más rica que ella;
que casi llegan a ciento
mis ovejas; y también
sabe usted que hay más carneros
entre mis parientes que
entre los suyos. Tenemos
dos borricos; y, por fin,
que yo más bien me merezco
a Basilio que no ella,
pues ella no tiene seso,
y es una loca muy puerca,
le huele mal el aliento,
y anda, sin vergüenza, siempre
con Pascual en cuchicheos,
y además es...

JACINTA. *(Dentro.)* ¡Tío Melchor!

MELCHOR. A mí me llaman.

TEODORA. Yo pienso
que ésta es Jacinta. Me escondo
porque yo verla no quiero,
ni que sepa que os he hablado;
pero si habla en casamiento
con Basilio, sabe usted
que yo he venido primero,
y que además...

JACINTA. *(Dentro.)* ¡Tío Melchor!

TEODORA. ¡Ay, que llega! *(Se esconde.)*

MELCHOR. ¿En qué embeleco
quieren meterme estas locas?
¿Quién me llama?

JACINTA. *(Saliendo.)* Sin aliento
vengo, de andaros buscando.

MELCHOR. Pues aquí estaba yo quieto.
Vaya, ¿qué quieres?
JACINTA. Deciros,
tío Melchor, que mi remedio
en la mano de usted pende,
pues...
MELCHOR. Por que no nos llevemos
al fin y al cabo un petardo
los dos, pues ya con un perro
tengo bastante, Jacinta,
dime: ¿vienes con intento
de decirme que casarte
quieres con Basilio?
JACINTA. Eso
quería decirle a usted;
mas de vergüenza no puedo.
MELCHOR. Pues yo te he quitado ya
la vergüenza.
JACINTA. Pero...
MELCHOR. ¿Pero
qué te queda más?
JACINTA. Deciros
que también está queriendo
a Basilio la gran loca
de Teodora; y será un yerro
casarla con él, porque
ella es chismosa en extremo,
tan mala lengua...
TEODORA. *(Al paño.)* ¡Por vida...!
JACINTA. ... con tan poco entendimiento,
que consiente sin reparo
que Bato, ese majadero,

la enamore y galantee.

TEODORA. (*Al paño.*) La paciencia voy perdiendo.

JACINTA. Y además es tan golosa...

TEODORA. (*Saliendo.*)
Mientes, mientes. ¿Cómo es eso?
¿Yo golosa? He de arrancarte
los ojos.

MELCHOR. Ved... (*Conteniéndola.*)

JACINTA. Me mantengo
en lo dicho: sí, golosa.

TEODORA. Embustera. ¡Vive el cielo!...
Eso es por ponerme mal
con usted.

MELCHOR. Ya estoy en ello.

JACINTA. Yo juego limpio.

MELCHOR. Sin duda.

TEODORA. Yo tengo razón.

MELCHOR. La veo.

JACINTA. ¿Y qué me responde usted?

MELCHOR. Quedo; voy a responderos.
¿Quién quiere más a Basilio
de las dos?

LAS DOS. Yo, yo, yo.

MELCHOR. Y luego,
Basilio, ¿a cuál de las dos
quiere más?

LAS DOS. No lo sabemos.

MELCHOR. ¿No? Pues yo le propondré
a las dos; él al momento
me dirá con la que quiere
casarse; y yo, muy contento,
le daré licencia; mas

esto ha de ser ofreciendo
las dos que la que él no quiera
se ha de casar sin remedio
conmigo.

TEODORA. *(Aparte.)* ¡Fuego, y qué cuña!

JACINTA. *(Aparte.)* ¡Puf; qué aceite tan añejo!

TEODORA. De modo es, y de manera...

MELCHOR. Qué, ¿ahora andáis con regodeos?
Pues con ninguna se casa
Basilio.

TEODORA. Señor...

JACINTA. Tencos.
(Aparte.) Basilio es preciso que
me quiera a mí; y con el viejo
cargará aquélla; no hay duda.

MELCHOR. Hablad; que el tiempo perdemos.

TEODORA. *(Aparte.)* Basilio me querrá a mí;
y aquélla cargará, es cierto,
con el vejestorio.

MELCHOR. Vaya;
resolved.

TEODORA. Ya resolvemos.
¿Te convienes?

JACINTA. Yo sí; y tú,
¿te convienes?

TEODORA. Me convengo.

MELCHOR. Pues, en mis manos, las vuestras
afiancen el concierto.

LAS DOS. Tomad.

MELCHOR. Pero, allí, Basilio
hablando está con Fileno.
Voy a hablarle. Idos las dos.

JACINTA. Dice usted bien. *(Aparte.)* Yo me quedo
agazapada, no sea
me la peguen.

TEODORA. *(Aparte.)* Yo pretendo
quedarme escondida.
(Alto, a Melchor.) Ya
estará usted satisfecho
de que yo no soy golosa.

MELCHOR. Ya. ¿Basilio?

TEODORA. Y, así, espero
que en mi favor...

MELCHOR. Ya. ¿Basilio?

BASILIO. *(Dentro.)* Padre y señor, voy corriendo.

TEODORA. Voime pronto.
(Vase por la izquierda.)

BASILIO. *(Saliendo.)* ¿Qué mandáis?

MELCHOR. ¿Sabes, hombre, que te quiero
como que eres mi hijo?

BASILIO. Siempre,
señor, con afecto tierno
me habéis amado.

MELCHOR. Pues, hijo,
la verdad: yo había resuelto
casarte; porque ya, hombre,
tienes edad para ello.

BASILIO. Pero, padre...

MELCHOR. Vamos, claro;
¿te casarás?

TEODORA. *(Al paño.)* Escuchemos;
que me importa.

JACINTA. *(Al paño.)* ¿Qué dirá?

MELCHOR. Háblame claro y sin miedo.

¿Con Jacinta?

BASILIO. No, señor.

JACINTA. ¡Ah picarón!

TEODORA. Yo me alegro.
¿No era preciso que a mí
me quisiera? Con el viejo
carga la pobre.

MELCHOR. Pues, hijo,
a Jacinta la tenemos
todos por honrada, y es
bonita.

BASILIO. Yo lo confieso;
pero nunca me ha gustado.

JACINTA. ¡Por vida!...

MELCHOR. *(Aparte.)* Con ésta cuento
ya de seguro. *(Alto.)* Pues bien:
sobre Jacinta no hablemos
ya más. ¿Te gusta Teodora?

TEODORA. A que dice que sí, apuesto.

BASILIO. No, señor.

TEODORA. ¿Si habré oído mal?

BASILIO. Sus buenas prendas no niego,
pero jamás la he querido.

MELCHOR. ¿Qué apostamos que me quedo,
con dos novias, sin ninguna?

JACINTA. Por fin, ya que yo le pierdo,
no se le lleva Teodora.

MELCHOR. Pues ¿quieres vivir soltero
toda la vida?

BASILIO. No, padre...

TEODORA. De pena estoy que me muero.

MELCHOR. Pues, hijo, ¿qué piensas?

BASILIO. Padre...
(Se arrodilla y le besa las manos.)
MELCHOR. Hijo, levanta del suelo.
BASILIO. Perdonadme, padre amado.
MELCHOR. No llores, que me enternezco.
Háblame claro, hijo mío,
pues sabes cuánto te quiero.
BASILIO. Fïado en vuestra bondad,
a declararos me atrevo
que amo...
JACINTA. ¿A quién amará el vil?
TEODORA. ¿A quién amará el perverso?
MELCHOR. ¿A quién amas?
BASILIO. A Felisa.
JACINTA. ¿Esto sufro?
TEODORA. ¿Esto tolero?
MELCHOR. ¿A Felisa?
BASILIO. Sí, señor.
Yo me hallo siempre dispuesto
a obedeceros en todo;
mi voluntad os entrego;
pero si vos, padre mío,
me queréis como a hijo vuestro,
mi vida y felicidad
debéis procurarme tierno;
y, casado con Felisa,
sólo conseguirlo puedo,
padre mío...
MELCHOR. Basta, chico.
BASILIO. Mi ventura y mi sosiego
estriban, ¡oh, padre amado!,
en que deis consentimiento

para esta boda.

MELCHOR. ¡Oh terneza
de los padres; con extremo
inclinas el corazón!

BASILIO. ¿Qué decís?

MELCHOR. Que yo consiento.

BASILIO. ¡Oh padre el mejor del mundo!
(Se arroja a besarle los pies: el padre lo abraza; y, enternecidos ambos, permanecen en la acción durante los dos versos que dicen Jacinta y Teodora.)

JACINTA. ¡El padre más embustero!

TEODORA. ¡El padre más embrollón!

MELCHOR. Ves a darle, muy contento,
parte a Felisa.

BASILIO. Pues voy.

MELCHOR. Corre ya.
(Vase Basilio corriendo; salen las dos, aceleradas; quieren seguirle, y el tío Melchor las detiene.)

LAS DOS. Escucha primero.

MELCHOR. Deteneos. ¿Dónde vais?

TEODORA. Apártese usted de en medio,
que estoy hecha un basilisco.

JACINTA. Y yo estoy hecha un veneno.

TEODORA. ¿Por qué ha consentido usted,
padre bragazas, tan presto
en que se case Basilio
con Felisa?

MELCHOR. Porque debo
hacerlo como buen padre;
pues trae daños inmensos

dar los padres a los hijos
estado contra su genio.

JACINTA. Y ahora, ¿qué hacemos nosotras?

MELCHOR. ¿Pues no tenéis el remedio
en la mano? Aquí estoy yo
en su lugar.

JACINTA. Estáis clueco
y sois un viejo carlancas.

TEODORA. Sois un viejo marrullero
y carroño; que Felisa...
Mas, pronto, tomar espero
venganza.

JACINTA. Yo iré contigo.

MELCHOR. Una y otra deteneos.

TEODORA. Callad, viejo desalmado,
que habéis de iros al infierno.

MELCHOR. ¿Por qué?

TEODORA. Porque a dos doncellas
habéis engañado a un tiempo.

MELCHOR. Yo soy...

TEODORA. Un diablo horroroso,
y de usted me voy huyendo. *(Vase.)*

MELCHOR. Oye.

JACINTA. ¡Que me sigue el diablo! *(Vase.)*

MELCHOR. Jacinta, espera.

(Quiere el tío Melchor seguir a Jacinta; y, al tiempo de entrarse, sale el tío Fulgencio y lo detiene.)

FULG. ¿Qué es esto?
¿Todavía tras las mozas
anda usted?

MELCHOR. ¿Qué estáis diciendo?

FULG. Ya nada. Jacinta huye,
y usted la iba persiguiendo.

MELCHOR. Es que...

FULG. Sois libidinoso.

MELCHOR. ¡Soy un diablo! Yo no pienso
ya en eso, a no ser que venga
rodando la ocasión; pero
sepamos qué quiere usted;
que después hablaros quiero
en cierto asunto.

FULG. Pues yo,
que me preste usted pretendo,
por dos días, su borrica.

MELCHOR. Pues ¿y la de usted?

FULG. *(Condolido.)* Me temo
una desgracia.

MELCHOR. Pues ¿cómo?

FULG. Ha dos días por lo menos
que no prueba ni un bocado;
está preñada, y sospecho
que se la ha antojado algo;
y, como saber no puedo
lo que es, pues no me lo ha dicho,
al fin y al cabo saldremos
con que malpara la pobre.

MELCHOR. *(Burlándose.)* Hombre, será caso nuevo
antojos en las borricas.

FULG. Ésta precisa tenerlos;
que es borrica de Madrid,
y allá es muy corriente eso
de que todas las preñadas
tengan antojos.

MELCHOR. Dejemos
esa materia, y contad
con la borrica. Pasemos
a otra cosa. Atento oid,
tío Fulgencio.
FULG. Ya oigo atento.
MELCHOR. Mi hijo Basilio a Felisa
quiere; no es tonto el mozuelo,
porque ella se lo merece.
FULG. Bien; adelante.
MELCHOR. Yo creo
que ella le quiere a él también.
FULG. No puede ser sin saberlo
yo y sin mi permiso.
MELCHOR. Como
de estas cosas, tío Fulgencio,
hacen las mujeres, que
los padres no las sabemos,
ni los maridos permiten
y al fin pasamos por ello.
FULG. Son cosas que no se pueden
remediar.
MELCHOR. Pues por lo mesmo
será bueno evitar, ambos,
semejantes contratiempos.
FULG. ¿De qué manera?
MELCHOR. Casando
a los dos, con gusto nuestro,
antes que sin nuestro gusto
al suyo se casen ellos.
FULG. Si eso sucediera...
MELCHOR. Pues

de suceder no está lejos,
que al fuego junto a la estopa
el diablo le sopla luego.
Lo mejor será casarlos
y pronto.

FULG. Mas yo no puedo
darle licencia a Felisa.

MELCHOR. ¿En qué está el impedimento?

FULG. En que yo no soy su padre.

MELCHOR. Hombre, ¿qué está usted diciendo?
Pues a su mujer de usted
teníamos en concepto
de honrada.

FULG. ¿Y quién dudar puede
que lo era? ¡Viven los cielos,
que al que dudare...! *(Alterado.)*

MELCHOR. Escuchad.
Vuestra mujer, tío Fulgencio,
¿tuvo otro marido antes?

FULG. No, señor; yo fuí el primero
y el último.

MELCHOR. ¿Cómo...?

FULG. Chito.

MELCHOR. Aclaradme este misterio.

FULG. Yo soy padre de Felisa,
tío Melchor, ni más ni menos
como otros que, de hijos hongos
pasan por padres, sin serlo.
Ni la parió mi mujer
ni yo; porque un caballero
nos la trajo cierta noche
a que con todo secreto

la criásemos, y dijo
que él vendría en siendo tiempo
por ella; y para crïarla
nos dió bastante dinero.
¿Tiene usted ahora que hablar
de mi mujer?

MELCHOR. Nada; pero
¿quién sabe si ya los padres
de Felisa se habrán muerto,
al cabo de tantos años
que no han parecido?

FULG. Eso
no sé yo.

MELCHOR. Conque en casarlos
no haríais mal.

FULG. Fuera un yerro,
siendo ella noble, casarla
con un pastor.

MELCHOR. ¿Y si os muestro
soy tan noble como pueda
ser aquese caballero,
padre de Felisa?

FULG. ¿Usted?

MELCHOR. Sin duda.

FULG. Yo no lo creo.

MELCHOR. Pues véngase usted conmigo;
que yo os iré refiriendo
mis desgracias y la causa
de vivir aquí encubierto.

FULG. Vamos; mas no mintáis mucho,
como se usa en tales cuentos.

MELCHOR. Sólo os diré la verdad.

FULG. Eso luego lo veremos. *(Vanse.)*

La selva corta con que se empezó; y sale acelerado BASILIO llamando a FELISA, la que a su tiempo saldrá de su cabaña.

BASILIO. ¡Felisa, Felisa mía;
querido y amado dueño
de mi corazón!
FELISA. Basilio,
¿tú tan alegre y contento?
BASILIO. Sí, Felisa mía, pues
ya tengo el consentimiento
de mi padre...
FELISA. ¡Santo Dios!
BASILIO. ... para nuestro casamiento.
FELISA. ¡Oh, buen padre! Ven, Basilio;
acompáñame, que quiero
ir a besarle la mano
a sus pies.

Sale BATO haciendo el baladrón, y los detiene.

BATO. Si no va muerto,
no irá.
FELISA. ¿Por qué no ha de ir?
BATO. Porque yo a matarle vengo.
BASILIO. ¿A mí?
FELISA. ¿A Basilio?
BATO. Andandito;
y, así, vete disponiendo,
que se te llega la hora.
FELISA. Bato, por Dios, yo te ruego...
BASILIO. No te alteres. ¿Pues qué causa
te he dado?

BATO. Carantoñero,
picaronazo, ladrón,
¿estás tú acaso creyendo
que no hay más hombre que tú,
pues quieres, tan sin concierto,
hartarte tú como un buitre
y los demás que ayunemos?

BASILIO. Hombre, ¿qué hablas?

BATO. Gran demonio;
tú le has revuelto los sesos
a Teodora.

FELISA. ¿Qué es lo que oigo?

BATO. Tú has trabucado el celebro
a la Jacinta.

FELISA. ¡Esto es más!

BATO. Tú estás carocas haciendo
a esta tonta. Pues si cargas,
diablo, con todas, ¿qué haremos
los demás? Responde, trasto.

FELISA. Basilio, ¿puede ser cierto
lo que dice Bato?

BASILIO. ¿Cómo
serás capaz de creerlo?

BATO. ¿Pues no es preciso lo crea
cuando yo lo estoy diciendo?

BASILIO. ¡Viven los cielos, traidor!...

BATO. Chito; alárgame el *piscuezo*
y ponte bien, que a morir
vas al punto sin remedio.

(Basilio va a embestir a Bato, y éste, al tiempo que dice «Chito», saca un cuchillo muy grande y le enarbola. Basilio se de-

tiene, y Felisa se pone delante de él para defenderle; y Bato, siempre amenazando con el cuchillón.)

FELISA. Tente, Bato.

BATO. No me iguala
Herodes, si me enfurezco.
Toma.

FELISA. Tente.

BASILIO. De esta suerte
castigo su atrevimiento.

(Al descargar Bato el golpe, Felisa le detiene el brazo; Basilio, con el cayado, le da en la cabeza a Bato, que al golpe suelta el cuchillo, y cae en el suelo, rodando por él y procurando levantarse: dándole siempre de palos Basilio.)

BATO. ¡Ay, que me ha muerto!

FELISA. ¡Basilio!...

BATO. ¡Que se me salen los sesos
por las rodillas!

BASILIO. Infame;
muere.

BATO. No me des tan recio,
hombre, que me duele mucho.

FELISA. Déjale.

BATO. En aqueste aprieto,
¿no hay quien me ampare?

Sale PASCUAL con un chafarote grande y mohoso.

PASCUAL. Sí hay;
que yo tocaré a degüello

con mi chafarote.

BATO. Mira
cómo Basilio me ha puesto.

PASCUAL. *(Con temor.)*
¿Pues cómo me pondrá a mí
cuando tengo menos cebo?

BATO. Mátale.

PASCUAL. Por que él a mí
no me mate, yo le cedo,
a sus pies, mi chafarote.
(Se pone a los pies de Basilio.)

BATO. Amigo falso.

BASILIO. Del suelo
levanta, y seamos todos
amigos.

FELISA. ¿Por qué...?

JACINTA Y TEODORA. *(Dentro.)* Lleguemos,
que allí está.

TEODORA. *(Saliendo.)* ¡Muera esta sosa,
que nos hace tan mal tercio!

JACINTA. ¡Muera!

BASILIO. ¿Qué intentáis las dos?

FELISA. ¿Pues yo qué agravio os he hecho?
(Cuando salen Jacinta y Teodora contra Felisa, Basilio se pone a defenderla: y ella, a sus espaldas, muestra temor.)

TEODORA. El que, por quererte a ti,
a las dos sin miramiento
este bribón nos desprecia.

BASILIO. ¿Lo oyes?

FELISA. ¿Y qué culpa tengo
en que él me quiera?

BATO. ¡Ya! ¿Conque
tú no las quieres?

BASILIO. Mi afecto
es de Felisa.

TEODORA. *(Colérica.)* Jacinta;
a este infame le saquemos
los ojos.

BATO. No sacaréis,
que los dos le defendemos.
¿Conque Basilio os desprecia?
Bien sabe Dios que me alegro.
Teodora; ¿las calabazas
pesan mucho en el invierno?

TEODORA. ¡Por vida!...

PASCUAL. Las calabazas
te harán, Jacinta, provecho,
que son frescas.

BATO. Norabuena.

PASCUAL. Norabuena.

TEODORA. ¡Que aguantemos
esta injuria!

JACINTA. No; en Felisa
y en Basilio nos venguemos.

FELISA. *(Exclamando.)*
¡No hay quien me ampare!

BASILIO. No temas.

JACINTA y TEODORA. ¡Morid!

BATO y PASCUAL. Estamos por medio.

FELISA. ¡Favor!

VOCES. *(Dentro.)* Acudamos todos.

JACINTA y TEODORA. ¡Moriréis!

(Felisa se ha pasado huyendo al otro lado, poniéndose delante Basilio para defenderla; Jacinta y Teodora, ambas coléricas, hacen esfuerzos para embestirlos, pero Bato y Pascual lo impiden no dejándolas pasar. A los gritos de Felisa salen por todas partes todos los pastores y pastoras que puedan, el tío Melchor y Fulgencio.)

TODOS. Tened. ¿Qué es esto?
BASILIO. Esto no es más que soberbias,
venganzas, amor y celos.
FULG. ¿Y qué haces tú aquí? ¡Por vida!...
FELISA. Padre...
MELCHOR. ¿No os lo estoy diciendo?
Casémoslos cuanto antes,
porque si no, estoy temiendo...
FULG. Lo mismo que yo. Ya estoy...
MELCHOR. Conque ¿qué ha sido este estruendo?
BATO. Que ésta... *(A Teodora.)*
PASCUAL. Y ésta... *(A Jacinta.)*

Sale ANTÓN, y a sus voces se suspenden todos.

ANTÓN. Acudid pronto,
porque se halla en mucho aprieto...
TODOS. ¿Quién, Antón?
ANTÓN. El tío Lucas,
porque ha parido...
MELCHOR. Alabemos
al Señor por sus prodigios.

ANTÓN. ... en su choza...
FULG. Caso nuevo.
ANTÓN. ... una señora...
MELCHOR. Acabaras
de reventar, majadero.
ANTÓN. ... que iba de camino, con
su esposo; y éste, corriendo
me ha enviado para que,
por Dios y por el dinero,
socorran a la parida
con lo preciso.
MELCHOR. Mostremos
que somos cristianos, y
que al prójimo socorremos
como Dios manda.
TODOS. Gustosos,
como lo decís, lo haremos.
FULG. Cada uno aquello que pueda
de regalo lleve.
BATO. Bueno,
se llevará; pero, Antón,
¿parió ya?
ANTÓN. Sí; en un momento.
BATO. ¿Y fué muchacha o varón?
ANTÓN. Un niño como un ternero,
tan parecido a su padre,
que es un retrato *perfleuto.*
BATO. Pues es preciso también
llevar nuestros *estrumentos;*
y, bailando a nuestro modo,
la enhorabuena le demos.
PASCUAL. Bien dices.

BATO. Pues a seguirme,
que yo escapo como un trueno.

Mutación larga de monte; árboles, cascadas y rebaños de ovejas repartidos por él y por varias bajadas que tendrá. Con el *ritornelo* de la *pastorela* que se cantará, irán bajando los pastores y pastoras con varios presentes; y después entren TEODORA, JACINTA, BATO y PASCUAL; y los demás que sean necesarios para bailar la *pastorela* irán bajando y cantando, haciendo en el tablado algunas mudanzas, poniendo los presentes y dirigiendo la vista a la puerta de una choza grande que habrá en un lado, por la que, acabada la *pastorela*, saldrá DON FERNANDO en traje de camino.

(Música.)
Al recién nacido
todos celebremos
y, por festejarle,
contentos bailemos;
todo fiesta sea,
júbilo y contento.

FERNANDO. *(Saliendo.)* Amigos; agradecidos
a vuestros finos afectos...
(El tío Melchor, de improviso se abraza con don Fernando, que se sorprende de la acción.)

MELCHOR. ¡Dios mío!

FERNANDO. ¿Qué es lo que hacéis?

BATO. Sin duda loco se ha vuelto.

MELCHOR. ¿Tan desconocido estoy
ya de ti?

FERNANDO. ¡Qué miro, cielos!
¡Hermano mío!

BATO. ¡Zambomba;
que éste es otro embrollo nuevo!
MELCHOR. Aquí, desde que mataste
a don Enrique, encubierto
he vivido con mi hijo.
(A Basilio.) Llega, y con todo respeto
besa a tu tío la mano.
FERNANDO. Llega, Basilio, a mi pecho.
BASILIO. Yo estoy confuso.
FERNANDO. Pues yo,
la noche de aquel suceso
fatal, tomando a mi hija
y de la Justicia huyendo...
Pero aguarda; ¿dónde está,
decidme ya, el tío Fulgencio?
FULG. Aquí, señor.
FERNANDO. Abrazadme
y dadme...
FULG. Fuerza es hacerlo...
Vuestra hija Felisa es ésta.
FERNANDO. Feliz yo que a verte vuelvo,
hija mía.
FELISA. ¿Vos mi padre?
FERNANDO. Sí, Felisa.
BATO. ¡Qué sabemos!
FERNANDO. Perdonada ya la muerte
de don Enrique, y haciendo
público mi matrimonio
con Rosaura, ambos contentos
a recobrar a Felisa
veníamos, y el suceso
que sabéis...

MELCHOR. Tente; que en tanto
que a verla entremos, te advierto
que Basilio ama a Felisa.

FERNANDO. Pues dense las manos, luego,
de esposos.

FELISA. Ya soy feliz.

BASILIO. Ya conseguí mis deseos.

BATO. Ya me he vengado de ti.

PASCUAL. Yo, de ti.

JACINTA y TEODORA. Paciencia.

FERNANDO. Entremos.
Verás a Rosaura.

BATO. Entrad;
que nosotros bailaremos
un rato; y si no acertamos
a dejaros satisfechos,
de los pechos generosos
es el perdonar los yerros.

TODOS. Y merezcamos indulto,
siquiera por los deseos.

(Si pareciese poner un baile análogo al argumento del sainete, será muy del caso, o cuando no, se pondrán dos o tres coplas de la misma «pastorela», para que se hagan algunas mudanzas vistosas, con lo que se dará fin.)

FIN

UNA PASIÓN IMPRUDENTE

OCASIONA MUCHOS DAÑOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

El Duque de Herbaint, esposo de
Blanca, hija del
Conde de Velmire.
La Marquesa de Venusi.
Carlos, primo de Blanca.
Florela, criada de Blanca.
Blund, criado del Duque.
Valmont, hombre de genio alegre.
Criados del Duque.

La escena se representa en Marsella, en casa del Duque de Herbaint.

UNA PASIÓN IMPRUDENTE

OCASIONA MUCHOS DAÑOS

ACTO PRIMERO

Cuadro primero.

La escena representa el gabinete de Blanca, con tocador y sillas. BLANCA, y FLORELA acabándola de peinar.

FLORELA. Ciertamente que el plumaje
queda muy airoso. Vea
Vuecelencia si le agrada.

BLANCA. ¡Ay, triste! Deja, Florela,
prolijidades; acaba.

FLORELA. Estas flores, ¡qué bien juegan
sobre las gasas! Apuesto
a que esta noche no entra
al sarao otra, peinada
con tanta delicadeza.

(Levántase Blanca, dejando el peinador con despecho.)

BLANCA. ¡Cielos, piedad; que no tiene
caudales mi resistencia
para tolerar a un tiempo

tantos linajes de penas!
Funesto dolor; ¿por qué,
con tan bárbara clemencia,
cuando agotas los martirios
sólo la muerte me niegas?

FLORELA. Señora mía; ¿es posible
que en día de tanta fiesta,
como es el haber llegado
vuestro primo de la guerra,
lo que en todos regocijo
ha de ser en vos tristeza?

BLANCA. ¡Ay, Florela! No te admire
que una misma causa sea
la de esa risa y mi llanto,
la de ese gozo y mis quejas,
pues mi tirano destino
permite que, lo que fuera
otro tiempo el lenitivo
de la herida que penetra
mi corazón, este instante
en tósigo se convierta.

FLORELA. Por no abusar del favor
que merezco a Vuecelencia,
no me atrevo a suplicarle
que sus males me refiera,
por si es cierto que se alivian
comunicados.

BLANCA. Florela;
si tú me guardas secreto...

FLORELA. ¿Pues dudáis de la fineza
con que siempre os he servido?
Yo discurrí que estuviera

en vos más acreditada
mi lealtad.

BLANCA. No te resientas
de mi prevención, pues es
la causa de mi tristeza
tan opuesta a mi decoro,
que recatarla quisiera
de mí misma, porque el labio,
ladrón de mis tristes quejas,
no me la arranque del pecho
entre mis ansias envuelta.

FLORELA. Desechad esos temores
y disponed de mi ciega
voluntad, que, en vuestro obsequio,
no habrá cosa que no emprenda.

BLANCA. ¡Ay, que tus ofrecimientos
son vanos; pues mi dolencia,
envejecida en el alma,
a los remedios se niega!
Oye y tenme compasión.
Yo vi a mi primo... Pluguiera
a Dios que, en aquel instante,
embargadas mis potencias,
no hubieran reconocido
el mérito de sus prendas;
pero, a mi pesar, miré
en su aspecto una modestia
expresiva; en sus palabras,
una discreción sincera
que hechizaba; y, finalmente,
una bizarra presencia,
que es el bello sobrescrito

de un alma sensible y tierna.
Sus continuadas visitas
y aquella honesta licencia
que el parentesco ofrecía,
encendieron de manera
mi pecho que, en breve tiempo,
la que fué leve centella
pasó primero a ser llama,
luego incendio, después Etna.
Declaróme su tormento;
pero ¿para qué mi lengua
pretende, con digresiones,
disculpar la inadvertencia
de haber de mi corazón
dispuesto sin anüencia
de mis padres? Este crimen
forjó la horrible cadena
de los pesares que sufro
y las ansias que me cercan.
En medio, pues, de las dulces
y recíprocas finezas
con que nuestras esperanzas
se prometían perpetuas
felicidades, rompió
el Emperador la guerra
con el pruso, cuyo estruendo,
moviendo con turbulencia
los resortes de una liga
general, hizo que fuera
toda la Europa teatro
de lamentables tragedias.
El ejército francés

salió a campaña en defensa
del Imperio, por lo cual
el Regimiento (¡qué pena!)
de mi primo fué el primero
que, en honor de sus banderas,
se sacrificó al valor
aun antes que a la obediencia.
¡Oh, quién pudiera pintarte
las circunstancias funestas
de aquel instante en que el eco
de las cajas y trompetas
arrancó tiranamente
de mis brazos al que era
mi único bien!... ¡Infelice!
Aún en mis oídos suena
aquel adiós balbuciente
que, entre lágrimas y quejas,
articularon sus labios
al dejar la paz serena
de nuestro amor, por las duras
tempestades de una guerra.
Mas hagan aquí mis ansias
mudo paréntesis, mientras
te refiero cómo, a poco
tiempo de llorar su ausencia,
pretendió mi mano el Duque
de Herbaint, ése que reina
en mi albedrío sin que
la voluntad le obedezca;
ése, pues, cuyo carácter
celoso y adusto, prueba
que en todo mi estrella quiso

mostrarse conmigo adversa;
que mis padres, sugeridos
de las grandes conveniencias
de su casa, se la otorgan;
en fin, que yo a tal sentencia
resigné mis sentimientos;
porque ¿qué arbitrio pudieran
haber tomado mis ansias
en situación tan estrecha?
¿Debí acaso descubrir
mis faltas? ¿Debí, indiscreta,
declarar que había ofrecido
mi corazón en ofrenda
a otro amor? ¿Y con qué cara,
ante un padre recto, hiciera
mi voz una confesión
tan atrevida?... ¡Ay, Florela;
que en tan crítico momento,
no halló mi honor otra senda
para librarme de hacer
a mi alma una violencia,
un engaño a mi pasión
y des...po...sar...me! No aciertan
mis labios a pronunciarlo...
¡Ay!, que en tan dura materia
es cada período un áspid,
cada acento una saeta;
y más cuando hoy es el día
en que ha llegado a Marsella
mi primo, a multiplicar
el tormento en que se anega
mi corazón; a abultar

mi desgracia; y a que sea,
lo que hasta aquí mudo llanto,
ansias, suspiros y quejas,
desde este instante, despechos,
rabias, iras y violencias,
aunque peligre el decoro
y aunque la vida se pierda.

FLORELA. Enjugad, señora, el llanto;
y ved, por Dios, que si entra
vuestro esposo, puede acaso
formar alguna sospecha
que nos cueste cara. El tiempo,
que disipa las dolencias
del alma, será también
el médico de la vuestra,
si la razón no rehusa
los remedios que receta.

BLANCA. ¿Qué remedios puede haber
para un alma que está enferma
de amor, y con fieros celos
nuevamente la envenenan?

FLORELA. ¿Con celos?

BLANCA. Sí; esa crüel
vil amiga, la Marquesa
de Venusi, en cuya casa
hablé a mi primo diversas
ocasiones; esa infiel,
que con falaz apariencia
apoyaba nuestro enlace
lisonjeramente, apenas
pretendió el Duque mi mano,
cuando al punto se interesa

con mi padre para que,
terminándose la guerra,
como tutor de mi primo,
sus bodas le propusiera.
¿Y quién duda que ahora Carlos,
advirtiendo ya deshechas
sus esperanzas en Blanca
y encontrando en la Marquesa
interés, gracia y halago,
a sus instancias no ceda?
Yo lo dudara, si acaso
me dominase una estrella
menos tirana; mas, ¡ay!,
que según va la cadena
de mis males, es forzoso
que el último eslabón sea
la muerte; y este pesar
me anuncia que ya está cerca.

FLORELA. Disimulad, que alguien viene.

BLUND. *(Saliendo.)* Mi señora la Marquesa
de Venusi está en la sala. *(Vase.)*

BLANCA. Que a mi gabinete venga.
¿Qué querrá esta infiel? ¡Ay Dios!
Su nombre sólo me altera.

FLORELA. El amo le envió un criado,
suplicándola viniera
a comer la sopa con
vuestro primo.

BLANCA. Ya estoy ciega.
No ha de lograr esa ingrata
la satisfacción que piensa,
porque sabré confundirla

antes que vaya a la mesa.
MARQUESA. *(Saliendo.)* Blanca mía, ¿cómo estás?
BLANCA. Me he levantado indispuesta.
MARQUESA. ¿Qué tienes?
BLANCA. Siento un despecho
que el sufrimiento lo aumenta,
y pretendo desahogarme.
Ponte a la puerta, Florela,
y avisa si alguien viniere.
FLORELA. ¡Oh, qué buena conferencia
habrá entre las dos amigas. *(Vase.)*
BLANCA. Tomemos sillas. *(Siéntanse.)*
MARQUESA. Me pesa
hallarte tan disgustada
en un día que debieras
aplaudir por muchas causas.
BLANCA. Tienes razón. La primera
es la indigna falsedad,
el descaro, la vileza
de una mujer que, ocultando
su depravada cautela
bajo el velo de amistad,
quiere usurparme una prenda
que en el seno de mi alma
ha vinculado mi estrella.
La segunda es la... Mas cese
de enumerarlas mi lengua,
antes que el furor, la ira,
el despecho, la violencia,
destruyan la infame causa
que mis pesares fomenta;
antes que...

MARQUESA. Suspende, Blanca,
el enojo, o la demencia
que a estos extremos te arrastra;
pues para que me des cuenta
de tus ansias, no es preciso
que tus afectos se enciendan.
Témplate un poco, o no sigas,
si el hacer memoria de ellas
ha de agravar tus achaques.
BLANCA. Aleve; ¿con esa flema
intentas desentenderte
de la razón de mis quejas?
¿Yo templarme, cuando el pecho
se abrasa en iras?
MARQUESA. Modera
tu indignación, y no intentes
abusar de mi prudencia.
¿Quién te ha agraviado?
BLANCA. Tú.
MARQUESA. ¿Yo?
BLANCA. Sí, falsa amiga; mis penas
son hijas de tus engaños
y efectos de tu infidencia.
Dime, falaz: ¿no sabías
que mi primo Carlos era
el depósito de todas
mis esperanzas; que ciega
le adoro, y que es imposible
que esta pasión se desprenda
del seno de un corazón
que se ha educado con ella?
¿Pues cómo, infiel, profanando

los derechos de la estrecha
amistad, y atropellando
las confïanzas que, necia,
deposité en tu vil pecho,
alevosamente intentas
labrar tus felicidades
con mi desgracia funesta?
¿No fué tu casa el teatro
de mi seducción? ¿En ella
no hablé a Carlos tantas veces,
siendo tú la medianera
en todos nuestros disgustos,
y la que siempre, en su ausencia,
disipaba mis temores
y borraba mis tristezas?
Ya casada, cuando el Duque
por sus celosas ideas
me estorbaba el visitarte,
¿no te escribía mi acerba
situación y los progresos
de la llama que me quema,
juzgando fuese tu pecho
el puerto de mis tormentas?
Pues ¿cómo olvidas ahora
tus deberes? ¿Cómo piensas,
sin méritos, conseguir
lo que yo después de inmensas
ansias he perdido? ¿Callas?
¿Sientes mirar descubiertas
tus falsedades, o acaso
meditas alguna nueva
ficción para disculpar

esa estudiada modestia,
ese hipócrita recato,
esa aparente inocencia
con que has dorado la copa
de la ponzoña violenta
que preparas para darme
la muerte más cruel y fiera?

MARQUESA. Aunque a tus reconvenciones
fuera la mejor respuesta
volver la espalda, respecto
a que, estando tus potencias
poseídas de un delirio
tan vehemente, es ardua empresa
querer que mi voz remedie
lo que tu honor no remedia,
pienso darte, como amiga,
satisfacción a esas quejas.
¿Por qué has de culpar que estime
a Carlos, cuando confiesas
tú que le adoras, sin que
refrenar tu afecto puedan
las grandes obligaciones
de tu estado y tu nobleza?
O el amarlo es culpa, o no.
Si es culpa, incurres en ella,
pues que le amas; y entonces,
¿cómo ha de poner enmienda
una reprensión que es
del mismo delito rea?
Si no es culpa, neciamente
solicitas tú que sea
criminal mi inclinación,

no siéndolo tu flaqueza.
Siendo así, ¿por qué me ultrajas?
¿Porque violé, desatenta,
los derechos de amistad?
Mas ¿sobre qué fundas esta
acusación? ¿Me atreví
a querer a Carlos mientras
tú le amabas para esposo?
¿Te hice acaso alguna ofensa
en tanto que tus derechos
eran justos? Luego yerras
en decir que soy aleve
porque deseo una prenda
que tú desechaste el día
que, o ya por tus conveniencias,
o ya por diferenciar
de gusto, hiciste la ofrenda
de tu albedrío a los cielos,
a tu esposo y a ti mesma.
¿Y qué importa que después
me escribieses, indiscreta,
los crecimientos injustos
de tu amor, si mi nobleza
abominaba en tu estado
esas confianzas necias?
Luego debes solamente
lamentar tu inadvertencia,
supuesto que, en esta parte,
mi amistad estaba exenta
de obligación, pues no hay ley
que pueda hacerme violencia
a complicarme en un crimen

porque una amiga lo quiera.
En efecto, Blanca mía,
yo te soy leal; tú piensas
como apasionada; advierte
tu estado, y las consecuencias
que ofrece tu desvarío;
y, así, tan vanas ideas
debes darlas al olvido
y reflexar... (1).

BLANCA. Ten la lengua.
¿Yo olvidar a Carlos? ¿Yo
privarme del dulce néctar
que, hidrópico, el corazón
agota? Primero, yerta
me verás bajo el sepulcro;
primero, la ardiente hoguera
que me consume será
pira de mi vida adversa;
primero...

MARQUESA. ¿Qué es esto, Blanca?
¿Qué esperanza, di, te alienta?
¿Serías capaz de faltar
a ser quien eres?

BLANCA. No ofendas
con tal presunción mi honor;
no prosigas, no... ¿Qué horrenda
furia te trajo a matarme?
¿Yo, esperanza; y no rompiera
el pecho que la abrigaba,
para lavar tanta ofensa?

(1) «reflejar» = «reflexionar».

[Es verdad que adoro a Carlos (1),
que es el único en la tierra
digno de mi voluntad;
mas esta pasión violenta,
aunque el corazón me abrasa
y la razón me enajena,
nunca logrará romper
la impenetrable barrera
de mi honor. Podré morir,
mas no faltar a la deuda
de mi sangre. No lo dudes;
hazme justicia, Marquesa;]
pues si fuese tan infame,
tan tirana que pudiera
aspirar a logro alguno,
no padeciera las penas
que lamento; porque el alma
de Carlos es tan propensa
a la mía, que mi gusto
su mayor delicia fuera.

MARQUESA. Pues si no has de poseerle,
¿por qué impides que yo sea
quien logre su mano?

BLANCA. Porque
no se aumente mi funesta
desesperación. Pues yo
lo he perdido, no lo vea
en otros brazos. ¡Ay triste!
Esto sólo en mis eternas

---

(1) Lo acotado está escrito en un papel añadido al manuscrito y único ejemplar que existe de esta obra.

ansias podrá consolarme,
y hacer más leve la fiera
esclavitud en que vivo,
tan a mi pesar, sujeta.

MARQUESA. Ya no pretendo argüirte;
y, así, si me das licencia,
me retiraré. *(Levántase.)*

BLANCA. Primero
júrame que vas resuelta
a olvidar a Carlos.

MARQUESA. ¿Cómo
quieres que en mí fácil sea
lo que es en ti tan difícil?
Son nuestras naturalezas
tan frágiles, Blanca mía,
que se vician con cualquiera
mal ejemplo.

BLANCA. Pues prevente
a las fieras consecuencias
de mi enojo, si prosigues
en las pérfidas ideas
de ser su esposa. Si advierto
una ojeada, una seña,
un acento que publique
tu pasión en mi presencia;
últimamente, si sé
que le escribes o franqueas
asiento en tu casa, yo,
airada, sañuda y ciega,
sabré arrancarte del pecho
el corazón en que albergas
tan injusto amor. No juzgues

que son amenazas éstas
de mujeril sentimiento,
pues me prestan fortaleza
los celos, y no hay puñal
que a tal impulso no hiera.

MARQUESA. Pero yo...

FLORELA. *(Saliendo.)* Señora; ved
que vuestro primo aquí entra.

BLANCA. ¡Ay de mí!

MARQUESA. Yo me retiro.

BLANCA. Aun no te vayas; espera.

MARQUESA. ¿Qué pretendes?

BLANCA. Disimula.
Vuelve a sentarte.

FLORELA. Ya llega. *(Vase.)*

CARLOS. *(Saliendo.)* Este momento, que el hado
más propicio me presenta,
por que logren mis pesares
el alivio de la queja,
quiero aprovechar...

BLANCA. Detente,
Carlos; que mi honor se arriesga
si el Duque te halla en mi cuarto.

CARLOS. El Duque salió; sosiega.
No imagines que ahora vengo
a suspirar tu infidencia,
a culpar tu ingratitud,
a confundir tus cautelas,
tus engaños, tu inconstancia,
tu per... ¿Para qué mi lengua
ha de cansarse en decirlo,
si tienes en tu presencia

testigo que abonar puede
mi razón y tu vileza?
Y, así, pues que vengo, ¡ay triste!,
sólo a pedirte licencia
de partir mañana, donde
pueda respirar mi pena
con libertad, donde el odio
de mi rigorosa estrella
el rédito de mi vida
cobre en suspiros y quejas,
no extrañes que mis pesares
en lágrimas se conviertan;
que es tan fino mi dolor,
como tu traición grosera.

BLANCA. ¡Ay de mí; que un infelice
por más penas que padezca,
por más ansias que tolere,
por más tormentos que sienta,
nunca llega a descubrir
la extensión de su dolencia,
pues de dolor en dolor
de tal modo se despeña,
que cuando llega a la muerte,
tan hecho pedazos llega,
que muriendo, aun no conoce
si es muerte la que tolera!
Bien a mi pesar, ¡oh Carlos!,
he logrado esta experiencia;
pues tan herida me hallo
de los golpes de mis penas,
que no sé si en este instante
estoy muriendo, o me restan

muchas muertes que sufrir
hasta lograr la postrera.
¡Solicitas ausentarte!
Preciso es te lo conceda,
aunque mi vida devoren
pesar, memoria y ausencia.
¡Huye de mi vista; huye,
Carlos mío!... Mas ¡oh adversa
suerte; que no, no eres mío,
pues cobarde, pues ligera,
perdí todos los derechos
de este renombre!... ¡Ah, que apenas
mi débil respiración
halla del labio la senda!
Huye, y ve con el consuelo
de que ya vengados dejas
tus agravios, pues yo soy
el verdugo que los venga.
¡Huye, repito!... ¿Mas dónde
has de ir? ¿Adónde piensas
retirarte de mis ojos?
¿Será bien que tu inocencia
vaya errante y fugitiva
por mi causa? No; no quieras
padecer por mi injusticia;
vive tranquilo en Marsella,
y logra las dulces dichas
que te previene tu estrella
en un nuevo... la...zo. ¿Y yo
lo pronuncio sin que sea
cada voz un basilisco,
que mate a la causa fiera

de mi dolor?... ¡Ay de mí!,
que en tan dura, tan acerba
batalla de sentimientos;
en tan horrible demencia,
por que el honor no peligre,
ni mi recato se pierda,
me den los cielos piadosos
su favor, para que pueda,
huyendo desesperada,
dominar de esta manera
esta furia, esta pasión,
venciéndola sin vencerla. *(Vase.)*

CARLOS. Aguarda, Blanca... ¿Qué es esto?
¿Qué me sucede? No encuentra
mi discurso, de este enigma
lo confusa inteligencia.
¿Yo dichas? ¿Yo nuevo lazo?
¿Penetrasteis vos, Marquesa,
el sentido de estas voces?

MARQUESA. Muy fácil fuera entenderlas,
si os hallaseis vos capaz
de aplaudir lo que interpretan.

CARLOS. ¿Qué sabemos? Explicaos;
que tengo el alma suspensa.

MARQUESA. Pues eso es que vuestro tío,
con una dama de prendas
intenta casaros.

CARLOS. ¿Cómo?

MARQUESA. La conozco; y en nobleza
y gracias no cede a Blanca.
Esto supuesto, y que en ella
ganáis un amor constante,

placer, gusto y conveniencias,
olvidad vanos delirios,
que solamente acarrean
disgustos y sentimientos,
si no acaban en tragedia.

CARLOS. ¡Ay Marquesa! Inútilmente
vuestras voces se interesan
en persuadirme a que olvide
esta engañosa sirena
de mis sentidos. ¿Notasteis
los extremos de su pena?
Pues cada suspiro suyo
era una firme cadena
que aprisionaba de nuevo
mi voluntad y fineza.
Y, así, mientras que la vida
no me desampare; mientras
anime yo sentimientos,
no podráń cuantas bellezas
hay en el mundo, arrancar
la semilla que en mis venas
han sembrado unas memorias
tan dulces como funestas. (*Vase.*)

MARQUESA. ¿Qué es esto? ¡Infelice!
¿Qué furia se alberga
dentro de mi pecho,
que en venganza convierte la terneza?
¿Cómo, altivez mía,
cómo te sujetas
al precepto infame
de una amenaza que mi honor afrenta?
¿Yo verme ultrajada

con tantas ofensas,
y el dolor no rompe
los diques del furor y la soberbia!
¿Yo sin esperanzas,
por una perversa,
de lograr las dichas
que en Carlos se prometen mis ideas;
y mi sentimiento,
cual rayo que incendia
el soberbio cedro,
estremeciendo la florida selva,
no abate y confunde,
no devora y quema
el escollo infame
que a mis amantes ansias se presenta!
Pero ya los celos
mi rencor despiertan,
el honor me inflama,
y el amor sus deseos acrecienta.
Venganza, venganza;
mas mi lengua yerra,
que esto es solamente
de mi pasión ardid y sutileza;
pues, si en este día,
logra mi cautela
apartar a Blanca
de los ojos de Carlos, será fuerza
que, no habiendo objeto
que su afecto encienda,
se rinda a mi halago
y olvide su pasión por mis finezas.
Y, así, pene Blanca;

este papel sea
fatal instrumento
que facilite el logro de mi empresa.
En él mi enemiga
conmigo se queja
de su amor ardiente
y del odio que al Duque le profesa,
y pues que los nombres
calló su cautela,
y tan solamente
autoriza su culpa con su letra,
el Duque, en sus rasgos,
sus agravios beba,
sin que sus rigores
formen, de Carlos ni de mí, sospechas.
¿Qué aguardan mis iras?
¿Qué mi industria espera,
cuando los momentos
por largos siglos mi despecho cuenta?
Mi corazón teme...
Pero ¿qué recela?
Si procedo impía,
soy mujer, tengo celos, lloro ofensas.

Cuadro segundo.

Decoración de salón magnífico; varios aparadores; en medio una mesa espléndida con suntuoso ramillete y demás adornos correspondientes. FLORELA, BLUND y otros criados, arrimando taburetillos y disponiendo lo necesario para el banquete.

FLORELA. Arrimad los taburetes,
que ya la hora se acerca

de que vengan a sentarse
los señores a la mesa.

BLUND. Señora Florela; usted
no tiene que darnos priesa,
que mejor se hacen las cosas
con una poca de flema.

FLORELA. Usted me consume.

BLUND. Usted
me quema con su fachenda.

FLORELA. Desvergonzado; ahora mismo
a mi ama daré cuenta
de las muchas osadías
que gasta con sus doncellas.

BLUND. Y yo le diré que usted
conmigo se desvergüenza,
y al pajecillo de enfrente
le hace usted dengues y señas.

FLORELA. ¿Cuándo, hablador?

BLUND. Cuando usted
a la ventana se sienta
con la almohadilla.

FLORELA. Si estoy
entonces zurciendo medias,
¿cómo puede ser?

BLUND. Ya entiendo,
siempre usted trabaja *a medias;*
le coge a la media un punto
y a su amor una carrera.

TODOS. ¡Ah, ah, ah, ah, ah! *(Se ríen.)*

FLORELA. ¡Hablador;
yo te sacaré la lengua!

MARQUESA. *(Saliendo.)* ¡Hola, hola!, que habéis puesto

con simetría la mesa.
¿Quién ha sido el director?

BLUND. Servidor de Usía.

FLORELA. Esta
buena alhaja.

MARQUESA. Se conoce
que tiene delicadeza.
Todo está bien colocado.
Este cubierto, Florela,
¿de quién es?

FLORELA. Ése, del primo;
éstos, del Duque y Duquesa;
éste, del Conde Velmire;
y así siguen, etcetera.

BLUND. *(A los otros.)* ¿Oís? Etcetera dijo.
No en balde la galantea
don Pajuncio; que estas gracias
arrastraran a una peña.

TODOS. ¡Ah, ah, ah! *(Se ríen.)*

FLORELA. ¿Qué estás hablando?

(Ahora, cautelosamente, oculta la Marquesa el papel en la servilleta del Duque.)

BLUND. Nada; que es usted discreta.

FLORELA. No necesito de elogios.

MARQUESA. Me gusta la servilleta
del Duque; está primorosa.
(Aparte.) Ya en ella dejo encubierta
la víbora venenosa
que alma y corazón le muerda.
(Alto.) ¿Y don Carlos?

BLUND. Allá dentro
con los amos.

VALMONT. *(Saliendo.)* ¡Oh Marquesa!
¡Tanta dicha al primer paso!
Feliz yo, pues miro esas
dos lumbreras celestiales,
esas dos rosas tan frescas,
aquese rubí partido,
esas dos sartas de perlas,
esa garganta de nieve,
esas manos de azucenas,
ese talle...

MARQUESA. Usted, Valmont,
sin duda me lisonjea.

VALMONT. ¿Yo lisonjas? No las gasto.
No hay en la Europa quien sea
más ingenuo. Yo me precio
de hacerle a cada belleza
el elogio que merece,
sin que pasiones me venzan.

MARQUESA. ¿Y de dónde viene usted?

VALMONT. Del café; allí hora y media
he pasado divertido.
Se ha leído la *Gaceta;*
se ha dado una vuelta al mundo,
haciendo con gran prudencia
anatomía de todos
los gabinetes, modernas
sanciones, cédulas y otros
asuntos de esta materia.
Se ha disputado también,
con grandísima modestia,
del mérito de las mozas
más nombradas por sus prendas.

Finalmente, se ha bebido;
y terminó la asamblea
especificando varios
créditos, que malas lenguas
intentaban denigrar;
mas sobre nuestras conciencias
dimos unánimes todos
la más piadosa sentencia.
Conque así, lleno de suma
satisfacción, mi fineza
me conduce a ver al Duque
y a disfrutar de su mesa;
que, aunque él no me ha convidado,
yo tengo franca la puerta;
y entre dos amigos, nunca
se repara en etiquetas.

MARQUESA. Celebro que hayáis tenido
tan delicada tarea.

VALMONT. Y bien; ¿adónde está el Duque?

FLORELA. En la otra sala.

VALMONT. Florela,
¡qué pálida estás! Mujer,
dime: ¿has tenido jaqueca?
¿Qué sientes?

BLUND. Ansia de boda;
y, ya se ve, con la fuerza
del dolor, la pobrecita
tarde y mañana babea.

FLORELA. ¡Picarón!

VALMONT. ¡Bueno! He de darte
por la gracia un par de almendras.

Salen el DUQUE, BLANCA, CARLOS y el CONDE.

DUQUE. Señores; ya nos aguarda
la sopa.
CARLOS. *(Aparte.)* ¡Suerte funesta!
VALMONT. ¡Oh Duque mío!
DUQUE. Valmont,
ya juzgué que no vinieras
a acompañarnos.
VALMONT. ¡Oh! Nunca
puede carecer tu mesa
de un trinchador como yo.
CONDE. Vaya, señores, ¿qué esperan?
VALMONT. ¡Alón! (1). Vamos a sentarnos.
CARLOS. *(Aparte.)* ¡Oh corazón; quién creyera
que, a vista de lo que adoro,
se duplicasen tus penas!
CONDE. ¿Por qué no te sientas, Carlos?
MARQUESA. *(Aparte.)* Ahora importa a mi cautela
salir de aquí.
BLANCA. Cada instante
mis pesares se acrecientan.
MARQUESA. ¡Ay de mí!
(Se finge desmayada en la silla, y todos la rodean.)
TODOS. ¿Qué es esto?
MARQUESA. Siento
una opresión tan violenta...
que me ha eclipsado la vista...

(1) Así dice el manuscrito.

Mas la razón titubea...
Yo fallezco...

TODOS. ¡Qué desgracia!

BLANCA. *(Aparte.)* ¡Oh, si fuese la postrera
congoja!

CONDE. A tu lecho, Blanca,
la llevaremos.

DUQUE. Blund; vuela
por el médico entretanto.

VALMONT. No es menester, que para estas
ocasiones traigo yo
el succino. Mi Marquesa;
oled un poco de ámbar
del que ha compuesto la reina
de la Georgia. Ya vuelve.

MARQUESA. ¡Ay de mí!

VALMONT. No hay en Marsella
quien quite los accidentes
como yo. ¿Os sentís ya buena?

MARQUESA. Con más libertad respiro.

BLANCA. ¡Ay amiga! Aun no se templa
el susto que he recibido
al verte ya casi yerta.

MARQUESA. Ya sé yo lo que te debo.

BLANCA. No reconozcas la deuda;
que si yo te estimo tanto,
es porque sé tus finezas.

MARQUESA. Yo las acreditaré.

BLANCA. Y yo espero agradecerlas.
(Aparte.) ¡Ah cautelosa!

DUQUE. Tomad
algún alimento.

MARQUESA. Es fuerza
irme a casa. Estoy temiendo
que el accidente me vuelva.
CONDE. Es dejarnos con cuidado.
VALMONT. Esto es una frïolera
que no debe mencionarse,
puesto que la moda ordena
que ninguna dama deje
estrado, sarao o mesa
hasta haber fingido ya
veinticinco pataletas.
MARQUESA. Sois un grosero.
VALMONT. Expresión
de moda.
MARQUESA. Dadme licencia.
BLANCA. No, Marquesa; no es razón
que día en que se celebra
la bienvenida del primo,
nos prives de tu presencia.
MARQUESA. Nada importa, pues que tú
nos suples con tu belleza.
BLANCA. ¡Oh, qué mal tan lisonjero!
MARQUESA. No es lisonja. Tú me enseñas...
Pero adiós, que ya el dolor
me vuelve.
BLANCA. No me enternezcas.
CONDE. ¿Conque por fin nos dejáis?
MARQUESA. Perdonadme que no pueda
disfrutar vuestro favor.
DUQUE. Baja, Blund, no te detengas,
para que acerquen el coche.
(Vase Blund.)

BLANCA. ¡Oh, cuánto siento tu ausencia!
MARQUESA. Lo considero.
CONDE. Ve, Carlos,
y acompaña a la Marquesa.
MARQUESA. De ningún modo; lo estimo.
Blanca, adiós; que te diviertas.
(Aparte.) ¡Oh, cuánto placer me causa
ver logradas mis ideas! *(Vase.)*
CONDE. Señores; a sus asientos,
antes que otra contingencia
acabe de helar la sopa.
VALMONT. No es pequeña la tarea
que tenemos los señores
petimetres, desde que esta
moda se introdujo en Francia.
Imposible que pudiera
tolerarse, si no fuese
por lo mucho que se pega.
DUQUE. ¿Un papel, y en este sitio?
(Halla el papel y lo recata, haciendo lo que dicen los versos.)
(Aparte.) No sé qué el pecho recela,
advirtiendo que me envía
alguna infelice nueva
quien remite lo que escribe
por mano de la cautela.
Pues es pequeño, bien puedo,
con el mantel y la mesa,
ocultándolo, saber
qué secreto es el que encierra.
VALMONT. ¡Carlos, qué mustio te has puesto!
Bien tu rostro manifiesta

lo que has sentido el desmayo
de Madama.

CARLOS. Qué, ¿aun no cesas
de producir necedades?

VALMONT. ¿Te has picado? Mala seña.

DUQUE. ¿Qué áspid ponzoñoso, ¡cielos!,
han despertado estas letras
en mi corazón?
(Estos versos aparte, aunque con algún extremo.)

CONDE. ¿Qué tienes?

DUQUE. Un puñal que me penetra
las entrañas. *(Levántase.)*

VALMONT. El succino.
¡Hola, Duque! ¿También entras
en la moda de las damas?

DUQUE. Vete, Valmont; no pretendas
que mis iras te confundan.

VALMONT. Eso es ya de otra materia.
Mi succino sólo cura
desmayos, mas no demencias.
(Siéntase a comer.)

BLANCA. Esposo mío, ¿qué sientes?

DUQUE. Siento... Mas nada. ¿Florela,
Blund?; el sombrero, la espada.
(Van por ello los dos.)
(Aparte.) Antes que mi rabia inmensa
cometa un exceso, huiré
de los ojos de esta fiera.

CONDE. Mas ¿no podemos saber
qué te aflige o qué te altera?

DUQUE. Es un mal que yo no puedo,

por más que esfuerce la lengua,
declarar; y, así, señor,
dejad que yo mismo sea
víctima y cuchillo a un tiempo
en las aras de mi pena.
Dejadme todos.
(Se tira despechado en una silla que habrá en un extremo del teatro.)

BLANCA. ¡Oh padre!
No aumentéis más la violencia
de su despecho. Dejadlo.

CONDE. Si la soledad deseas,
yo celebraré que halles
todo tu consuelo en ella. *(Vase.)*

CARLOS. Yo me retiro; no sé
si sintiendo más el verla
sujeta a un yugo tirano
que, en otros brazos, ajena. *(Vase.)*

BLANCA. ¿Me comprende tu mandato,
esposo mío?

DUQUE. Sirena
que para matar encantas,
huye, pues, de mi presencia.

BLANCA. Te obedezco. *(Aparte.)* El corazón,
al verle irritado, tiembla.
Mas, ¡ay!, que no recelara
si delincuente no fuera. *(Vase.)*

BLUND. *(Saliendo.)* La espada.

FLORELA. *(Saliendo.)* El sombrero.

DUQUE. Idos;
que ya no salgo.

BLUND. *(Aparte.)* ¡Canela!

¡Qué cara que tiene el amo! *(Vase.)*

FLORELA. *(Aparte.)* ¿Si le dolerán las muelas? *(Vase.)*

VALMONT. ¡Hombre; qué linda comida
les has dado! Mas mi buena
gana suplirá por todos.
Vaya, toma una fineza. *(Desde la mesa.)*

DUQUE. Aun me parece increíble
que esa traidora me ofenda.
¿Si acaso comprendí mal
la carta? Vuelvo a leerla. *(La abre.)*

VALMONT. ¡Bravo, bravo! ¿Estás leyendo,
por ventura, la *Gaceta?*
Haces grandemente, pues
para olvidar una pena,
no hay como leer los nombres
de Petersburgo, Viena,
Constantinopla, Berlín
y toda aquella caterva
de vocablos que no sé
deletrearlos siquiera.

DUQUE. Ya no te puedo sufrir.
Eres un loco.

VALMONT. Prudencia.
(Levántase con un plato en la mano.)
¿Conque tú me insultas?

DUQUE. ¡Vete,
antes que ciego...!

VALMONT. ... ¿me pierdas
el respeto? ¿No es así?
No tengo gana de fiesta.
Adiós; al jardín me voy
a comer esta conserva;

pero si de mí tuvieres
algún sentimiento o queja,
ya sabes que sé jugar
al florete; a cualesquiera
horas búscame: zis, zas,
te romperé la cabeza. *(Vase.)*

DUQUE. ¡Insensato!... Mas, ¡ay triste!,
que en la crítica y funesta
situación en que me hallo,
yo lo sería si diera
a las locuras de un necio
la atención que están mis penas
exigiendo. Cielos santos,
¿qué imán tienen estas letras,
que cuando por simpatía
otro arrastra, éste se lleva,
por odio y oposición,
los ojos de mi impaciencia?
(Lee.) «Amiga: ¡Tan digno de lástima como yo misma es ese objeto, que no puedo extraer de mi corazón! ¿Acaso no sabe hasta qué exceso es amado? ¿No sabe tampoco cuán mal hice en confesar lo que hoy me constituye en culpada? ¡Ay, que él tiene allá toda mi ternura, y sólo me ha dejado el odio mortal que me debe ese tirano, en cuyo poder gimo y lamento!»
¿Por qué me llama esta ingrata
su tirano? ¿Qué violencias
ha padecido? ¿Qué ultrajes,
qué rigor experimenta
en mi poder? Mas si, antes,

que me aborrece confiesa,
¿qué tengo que preguntar
ni discurrir? Ésta, ésta
la causa es de tan injusto
epíteto, pues la fiera
aversión con que me mira,
ingratamente pondera
como agravios mis halagos,
como impiedad mi fineza.
Luego no sólo me ofende
abrasándose en ajena
llama, buscando otros brazos,
siendo liviana, proterva,
sino también infamando
mi conducta. ¿Qué sangrienta
hidra puede producir
más veneno, aunque se hubiera
alimentado con cuantos
áspides Egipto engendra?
¿A qué más puede aspirar
un alma tan dura y ciega,
sino a consumar un día
con mi muerte su insolencia?
¿Pues qué espera ya, qué aguarda,
si esto advierte, mi severa
indignación, que no ataja
el cáncer que mi honra infesta?
Agravios míos, venganza;
olvidemos la clemencia
y el cariño; y pues mi honor
desde el oprobio se queja
al tribunal de mis iras,

pronunciemos la sentencia
que han de ejecutar mis celos
y ha de ocultar mi cautela.
Este billete, este astuto
papel, cuyas fieras letras
tanta llama introdujeron
en mi alma, es una prueba
convincente del delito;
pues aunque firma no tenga,
los caracteres publican
cuál fué la mano perversa
que, atropellando el sagrado
vínculo que la sujeta,
tiñó en la tez de mi fama
los rasgos de su infidencia;
conque así, para el castigo
ya mis celos tienen hecha
la más solemne probanza;
y, en fe de ella, al punto muera
Blanca... Mas ¿qué es lo que digo?
¿Será, por ventura, ésta
bastante satisfacción
para dejar mi honra ilesa?
¿Una víctima es capaz
de saciar la sed sangrienta
de mi venganza? ¡Oh, si el fuego
que me devora pudiera,
cual rayo exterminador,
abrasar a cuantos llegan
a penetrar mi desdoro,
por que en el mundo no hubiera
quien, refiriendo el castigo,

supiese decir la ofensa!
Y, así, muera Blanca, digo
otra vez; pero perezca
después que mi enojo ardiente
se haya ensayado en las venas
de su amante; cuando mire
que la rencorosa diestra
que le hiere está humeando
con la púrpura funesta
de su ídolo... No sé
qué frenesí me enajena
al pronunciar esa voz,
que miro con impaciencia
los instantes que dilatan
mi venganza y su tragedia.
¿Quién será ese amante, quién?
El papel lo calla. ¡Oh fieras
reflexiones! Puede ser
que en mi sala y en mi mesa
haya sido mi ignorancia
testigo de mis ofensas.
Puede ser que ahora, saliendo
de mi casa, acaso sea
el primero a quien le rinda
el sombrero, y quien pretenda
con una risa cortés
burlarse de mi inocencia.
Puede ser... Mas ¿qué discurro?
¿Qué fruto logra mi idea
con amontonar horrores
en mi pecho, si la empresa
de mi venganza requiere,

más que confusión, cautela?
De ésta necesito para
exigir de esa perversa
el nombre de mi ofensor;
y también para que pueda
satisfacerse mi enojo
sin el rumor que fomenta
en los afectos del pueblo
la expectación de una escena
llena de sangre; y no hay duda
que, siendo la parentela
de Blanca tan poderosa,
con tal suceso era fuerza
que concitando sus iras
mi rüina consiguiera.
Fuera de esto, esa tirana
no es digna que una violenta
muerte termine sus ansias,
pues un puñal que la hiera,
un dogal que la sofoque
y una ponzoña funesta
que la embrïague la vida,
fueran lisonjas, no pena.
Y, así, con martirio eterno
ha de afligirla mi acerba
venganza: dolor que ahogue
sin que el sentido suspenda;
tormento que despedace
sin que el aliento fenezca;
y muerte que, sin matár,
todo su rigor ejerza;
pues de este modo veré

mi indignación satisfecha,
desagraviada mi fama,
extinguida la dolencia
de mis celos; y, por fin,
pues que tuvo esa perversa
su deleite en mi desdoro,
yo lo he de tener en verla
sufrir, padecer, llorar,
si es que hay lágrimas, si hay penas
que equivalgan a un quilate,
a un átomo de mi ofensa. *(Vase.)*

ACTO SEGUNDO

Gabinete de Blanca, con una mesa en la embocadura del teatro, y una silla de brazos. BLANCA, en la silla, sumergida en profunda tristeza. La escena a media luz.

¡Triste de mí!... ¡Qué terribles
remordimientos batallan
en el campo de mi idea!
¡Qué palpitación extraña
me fatiga!... ¡Qué temor!...
Yo no sosiego... Esta ansia
es oráculo sin duda
de alguna horrible desgracia
que va a desplomarse sobre
las muchas que despedazan
mi corazón. ¡Ay de mí!
No penetro por qué causa
me despidió de su vista
el Duque, con furia tanta.
Si presume... Pero pasos
he sentido; y con la escasa
luz de la tarde, no acierto
a ver quién por esa sala
transita. Si fuera acaso
Florela, haré que luz traiga.
¿Quién es?
(Llega Blanca a la puerta, y al encontrarse con el Duque, se retira asustada.)

DUQUE. Yo soy.

BLANCA. ¡Cielos santos!

DUQUE. ¿Por qué motivo te espantas?
¿Tiemblas? ¿No estás, por ventura,
con un esposo que amas
y que debe amarte?

BLANCA. ¡Oh Dios!
¿Qué significa esa airada
voz, y ese ceño terrible?

DUQUE. Ahora lo sabrás. Aguarda. *(Vase.)*

BLANCA. No estoy en mí. Un sudor frío
por mis miembros se derrama.
En vano me esfuerzo..., en vano
quiero aplacar esta amarga
congoja..., pues tengo echado
un dogal a la garganta...,
y este corazón, que anima
una pasión tan bastarda,
se estremece en la presencia
de quien puede castigarla.
Mas ya vuelve... ¡Santos cielos;
fortaleced mi constancia!

DUQUE. *(Sale con una luz que pone sobre el bufete, y se sienta.)*
Siéntate y oye. Bastante
es el pavor que te causa
tu conciencia delincuente.
Sí; con razón te anonadas,
pues ha llegado la hora
en que, ya desembozada,
tu deslealtad justifique
tu terror y mi venganza.

Éste es tu delito, infiel;
confúndete; lee esa carta.

BLANCA. *(La mira sin tomarla y se estremece.)*
¡Qué miro! ¡Perdida soy!
¡Ah vil amiga!

DUQUE. Qué, ¿extrañas
que una amiga te abandone
y falte a las confïanzas
que reciprocó (1) un delito,
siendo una traición la basa,
y habiendo faltado tú
a obligaciones tan santas?
Pérfida; ¿conque ésta es
la recompensa que labra
mi ternura en tu vil pecho?
¿Éste el premio que preparas
a mis amantes finezas?
¿Ésta, en fin, la injusta paga
por haberte preferido
a cuantas ilustres damas
gusto, hermosura y riquezas
en su mano me brindaban?
Eres acreedora a todos
los castigos que la saña
de un celoso y un marido
agraviado invente para
satisfacer la justicia
de sus celos y su fama.
Sí, traidora; te prometo

(1) Textual.

justificar la inhumana
aversión que yo te inspiro.
Tú tendrás bastante causa
para aborrecerme. Qué,
¿pensaste que tus infamias
iban a ser más dichosas
que mi amor? ¿Imaginabas
que los cielos se reservan
todo el castigo? ¡Qué rabia!
¿O creíste, por ventura,
que yo tolerase tantas
ofensas, tantos ultrajes,
tal deshonra?...

BLANCA. ¡Calla, calla;
no me calumnies; detente,
que al corazón despedazan
tus afrentosas razones
aun más que tus amenazas!
No pretendo indemnizarme.
Soy, en efecto, culpada;
merezco bien tus rigores,
tus iras y tus venganzas;
pero ya que no he podido
triunfar de una desgraciada
pasión, están, a lo menos,
tu honor y el mío sin tacha.

DUQUE. Perjura; pues tu rubor
te ha impedido leer la carta,
oye tu condenación,
por tu letra confirmada:
«¡Tan digno de lástima como yo misma es
ese objeto, que no puedo extraer de mi

corazón! ¿Acaso no sabe hasta qué exceso es amado?»
¿Qué más han de demostrar
tu traición estas palabras?
Si él sabe bien el exceso
de tu amor, es cosa clara
que tú se lo confesaste;
luego mujer tan liviana
que descubre su pasión
al objeto que la causa,
es constante que apuró
el vaso vil de la infamia.
Pues ¿qué no hará la que fácil
ha dicho una vez que ama,
o qué detendrá a un amante
a quien le dan tales alas?
Ea, pues; dame una prueba
en tu favor que equivalga
a la de tu acusación.

BLANCA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí, que circundada
mi triste imaginación
de una multitud de amargas
reflexiones, no halla senda
para la disculpa!

DUQUE. ¿Callas?
¿Conque por fin nada tienes
que alegar en la demanda
de tu honor? ¿No encuentras modo
de disculparte?

BLANCA. ¡Ah! ¿Te hallas
en situación de escucharme?

DUQUE. Sí, crüel. ¿Qué esperas? Habla.

BLANCA. Estoy inocente, y pongo
por testigo al Cielo.

DUQUE. ¡Ingrata!
¿Tú inocente? Qué, ¿aun se atreve
a pronunciarlo tu falsa
lengua? ¿No has escrito, di,
que sabe tu amante hasta
qué punto es amado?

BLANCA. Sí;
y a pesar de eso (¡qué ansia!)
estoy inocente.

DUQUE. ¡Oh monstruo
de impostura y de falacia!
Tiembla, tiembla de mis iras;
teme la justa venganza
que voy a tomar de ti.
Ese corazón que fragua
mi deshonor, ha de ser
el pábulo que en la llama
de mi furor se alimente...
Tu muerte, tu muerte infausta
redimirá mis afrentas...
¿Pero mi furia qué aguarda?
¡Injusta! ¡Viven los cielos!...
(Empuña, y Blanca se arrodilla. Él la contempla y, reportado, la levanta.)

BLANCA. ¡Dios eterno, Dios de mi alma,
único socorro mío,
protegedme en tan amarga
situación, pues inocente (1)

(1) Estos versos, corregidos en el manuscrito, decían: «situación, dadme consuelo, — fortaleced mi constancia».

pierdo la vida y la fama!
DUQUE. Alza del suelo; sosiega
y escucha.
(Aparte.) Mi ardiente rabia
se reprima hasta lograr
toda la intención.
(Alto.) Ya, Blanca,
comprenderás la justicia
de mis enojos. Tú, ingrata,
a quien he dado las pruebas
más sublimes de una llama
amorosa y de un afecto
aún mayor que tu inconstancia,
conocerás que un dogal,
una ponzoña, una espada
son piedades, no castigos, } (1)
si se carea la causa. }
Pero no obstante... Aun te puedo
perdonar, si es que desarmas
con una declaración
sincera mi justa saña.
Una víctima podrá
satisfacer mi venganza;
pero necesito una...
Ea, pues; sin dudar, Blanca,
nómbrame al vil seductor
que ha conseguido violaras
tus promesas, juramentos
y obligaciones sagradas.

---

(1) Tachados y enmendados en el manuscrito, decían así estos versos:

«son aún débiles recursos — para acrisolar mi fama».

BLANCA. No he violado juramentos
ni obligaciones; te engañas.

DUQUE. Pues quiero saber el nombre
de tu amante. Te lo manda
tu esposo. No lo dilates.

BLANCA. Si acaso tu furor clama
por una víctima sola,
sacrifica sin tardanza
la que tienes a tu arbitrio.
Rompe, hiere y despedaza
este corazón constante,
y tu sed ardiente apaga;
porque el nombre que deseas
jamás lo sabrás.

DUQUE. La rabia
que me devora no encuentra
frases suficientes para
expresar el grave extremo
a que ha llegado. ¡Tirana!
¿Conque yo no he de saberlo?
Ya veo que no reparas
el peligro a que te expones
y el tormento que te aguarda.
Ya veo que no conoces
el volcán en que se abrasa
mi pecho.

BLANCA. Bien lo conozco;
y no juzgues que me falta
ánimo para sufrir
la muerte.

DUQUE. ¡La muerte! Ingrata,
no te lisonjees; no es ésa

la que mi ira te prepara.
Tres horas ha que medito
el castigo de tu infamia.
Mira si pretenderé
reducir todas tus ansias
a un instante. No, crüel;
no morirás. Tu desgracia
te conducirá al sepulcro,
mas será viva; y cercada
de tinieblas espantosas,
no hallará tu pertinacia,
batallando con la muerte,
la muerte que tanto clama.

BLANCA. ¡Ay de mí!... Cielos... Yo muero...
(Desmáyase.)

DUQUE. ¡Que su perfecta constancia
así triunfe de mis iras!
¡Ah vil mujer; quién pensara
que en ese adorable aspecto
cupiese malicia tanta!
¡Que aun esté tan renüente!
Pero mi cautela haga
el último esfuerzo; y si
permanece temeraria
en su silencio, daré
fin a mi proyecto. ¡Blanca!
Aun no respira. Su vida
necesito. Voy por agua. *(Vase.)*

BLANCA. ¡Oh Dios mío!... ¿Adónde estoy?
¿Ese tirano no estaba
amenazando mi vida
con ceño infernal?... ¡Qué ansia!

¿Dónde habrá ido?... ¡Yo tiemblo!
¡Oh mísero Carlos! ¡Cuánta
tu infelicidad sería
en situación tan infausta,
si como el amor me sobra
el ánimo me faltara!
Ya vuelve ese monstruo... ¡Cielos!
Su vista feroz me causa
una conmoción tan fuerte
que todo el brío desmaya.

DUQUE. *(Saliendo.)* Bebe agua... Aliéntate... Bebe.
(Aparte.) El fingimiento me valga
por si logra la ternura
lo que el enojo no alcanza.
¿Cómo te sientes? Respira.

BLANCA. Yo fallezco.

DUQUE. Vuelve, Blanca,
en ti; no llores... ¡Ay, ojos
poderosos, pues desarman
mi cólera!... No sabía
cuánto, cruel, te adoraba
hasta el instante que vi
tu belleza desmayada.
No en vano mi ira desprecias,
no en vano tanto me ultrajas,
si conoces el imperio
que tienes sobre mi alma.
¡Ah, esposa mía! ¿Es posible
que no han de lograr mis blandas
caricias que me descubras
el nombre...?

BLANCA. En vano te cansas.

DUQUE. ¡Infeliz soy! ¡Que yo ame
el veneno que me daña!
¡Que yo adore mi peligro!
¿Para cuándo son las ansias?

BLANCA. ¿Tú enternecido? ¿Y creeré
que quien mi vida amenaza,
que quien aborta rigores,
que quien medita venganzas
llegue una vez a gustar
las dulzuras que derrama
en un pecho generoso
la piedad? ¿Tendré esperanza
de verte una vez sensible?

DUQUE. ¡Qué injustamente me tratas
de tirano y rigoroso,
Blanca mía! Si no amara
tus ojos; si tú no fueras
la prenda más estimada
de mi pecho, a tal extremo
los celos no me arrastraran.
Mi amor, mi excesivo amor
es quien mi despecho causa,
es quien enciende mis iras
y quien engendra mi saña.
Mas, ¡ay!, que es también amor
quien templa, entibia y apaga
todos esos sentimientos,
por que tus divinas gracias
queden siempre victoriosas
a pesar de tu inconstancia.
Y esta mano que yo adoro...
(Va a tomarle la mano y se suspende.)

Mas ¿qué advierto? Dulce Blanca,
¿qué frío sudor se extiende
por tus miembros? Retratada
la muerte en tu rostro yace.
¡Ay de mí! ¡Crüel desgracia!

BLANCA. *(Alterada.)* ¿Qué dices?

DUQUE. Tus bellos ojos
marchitos, ¡oh Dios!, declaran
tu cercana muerte. ¡Ay!
El pulso ya lo afïanza. *(Toma el pulso.)*
¡Hola, criados; Florela;
Blund, Blund!

Salen BLUND, FLORELA y CRIADOS.

TODOS. Señor, ¿qué nos mandas?

DUQUE. Ve por un médico; pronto;
vuela, que si más te tardas,
hallarás a tu ama muerta. *(Vase Blund.)*

BLANCA. ¡Qué escucho, Dios mío!

DUQUE. Marcha
tú, Florela, a aderezar
el lecho. *(Vase Florela.)*

BLANCA. ¡Terrible ansia!

DUQUE. Vosotros id a poner
luces por todas las salas.
Sí; se muere sin remedio.
(Vanse los criados.)

BLANCA. ¿Adónde, cielos, de tanta
confusión huiré?
(Quiere huir, y la detiene.)

DUQUE. Detente.

Di si resuelta te hallas
a declararme a tu amante.

BLANCA. No; no puedo.

DUQUE. Pues aguarda.

(Va a la mesa y echa en el vaso unos polvos.)

BLANCA. ¿Qué es esto que me sucede?
¡Ay de mí, que ya me faltan
las fuerzas!... ¡Soy un abismo
de temores!

DUQUE. Toma, Blanca;
bebe hasta apurarlo. *(Le presenta el vaso.)*

BLANCA. ¡Ah!
¿Qué me das, injusto?

DUQUE. Calla;
lo que es menester que tomes.

BLANCA. Suspende tu fiera saña
mientras imploro la Suma
Misericordia.

DUQUE. ¿Qué hablas?
¿Me supones algún crimen?

BLANCA. ¿Qué creeré de tus malvadas
traiciones, tus disimulos
y cautelas?

DUQUE. *(La amenaza con puñal.)* Ya son vanas
tus querellas; muere o bebe.

BLANCA. Dadme, Dios mío, constancia;
perdonadme; derramad
el raudal de vuestra gracia
sobre mi perseguidor;
consolad en sus amargas
penas a mi padre. ¡Oh padre,

y qué escena tan infausta
vas a ver!...

DUQUE. Bebe; no temas.

(Le aplica el vaso a los labios, y ella bebe.)

BLANCA. Mi corazón se desmaya...
Ya lo has logrado, tirano...
Esa inexorable alma,
ese corazón impío
terminó ya su venganza...
Yo te perdono... Mas, ¡ay!,
no sé qué letargo embarga
mis sentidos... Siento un grave
peso en los ojos... ¡Qué ansia!
Ya la cicuta mortal...
mi triste vida embrïaga...
¡Cielos..., favor; yo... fallez...co! *(Cae.)*

DUQUE. Ya obró el narcótico... ¡Ingrata!
Duerme para despertar
a penas más inhumanas.
Fingir importa. ¡Florela!
¡Criados!

Salen FLORELA y CRIADOS.

TODOS. Señor, ¿qué mandas?

DUQUE. Ya murió mi esposa. Ved
las dos rosas de su cara
marchitas; ved los claveles
de sus labios, sin fragancia.

(Se arrodilla delante y queda como transportado en ella.)

BLUND. ¡Qué dolor!

FLORELA. ¡Ay, ama mía!
Las lágrimas se me saltan.
¡Quién dijera, cuando puse
tanto cuidado en peinarla,
que no había de lucirlo!

BLUND. Mi pobre amo no halla
consuelo; y aun yo quisiera
llorar, mas no tengo gana.

DUQUE. Ve corriendo a dar aviso
de esta terrible desgracia
a su padre. Pero, Blund,
(Se va un criado.)
¿y el médico?

BLUND. No está en casa.
Mas el crïado al instante
salió a buscarlo por cuantas
tertulias hay en Marsella,
y me dijo descuidara,
que si no fuese esta noche,
vendrá acá por la mañana.

DUQUE. Ya no es tan preciso. ¡Ah,
dueño mío, amada Blanca!
Muerta tú, ¿de qué me sirve
una vida tan cansada?

FLORELA. ¡Pobre ama mía! Su muerte
no cesaré de llorarla.

VALMONT. *(Saliendo.)* Duque mío, ¿tienes baile
esta noche? ¡Qué mudanzas
he discurrido!... Mas, ¡hola!,
¿qué ha sucedido? ¿Está mala
tu esposa? Dilo.

DUQUE. ¡Valmont;

llegó mi estrella tirana
a colmar mis desventuras!
Me ha faltado lo que amaba;
mi único bien, mi delicia;
murió mi esposa adorada.

VALMONT. ¿Qué dices, hombre? ¿Estás ebrio?
Si la dejé buena y sana,
¿cómo es posible?

DUQUE. En mis brazos
exhaló, envuelto entre ansias,
el postrer suspiro. ¡Oh pena!,
¿cómo mi vida no acabas?

VALMONT. ¡Vaya, hombre; estoy pasmado!
Sobre que parece chanza.

FLORELA. No es chanza, no. Mi ama ha muerto.

VALMONT. Deja que una prueba haga.
Si a mi succino no vuelve,
un responso por su alma.

DUQUE. Funesto dolor; reúne
tus fuerzas y despedaza
de una vez mi corazón,
pues ya me falta constancia
para sufrir tan terrible
tormento, desdicha tanta.

VALMONT. ¡Pobre Duquesa! Ya puedes
cuando gustes enterrarla,
pues no habiendo efecto hecho
mi succino, es cosa clara
que a estas horas está ya
en el purgatorio.

CONDE. *(Saliendo.)* ¿Y Blanca?
¿Adónde está Blanca, Duque?

Mas ¡qué miro? ¡Hija adorada!
¡Tú sin vida! ¿De esta suerte
a tu padre desamparas?...
No alienta, no; el mal es cierto.
¿Adónde mi desgraciada
vejez hallará consuelo?
¡Día infeliz! ¡Suerte infausta!
Tú cubrirás de perpetuo
luto, de tristeza amarga
mi corazón, si es que puedo
sobrevivir a tan rara
desventura.

VALMONT. Callad, Conde;
tú, Duque, ten más templanza.
¿Acaso con llorar tanto
habéis de resucitarla?
Sepamos, pues, cómo ha sido
este accidente.

CONDE. ¿Qué causa
me ha privado de mi hija?

VALMONT. ¿Fué dolor cólico? Habla;
¿qué ha sido, pues?

DUQUE. Yo lo ignoro.
Sólo sé que, minorada
algún tanto la profunda
tristeza que me agitaba,
como fiero vaticinio
de su funesta desgracia,
vine a su cuarto y halléla
en su dolor abismada.
Háblola sobresaltado;
respóndeme con palabras

lánguidas y entretejidas
de quejas, que aun no acababa
de articular... Finalmente,
la palidez de su cara,
el temblor, la alteración
de los pulsos, me declaran
el peligro que la cerca.
Doy gritos, y se levanta
de la silla; se aproxima
a mi cuello como para
consolarme... Mas, ¡ay triste!,
no bien mandé que llamaran
al médico, cuando cae
en mis brazos entre bascas
mortales, y, pronunciando
un adiós triste, se apagan
las dos luces de sus ojos,
sus miembros todos desmayan,
y la cabeza, ya yerta,
se rinde sobre la espalda.
En fin, expiró... ¡Oh terrible
memoria! ¿Por qué retratas
tan viva la desventura,
tan perfecta la desgracia,
que copia y original
iguales efectos causan?

CONDE. ¡Ay, Blanca mía! Aun me alumbra
un reflejo de esperanza.
Puede que sea letargo.
Vamos todos a llevarla
a su lecho, mientras viene
el médico... Ve a su casa

a ver por qué se detiene. *(Vase Blund.)*
Tendré el consuelo que haga
todas las pruebas, pues son
en tal lance necesarias.

VALMONT. Ayuden todos.

DUQUE. *(Aparte).* Yo tengo
ya la voluntad captada
del médico, pues el oro
los obstáculos allana.
(La llevarán, y queda Florela.)

FLORELA. ¡Dios mío; yo estoy absorta!
¡Pobrecita de mi ama!
Nunca creí que su amor
a tal extremo llegara
que le quitase la vida.
Mas no hay duda. Esta mañana
la vi yo como una loca
de puro amor; y, así, es clara
consecuencia que esta noche
ha muerto de enamorada.
Hombres; ved cuántas desdichas
las pobres mujeres pasan
por... Mas no quiero decirlo;
porque me da mucha rabia
ver que si son ellos malos,
nosotras somos más malas.

MARQUESA. *(Saliendo.)* Florela, ¿qué ha sucedido?
En la tertulia de casa
se ha dicho que en este instante
acaba de expirar Blanca.
¿Es cierto, Florela?

FLORELA. *(Con mal modo.)* Es cierto.

MARQUESA. Mas ¿qué accidente, qué causa
la ha privado de la vida?
FLORELA. Los pesares que pasaba
por Usía, y el terrible
berrenchín que esta mañana
tuvo... Más vale callar.
MARQUESA. Advierte bien lo que hablas,
atrevida. ¿Tú conmigo
tan insolente y osada?
Si vuelves a proferir
otra vez tales palabras,
sabré volver por mi honra
escarmentando tu audacia.
FLORELA. Yo también sabré, aunque Usía
rabie como tigre hircana,
decir con esta boquita
la verdad muy lisa y llana. *(Vase.)*
MARQUESA. ¡Perversa!... ¡Pero, ay de mí;
que la sangre casi helada
apenas circula! ¡Cielos;
yo he dado la muerte a Blanca!
Este amor, esta pasión
funesta y desenfrenada
ha terminado sus días,
llenando esta triste casa
de luto, de confusión,
de delitos y venganzas.
¡Oh ceguedad, ceguedad;
ahora te conozco! ¡Cuántas
y cuán eternas serán
mis lágrimas! Mas no bastan.
Nunca podrán expïar

esta culpa. Tal desgracia
no tiene retribución,
pues Blanca perdió su fama,
perdió la vida, y perdió
el Duque la paz del alma...
¡A qué mal tiempo has llegado,
arrepentimiento! Nada
aprovechas, nada sirves
para aplacar la batalla
de fieros remordimientos
que en mi corazón se traba.
Mas Carlos llega. Este encuentro
ha duplicado mis ansias.

CARLOS. *(Saliendo.)* Marquesa, ¿vos aquí sola?
¿Dónde está mi prima?

MARQUESA. *(Aparte.)* ¡Infausta
suerte! ¿Qué podré decirle?
(Alto.) ¿No os han dicho lo que pasa?

CARLOS. No, Marquesa. Ni un crïado
he encontrado en la antesala;
y, así, hasta su gabinete
he penetrado.

MARQUESA. ¡Qué ansia!
Pues vuestra prima está ahora
en su lecho recostada.

CARLOS. Pues ¿qué tiene?

MARQUESA. Es una leve
indisposición.

CARLOS. ¿Qué aguarda
mi cariño? Voy a verla.

MARQUESA. Esperad, Carlos. Turbada
os advierto...

CARLOS. Mayor mal
ese semblante declara.
No me detengo.

MARQUESA. Esperad;
que ahora, si está sosegada,
no es justo que la inquietéis.

CARLOS. Mi corazón no descansa.
Yo voy, Marquesa...

MARQUESA. Mirad
que su esposo la acompaña.

CARLOS. No me importa. Soy su primo,
y no es reparable vaya
a visitarla.

MARQUESA. Tened...

VALMONT. *(Saliendo.)* En descanso esté su alma.
El médico ha dicho que es
cadáver.

[CARLOS. ¡Amada Blanca! (1)

MARQUESA. ¡Qué necio es usted, Valmont!

VALMONT. Si ha de saberlo mañana,
¿de qué sirven los misterios?
Carlos, si acaso te faltan
las fuerzas, con mi succino
lograrás recuperarlas.

CARLOS. ¡Ay de mí!

VALMONT. Ven, ven, amigo,
y en esta silla descansa.

MARQUESA. *(Aparte.)* No puedo ya sostener,
¡cielos!, la vista de tantas

---

(1) Todo lo acotado va añadido en papel aparte al ejemplar manuscrito.

calamidades. Huiré
de esta miserable casa,
de este funesto teatro
del dolor, donde mis ansias
me oprimen, pues soy el fiero
resorte de su desgracia. *(Vase.)*

CARLOS. Valmont; ¿que mi prima ha muerto?

VALMONT. Aun no pierdas la esperanza,
porque puede ser letargo.

CARLOS. Pues vamos a verla.

VALMONT. Aguarda;
recóbrate; toma; huele;
te aliviarás.

FLORELA. *(Saliendo.)* ¡Ay mi ama!
¡Está muerta! ¡Qué dolor!

CARLOS. Yo expiro, Valmont.

VALMONT. ¡Me enfadan
aquestas delicadezas!
Yo, a la verdad, no llorara
aunque a todos mis parientes
viese dar las boqueadas.]

CARLOS. ¿Es posible que murió
mi amable prima? ¿Sus gracias,
su candor y su belleza
son despojos de la avara,
injusta muerte? ¿No espero
volver a oir sus palabras?
¿No existe ya? ¡Pesar fiero!
¡Dolor que excede a la raya
del natural sentimiento!
¡Oh muerte, muerte tirana!
¿Cómo pudiste cortar

aquella rosa temprana,
que en botón resplandecía
con admirable fragancia?
¿Cómo has podido arrojar
al ídolo de mi alma
en un féretro funesto,
atropellando, inhumana,
tantos méritos sublimes
como en su pecho brillaban?
¿Por qué en mí no ensangrentaste
tu inexorable guadaña,
antes que en la tierna vida
de mi prima la emplearas?
¿Por qué?... Mas, ¡ay!, que ya son
todas mis querellas vanas;
ya mi gozo terminó;
ya huyeron mis esperanzas
con la misma rapidez
del rayo, como la vaga
exhalación que a los ojos
aparece cuando acaba.
Detesto la vida; odio
esta luz, para mí opaca;
este aire que me ofrece,
para respirar, desgracias...
¡Ah! Que por más que provoco
los rigores de mi amarga
congoja; por más que agito
los filos de mi obstinada
angustia; por más que reto
dentro del pecho a la rabia,
las agonías, las penas

y los tormentos, no acaban
de darme muerte; pues, sordos
o cobardes, hoy retardan
a mi pecho este consuelo
que justamente reclama;
porque, si es capaz de un bien,
muriendo su bien lograra.

FLORELA. Señorito; sosegaos,
por amor de Dios.

VALMONT. Templanza,
Carlos. ¿Cuándo has de tener,
hombre inútil, una dracma
de entendimiento?

CARLOS. ¿Por qué?

VALMONT. Porque con esas bobadas
estás publicando...

CARLOS. ¿Qué?

VALMONT. Que enamorabas a Blanca.

CARLOS. Eres un vil malicioso;
y esa tu lengua malvada
sabré arrancar, ¡vive Dios!
(Florela lo detiene.)

VALMONT. Detente, Carlos; aguarda.
Porque estás loco, no quiero
medir contigo la espada.
Además, que eres mi amigo;
te quiero bien, y tus ansias
me lastiman... Dios te guarde,
y nos veremos mañana;
que yo con menos motivos
nunca sé volver la espalda.

CARLOS. He de seguirlo.

FLORELA. Don Carlos;
que alborotaréis la casa,
y ahora no son regulares
semejantes algazaras.

CARLOS. Lo conozco. Vete al punto,
que quiero llorar mi infausta
soledad.

FLORELA. Ya os obedezco.
¡Pobre amante! Me alegrara
que dependiera de mí
su alivio. Mas retirada
observaré cuanto hace,
detrás de aquella mampara;
no intente algún desatino
y nuevos sustos añada. *(Se retira.)*

CARLOS. ¡Cielos; qué tropel de varios
tristes sucesos enlaza
mi destino en sólo un día
para ajar mi tolerancia!
¡Qué aurora tan infeliz,
tan lúgubre y tan aciaga
iluminó este horizonte!
¿Quién, ¡ay de mí!, imaginara
que el haberme la fortuna
defendido de las balas
en medio del rigoroso
teatro de la campaña,
fuese para que mi pecho
en escena más infausta
viese que aquella piedad
su crueldad autorizaba?...
Crueldad, sí, pues cuando amante

de mi prima, de mi Blanca,
pisé estos tristes umbrales
coronado de esperanzas,
fué el exordio de mi pena
en otros brazos hallarla.
Mas, ¡ay de mí!; ya conozco
que la impensada mudanza
de su estado no fué efecto
de su olvido o su inconstancia,
pues el día que a sus ojos
me presento, y a culparla
iban mis celos, le arrojan
en el sepulcro sus ansias,
como quien dice: Ya, Carlos,
te he dado de mi constancia
la prueba más relevante,
y si me juzgas ingrata,
mírame morir de amores,
pues los tuyos son la causa.
Esto es cierto; mi cariño
ha sido la aguda espada
que hirió su débil aliento;
yo la conduje a las aras
de la muerte; por mí sólo
yace su hermosura ajada,
polvo lo que fué atractivo,
horror las que fueron gracias.
¿Pues qué esperas, triste Carlos,
que no intentas imitarla?
No quiero vivir. Iré
al féretro en que descansa
su cadáver; y abrazado

dél, incitaré mis ansias,
mis angustias, mis congojas;
no habrá esfuerzo que no haga
para irritarlas, reunirlas
y esconderlas en la llaga
de mi corazón, por que
mi fineza desgraciada
logre, ya que no en la vida,
unirse en la muerte a Blanca.

DUQUE. *(Saliendo.)* Don Carlos, ¿adónde vais?

CARLOS. Iba, señor, a la sala
a ver a mi amada prima,
pues intento (¡pena amarga!),
por el obsequio postrero,
velar su cadáver hasta
el momento de su entierro.

DUQUE. No es necesario. A mi instancia
se fué a recoger ahora
la familia, porque trata
mi cariño quedar solo
esta noche a contemplarla
para cumplir cierto voto;
y, así, vos podéis mañana
hacer vuestra obligación,
pues ya la mía me llama.

CARLOS. No replico. *(Aparte.)* Dura estrella
ya miro que eres contraria
irreconciliable, pues
al desdichado que ultrajas,
si anhela morir, la muerte
le niegas por anhelarla. *(Vase.)*

DUQUE. Ea, honor; éste es el trance

de consumar mi venganza.
Todos yacen sin reparo.
La una mi reloj señala;
hora en que ya del letargo
es fuerza que vuelva Blanca.
Voy a sacarla del triste
ataúd, para que abra
los ojos y de un letargo
pase a una muerte pausada. *(Vase.)*

FLORELA. ¡Cuántas locuras ha dicho
el tal don Carlos! ¡Qué rara
es su pasión! Yo lo sigo
hasta dejarlo en la cama;
no se arroje de cabeza
en el pozo. Yo soy blanda,
naturalmente; y en viendo
a un joven de circunstancias
en tal estado, quisiera
ser iris de sus borrascas. *(Vase.)*

DUQUE. *(Sale con Blanca en los brazos, poseída del letargo, y la deja en una silla.)*
¡Ay de mí, que el corazón,
aun a pesar de la rabia
que lo devora, se siente
enternecido!... Una extraña
conmoción hace que tiemble
de sí mismo... Mas es vana,
inútil y aun delincuente
la piedad con una ingrata
que abusó de mis cariños,
vil, fementida y liviana.
Las puertas quiero cerrar,

no escuchen algo en la casa. *(Cierra.)*
Ya va volviendo. Su espasmo
con los ojos me declara
y, aun dudando su existencia,
no encuentra con las palabras.

BLANCA. Cielos, ¿dónde estoy? ¿Deliro?
¿Es acaso ilusión vaga
lo que miro? ¿No me han dado
un veneno en esta estancia?
Pues ¿qué milagro me vuelve
a la vida? Mas...

DUQUE. Te engañas,
que todo ha sido un recelo
infundado.

BLANCA. ¡Oh Dios!

DUQUE. Descansa,
tranquilízate y desecha
tu injusta desconfïanza.

BLANCA. Pues ¿qué pretendes?

DUQUE. Escucha;
no quiero que ignores nada.
La bebida que tomaste
y que tósigo juzgabas,
era un narcótico.

BLANCA. ¿A qué
objeto?

DUQUE. Escúchame y calla.
Tú me has deshonrado; tú,
fomentando una bastarda
pasión, ultrajaste el fino
amor que te profesaba.
Yo te ofrecí, sin embargo,

el perdón; mas tú, irritada,
lo has despreciado. Mi justa
cólera y mis amenazas
no han podido conseguir
que tu labio me nombrara
a ese amante que ha logrado
seducirte. En fin, pensabas
que este rápido torrente
de furores y venganzas
que desprende tu perfidia
de mi corazón, parara
en privarte de la vida,
castigando así la insana
aversión con que me miras.
Mas tu jüicio se engaña.
Sabe, infiel, que vivirás
para siempre separada
de tu padre, tus crïados
y, por fin, de toda humana
comunicación.

BLANCA. ¡Oh cielos!
¿Crees no he de ser buscada
por mi padre?

DUQUE. Ya tu padre
lamenta tu muerte infausta.

BLANCA. ¡Cómo, inhumano!

DUQUE. Creyó,
cuando el narcótico obraba,
que habías expirado.

BLANCA. ¡Ah!
¿Conque sólo (¡fiera ansia!)
para ti existo? Ahora sí

que conozco mi desgracia.
DUQUE. Pues aun la estás ignorando.
Escucha. Tiene esta casa
dilatado soterráneo
donde nunca la luz clara
del sol penetró y, oculta
la boca con una trampa,
ha sido desconocido
de todos.
BLANCA. ¡Dios de mi alma;
ya no hay para mí remedio!
DUQUE. No obstante, la suerte grata
te convida. Puedo ahora
llamar y decir que acabas
de respirar, que tu muerte
era un letargo. Mi saña
no exige de ti otra cosa
sino sólo una palabra.
Ya te lo he dicho otra vez.
Por una víctima clama
mi furor. No te suspendas;
nómbrame sin repugnancia
a tu amante, al corruptor
de tu pecho y de mi fama,
y recobrarás al punto
tus derechos. ¿Ahora callas?
BLANCA. ¿Qué me propones? ¿Que entregue
al impulso de tu rabia
y resentimiento a quien
nunca te ofendió?
DUQUE. Sí, Blanca.
BLANCA. Sería indigna de vivir

si mi voz ejecutara
tal vileza.

DUQUE. Piensa bien
lo que resuelves, tirana;
pues cumpliré, a la primera
resistencia, mi venganza,
arrastrándote a la oculta
y tenebrosa morada
de donde nadie en el mundo
podrá sacarte. Mañana
es el día que tu padre
te verá depositada
en la bóveda, o tendrá
en tus brazos la más grata
complacencia. Finalmente,
mañana verás las anchas
alamedas de Marsella,
o gemirás tu desgracia
cruel en la concavidad
de un calabozo, privada
para siempre de la luz.
Refléxalo (1) bien: si pasa
este momento felice,
perderás las esperanzas
de perdón, y no podré
concedértelo, aunque haga
tu arrepentimiento esfuerzos
para volver a mi gracia.

(Se levanta Blanca enajenada, mirando a todas partes.)

---

(1) Así dice el manuscrito = «Reflexiónalo».

BLANCA. ¡Ay, miserable de mí!
¿Conque estoy abandonada
de los humanos? ¡Oh padre;
que he de vivir, y mis ansias
no han de verte más!

DUQUE. Mujer
inflexible; una palabra
puede llevarte a los brazos
del padre que tanto clamas.
No vaciles ya. ¿Despierto
a todos los de la casa
para decirles que vives,
o te arrastro sin tardanza
al sepulcro? Di.

BLANCA. *(Levantando los ojos.)* No puedo.

DUQUE. ¿Qué dices, desventurada?

BLANCA. No puedo nombrarle, no.

DUQUE. ¿Posible es, mujer tirana,
que prefieras el amante
a la vida y a la amada
libertad? ¡Vil; tiembla, tiembla!
Llegó ya de mi venganza
el momento.

BLANCA. Tente, impío...
¡Dios eterno!...
(Huye hacia la puerta y, hallándola cerrada, se postra, haciendo la exclamación.) El Duque la contempla unos instantes; y luego, tomándola de la mano, la conduce delante de un espejo.)

DUQUE. ¡Inhumana!;
contempla por la postrera

vez la hermosura y las gracias
que van a ocultar tinieblas
horrorosas. Ven; levanta
los ojos y mírame.
No seas más obstinada
y más bárbara que yo.
Considera tu lozana
juventud y ten piedad
de ti misma.

BLANCA. ¡Pena amarga!
Ya no puedo más... ¡Ay triste!

DUQUE. ¿Qué determinas? Acaba.

BLANCA. ¿Es más inútil la oferta
de ver a mi padre?

DUQUE. Falsa,
mujer indigna; ya sí
expiró mi tolerancia. *(La agarra.)*

BLANCA. ¡Padre mío!

DUQUE. No des voces;
enmudece, temeraria,
o este puñal en tu pecho
abrirá puertas al alma.

(Le tapa la boca con un pañuelo y, amenazándola con un puñal, se la lleva violentamente.)

Vuelven a salir, corriéndose la mutación de jardín magnífico con fuentes, estatuas, etc. A un lado, un peñasco con la trampa que se abrirá a su tiempo. Un hacha encendida sobre un banquillo de céspedes. La luna se dejará ver en su cenit (1).

BLANCA. Deja que respire.
DUQUE. Mira,
mira esas estrellas claras
y esa luna, por la vez
postrera.
BLANCA. ¡Dios de mi alma!
Vos, que advertís mi inocencia,
¿sufriréis que sea privada
para siempre de la vista
de los cielos?
DUQUE. Deja vanas
exclamaciones, y ven
a ver al horror la cara. *(Abre la trampa.)*
BLANCA. ¡Favor, Dios mío!
DUQUE. Aun te queda
un instante de esperanza.
Ve aquí el funesto sepulcro,
cuya boca aun no se halla
para ti del todo abierta.
Arrepiéntete y aplaca,
haciendo una confesión
sincera, mi justa saña.
Quizás piensas que, en el punto
de consumar mi venganza,
recelo sus consecuencias;

(1) Textual.

pero sabe que te engañas.
Todo lo tienen previsto
mi discurso y vigilancia.
Ocupará tu lugar
en el féretro una estatua
de cera, cuya cabeza
lívida y desfigurada
te retrate en aquel trance.
Además que, antes que salga
la aurora, habré yo cerrado
la triste y fúnebre caja,
pretextando algún motivo
justo, mientras que mi cauta
disposición apresura
las pocas horas que faltan
a tus exequias. En fin,
¿te reduces a mi instancia?
¿Aceptas, dime, el perdón
que mi ruego te afïanza?
Qué, ¿te suspendes? ¿Vacilas?
Mujer insensible; ablanda
ese corazón de acero,
esas rígidas entrañas,
hijas, sin duda, de algún
pedernal. Concluye, habla.
Sacrifica al vil amante
a mi furor; o, ¡tirana!,
renuncia a la luz, al mundo
y a la libertad amada.
¿Qué resuelves?

BLANCA. ¡Ojos míos,
despedíos de esa grata

perspectiva de los cielos,
de esas apacibles auras,
de esas bulliciosas fuentes,
de esas olorosas plantas!
Adiós, amables objetos;
adiós, pues la injusta saña
de un inhumano me priva
de vuestra delicia...

DUQUE. ¡Ingrata!
(Hasta acabar, ya es todo violencia.)
Ya se acabó mi paciencia.
Ven a la obscura morada,
al horroroso sepulcro
que tu perfidia te labra.

BLANCA. Deja, tirano; no impidas
que mis ojos satisfagan
su deseo este momento.

DUQUE. Ya no te escucha mi rabia.
Ven.

BLANCA. Deja, infiel. ¿Has nacido
de alguna fiera? ¿Tu alma
no se enternece?

DUQUE. Ya es tarde.
No te resistas, malvada.

BLANCA. ¡Dios mío, atended mi ruego!

[DUQUE. Deja inútiles plegarias (1).

BLANCA. En pedazos solamente
podrás conducirme.

DUQUE. Calla.

(1) Añadido al ejemplar manuscrito, en papel separado, todo lo que va entre acotaciones.

BLANCA. Permíteme que respire.
DUQUE. Respirarás entre opacas
sombras.
BLANCA. ¡Piedad!
DUQUE. Es ya tarde.
BLANCA. No puedo más.
DUQUE. Ven, villana,
a tus deberes.]
BLANCA. ¡Ah monstruo!
Injustamente me ultrajas.
DUQUE. No des voces.
[BLANCA. Clamo al Cielo (1).
DUQUE. Serán vanas tus plegarias.]
BLANCA. } ¡Dadme, Dios, en este trance...
DUQUE. } Tú has engendrado en mi pecho...
BLANCA. } ... valor, aliento y constancia!
DUQUE. } ... ira, impiedad y venganza.

---

(1) Acotado en el manuscrito.

ACTO TERCERO

—

Cuadro primero.

Mutación del cuarto del Duque.

El DUQUE y FLORELA.

DUQUE. ¿Y don Carlos?
FLORELA. Se ha vestido,
aunque el médico ha mandado
que no salga al aire.
DUQUE. Vete.
FLORELA. Obedezco. *(Vase.)*
DUQUE. Un sobresalto,
un tropel de penas y
remordimientos infaustos
me agitan continuamente.
Yo no penetro el arcano
de estas conmociones. Si
dichosamente he logrado
mis designios ya; si todos
juzgan que el fúnebre mármol
cubre el cadáver de Blanca,
¿para qué está palpitando
mi angustiado corazón?
Mas, ¡ay triste!, no es extraño
que en mi pecho se amotinen

sentimientos tan humanos.
La compasión... ¡Ah, la quise
con exceso!... Mas mi agravio,
su inconstancia, su perfidia,
su dureza, sus engaños,
¿no exigen un escarmiento
semejante? Estoy dudando
responderme... Mas la infame
obstinación de su labio;
aquel callar a su amante,
anteponiendo al nombrarlo
honor, libertad y vida,
¿no merece tan tirano
castigo? Sí, ciertamente;
pues, por su causa, no lavo
en la sangre de un rival
mi honor vilmente manchado.
¿Quién será ese aleve, cielos?
Mas el tiempo y el acaso
lo descubrirán. ¿Quién entra?

VALMONT. *(Saliendo.)* ¡Oh Duque! ¿Tan retirado?
Comprendo tu pena; pero
en estos o iguales casos,
debe un hombre contestar
con los amigos, no dando
motivo a que lo motejen
de ser poco cortesano.

DUQUE. Dices bien; pero mis ansias
de tal suerte me han postrado,
que abomino de mí mismo.

VALMONT. De tu dolor no me espanto;
porque, a la verdad, perdiste

un hechizo, un simulacro
de la diosa Venus. ¡Ah!
¡Qué espíritu aquel! ¡Qué garbo!
¡Qué perfil de cara! Duque;
con ingenuidad hablando,
no la merecías.

DUQUE. ¡Ay!
Valmont, no puedo negarlo.
¿Y qué se dice en Marsella
de su muerte?

VALMONT. Eso es muy largo
de contar. Mil cosas dicen.
Y, ya se ve; como ando
de academia en academia
y de estrados en estrados,
sé tantas cosas...

DUQUE. Pués dilas.

VALMONT. No vengo con tanto espacio.

DUQUE. Vaya, Valmont, no me tengas
confuso. Di.

VALMONT. ¿He de hablar claro?

DUQUE. Eso deseo.

VALMONT. Pues mira:
se dice que el impensado
fallecimiento de Blanca
no fué natural; que, airado
por motivos muy secretos,
la hiciste tomar un vaso
de veneno; y, finalmente,
que eres impío, inhumano,
traidor, injusto...

DUQUE. Detente,

Valmont; que el pecho, irritado
oyendo tales injurias,
Etnas está respirando.
¿Quién ha sido el insolente,
el indigno, el temerario
que así ultraja mi conducta?

VALMONT. Han sido sujetos varios;
pero quien más te critica
con términos muy pesados...,
¿quieres que lo diga?, ... el Conde
de Roseville.

DUQUE. ¡Qué pasmo
se dilata por mis venas!

VALMONT. Hombre, ¡pareces de palo!
¡Que no he de poder mover
siquiera una vez los labios
sin que no haya soberbia,
o suspensión, o desmayo!

DUQUE. ¡Vive Dios, que he de arrancar
la lengua que ha pronunciado
contra mi honor y conducta
unos supuestos tan falsos!
Voy a buscarlo.

VALMONT. Detente,
y no seas mentecato;
que por semejantes cosas
nadie se pierde.

DUQUE. No el paso
me detengas.

VALMONT. Ahora es
inútil solicitarlo,
porque al café donde charla

no concurre tan temprano.

DUQUE. ¿En qué café?

VALMONT. En el que tengo
tantos premios alcanzados
por mis sutiles y heroicas
reflexiones; donde campo
con mis talentos, prudencia
y discursos soberanos.

DUQUE. Iré contigo.

VALMONT. No, amigo;
porque me están aguardando
dos damas que, apasionadas
de mis prendas, me enviaron
dos billetes tan rendidos,
tan finos y enamorados,
que han podido conseguir
las apunte en mi dïario.
Agur; agur... *(Vase.)*

DUQUE. Celos míos,
parece que vais hallando
algún reflejo entre tantas
dudas y discursos vanos.
¿El Conde de Roseville,
tan audaz y temerario,
declama contra mi honor,
apasionándose tanto
que en públicas concurrencias
hace alarde del agravio?
¡Ah! ¿Qué significación
podré dar a tan incauto
proceder? Que hay en su pecho
algún poderoso arcano

que le obliga a resentirse
de aquello que ha sospechado.
¿Pero qué es lo que sospecha?
Una verdad. ¿Luego es llano
que su sospecha se funda
sobre principios no falsos?
No hay duda. Y si esos principios
son mis ofensas, es claro
que el Conde es cómplice en ellas
supuesto que, no ignorando
mi justicia, satiriza
y condena el desagravio.
En fin; el Conde me ofende;
el Conde, no hay que dudarlo,
es el amante, el amante
que están mis celos buscando.
Ya le hallé, venganza mía.
Mas primero que mi brazo
verifique su castigo,
he de ver si logro, acaso,
que esa crüel acredite,
con su semblante o su labio,
una verdad que aun está
en mi pecho vacilando. *(Vase.)*

Cuadro segundo.

La escena representa un dilatado soterráneo. En medio unas pieles, como que son el lecho de BLANCA, y ésta en ademán de volver de un desmayo.

BLANCA. ¿Qué es esto, infelice?
¿Dónde estoy? ¿Qué horrendo

tenebroso caos
me confunde la vista y el aliento?
¿Adónde me hallo?
¿Cuándo, cuándo, ¡cielos!,
tan obscuras nieblas
abortaron los senos del infierno?
¡Ah! Que mi existencia
es un devaneo,
pues, si me pregunto
quién soy yo, no sabré si sombra o cuerpo.
Pero ya la mano
sobre el frío suelo
me avisa que el tacto
es sentido; que vivo y que padezco.
¡Ay de mí! ¿Y es este
horroroso seno
el que me destinan
para mansión las iras de un protervo?
¿Aquí eternamente
gemiré, sabiendo
que la tierra habito
y que la tierra ignora el sér que tengo?
¡Oh tristes ideas!
¡Duros pensamientos
que, con sutileza,
tumultos excitáis en mis afectos!
Puede ser que Carlos,
en este momento,
sobre esta caverna
mi muerte llore con dolor acerbo.
Puede que mi padre,
suspirando al Cielo,

mire muchas veces
la oculta boca de este horrible centro.
No estéis engañados.
Carlos, dulce dueño;
tu Blanca respira.
Yo existo, padre; padre, yo no he muerto.
Mas, ¡ay!, que es en vano,
pues tan sólo el eco
responde a mis voces.
¿Y es posible, Señor y Dios eterno,
que a mis duras quejas,
a mi mal funesto,
con débil sonido
siempre responderán estos acentos?
¡Ah!, la muerte venga,
venga; que detesto
vida tan odiosa...
Mas, ¡ay Dios!, mi prisión están abriendo.
(Ruido de llave; y entra el Duque con una luz, un jarro de agua y un pan.)
¿Quién es?

DUQUE. Yo soy. Ves aquí
cuál ha de ser tu dïario
alimento. Cada día
lo encontrará tu cuidado
en un pequeño agujero
que tiene la puerta a un lado.
Yo mismo te lo pondré
sin entrar en este opaco
calabozo, donde habitan
la maldad y el desacato.
También en él hallarás,

a su tiempo, el necesario
vestido; y aun te daré
luz y libros, si tu labio
me manifiesta aquel nombre
tantas veces preguntado.

BLANCA. Ahora, cruel, que tú mismo
has roto los duros lazos
que nos unían, se entrega
mi corazón sin reparo
a las amables ideas
que combatió en otro estado
tan inútilmente. Sí;
ya lo confieso. Idolatro
más que nunca a aquel objeto
cuyo nombre has anhelado
para saciar tu venganza.
Muere de celos. Lo amo,
y adorándole daré
en este sepulcro infausto
el postrer suspiro. Mira
si, mi pasión publicando,
podré hacerte una lisonja
que resultase en su daño.

DUQUE. Según eso, ¿ya tu pecho
se despoja temerario
de todos los sentimientos
de religión? Monstruo ingrato;
¿no temes perder la vida
en este encierro, alentando
en el corazón un fuego
adúltero?

BLANCA. Infiel; ¿acaso

soy tu mujer? ¿Aun te atreves
todavía a pronunciarlo,
siendo quien me ha sumergido
en este abismo inhumano
y quien viste negro luto
por mi muerte? No, malvado.
Verdad es que ya no tengo
valor para sufrir tantos
horrores, y que es la vida
peso que me está abrumando;
pero el gran Dios que nos oye
castigará con su brazo
omnipotente al injusto
que a un despecho tan tirano
me ha reducido. Tú, infiel,
ante el tribunal sagrado
serás siempre responsable
a cuantas culpas, a cuantos
errores cometa en esta
situación en que me hallo.
¿Es posible que no pueda
escuchar algún humano
mis clamores? Mas ¿qué silos,
qué bóvedas o que antros,
por más profundos que sean,
ocultan al Soberano
el llanto del inocente
injustamente agraviado?

DUQUE. Si el gozo de ver que gimes
no estuviera reportando
mi furor, aquí acabara
con tu corazón malvado.

Y, así, desprecio tus iras
y dicterios, contemplando
su poco valor. Adiós
para siempre; y por que tanto
silencio no te horrorice,
da voces, gime tu hado
y el del Conde Roseville,
que va a morir a mi brazo.

BLANCA. ¿Qué dices, bárbaro? ¿Qué
me significa tu labio
en esa expresión?

DUQUE. Que llores
de tu amante el fin infausto.

BLANCA. ¿De mi amante? Infiel; advierte
que es error, que es un engaño
de tu celoso discurso.
Teme que el Cielo, irritado,
fulmine contra tu pecho
las centellas y los rayos.

DUQUE. Ese sentimiento afirma
mi pensamiento.

BLANCA. Tirano;
no discurras que es amor
el afecto que he mostrado,
sino sólo compasión
de un inocente.

DUQUE. Es en vano
tu disimulo. No tiembles,
que dentro de breve rato
vendrá a hacerte compañía
la cabeza de tu amado. *(Vase.)*

BLANCA. Justo Dios; a ese perverso

homicida, refrenadlo.
No padezca un inocente;
y no logre su inhumano
furor añadir horrores
a los que aquí estoy pasando.
Oid mis voces... Mas, ¡ay!,
que mi pecho, quebrantado
al peso de los tormentos,
ya se va desanimando.
¡Oh terrible dolor, templa la saña!
¡Piedad, piedad; que muero, cielos santos!

Cuadro tercero.

Salón corto; y sale CARLOS.

CARLOS. Dulces memorias; dulces si me acuerdo
de aquel tiempo fugaz, aunque dichoso,
que merecí de Blanca las finezas,
y tristes si recuerdo
el éxito horroroso
de mi amor, de su vida y sus ternezas,
¿qué queréis de mi pecho,
de este pecho, ¡ay de mí!, que fiel adora
la vana fantasía
de un bien que tuvo? ¡Oh cielos, qué des-
mis confusas potencias acalora [pecho
con furia tan impía
que la imagen de Blanca estoy mirando!
Mas, ¡ay de mí!, no es ella;
no éste el cutis blando
que adornaba su rostro, ni la bella

blancura de su cuello,
ni son éstos sus ojos soberanos.
¡Cuánto dista esta trenza enmarañada
de su rubio cabello!
¡Oh, qué diversas son sus blancas manos!
No es ésta, no, mi Blanca idolatrada;
éste es sólo un trasunto
de la pálida muerte; es un conjunto
de horrores. ¿Cómo es dable
que yo a mi dueño viera
exánime cadáver, sin que fuera
despojo lamentable
del pesar y la pena y desconsuelo?
Mas, ¡ay!, que la amargura
de mi duro tormento no es tan fuerte,
pues sabe mi desvelo
que ha sido su hermosura
despojo de la muerte;
y, sin embargo, miro
la clara luz y plácido respiro.
Conozco, Blanca mía,
que en amar me excediste, mas yo espero
duplicar mis pesares cada día
con el retrato fiero
de tu fin lastimoso,
por ver si así consigue mi despecho
librarme de una vida
que tan ciego detesto. ¡Oh, qué dichoso
será entonces mi pecho
si el alma, desprendida
de la prisión que llora,
a unirse vuela con el bien que adora!

VALMONT. *(Saliendo.)*
¡Carlos, Carlos!... ¡Qué demonio
de lance tan impensado!
CARLOS. ¿Qué tienes, Valmont?
VALMONT. Apenas
podré decirlo en un año,
según estoy de aturdido.
CARLOS. ¿Qué ha sucedido?
VALMONT. Un fracaso
de aquellos más asombrosos,
de aquellos... No sé qué hablo.
CARLOS. ¿Qué dices?
VALMONT. Que ha muerto el Duque.
CARLOS. ¡Cómo, cómo!
VALMONT. Escucha, Carlos.
Estaba yo en el café
con una copa en la mano,
de rosoli, cuando entra
el Duque desatinado
y, mirando a todas partes,
sacó a un ángulo del patio
al Conde de Roseville.
Hablaron un breve rato
en secreto; pero el Conde
de improviso, desnudando
la espada, dijo furioso:
«Yo nunca admito ni aplazo
desafío porque, donde
me agravian, me satisfago.»
El Duque saca la suya,
y se embisten despechados.
Alborótase el café;

y, entre el tropel y el espanto,
la copa que yo apuraba
me hicieron dos mil pedazos.
Corren todos a esparcirlos,
y corro también; mas cuando
lo pretendimos, ya el Duque,
de una punta atravesado,
estaba sobre las losas,
envuelto en sangre, expirando.
Huye el Conde; yo al momento
a darte cuenta del caso
vengo también, y al entrar
di un tropezón de los diablos,
que la hebilla de este pie
por poco no se ha quebrado.
¡Vaya; si todo es desgracias!
Yo estoy tal que es necesario,
para sosegarme, un mes
tomar ponche a todo pasto.

CARLOS. ¿Y no sabes el origen
de un lance tan desgraciado?

VALMONT. ¿Que eso preguntes? Lo sé
mejor que el abecedario.

CARLOS. ¿Y qué ha sido?

VALMONT. Un hablador
que hoy al Duque le ha contado
cómo el Conde Roseville
criticaba con descaro
si fué natural la muerte
de Blanca, o fué con un vaso
de veneno.

CARLOS. Calla, hombre,

que me estás atravesando
el corazón. ¡Ay de mí!
¡Qué tropel tumultüario
de sospechas en mi idea
tus voces han suscitado!...
Mas vamos a ver al Duque.

VALMONT. Vamos, pues.

FLORELA. *(Saliendo.)* ¡Señor don Carlos!

CARLOS. ¿Qué traes?

FLORELA. ¡Apenas respiro!

CARLOS. Habla, Florela.

FLORELA. Que al amo...,
¡estoy temblando de susto!,
... en una silla de manos
lo han traído casi muerto...
Mas ya en la sala va entrando.

Salen BLUND y CRIADOS conduciendo al DUQUE, herido.

BLUND. Descansad sobre esta silla.

CARLOS. ¿Qué es eso, Duque? ¿Qué acaso
os ha reducido a esta
situación?

DUQUE. Mi adverso hado...
su ojeriza ha satisfecho...
Mas no puedo hablar... Mi estrago
es inevitable... ¡Ah!
Ya camino a largos pasos
hacia el sepulcro... ¡Ay de mí!
¡Dadme favor, cielos santos!

VALMONT. Vamos, huele mi succino,
que también hace milagros.

CARLOS. Aparta, Valmont. Señor,
no hay que amilanarse tanto.
Alentad vuestra esperanza.
DUQUE. ¡Ay, amigo! Ya es en vano.
Yo voy a morir; y, así,
antes que pueda un desmayo
atarme la lengua, quiero
haceros aquí un encargo.
Que se retire esa gente.
CARLOS. Despejad. *(Vanse los criados.)*
VALMONT. Voy a su cuarto
a mandar que la familia
disponga lo necesario
para la cura. Esto es,
amigo. *(Vase.)*
CARLOS. Solos estamos.
Ordenad lo que gustéis
a mi amistad, confïado
que seréis obedecido.
DUQUE. Pues al punto, amigo Carlos,
que la horrible muerte cierre
mis ojos desventurados,
iréis al jardín, en donde
habréis ya visto un peñasco
cubierto de murtas... Ya
la voz fallece en los labios...
Éste contiene una trampa
que mira al más inmediato
ciprés; y con estas llaves
que os faciliten el paso,
penetrando los horrores
de un lóbrego soterráneo,

lo que en él halléis, podéis
sin dilación publicarlo.

CARLOS. Yo, Duque, os doy la palabra
de hacerlo así. ¡Blund! ¡Criados!

TODOS. *(Saliendo.)* ¿Qué nos mandáis?

DUQUE. ¡Ay de mí!

CARLOS. Llevad al Duque a su cuarto.

DUQUE. ¡Infeliz!... Más que la muerte
me llenan de horror y pasmo
los duros remordimientos
de mi conciencia... ¡Qué amargo
dolor!... Pasión imprudente,
tú mis males has causado. *(Lo llevan.)*

CARLOS. ¡Cielos! ¿Qué secreto es éste,
que lo admiro y no lo alcanzo?
¿Qué será lo que no puede
publicarse hasta su infausto
fallecimiento? No sé
qué me dice el sobresalto
de mi corazón. Yo quiero
descubrir aqueste arcano;
pues, si el Duque muere, nada
hay perdido; y si, aliviado
de su herida, se restaura,
entonces con ocultarlo
cumple con él mi palabra
y yo de mis dudas salgo.
Llevaré una luz oculta...

CONDE. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto, querido Carlos?
¿Qué desgracia nos persigue?
¿Dónde está el Duque?

CARLOS. En su cuarto;

entrad pronto, que el aliento
por puntos le va faltando. *(Vase.)*

CONDE. ¡Dios mío, yo estoy absorto!
¡Qué día tan aciago! *(Vase.)*

VALMONT. *(Saliendo.)* Señor Conde; corra Usía
si quiere hablarle. ¡Qué chasco
tan pesado para el Duque
ha sido éste! No aguardo
a verlo morir, porque
me contristo en estos casos,
y puede darme una fiebre
que me lleve al otro barrio.
¿Qué hay, Florela?

FLORELA. *(Saliendo.)* Que ahora mismo
ha llegado el cirujano
a curar a mi señor.
Voy por hilas. *(Vase.)*

VALMONT. Yo me marcho;
que nunca a tales funciones
me gusta estar convidado.
Voy al café a relatar
las circunstancias del caso
presente; mas es preciso
darle primero un repaso,
coordinando la materia
con un episodio falso
que acredite mi instrucción.
Primero diré que Carlos
era amante de su prima
y que Blanca estaba amando
al Conde de Roseville;
que el Duque, bien enterado

de que su mujer andaba
con otro amor en los cascos...
(¡Qué bien hilado lo llevo!
¡La historieta será un pasmo!)
... con una liga la ahorcó;
(¡Bien va así!)... que deseando
Carlos vengarse del Conde,
le cantó al Duque de plano
el nombre del ofensor...
No será malo el aplauso
que al fin de mi relación
me darán los tertulianos.
En fin; sobre este principio
proseguiré acumulando
cuanto me fluya la idea;
pues, entre los mentecatos,
hablando y mintiendo mucho
se logra el nombre de sabio.
Mas, ¡oh señora Marquesa!;
feliz quien mira esos astros.

MARQUESA. *(Saliendo.)*
Valmont, ¿cómo se halla el Duque?

VALMOMT. Pues qué, ¿tan pronto os han dado
la noticia?

MARQUESA. Ya es notorio
en Marsella el lance infausto
del Duque; por eso vengo
a enterarme del estado
de su salud.

VALMONT. Pues, señora,
ahora estaba agonizando.

MARQUESA. ¿Lo ha visto usted?

VALMONT. Yo lo he visto.
Por más señas, que un abrazo
quiso darme al mismo tiempo
que le acometió un desmayo.

MARQUESA. ¡Ay de mí! Mas ¿se ha sabido
la causa del temerario
arrojo del Conde?

VALMONT. A mí
me ha confïado ese arcano,
y en secreto os lo descubro.
Pues sabed que ese atentado
ha procedido de haber
nuestro Duque sospechado,
con bastante fundamento,
que Blanca tenía trato
ilícito con el Conde.

MARQUESA. ¿Qué he escuchado, cielos santos!
(Aparte.) ¡Cuántos crímenes horrendos
va mi culpa eslabonando!
¡Infeliz de mí! ¡En qué abismo
de horrores me ha sepultado
una pasión imprudente!

VALMONT. ¡Hola, Marquesa! ¿Hay letargo?
Guardad vuestros accidentes
para cuando esté despacio.

FLORELA. *(Saliendo.)* ¡Ay de mí, que ya me miro
en un total desamparo!

MARQUESA. ¿Por qué lloras? ¿Qué hay del Duque,
Florela?

FLORELA. Que ya ha expirado.

MARQUESA. *(Aparte.)* ¡Toda me ha cubierto un hielo!
¡Resistir no puedo tanto

dolor!... ¡Ay de mí!... Dos vidas,
por un amor insensato,
sacrificó mi perfidia.
¡Oh qué impío, qué inhumano
ha sido mi corazón!
¡Qué protervo y temerario!

VALMONT. ¡Vaya, que está bueno el lienzo!
(Aparte.) Ambas están moqueando,
y yo riendo de verlas.
Pero quiero, en este caso,
imaginarme que lloran
porque las he despreciado,
y que a sus tiernos sollozos
se va mi pecho ablandando.
(A la Marquesa.)
No desperdiciéis, bien mío,
tanta perla, ni esos astros
lleguen a eclipsar las luces...

MARQUESA. Sois un tonto.

VALMONT. Al otro lado.
(A Florela.) ¿Por qué lloras, fresca rosa
cortada en el mes de mayo?
Flora, Florita, Florela...

FLORELA. Es usted un gran pelmazo.

Salen el CONDE, BLUND y CRIADOS.

BLUND. Señor, moderad la pena;
porque si todos lloramos,
¿quién nos ha de consolar?

CONDE. No puedo templar el llanto.
¡Ay, Duque! ¡Ay, Blanca querida!

VALMONT. Vaya, Conde, sosegaos;
que está la Marquesa aquí.
CONDE. Perdonad si es que mi amargo
dolor me impide cumplir
con la ley de cortesano.
MARQUESA. ¡Ah, señor Conde; es muy justa
esa pena! Yo acompaño
a Usía con mis deberes
en tan penoso quebranto.
VALMONT. Y yo también, pues perdí
un amigo idolatrado.
¡Ah, qué convites tuvimos;
qué meriendas en el campo!

Sale CARLOS trayendo de la mano a BLANCA, a cuya vista todos, con los más vivos ademanes, demuestran su horror y turbación. Ella corre precipitada a los brazos de su padre, y éste, admirado, la mira con expresión de sobresalto.

BLANCA. ¡Padre, padre de mi vida!
TODOS. ¿Qué es esto, cielos!
MARQUESA. ¡Qué pasmo!
VALMONT. ¡Que viene del purgatorio!
CRIADOS. ¡Qué miedo!
FLORELA. Yo estoy temblando.
CONDE. ¡Hija querida!
BLANCA. Sí, padre;
yo soy Blanca. A vuestros brazos
me restituye la suerte,
después de pesares tantos.
CONDE. ¿Qué es esto, Carlos?
CARLOS. Que fué

su muerte sólo aparato
y fingimiento.

VALMONT. ¿Qué escucho?
¿Para qué habré yo rezado?
Bella Duquesa...

FLORELA. ¡Ama mía! *(La abraza.)*

BLANCA. Florela amada...

MARQUESA. ¡Qué espanto!

BLUND. Señora...

BLANCA. Blund...

CONDE. Dulce hija,
vuelve al pecho de tu anciano
padre; ven a consolar
mi pesar y mi quebranto.

BLANCA. ¡Qué dichoso instante!

CARLOS. ¡Día
feliz como inesperado!

CONDE. ¿Pero cómo ha sucedido
este portento?

MARQUESA. Mi labio
será quien descifre tantas
dudas, si es que el sobresalto,
el temor y la vergüenza
me dejan ejecutarlo.
Yo soy, señores, yo soy
el origen de esos daños.
Yo quien (¡el rubor me ahoga!),
enamorada de Carlos,
viendo que Blanca impedía
mis intentos, puse en manos
del Duque un papel, que fué
quien fomentó sus incautos

celos; y, en fin, quien causó
las penas que ha tolerado.
Yo lo confieso. A tus pies
mi dolor llega implorando
el perdón, Blanca querida.
Ese corazón bizarro
logra bastante venganza,
como lo dice mi llanto.

BLANCA. Llega a mis brazos, amiga;
que si a un hecho tan tirano
te condujo una pasión,
otra a mí me ha originado
tantos martirios; y, así,
todas mis quejas cesaron.

CONDE. ¡Yo estoy atónito! ¿Y dónde,
hija querida, has estado
sepultada?

BLANCA. Padre mío,
usted lo sabrá despacio.
Mas ¿y el Duque?

CONDE. Falleció.

BLANCA. ¡Eterno Dios, perdonadlo!

VALMONT. Carlillos; ya está vïuda.

CARLOS. Eres, Valmont, un malvado,
un indigno, un hablador,
un malicioso. Criados;
echad a este hombre de aquí.

VALMONT. ¿Cómo es eso? ¿Estás borracho?

CARLOS. Arrojadle.

CRIADOS. Vaya fuera. *(Lo empujan.)*

VALMONT. Aguárdense; ya me marcho;
pero sepa todo el mundo

antes, que este desacato,
este desprecio, esta afrenta,
este impolítico trato,
lo supiera castigar
si se me diera cuidado. *(Lo echan.)*

CARLOS. Perdonad, señor, si en esto
vuestros respetos agravio.

CONDE. De ningún modo. Estos hombres
debieran ser arrojados
de la sociedad.

CARLOS. ¡Ah prima,
mis ojos te están hablando!

BLANCA. Deja, Carlos, que la sombra
de sucesos tan infaustos
se disipe, y seré tuya.

CARLOS. Feliz quien llega a escucharlo.

CONDE. Vamos, hijos; por que al punto
se disponga el aparato
de las exequias del Duque.

TODOS. Pidiendo todos postrados,
a tan benigno auditorio,
perdón de defectos tantos.

FIN

LA VENGANZA FRUSTRADA

ZARZUELA

PERSONAS

Don Narciso, marido de
Doña Rosaura, hermana de
Don Juan.
Don Felipe, tío de don Narciso.
Esteban, amo del café.
Damián, criado de don Narciso.
Clarice, criada de doña Rosaura.
Bartolo, mozo del café.
Un Escribano de Rentas.
Un Teniente del Resguardo.
Dependientes del Resguardo.
Mozos del café.
Tertuliantes del dicho.

LA VENGANZA FRUSTRADA

La escena se representa en un café o posada, en la forma siguiente: Será un patio con arcos y columnas, sobre los cuales descansará un corredor transitable. Al frente de la escalera, mesillas repartidas por junto a las pilastras; y en los intercolumnios, vidrieras con frasquitos y botellas. DON NARCISO estará tomando café; ESTEBAN, jugando a las damas con un Mozo; BARTOLO y los demás andarán alrededor de las mesas; y en ellas varios TERTULIANTES, unos con la *Gaceta*, otros bebiendo, y en las demás situaciones que coadyuven a la viveza y propiedad de la escena. Después de cantar el cuadro, sale DON FELIPE y llama a Bartolo aparte.

(Cantan.)
Viva, viva la alegría
y viva la sociedad
que es origen del buen gusto,
del amor y la amistad.

FELIPE. Escucha, mozo.

BARTOLO. Señor.

FELIPE. ¿Asiste en esta posada
un sujeto que ha venido
de Filadelfia, y se llama
don Narciso?

BARTOLO. Sí, señor;

en aquella mesa acaba
de tomar café.

FELIPE. Está bien.
Traedme volando una taza
de te. A usted, caballero,
vengo buscando con ansia.
(Corre Bartolo por el te. Don Felipe se acerca a la mesa de don Narciso, y se sienta.)

NARCISO. Aquí estoy a su obediencia.

FELIPE. ¡Muchacho; el te, que me enfada
esta flema! Pues, señor,
usted, según lo declara
la empresa que le conduce
a este puerto, tiene trazas
de no gozar un adarme
de jüicio, ni una dracma
de entendimiento, ni un rasgo
de... de... de... En una palabra,
usted es un loco.

NARCISO. Extraño
el estilo con que habla
usted; pues ni le conozco
ni mi conducta y crïanza
le merecen.

FELIPE. Con bastante
cortesía se le trata
a un impostor.

NARCISO. ¡Yo impostor!

FELIPE. ¿Qué otro título le agrada
a usted, fingiéndose hijo
de mi hermano, que Dios haya,
para poder disputarme

el mayorazgo, por tantas
razones mío y muy mío?

NARCISO. Ya vuestras voces aclaran
todas mis dudas. Conozco
que sois...

(Sale Bartolo con el te. Don Felipe le da un empellón, y cae la taza al suelo.)

BARTOLO. El te...

FELIPE. ¡Vete, marcha;
no quiero te, porque ahora
veneno sólo tomara!

BARTOLO. ¡Malditas sean tus manos!
¡Vaya que tiene una cara
de dragón el dicho viejo!...

FELIPE. Sepa usted que es temeraria
la empresa de despojarme
del mayorazgo; y si trata
de proseguir en su intento,
no le arriendo las ganancias;
porque yo...

NARCISO. No tantos gritos;
oiga usted con más templanza.
Cuando se embarcó mi padre,
es notorio que llevaba
consigo un hijo de cinco
años.

FELIPE. ¿Pero qué adelanta
usted con eso?

NARCISO. Enterarlo
de todas las circunstancias.

FELIPE. Vaya; decid...

NARCISO. Zozobrando

a impulsos de una borrasca
el bajel, dichosamente
fuí conducido a la playa
de Filadelfia por un
marinero que, a una tabla
asido, triunfó constante
de las ondas irritadas.
Allí, un noble comerciante,
apiadado de mi infausta
situación, por hijo suyo
me adoptó; y aunque por cartas
e informes tuvo noticias
de los bienes que en España
me correspondían, nunca
quiso que solicitara
su recaudación, temiendo
que este empeño fuere causa
de emprender navegación
tan penosa y dilatada.
Mas teniendo obligaciones
en el día, me portara
muy mal con ellas si yo
con tanto desprecio y tanta
inacción, de estos productos
a mi familia privara.
Esta es la verdad. Por tanto,
celebraría en el alma
que, reflexionando usted
la razón que me acompaña,
termináramos *el litis* (1)

(1) Textual.

sin estruendo, por que grata
la Fortuna concediese
a este sobrino, que os ama,
el honor de merecer
sus brazos y confïanzas.

FELIPE. ¿Mi sobrino? ¡Vive Dios,
que la paciencia me falta!
¡Qué fabula! ¡Qué impostura!

NARCISO. Advertid que...

FELIPE. ¡Tal falacia
no ha de quedar sin castigo!
Sabed que quien se declara
por vuestro enemigo es
el demonio.

BARTOLO. No le engaña.

NARCISO. Mis razones...

FELIPE. ¿Qué razón
exponéis? ¿La mal fundada
historieta de que a un niño,
en medio de una borrasca,
lo salvara un marinero?
Hay novelas bien fundadas;
pero ésta dice al instante
que es una pura patraña.

NARCISO. Yo he venido...

FELIPE. Del infierno
a inquietar mi cuerpo y alma;
mas, ¡por Dios!, que usted y el vil
abogado que su causa
defiende con mil sofismas,
tienen que ir a ver, sin falta,
los birretes colorados,

en premio de sus malvadas
intenciones.
NARCISO. Ved que yo...
FELIPE. ¡Vaya mucho enhoramala;
quítese de mi presencia
antes que mi justa saña
haga un ejemplar con él!
NARCISO. La prudencia y tolerancia
forman el recto carácter
de mi corazón (extrañas
prendas para el que carece
de términos y crïanza);
y, así, ni intento quejarme
del insulto, ni las causas
judiciales deben ser
disputadas con la espada,
cuando están los Tribunales
prontos para sentenciarlas.
(Aria.)
Como el freno robusto
que lucha con el viento
sin que el afán violento
le consiga postrar,
así mi pecho firme
no cede a la malicia,
porque con su justicia
sabe que ha de triunfar. *(Vase.)*
FELIPE. ¿Se burla de mí?
BARTOLO. Señor;
mire usted que el te, y la taza
rota...
FELIPE. ¡Márchate, bergante,

si no quieres que mi rabia
en ti, y en tu amo, y en todo
el mundo se satisfaga! *(Vase.)*

BARTOLO. ¡Por vida de ...! Bufo de ira.
Ahora tengo que pagarla,
precisamente.

(Don Juan habrá bajado por la escalera al fin del aria, sin sombrero ni espada; y así él como toda la tertulia han estado en expectación del lance.)

JUAN. *(A Bartolo.)* ¿Qué es esto?

BARTOLO. Que ha venido aquí ese cara
de vinagre a provocar
con mil injurias e infamias
a don Narciso.

JUAN. ¿Y quién es?

ESTEBAN. El hombre de la más mala
educación y conducta.

BARTOLO. El diablo, en una palabra.

JUAN. ¿Qué empleo tiene?

ESTEBAN. Es Teniente
del Resguardo; mas es tanta
su altivez y grosería,
que por la más leve causa
ultraja a cualquiera.

JUAN. ¿Y no
hay quien reprima su audacia?

ESTEBAN. Le han armado un alzapié
que le serán muy infaustas
sus resultas; porque un día
se atrevió a sacar la espada
contra cierto caballero

de notorias circunstancias,
quien quejándose al Ministro
removió tal zalagarda,
que al Teniente, según dicen,
se lo llevará la trampa.

JUAN. Bien empleado. Café,
Esteban.

ESTEBAN. ¡Hola! Que traigan
café a don Juan. *(Se va, y los mozos.)*

MOZO. Voy por él.

JUAN. Oye, Bartolo.

BARTOLO. ¿Qué manda
usted, señor?

JUAN. ¿Es posible
que, ingrato, me desamparas
en mi tormento?

BARTOLO. Pues bien,
¿qué pretende usted que haga
en su servicio?

JUAN. Decirle
a mi adorada Rosaura
que, si su piedad me niega,
falleceré.

BARTOLO. Vaya; ¿cuántas
veces ha sufrido usté
desaires al expresarla
su afición? Más de doscientas.
¿Y cuántas a mí, en mi casa,
por querer servir a usted,
me ha dicho dos mil infamias,
como alcahuete, rüín
y otras cosas que las calla

mi honor, de vergüenza? Amigo;
las diligencias son vanas.
Ella adora a don Narciso
como, al fin, recién casada;
que todas a los principios
les llega al suelo la baba,
mas pasados unos meses¦
les causa el marido bascas.

JUAN. Pero, Bartolo, si ya
es imposible olvidarla,
¿no he de porfïar; y más
ahora que mi contraria
suerte me obliga a partir?

BARTOLO. Pues qué, ¿se va usté a la patria?

JUAN. Sí, porque sé que a mi padre
la enfermedad se le agrava
por instantes.

BARTOLO. ¡Malo, malo
con eme grande!

JUAN. ¿La causa?

BARTOLO. Porque estas cosas requieren
paciencia, días y plata.

JUAN. ¿Y qué arbitrio tomaré?

BARTOLO. Es ardua la circunstancia.
Piénselo usted, porque yo
me lavo las manos.

JUAN. Vaya;
usa de tus agudezas.

BARTOLO. Respondo en breves palabras.
(Aria.)
El tierno enamorado
debe, en sus pretensiones,

ganar los corazones
del astuto crïado,
de la vieja embustera,
de la recamarera,
del paje y el cochero;
y para esto, el dinero
es el mejor imán.
Usted no me ha pagado
alguna diligencia;
y, así, tenga paciencia,
que yo sirvo a don Dan. *(Vase.)*

JUAN. ¡Oye!... ¡Me ha dejado fresco!
¿Qué podré hacer? La tirana
aun aborrece mi sombra,
y es mujer que no se ablanda
a la terneza ni al ruego...
Las promesas ponderadas,
las dádivas e intereses
no son poderosas armas
para triunfar de su pecho.
Mi pasión halla cerradas
todas las sendas... No encuentro
un resquicio de esperanza.
Fuerza es ceder... En el día
he de disponer mi marcha.
¡Hola! ¡Café! Si la ausencia
(Sale un mozo con café, lo deja, y se va.)
es la única trïaca
para mi mal..., si el remedio
(Se sienta a tomar el café, con desaliento.)
es hacer la retirada,
dejándole por despojos

tantos desvelos y ansias,
tantos suspiros perdidos,
tantas horas malgastadas,
hoy mismo... Pero ¿qué digo?
(Levántase con despecho.)
¿Ha de jactarse esa ingrata
del vencimiento? ¿Es posible
que haya de dejar burlada
mi vanidad una triste
mujer? Las iras me abrasan.
¡Vive Dios, que he de tomar
la más completa venganza
de esa cruel!... Pero la idea
me ha sugerido una traza
sutilísima... Veremos
cómo se libra Rosaura
de mi furia, pues no quiere
ceder a mis tiernas ansias.
(Vase por la escalera.)

Mutación de sala corta, con la alacena. ROSAURA, y CLARICE que sale por la otra puerta.

ROSAURA. ¿Clarice?
CLARICE. ¿Señora?
ROSAURA. ¿Dónde
estás toda la mañana,
que no te he visto?
CLARICE. Planchando
un sin fin de ropa blanca
en el cuarto de Damián.
ROSAURA. Y él, ¿qué hace?

CLARICE. Yo apostara
que está ahora mismo jugando
al dominó o a las damas.

ROSAURA. Llámalo y prosigue tú
el plancheo. *(Vase Clarice.)*
La villana
declaración de don Juan
me ha puesto en la más extraña
agitación, recelando
que intente su temeraria
pasión alguna violencia.
¡Oh esposo mío! ¡Qué amargas
y terribles son las horas
que de mi lado te apartas!
(Aria.)
La tortolilla amante,
cuando pierde a su esposo,
por todo el bosque umbroso
vuela sin alentar;
así de mi Narciso
la ausencia aquí lamento;
mas, ¡ay!, cuánto contento
siento al verle llegar.

DAMIÁN. *(Saliendo.)* Señora, ¿qué manda usté?

ROSAURA. Que estés en esta antesala
y a nadie dejes entrar,
porque me siento algo mala
y no estoy para visitas. *(Vase.)*

DAMIÁN. Quedo impuesto. Pues la guardia
durará su par de horas,
bueno será, al empezarla,
enrollar aquel tabaco

de Virginia. Es una alhaja
(Saca de la alacena dos rollos de tabaco.)
cada rollo. ¡Que no hubiera,
pues la ocasión me brindaba,
comprado más! Mucho siento
que se acabe. Mas ¿quién anda
en la puerta?

JUAN. *(Saliendo.)* Yo, Damián.

DAMIÁN. Ahora está, señor, mi ama
recogida.

JUAN. No es mi intento
verla; que a ti te buscaba.

DAMIÁN. ¿Pues qué manda usté?

JUAN. Un amigo
quiere comprarme la caja
de oro, y vengo a suplicarte
que vayas con ella a casa
del Contraste, a que la aprecie.

DAMIÁN. ¿Y quién cuidará la casa
entretanto?

JUAN. Yo te espero
en esta pieza.

DAMIÁN. ¿Y si llama
mi señora?

JUAN. Si sucede,
sabré disculparte. Anda.

DAMIÁN. Lo hago por servir a usté.
(Guarda los rollos en la alacena.)

JUAN. Pues toma la caja, y marcha.
(Vase Damián.)
La ocasión se me presenta
como mi amor deseaba.

Un coche tengo a la puerta;
ropa, dineros y alhajas
he recogido; a los mozos
he sobornado, y mi rabia
desprecia cualquier peligro;
y, así, como esa tirana
no se humanice a mis ayes,
usando de la amenaza,
la he de conducir adonde,
lejos de su esposo, vaya
el tiempo facilitando
lo que ahora el ruego no alcanza.
(Entra cautelosamente.)

Mutación de salón largo adornado de corredorcillo, cornucopias, espejos y silleria, formando un estrado, donde estará ROSAURA recostada en un canapé.

ROSAURA. ¿Qué hará mi Narciso, cielos!
¡Ay de mí, que su tardanza
me tiene con inquietud!...
Sentí hablar en la antesala...
(Entra don Juan, cerrando la puerta.)
¿Qué hace usted, señor don Juan?
No es regular que cerrada
esté la puerta.

JUAN. Dejad
el temor que os sobresalta;
no receléis de quien, fino
y constante, os idolatra.

ROSAURA. Mirad, por Dios, que mi esposo
volverá pronto.

JUAN. Tirana;
oye una vez con agrado
mis amorosas instancias.
ROSAURA. *(Grita.)* ¡Clarice!
JUAN. No; no des voces,
dueño mío, mi Rosaura;
por tus ojos te suplico
tengas piedad de mi amarga
situación. Es la más triste
que puede sufrir un alma.
¡Ay! Yo no puedo vivir
sin tu favor... Mas ¿qué extraña
antipatía te obliga
a despreciarme? ¿Qué causa
me hace infeliz? ¿Has hallado
en mi proceder, ingrata,
alguna traición? Mas, ¡ay,
que el mirarte idolatrada
hace que aborrezcas!... Oye...
(Rosaura, sin atenderlo, ha mirado a todos lados con inquietud.)
Persuádete ya, inhumana.
ROSAURA. Sois un traidor.
JUAN. ¿Cómo puede
ser traidor el que bien ama?
ROSAURA. ¡Que intentéis justificaros!
¿Qué más traición que la infamia
con que anheláis ofender
a mi marido?
JUAN. Tú hablas
de ese modo porque no
sientes la amorosa llama

que me consume.

ROSAURA. Quien sigue
a la virtud con constancia,
vence sus fieras pasiones.

JUAN. Pues si tú la mía causas,
justo será que esta mano
temple el ardor que me abrasa.
(Tómale una mano; ella se desprende y corre a la puerta, intentando abrirla. Él la prende de un brazo, amenazándola con un puñal.)

ROSAURA. ¡Dejadme, don Juan; dejadme!
(Grita.) ¡Clarice! ¡Damián!

JUAN. O callas,
o esconderá este puñal
en tu corazón mi saña.
Ya es vileza tolerar
injurias tan declaradas.
No pienses que has de evadirte
de mi poder, temeraria;
los pasos están tomados;
tus tentativas, tan vanas
son como tu resistencia;
a la puerta un coche aguarda;
ríndete a mis persuasiones,
o de aquí serás llevada
donde no vuelvas a ver
a tu esposo, o en esta sala
quedarás cadáver. Mira
lo que eliges, pues se acaban
los instantes interpuestos
entre el brazo y la venganza.

ROSAURA. ¡Indigno! ¿Cómo imaginas
abusar de mi constancia
del modo que has abusado
de mi modestia? Te engañas,
traidor; no te lisonjees
con tu poder, de la flaca
debilidad de mi sexo.
Podrá, sí, tu depravada
fuerza quitarme la vida;
pero mi honor... ¡Ah, mi fama!
¡Oh Dios!...

JUAN. Pues cede a mi afecto.

(Quiere besarle la mano; ella lo resiste, y levantando el codo, le da en un ojo a don Juan, que se inclinaba para conseguirlo; él acude con las manos al golpe, y ella, aprovechándose del instante, huye para adentro; pero él, con despecho, corre, la alcanza y la trae violentamente al mismo puesto.)

¿Lloras, dueño mío? Aguarda;
deja que un signo de paz
imprima en tu mano blanca.

ROSAURA. ¡Aparta allá, detestable
enemigo, alma inhumana!
No has de conseguirlo mientras
me dure el aliento.

JUAN. Ingrata.
Nadie puede defenderte
de mi ya desesperada
resolución. ¡Vive Dios,
que cesando la amenaza,

has de ver en realidades
los efectos de mi rabia!

ROSAURA. *(Postrada a los pies de don Juan, cruzando las manos, dice con ternura):*
No queráis amancillar,
don Juan, mi decoro y fama;
considerad las funestas
resultas a que dé causa
tan detestable violencia,
opuesta a la confïanza
que ha hecho de usted mi marido.
¡Ay don Juan! Cese la airada
intención vuestra. Un eterno
silencio... Sí; mis amargas
ansias os lo juran ante
el Dios que oye mis palabras
y suspiros...; un eterno
silencio tendrá guardada
la fuerza de una pasión
que tal vez vuestra constancia
no ha podido resistir.
Mujeres hay con más gracias
que os hagan dichoso y que,
finas, atentas y gratas,
os correspondan, pues yo
tengo ya mi fe jurada
y no puedo, sin que arriesgue
vida y honor, quebrantarla.

JUAN. ¡Ah mujer crüel! ¡Que juzgues,
con lo mismo que me agravias,
persuadirme! ¡Que aun intentes
cautelas!... Mas no, Rosaura;

no me dejo alucinar
ni prevenir de afectadas
humillaciones. Si acaso
he reprimido mi saña
hasta ese punto, no juzgues
que la piedad me desarma,
sino por darte más tiempo
de reflexionar, mi airada
inflexible pretensión.
¿Dices que busque otra dama?
Ninguna mujer del mundo,
no; la mayor y más rara
hermosura, en mi concepto,
no puede exceder tus gracias.
Mas ¿qué digo? Inútilmente
gasto el tiempo; ven, tirana,
donde vivas a mi arbitrio,
ya que mis dulces instancias
resistes aún.

(La prende del brazo para conducirla hacia la puerta, y ella se deja caer en el suelo.)

ROSAURA. ¡Ah, no;
no me harás mover la planta,
villano!

JUAN. No alces la voz,
ni te defiendas, ingrata.
Mira que ya mi paciencia
en este instante se acaba;
teme mi despecho, y teme
este puñal.

ROSAURA. Clava, clava;
pues menos mal es la muerte

que tu presencia.

NARCISO. *(Dentro.)* Rosaura,
¿quién ha cerrado esta puerta?

ROSAURA. ¡Oh Providencia Sagrada!
¡Ahora teme tú, traidor!
(A la voz de don Narciso ella se levanta con prontitud y alegría, y don Juan le suelta el brazo, quedando confuso.)

JUAN. ¡Cielos; ya mis esperanzas
se disiparon!

NARCISO. *(Dentro.)* ¡Damián!
¡Clarice!

[DAMIÁN. *(Dentro.)* Señor, ¿qué mandas? (1).

NARCISO. *(Dentro.)* ¿Y Rosaura?

DAMIÁN. Recogida.

ROSAURA. ¡Dueño mío; descerraja
la puerta; pronto!
(Luego que se levantó, se fué hacia la puerta y dijo los versos dando golpes y, a veces, en ademán de mirar por la cerraja con anhelo.)

JUAN. ¡Ay de mí!
En tan tristes circunstancias,
¿qué partido tomaré?

ROSAURA. ¡Líbrame, mi bien, de tanta
angustia!

DAMIÁN. *(Dentro.)* Ayúdenme todos
a romper esta cerraja. *(Golpes.)*

JUAN. ¡Pérfida! Tu resistencia

(1) Lo acotado no figura en uno de los manuscritos consultados.

a tanto empeño me arrastra;
y en tu vida... *(Va a herirla y se suspende.)*

ROSAURA. ¡Esposo mío;
socórreme!

NARCISO. *(Dentro.)* ¡Mi Rosaura!

JUAN. Mas ¿qué ejecuto? ¿Qué puedo
conseguir con tal venganza?
Ya, ¿qué otro arbitrio me resta,
sino implorar, con postrada
humillación, las piedades
de don Narciso y Rosaura?

Abren la puerta con estruendo; entra DON NARCISO, sacando la espada, y ROSAURA se abraza a él para contenerlo. DAMIÁN, con un hacha de partir leña, amaga a DON JUAN, el cual le hace cara con el puñal. BARTOLO y los Mozos del café.]

NARCISO. ¡Amigo pérfido!...

DAMIÁN. Aparten.
¡Verán cómo con el hacha!...

BARTOLO. ¡Pícaro! ¿Tú a un caballero?

DAMIÁN. ¿Tú le defiendes, canalla!
Ahora lo verás. *(Quiere darle.)*

BARTOLO. Detente;
mira que esto es una chanza.
¡Por Dios!...

JUAN. Ninguno se acerque,
o a la primer puñalada
le atravieso el corazón.

NARCISO. Deja que castigue tanta
osadía.

DAMIÁN. Yo; yo basto.

NARCISO. ¡Muere, tirano!

(Se desprende de Rosaura; y corren él y Damián detrás de don Juan, el cual se acoge a espaldas de Rosaura, doblando la rodilla.)

ROSAURA. La saña
suspended.

JUAN. ¡Piedad, señora!

ROSAURA. Pues arrojó ya las armas
e implora piedad, perdona
su vida.

DAMIÁN. Descargo el hacha.

NARCISO. Hombre vil, amigo aleve,
¿cómo ha podido tu falsa
modestia engañarme? ¡Ah!
¿Quién creyera tan osada
resolución del que siempre
bondades aparentaba!
¡Hipócrita indigno!... Mas,
¡cielos!, ¿cómo ahora me falta
la prudencia? ¿Pero quién
podrá usar de tolerancia
viendo un honor ofendido
y una esposa atropellada?

DAMIÁN. ¿Quiere usted que, de un hachazo,
en cuatro cascos le parta
la cabeza?

ROSAURA. ¡Esposo mío!

DAMIÁN. Que los brazos se me cansan.

NARCISO. Detente, Damián, que harto
castigo un pérfido halla
a vista del beneficio

que no merece. La espada
de la vergüenza le hiera,
viendo la grande distancia
que hay de una virtud que premia
a una perfidia que agravia.

JUAN. Señor don Narciso; yo...
El rubor tiene embargadas
las... voces... Perdone usted
una loca y temeraria
seducción de mi flaqueza.
(Don Narciso le responde, después de haberlo mirado un instante como haciendo esfuerzo para moderarse):

NARCISO. Vaya usted con Dios.

JUAN. Las gracias
doy a usted.

NARCISO. No quiero oirle.
Vaya usted con Dios.

JUAN. *(Aparte.)* ¡Qué rabia!
¡Yo abochornado! ¡Ah! En breve
espero tomar venganza. *(Vase.)*

DAMIÁN. Quiero ver lo que hace. Nunca
me he fiado yo de maulas. *(Vase.)*

ROSAURA. ¿Tú no escuchabas mis voces,
Clarice?

CLARICE. Tenía entornada
la puerta del cuarto.

ROSAURA. Mas
Damián, que estaba de guardia,
¿cómo pudo descuidarse?

NARCISO. Todo lo sé. Ve; remata
el plancheo y di a Damián

que entregue a don Juan la caja.

CLARICE. Voy, señor. *(Vase.)*

ROSAURA. ¡Ay de mí, triste;
porque su ceño declara
que algún recelo le agita!
¡Cielos; volved por mi causa!

NARCISO. ¡En qué piélagos de dudas
mi triste pecho naufraga!
(Dúo.)

ROSAURA. Di, mi bien, ¿qué cruel tormento
te penetra el corazón?
Tu pesar en tal momento
doblará mi agitación.

NARCISO. Lloro, ¡oh Dios!, mi cruel destino.

ROSAURA. Cese, ¡oh Dios!, tu dura pena.

LOS DOS. ¡Ah!, ¿qué estrella me condena
a tan fiero padecer?

NARCISO. Mi dolor...

ROSAURA. Tu pesar...

NARCISO. ... me penetra el corazón.

ROSAURA. ... doblará mi confusión.

NARCISO. Lloro, ¡oh Dios!...

ROSAURA. Cese, ¡oh Dios!...

NARCISO. ... mi cruel destino.

ROSAURA. ... tu dura pena.

LOS DOS. ¡Ah!, ¿qué estrella me condena
a tan fiero padecer?
Que un tormento más tirano,
más terrible y más insano
no es posible que se dé.

NARCISO. Mi dolor...

ROSAURA. Tu pesar...

NARCISO. ... me penetra, etc.
ROSAURA. ... doblará mi, etc.
NARCISO. Lloro...
ROSAURA. Cese...
NARCISO. ... ¡oh cielos!...
ROSAURA. ... ¡oh hados!...
NARCISO. ... mi cruel destino.
ROSAURA. ... mi clara pena.
LOS DOS. ¡Ah!, ¿qué estrella, etc.
Que un tormento, etc.
(Acabando la música, salen Damián y Clarice alborotados.)
DAMIÁN. ¡Señor!
CLARICE. ¡Señora!
LOS DOS. ¿Qué es esto?
DAMIÁN. La Justicia, en la antesala
ha entrado ya.
NARCISO. ¿Qué motivo
la conduce?
ROSAURA. ¡Desdichada!

Entran DON FELIPE con la RONDA, BARTOLO y MOZOS.

FELIPE. No dejéis salir a alguno.
CLARICE. Tiemblo como una azogada.
FELIPE. Cumpliendo con los preceptos
que el Rey mi señor me encarga,
les prevengo que me entreguen
sin alguna repugnancia
la cantidad de rapé
que ocultan.
NARCISO. Equivocada

viene vuestra diligencia,
pues ni lo gasto, ni en casa
hay tal género; y si acaso
no os fiáis de mi palabra,
mandad registrarlo todo.

FELIPE. Veréis cuán breve se halla.
¡Hola! Mirad la alacena,
que os indiqué, de esta sala
y traedme aquellos rollos.

ROSAURA. El pecho se sobresalta.

DAMIÁN. Señores; pues es preciso
se descubra la maraña,
quiero librar a mi amo
del bochorno que le aguarda.
Sepan que el vicio maldito
me estimuló a que comprara
ese tabaco; y, en prueba,
miren ustedes la caja
llena. Pague yo la culpa
que cometió mi ignorancia.
(Salen con los rollos de tabaco.)

UNO. Aquí están los rollos.

NARCISO. Ved
si, con razón, extrañaba
tal requerimiento.

FELIPE. Ya;
pero, para hacer exacta
averiguación del hecho,
será preciso que vayan
todos a la cárcel.

NARCISO. ¡Cómo!

FELIPE. Sin alterarse. Es tan ardua

la materia, que aun les hago
a las mujeres la gracia
de que vayan sueltas.

NARCISO. ¡Pierdo
el sentido!

ROSAURA. ¡Fieras ansias!

CLARICE. ¡Oh miserable Clarice!

DAMIÁN. ¡Pobrecita de mi ama!
Señor; quien tiene la culpa
de todo lo que nos pasa
es don Juan, porque él me vió
cuando a rallarlo empezaba.

NARCISO. ¡Qué acción tan indigna! Siento
esparcirse por mi alma
una amargura terrible.
¡Ay, esposa desgraciada!

ROSAURA. ¡Dueño querido! *(Llora.)*

NARCISO. Tu llanto
es un cuchillo que pasa
mi corazón.

FELIPE. ¡Ea; vamos
a la cárcel!

ROSAURA. ¡Oh, sagrada
virtud, en este momento
fortalece mi constancia!

FELIPE. Amarrad bien al crïado.

BARTOLO. Señor, ¿me hace usted la gracia
de que yo solo le ate?
Porque pretendo una plaza
en el Resguardo, y deseo
ameritarme.

FELIPE. Pues marcha;

átalo a tu gusto.

BARTOLO. Amigo,
¿tiene usted presente el hacha?

DAMIÁN. ¡Que siento no haberte roto
los cascos!

BARTOLO. Todo se paga.

NARCISO. Pero, señor, advertid
cuánto a mi crédito agravia
tan vil atropellamiento.
No es regular que una dama
y un hombre de honor, sin que
tengan parte en algo, vayan,
como viles agresores,
escoltados por las plazas
y calles públicas.

FELIPE. Yo,
en iguales circunstancias
sólo atiendo al Real Servicio;
y, así, toda queja es vana.

NARCISO. Señor don Felipe; mucho
vuestra pasión se declara.
Bien sabe usted mi inocencia,
pero la insaciable ansia
de conservar unos bienes
que no son suyos, le arrastra
a un proceder tan infame.

FELIPE. Es ésa ya demasiada
desvergüenza. Conducidlos

UNO. Vamos, señora.

NARCISO. ¡Qué ansia!

CLARICE. ¿No se duele de nosotros?

DAMIÁN. ¡Maldita sea tu cara!

BARTOLO. Calla, o te aprieto el cordel.
NARCISO. ¡Qué fiero dolor!
JUAN. *(Saliendo.)* Hermana,
hermana inocente, aquí
tienes rendido a tus plantas
al hombre más inhumano,
al más fiero que esta clara
luz alumbra.
TODOS. Pues ¿qué es esto?
ROSAURA. Señor don Juan, ¿por qué causa
hacéis tal demostración?
JUAN. ¿No me habéis contado varias
veces cómo vuestro padre
se quejaba de la infausta
pérdida de un hijo que
le robaron de su casa?
ROSAURA. Es muy cierto. Veinte años
habrá ya que esa desgracia
sucedió, según decía
mi padre.
JUAN. Pues esta carta
da las pruebas evidentes
de ser yo quien hoy alcanza
tanta dicha, aunque mi crimen
la hace en este instante amarga.
ROSAURA. ¿Qué decís?
NARCISO. ¿Será posible?
JUAN. Leed, señora, en voz alta.
ROSAURA. *(Lee.)* «Hijo amado: Pues me miro tan próximo a dar el último suspiro, quiero, para descargo de mi conciencia, declararte que no eres hijo mío, aunque con tal

adopción te he dado la educación y crianza que exigen mi calidad y riqueza.

En esta inteligencia, la única razón que puedo darte acerca de tu origen, es la de que tu padre fué un comerciante en Filadelfia; cuya noticia me comunicó un pobre pasajero que te conducía, y de quien te rescaté con una corta limosna...»

(Representando.)

¡Ah! No leo más, pues siento
que tal verdad la afïanza
la misma Naturaleza.
Amado hermano, ¿qué aguardas?
Llega a mis brazos.

JUAN. ¡Ay triste!
Yo no merezco esa gracia,
sino sólo el que me injuries
y abomines, pues soy causa
de vuestras desdichas. ¡Ah!
Que el llanto no puede tanta
maldad expïar... Eterno
será mi dolor.

NARCISO. ¿Qué hablas,
hermano mío? Tu pena
y arrepentimiento bastan
a borrar mayores yerros.

JUAN. ¡Oh qué virtud!

FELIPE. Esa calma
no la puedo yo sufrir.
Señor don Juan; ya se pasa
la hora. Si usted pretende
hablarles despacio, vaya

a la cárcel, y allí puede
conversar una semana.

JUAN. Señor don Felipe; pues
logro tan inesperada
felicidad, os suplico
que desistáis de la instancia;
porque habiendo sido el móvil
de sus disgustos y ansias,
es muy justo que yo sea
quien serene la borrasca.

FELIPE. ¿Cómo desistir, amigo?
Si a usted le dió la humorada
de denunciar el tabaco,
quéjese de su insensata
resolución.

JUAN. Esperad,
que yo daré la fianza
correspondiente.

FELIPE. No admito
súplica alguna. Mañana
puede que esté de otro humor
y meditaré una traza
para hacer que el Intendente
os lo conceda.

JUAN. La gracia
ha de ser ahora. Yo,
con la más tierna y postrada
humillación, os lo ruego.

ROSAURA. Y yo, señor, vuestras plantas
humedeceré con llanto,
hasta conseguir tan rara
fineza.

FELIPE. De ningún modo;
en vano ustedes se cansan.

NARCISO. Compadeceos, señor,
siquiera de mi Rosaura.
Yo toleraré gustoso
los rigores, las desgracias
y el rubor de una prisión
escandalosa y amarga,
si ella queda en libertad.

LOS TRES. Tened piedad.

FELIPE. Ya me enfadan.

ESTEBAN. *(Saliendo.)* Un Teniente del Resguardo
se ha informado de que estaba
usted aquí, y en su busca
va entrando por la antesala.

FELIPE. ¿Qué habrá ocurrido?

(Entran el Teniente, el Escribano y acompañamiento de guardias.)

TENIENTE. Señor
don Felipe; con extraña
diligencia en todas partes
le he solicitado para
notificarle esta orden
del Ministro.

FELIPE. ¿Y quién os manda?

TENIENTE. El Intendente. Escuchad.
Usted, Escribano, haga
saber a este caballero
su contenido.

FELIPE. Me pasma
tanta prevención.

TENIENTE. Oid,

que la brevedad me encargan.

ESCRIBANO. *(Lee.)* «Enterado el Rey del exceso público cometido por don Felipe Carmona, Teniente de esos Resguardos, por los seguros informes que se le han remitido, ha resuelto S. M. se le suspenda inmediatamente de su empleo, y se proceda al arresto de su persona en la cárcel de esa ciudad y embargo de sus bienes, substanciando V. S. su causa conforme a Derecho y consultándola a S. M. por mi mano.—Lo que participo a V. S. de su Real orden para su inteligencia y cumplimiento.»

ROSAURA. Oyó el Cielo mis suspiros.

NARCISO. Ya se mitigó mi amarga
aflicción.

JUAN. ¡Oh, qué alegría
por mi pecho se derrama!

FELIPE. ¿Conque, en fin, han conseguido
esas almas depravadas
derribarme? El sentimiento
y el furor me despedazan.
¡Vive Dios, que ni en Ginebra
se ejecutara esta infamia!
Yo sabré hacer mis recursos.

TENIENTE. Eso no es de mi importancia.
Usted tome las medidas
que guste, pero ahora vaya
a su destino.

FELIPE. Primero
dejaré finalizada
la presente diligencia.

TENIENTE. Esa pretensión es vana,
estando ya despojado
del empleo.

FELIPE. Se me arrancan
las entrañas de coraje.

ROSAURA. Si en usted, señor, no falta
la piedad...

JUAN y NARCISO. ... le suplicamos...

TENIENTE. Ya al entrar en la posada
me informaron del asunto.

DAMIÁN. Yo soy el culpado.

BARTOLO. Calla.

TENIENTE. Ya sé. Ustedes sin zozobra
pueden quedar en su casa,
que el crïado solamente
vendrá preso.

JUAN. Estimo tanta
fineza.

NARCISO y ROSAURA. Todos le damos
las más expresivas gracias.

TENIENTE. Mi obligación ejecuto.

FELIPE. No es eso lo que le encarga
el Rey a usted.

TENIENTE. En la cárcel
me enseñará usted.

FELIPE. Malhaya
mi suerte, pues he perdido
en un instante la fama,
libertad, bienes y empleo;
pero entre tantas desgracias,
la mayor es, ciertamente,

ver mi *venganza frustrada.*

TENIENTE. Señores, adiós. *(Vase con Felipe y gente.)*

JUAN y NARCISO. Ordene
cuanto guste, a nuestra grata
voluntad.

ROSAURA. ¿Damián?

DAMIÁN. Señora;
ama mía de mi alma...

NARCISO. No temas; que brevemente
espero que libre salgas.

DAMIÁN. Dejando a ustedes tranquilos,
todas mis penas se acaban. *(Lo llevan.)*

BARTOLO. Yo tuve el gusto de atarlo.

ESTEBAN. Y el de salir de mi casa;
que yo no quiero a mi lado
quien tiene tan extremada
habilidad.

BARTOLO. ¿Qué me importa?
Los hombres de circunstancias
y manejo, en cualquier parte
hallan siempre la gandaya. *(Vase.)*

ROSAURA. ¡Dichoso momento!

NARCISO. Demos
al Cielo rendidas gracias
por tan dulce paz.

TODOS. Pidiendo
el perdón de nuestras faltas.

FIN

NUMA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Rómulo, rey de los romanos.
Tacio, rey de los sabinos.
Numa Pompilio, caballero sabino.
Tulia, doncella guerrera, hija del difunto Remo y sobrina de Rómulo.
Hermilia, hija de Tacio.
Ostilio, capitán sabino.
Marcelo, capitán romano.

Séquito de guerreros romanos y sabinos.

NUMA

ACTO PRIMERO

La escena representa un frondoso bosque, consagrado al dios Marte. En el fondo, por entre las calles de árboles, se descubre a lo lejos la fábrica de los muros de Roma, y alguna parte de sus edificios.

ESCENA I

RÓMULO, TULIA, NUMA y MARCELO, por la izquierda, con séquito de guerreros romanos. TACIO, HERMILIA, OSTILIO y tropas sabinas salen por el camino de Roma. Mientras se encuentran en el centro de la escena y ocupan sus correspondientes puestos, se oye siempre música militar.

TACIO. ¡Gran Rómulo!
RÓMULO. ¡Prudente y justo Tacio!
(Danse las manos.)
TACIO. ¡Oh cuántas gracias doy a las supremas
deidades!; pues ceñido de laureles
te vuelven a la patria, que desea
verte colgar la victoriosa espada.
RÓMULO. En vano Roma mi reposo espera.
¿Por ventura imagina que es tan débil,
tan mezquino el espíritu que alienta
el corazón de Rómulo, que estreche,
que limite su imperio y sus empresas
al pequeño recinto de estos muros?

¡Cuánto se engaña, Tacio, si lo piensa!
Marte, mi invicto padre, me ha engendrado
sólo para la gloria; y la diadema
que he sabido forjarme, será digna
de mi preclara sien, cuando comprenda
en su círculo inmenso todo el Orbe.
Hasta entonces no aguarde que mi diestra
la regia espada envaine, ni que el ocio
de mi cabello arranque la cimera.

TACIO. Sigue tu inclinación; pero permite
al cansado guerrero alguna tregua.
Deja, pues, que en su hogar se cicatricen
las hondas llagas que aun solapa y cierra
el polvo del combate. Ya diciembre
empieza a marchitar las verdes selvas,
a engreir los humildes arroyuelos,
a esparcir por las faldas de las sierras
las perezosas nieves. Luego ¿adónde
pretendes conducir esa caterva
de infelices, si un lustro de trabajos
ha consumido sus robustas fuerzas?

RÓMULO. ¿Adónde me preguntas? A la cumbre
de la inmortalidad; adonde llegan
los que arrostran constantes los peligros;
no las almas vulgares que rastrean,
por el inmundo cieno, los placeres.

TACIO. ¡Oh, cuán opuestas son nuestras ideas!
¿Cuál, Rómulo, es tu gloria? ¿Ese fantasma
que vanamente abrazas; que veneras
más que a los mismos dioses? Yo te miro
penetrar en su obsequio rudas breñas,
vadear hondos ríos, hollar riscos;
aquí un pueblo reduces a pavesas;
allí talas la mies, dulce esperanza
del simple labrador; allá encadenas
la vencida falange; ante tu carro

la Humanidad se humilla; todo tiembla;
todo al fin se anonada; y, victorioso,
te presentas después a nuestras puertas.
¿Pero qué puede aquí lisonjearte?
¿La abundancia? No hay brazos que la tierra,
con el arado, rompan. ¿Las matronas?
Casi todas sollozan y lamentan
el desastre del hijo, del consorte.
Los huérfanos gimiendo te rodean;
los jóvenes, en fin, ven con espanto
el insufrible afán que les espera,
en esos rostros pálidos, en esos
esqueletos que cercan tus banderas.
¿Y ésta es tu gloria, Rómulo? ¿Equivale
la estéril vanidad de tus proezas
a la sangre de un hombre? ¡Qué delirio!
Cada vez que meditas una empresa,
que la ciega ambición te precipita
contra la Humanidad, Naturaleza
se estremece, suspira, y se arrepiente
de haber puesto en tus manos la tutela
de tantos infelices como guías
a ser, de una ilusión, funesta presa.

RÓMULO. Basta ya de lección; y no presumas
que el haber dividido la diadema
contigo, tus delirios autorice.

TACIO. Si son delirios, ruégote que seas
con mis cansados años indulgente.
Con todo, ilustre Rómulo, quisiera
que apreciases la causa que me obliga
a refrenar tu ardor. Sí; cuando en esa
dilatada llanura, que pomposo
el padre Tíber con sus aguas riega,
intentaban romanos y sabinos
terminar con las armas sus querellas,
las matronas sabinas, destrenzadas,

penetrando en tropel por entre densas
pirámides de polvo, y despreciando
una lluvia de dardos y saetas,
se arrojaron en medio de ambas haces.
Sus clamores, sus lloros y ternezas
no sólo mitigaron nuestras iras,
pero hicieron también que aquellas diestras
que destrozos y horrores anunciaban,
fuesen lazos de fiel benevolencia.
Tú entonces me dijiste: «Noble Tacio;
unamos nuestros pueblos. Roma sea
nuestra patria común. Tus canas dicten
las pacíficas leyes, y la guerra
tan sólo agite mi robusto brazo.»
Yo cedí a tus instancias y promesas,
y ocupamos un trono. Desde entonces
el romano en mi amor experimenta
los desvelos de un padre, de un monarca
que en sus felicidades se interesa.
Así, cuando lo miro, en un abismo
de inmensos males, suspirar la ausencia
de la adorable Paz, que consternada
se cubre el rostro cándido y se aleja
del formidable estruendo de tu carro,
no extrañes que a tus ojos compadezca
su desgraciada suerte, y que mis canas
alguna vez, ¡oh Rómulo!, se atrevan
a emprender el delirio (lo confieso)
de suspender tus bélicas tareas.

RÓMULO. Suspiras por la paz; ¿pero qué puede
anhelar un decrépito que apenas
sostiene el frágil polvo que lo abruma?
Déjate de consejos. No pretendas
comunicarme el hielo de tus labios.
No me instruyas. Yo sé que el hombre fuera
dichoso, si jamás en sus campiñas

se oyese el trueno de la infausta guerra.
Pero el Cielo dispone que los bienes
alternen con los males, y la horrenda,
la furiosa discordia, entre los pueblos
funestos celos y ambiciones siembra.
Roma yace en la cuna, y ya la miran
sus vecinos con odio; ya se quejan
de su prosperidad, y ya consultan
los sanguinarios medios de perderla.
Pues antes que la envidia ponga en obra
sus pérfidos designios, desvanezca
Roma la tempestad que le amenaza,
y en alimento el tósigo convierta.
Vamos, Marcelo, al templo.
(Vase por el centro con todo el séquito, y Tacio detiene a Numa.)

ESCENA II

TACIO, NUMA y TULIA.

TACIO. *(Con recato.)* Espera, Numa.
NUMA. Mi bien; Tacio me llama.
TULIA. No se pierda
tan feliz ocasión. Ven a las aras;
ven, Numa; cesarán las ansias nuestras.
NUMA. No tardaré en seguirte, dueño mío.
(Vase Tulia por donde los demás.)

ESCENA III

TACIO y NUMA.

NUMA. ¿Qué me ordenas, señor?
TACIO. Ya, Numa, observas
el tedio, el menosprecio, la ojeriza
con que escucha mis fieles advertencias

el inflexible Rómulo. En el pecho,
présago el corazón me anuncia extremas
calamidades. Sí, querido Numa;
la ambición, la crueldad y la soberbia
que forman el carácter de ese altivo
conquistador, se inflaman, se exasperan,
luchan ya con furor por arrancarse
la máscara que oculta sus violencias.
Un día ha de llegar en que descubran
su natural aspecto. ¿Y quién en esa
terrible situación será el apoyo
del mísero sabino? Ya mis fuerzas
el tiempo ha disipado. Flaco y viejo,
vacilo sobre el borde de la huesa;
y mi débil cerviz se doblaría
si el acerado yelmo la oprimiera.
Otro brazo es preciso más robusto
para oponerse al choque de esa fiera
que intenta devorarnos. Sí, mi Numa.
Tu sangre, tus virtudes son las prendas
de nuestra libertad. Desde este instante
confío a tu valor y a tu prudencia
el timón de esta nave que, entre escollos,
difícil rumbo sigue. Yo en la selva,
encorvado hacia el polvo que me llama,
pediré sin cesar a las supremas
deidades de Sabinia, que en los brazos
de mi adorada Hermilia...

NUMA. Tacio, espera...
¡Hermilia!... ¡Cielos santos!...

TACIO. ¿Qué te turba?
¿Carece, por ventura, de belleza
la heredera de Tacio? ¿No son dignas
sus virtudes del trono?

NUMA. Señor, cesa.
No imagines que pueda ser injusto

con los divinos méritos que elevan
la posesión de Hermilia. Su hermosura
corresponde a la cándida, a la ingenua
simplicidad de un alma que han formado
las lecciones de Tacio. Mas mi estrella...

TACIO. ¿Por qué enmudeces, Numa? ¿No me debes
cuidados paternales? ¿No son éstas,
estas débiles manos las que siempre
te han dirigido por la recta senda
de la santa virtud, después que el hado
te expuso, tierno infante, a la inclemencia
de mísera orfandad? Pues ¿por qué dudas?
¿Por qué a un amigo, a un padre, no revelas
tus sentimientos? ¡Ay querido hijo!
Yo sé la natural delicadeza
de tu sencillo pecho. Algún objeto
perturba tu quietud. Habla; no temas;
descansa en mi amistad.

NUMA. Señor, perdona
si yo puedo adorar otra belleza
que la de Hermilia.

TACIO. ¡Ah Numa; que has burlado
todas mis esperanzas! ¡Tantas penas
por educar al héroe de la patria,
al digno sucesor de la diadema,
al esposo de Hermilia, y este premio
recibe mi vejez! ¡Ah, no creyera
igual ingratitud!

NUMA. Señor, no culpes
a un desgraciado; culpa a la influencia
del hado, que me arrastra a ser trofeo
de esta ardiente pasión.

TACIO. Mas ¿qué sirena
tu razón adormece? ¿Quién a Hermilia
despoja de este triunfo?

NUMA. ¡Suerte adversa!

¿Por qué me hiciste amarla?
TACIO. Acaba, Numa.
NUMA. Tulia, señor...
TACIO. ¿Qué dices? ¿Esa fiera
que instruye el feroz Rómulo en el arte
del horror y el estrago?
NUMA. No la ofendas.
Tú no conoces, no, sus sentimientos.
TACIO. Más que su loco amante. La perversa
¿no vió saltar al golpe de la espada,
por las gradas del trono, la cabeza
del inocente Remo, su buen padre?
¿Y cuál fué su dolor? Besar la diestra
del fratricida Rómulo, olvidando
la triste sombra, que venganza anhela.
NUMA. Mas ¿qué pudiera hacer la débil Tulia?
TACIO. ¿Débil con tan crüel, tan fiera escuela?
Sacude ese letargo. En los peñascos
del monte Palatino, entre catervas
de atroces forajidos, fundadores
de este Imperio, que ensanchan las violencias,
se arrulló esa beldad. Sí; cuantas manos
cometían delitos y torpezas
en remotos países, acudían
a ser apoyo de la débil huella
de tu adorada Tulia. Tú la has visto
seguir, como una furia, las banderas
del inhumano tío; complacerse
en las tristes y trágicas escenas
de sus conquistas. ¡Ah! ¿Fué, Numa, entonces
cuando te cautivó? ¿La hallaste bella
cuando lanzaba el dardo? ¿Cuando hendía
el acerado arnés? ¿Cuando, sangrienta,
por montones de estragos penetraba?
¡Quién, dioses inmortales, quién creyera
que en el fatal regazo de la muerte

se arrullase el amor!... Mas ¡qué demencia!
No es amor quien te abrasa. El sacro fuego
de este afecto se enciende y se conserva
sólo entre las virtudes. Un impulso,
un apetito, sí, de tu flaqueza
perturba tu razón. Cuando en sus brazos
la nube de tu error se desvanezca;
cuando la posesión cubra de hielo
ese ardiente volcán que ahora te quema,
entonces el fastidio, los pesares,
el arrepentimiento, la tristeza
serán los vengadores de la patria,
del desprecio de Hermilia, de la ofensa
que haces a mi bondad...

NUMA. ¡Oh padre mío!
No aumentes mi congoja...

TACIO. *(Enternecido.)* ¡Falso, cesa!...
¿Qué quieres de este anciano? ¿Yo tu padre?...
¿Por qué con ese nombre me recuerdas
mis frustrados desvelos? ¿No rehusas
el cetro que te ofrezco? ¿No desprecias
el corazón de Hermilia? ¿No abandonas
a tu afligida patria? ¿Pues qué esperas?
Llámame tu enemigo; y Tacio, entonces,
sabrá escucharte, ingrato, con firmeza.

NUMA. ¡Cielos! ¿Yo tu enemigo? Nunca, Tacio.
Conozco mi delirio. Tú despiertas
mi aletargado pecho... ¡Pero Tulia!...
Sí; cederá el amor a la obediencia.
Yo lo juro, señor, en estas manos
paternales, que riega mi terneza
con amorosas lágrimas... Deidades;
dadme, para cumplirlo, resistencia.

TACIO. ¡Qué escucho, justo cielo! ¡Aun resplandecen
las virtudes en Numa! ¡Oh hijo; llega
y estréchame en tus brazos! ¿Conque triunfas

de tu ciega pasión?

NUMA. ¡Ah! No pretendas
que duplique, señor, con repetirlo,
mi funesto martirio.

TACIO. Bien; tu pena
quiere algún desahogo. Ya te dejo.
Pero no olvides, Numa, que en la tierra
siempre la dura lid de las pasiones
es la más formidable; y el que quiera
colocarse al nivel de las deidades
se debe ejercitar en esta guerra.

ESCENA IV

NUMA, solo.

¿Conque ya perdí a Tulia?... ¡La he perdido!...
¡Ay qué horrores se abultan en mi idea!...
¡Sin Tulia!... ¡Sin mi bien!... ¡Ah! ¡Triste día,
no me alumbres; tus luces son funestas!...
¿Adónde huiré de mí?... Robustos troncos,
prestadme, por piedad, vuestra dureza...
Ya no tengo constancia; por instantes
mis ansias, mis dolores se acrecientan...
¿Qué has prometido, Numa? ¿Cómo sabes
que en los duros combates que te esperan
triunfará tu virtud?... Sagrados cielos;
¿cuál será su dolor, cuál su demencia
viendo mi ingratitud? Las blancas manos
torcerá con despecho; y en sus quejas
me culpará de falso, de inconstante.
¡Ay!, no es posible, no, que Numa pueda,
Numa, que la idolatra, ver su llanto,
ver su amargo dolor con entereza.
No podré resistir... Tú, amada Tulia,
borrarás con tus ojos mis promesas;

tú me verás postrado, reiterando
los amorosos votos, las ternezas,
los juramentos... ¡Ah!, ¿qué he proferido?
¿Ya me olvido de Tacio? ¿Ya desprecias
la voz del patriotismo, infeliz Numa?
El amor, los afanes, las finezas
de un rey que me ha educado, que me ofrece
la mano de su hija, que me entrega
su cetro y que su pueblo me confía,
¿no merecen la heroica recompensa,
el grande sacrificio de vencerme,
de ahogar esta pasión?... ¡Dura sentencia
pronuncia mi deber!... Tulia; permite
que triunfe la virtud... Mas, ¡ay!, no creas
que llores sin venganza tus agravios...
Pronto, pronto, mi bien, verás deshecha
la pesada cadena de mis días
al impulso fatal de tantas penas.

ESCENA V

NUMA y TULIA.

TULIA. ¿Qué haces, mi bien?
NUMA. ¡Qué miro, cielos!... ¿Dónde,
dónde me esconderé de su belleza?
TULIA. Detente, dulce dueño. ¿Adónde partes
con tanta agitación? Rómulo espera
con los sacros ministros, para unirnos.
NUMA. ¿Qué dices?
TULIA. No lo extrañes. Él proyecta
ocupar sólo el trono; y recelando
que tu valor se oponga a sus ideas,
solicita ganar por este medio
tu corazón. Ven, Numa; ¿qué recelas?
¿No me sigues?

NUMA. ¡Ah Tulia! No me aflijas.
Déjame por piedad... El Cielo ordena
que te pierda, y no cese de adorarte.
TULIA. ¡Qué oigo, dioses!... ¡Perderme?... ¿Quién intenta
un lazo desatar que amor ha unido?
¿Quién será el insensato que pretenda
irritar mi pasión?
NUMA. ¡Ah! Por los dioses
te suplico, mi bien, que me aborrezcas,
que a un infeliz olvides, y respetes
los decretos del hado...
TULIA. ¡Ingrato; cesa,
y no dores con vanas permisiones
tu falsedad! ¿Qué numen se interesa
en desunir dos almas? ¿Te ha mandado
algún mensaje el Cielo, en que te ordena
la traición, el perjurio, la inconstancia?
Perverso; no profane tu vil lengua
los divinos decretos. Di que faltas
a la fe prometida, que atropellas
los juramentos, sí, que eres mudable,
fementido, traidor... ¡Ay!, que me incendian
el corazón las furias... El abismo
todos sus monstruos en mi pecho alberga...
¡Crédula!... ¡Que escuchase los halagos
de un alma tan infiel!... ¿Por qué la tierra
entonces no se abrió bajo mis plantas?
¿Por qué sus rayos en la sacra diestra
tuvo ociosos el Padre Omnipotente?...
Pero no; no te jactes. Falso; tiembla
los rigores de Tulia. Te declaro
un eterno rencor. Sí; como fiera
me lanzaré a tu pecho, donde ansioso
mi ardiente labio de tu sangre beba.
Yo te lo juro, Numa; yo lo juro
a los Genios que guardan estas selvas;

lo juro al sumo Jove...
NUMA. *(De rodillas, tomándole la mano.)* Tulia mía;
cesa de atormentarme... ¡Oh, si pudiera
mostrarte el corazón! ¿Ingrato Numa?
¿Fementido con Tulia?... ¡Ah!, no suspendas
tu venganza; mas hiéreme creyendo
que eres mi único bien.
TULIA. *(Retirando la mano.)* Aleve; suelta,
cierra el labio falaz, o ¡vive el cielo
que si vuelves con falsas apariencias
a seducir mi pecho...!

ESCENA VI

TULIA empuña la espada, a cuyo tiempo sale HERMILIA por la parte del templo, y dando un grito corre a los pies de Tulia, y le detiene la acción. NUMA se levanta haciendo un ademán de despecho.

HERM. Tente, Tulia.
NUMA. ¡Que aun el alivio de morir no tenga!...
TULIA. Alza del suelo, Hermilia... Mas, ¡oh dioses!
¡Qué palidez!... ¡Respira! Vuelvan, vuelvan
(Con ironía amarga.)
a florecer, sabina, los jazmines;
vuelvan a renacer las azucenas.
¡Oh!, pese a mi despecho que ha inmutado
tan hermoso semblante. Ya no temas.
Numa vive... ¿Pretendes más de Tulia?
HERM. Entiendo tu lenguaje; y ya me pesa
que mi impetuoso arrojo interrumpiese
tan deliciosa lid. Sigan las quejas,
y hasta las amenazas, pues que Numa
tiene en tu misma espada su defensa.
Pero, con todo, advierte que las armas
del iracundo Marte son ajenas

de las guerras de amor, donde tan sólo
con suspiros y lloros se pelea.
(Tulia empuña la espada en acción de seguirla, y Numa la detiene.)

ESCENA VII

TULIA y NUMA.

Tulia. Espera, osada Hermilia...
Numa. Dueño mío;
modera tu despecho.
Tulia. ¡Yo estoy ciega!
¿Ya, qué dudo?... Sus ojos... Aquel tono...
(Reflexionando con inquietud.)
Su sobresalto... Sí; cierta es mi ofensa.
Por fin, Numa, el acaso ha descubierto
tan oculto misterio. Las finezas
de una sabina llevan en su abono
la gracia nacional que te embelesa.
Pero, ¿por qué, mudable, interrumpiste
mi venturosa calma? Tus cautelas
me hicieron detestar el ronco acento
del bélico clarín. Sólo las selvas,
las silenciosas grutas, los retiros,
que nuestro amor buscaba, aquéllos eran
mi centro y mi delicia. Allí, sentados,
arrojando los yelmos en la hierba,
entre tiernos suspiros me decías
que, luego que la guerra suspendiera
sus sangrientos horrores, en placeres
convertidas serían nuestras penas.
Pues bien; ya en Roma estamos; ya el guerrero
no vela con la pica; ya no suena
la belicosa trompa. Di, engañoso,
(Empieza a enternecerse.)

¿qué se han hecho tus ayes y promesas?
Burlar mi confïanza; abandonarme; *(Llora.)*
posponerme a otro amor. ¡Triste! ¿Son éstas
las glorias de la paz que me anunciabas?
¿En qué faltó mi fe?... Mas ¡qué flaqueza!
¡Llanto en mis ojos! ¿Cuándo? Horrores, furias,
desastres pronostican estas fieras,
estas funestas lágrimas que vierto.
Yo haré que mi enemiga se arrepienta
de su triunfo; yo haré...

NUMA. No; no te agravia
la infeliz. Oye, y luego nos condena.
Tacio nos une; Tacio, que en mis manos
pone del reino las pesadas riendas.
Hoy me impuso el precepto. Quizá Hermilia
se acercará a las aras con violencia...
¡Quién sabe! Quizá llora, como lloro,
un desgraciado amor.

TULIA. No la defiendas.
Ya todo lo penetro. Ella te ama;
te ofrece una corona; y tú la aceptas.
Pérfido; tu ambición más te envilece.
Si la amaras, ingrato siempre fueras
con la burlada Tulia; ¡mas dejarme
por un vil interés!...

NUMA. Crüel; ¿tal piensas
del generoso Numa?

TULIA. Pues qué, aleve;
¿pretenderás decir que la obediencia
te arrastra a tan odioso sacrificio?
Fementido; conozco tus cautelas.
Ni Tacio te obligara, ni su hija
involuntaria al tálamo subiera,
si tú no fueses débil. Pero, injusto,
la corona y la púrpura que anhelas
no halagarán tu orgullo. La codicia

de Rómulo pondrá su altiva huella
sobre el trono sabino; y estas manos
te forjarán, ingrato, la cadena.
(Vase por el camino de Roma.)

ESCENA VIII

NUMA, solo.

¿Habéis saciado ya, funestos dioses,
vuestra terrible cólera? ¿Qué senda
puedes, Numa, tomar donde no encuentres
fatales precipicios? Sólo resta
la muerte a mi dolor... Mas, ¡ay!, que nunca
fulmina, al que la invoca, su saeta.

ESCENA IX

NUMA, RÓMULO, TACIO, MARCELO, OSTILIO y séquitos romano y sabino.

RÓMULO. ¿Qué es esto, amado Numa? En este día
de plácido reposo, ¿cómo dejas
el lado de un amigo, que procura
darte el hermoso premio que deseas?
NUMA. ¿Yo premio, invicto Rómulo? No agravies
el noble amor de gloria, que me eleva
sobre todos los riesgos. Numa, sólo
de sus mismas hazañas se alimenta.
RÓMULO. Sin embargo, es muy justo que mis dones
distingan a un guerrero que en la arena
de los héroes, mis ínclitos laureles
con afán y sudor cultiva y riega.
Y, así, fuera del cetro, yo no encuentro
más sublime, más dulce recompensa

que la mano de Tulia... No te turbes,
amado Numa. ¿Acaso, di, recelas
que el contacto del mirto y de la rosa
empañe el esplendor de la cimera?
Desecha esos escrúpulos, pues tienes
el ejemplo de Marte y Citerea;
fuera de que yo sé que la alma Venus
no es para Numa tan funesta estrella.

NUMA. Señor... ¿Qué le diré? Crüeles hados;
¿aun hay más torcedores? ¡Dura prueba
con un alma afligida!

RÓMULO. ¿Qué vacilas?
Ven a Roma a encender las sacras teas.
Tulia espera tus brazos. ¿Enmudeces?

TACIO. Su silencio, gran Rómulo, dispensa.
Yo que conozco bien sus sentimientos,
que sé su pundonor, y las ideas
que debe a mi enseñanza, considero
la lucha que a su espíritu consterna.
No debes extrañarlo. Una ventura
que excede sus deseos; una oferta
que aun el divino Marte envidiaría,
es forzoso que el ánimo suspendan
entre la vanidad de conseguirlas
y la incapacidad de poseerlas.

RÓMULO. ¿Qué enigma es éste, Tacio?

TACIO. No te alteres,
y sabrás mis designios.

NUMA. ¡Dura estrella!

TACIO. Yo siento, ilustre Rómulo, que el tiempo
entre sus pies veloces me atropella,
y que toco la orilla del sepulcro.
En este triste estado, ya la diestra
se rinde al peso del dorado cetro;
ya la arrugada frente se doblega
bajo de la corona, y ya mi labio

en las leyes imprime su torpeza.
¡Oh! ¡Qué diverso estoy de aquel que un tiempo,
en medio de las trágicas miserias
que la guerra acaudilla, cultivaba
los frutos de la paz! Mas todo cesa;
todo se acaba en fin. Hoy sólo aspiro
a gozar los momentos que me restan
en tranquilo reposo, preparando
mi decorosa tumba. Mas la tierna
edad de Hermilia, su inexperto sexo,
y, en fin, su natural delicadeza
exigen un esposo en cuyos hombros
la mole del gobierno se sostenga.
Éste es Numa, señor; y, así, perdona
si el deber que a su patria lo encadena
le obliga a posponer en este empeño
tan sublime, tan dulce recompensa.

RÓMULO. ¿Conque el indócil Tacio se complace
sólo en contradecirme? ¿Quién creyera
tanto orgullo y audacia en un caduco?
¿Pero de qué me admiro? Mi prudencia,
mi dulzura y bondad la causa han sido
de haber osado erguir vuestra soberbia
la envanecida frente. ¿Ya qué falta
sino que, en el Senado, Roma vea
dictar leyes a Tacio desde el trono,
y a Rómulo, postrado, obedecerlas?
Yo, yo tengo la culpa; yo que, incauto,
desprecié, a los principios, la centella
que arrojó vuestra oculta altanería.
Pero si te ha engreído la indolencia
con que he visto mi cetro obscurecido
a la sombra del tuyo, todos sepan
que tú terminarás la larga serie
de los reyes sabinos. Tacio; reina
todo el tiempo que el hado te ha prescrito;

pero cuando en la pira se conviertan
tus miembros en cenizas, mis hazañas
herederas serán de tu diadema.
(Vase con los romanos.)

ESCENA X

TACIO, NUMA, OSTILIO y SABINOS.

NUMA. Echaste, suerte injusta, todo el resto.
TACIO. En fin, sabinos; reventó ya el Etna
que apenas humeaba. Los tiranos
presentan a los pueblos la moneda
de una falaz virtud, para que, incautos,
su dulce libertad alegres vendan;
mas ¡ay del infeliz que el torpe dolo,
cual vosotros, descubre! Entonces cesa
la falsa probidad, y el despotismo
con todos sus horrores se despliega.
En efecto, ya Rómulo nos habla
en su funesto idioma; ya os presenta
el insufrible yugo. El plazo es corto.
Acaso en la voluble aguzadera
se afila ya el puñal que ha de esgrimirse
contra mi débil pecho. La sospecha
de un crimen, en quien siempre los maquina,
tiene todo el aspecto de evidencia.
Debemos recelarlo. Y bien, sabinos;
¿qué pensáis de la suerte que os espera?
¿Imagináis que Roma se declare
vuestra amorosa madre? ¿Que os conceda
privilegios y honores? ¿Que os adorne
con todo el esplendor de su grandeza?
¡Qué error, sabinos! Los altivos pueblos,
que con las duras leyes de la fuerza
justificar pretenden sus conquistas,

no miran los países que sujetan
como ramas de un tronco, sino como
humildes y viciosas hierbezuelas
que, arrimadas al árbol, sólo sirven
para indicar más bien su corpulencia.
Vosotros viviréis con los romanos
dentro de unas murallas; en la guerra
mezclaréis vuestra sangre con la suya;
regaréis las campiñas y praderas
con un mismo sudor; mas no esperéis
de sus victorias, auges y riquezas
otro fruto más grato que el desprecio,
que la dura injusticia, que la ofensa,
que el mote de sabinos, cuyo nombre
será, sí, la mayor de las afrentas.
Y qué, ¿seréis tan viles que, indolentes,
consumiréis la vida en la tarea
de enriquecer las manos que os ultrajen?
¿Veréis, sin exhalar ardientes quejas,
crecer en pobre hogar vuestros hijuelos
para arrastrarlos luego a ser ofrendas
de la ambición de Roma? ¿Sufriréis
que las antiguas glorias, las proezas
con que os ennoblecieron vuestros padres,
al soplo de la infamia desparezcan?
¡No permitan los dioses que, en los brazos
de una turba de esclavos, se desprenda
mi fatigado espíritu! Primero
sobre vuestros cadáveres me hiera
la espada del romano. Sí, sabinos;
todos morir debemos en defensa
de nuestra libertad. ¿Cuál es el hombre
que, a su voz poderosa, no se sienta
con las fuerzas de Alcides, que no anime
un rescoldo en el pecho? Yo, que apenas
conservo algún calor en este frágil

esqueleto que el tiempo encorva y hiela,
siento ya discurrir desde este instante
un fuego celestial de vena en vena.
Ea, nobles sabinos; este bosque
ha de ser nuestra tumba, o la palestra
del más glorioso triunfo que celebren
los fastos de Sabinia. Nadie tema;
que nuestra es la justicia. Las deidades
apartarán los dardos y saetas
de nuestros pechos; y el tonante Jove,
desde la alta región de las estrellas,
a un leve movimiento de su frente
hará que caigan en menudas piezas
las legiones romanas. No dudemos
de su equidad. Corramos a la empresa
llenos de confïanza... Mas si acaso
hay alguno que al riesgo retroceda;
si hay alguno tan débil que a la muerte
anteponga la infamia y la cadena,
¿qué aguarda entre nosotros? Que se marque
con la negra señal de su vileza;
que se arrastre a los pies de un duro dueño
como torpe reptil. Ésa es la senda
que conduce a los hierros. Que se vaya;
no nos insulte más con su presencia.
Sabinos, elegid; son dos extremos:
aquí todo es honor; allí es afrenta.

SABINOS. El morir elegimos...

OSTILIO. Justo Tacio,
no dudes del valor que manifiestan
tus leales vasallos. El sabino
conserva en su carácter la entereza
que le inspiran tus leyes: unas leyes
que el vicio impiden, la virtud enseñan.
Y, así, jamás podrá besar la planta
de un ambicioso dueño que pretenda

en la torpe ignominia embrutecerlo
para atarle a su carro, como fiera.

TACIO. Eso sí, nobles almas; perezcamos
antes que la ambición nos veje y hiera
con su cetro de hierro. Vuestro rey
el ejemplo os dará; seguid sus huellas.
¿Mas tú enmudeces, Numa?

NUMA. Tú conoces
todos mis sentimientos. En la extrema
calamidad que aflige a mis patricios,
Numa de su deber sólo se acuerda.

TACIO. Pues algunas partidas se dirijan
a los vecinos pueblos, donde puedan
algunas provisiones prepararnos.
Nosotros, entretanto, con cautela
entraremos en Roma; y esta noche,
cuando medie la luna su carrera,
podremos conducir lo más precioso
de nuestros cortos bienes a esta selva,
de donde partiremos en buen orden
a buscar otros lares, aunque sea
sobre las altas nieves de la Escitia
o del África ardiente en las arenas.

OSTILIO. Tu prudencia, señor, es nuestro norte.

TACIO. Pues, heroicos sabinos, a la empresa.

OSTILIO. La muerte nos es grata.

NUMA. Nuestra patria
su libertad conserve, aunque yo muera.

TACIO. Númenes tutelares de Sabinia;
la justicia nos arma; protegedla.

ACTO SEGUNDO

La misma escena del bosque sagrado, con vista de los muros de Roma. Las tiendas de los sabinos a la izquierda. La de Tacio en primer término, y cuyo vestíbulo, formado de un toldo de púrpura, asido de los árboles y sus puntas apabellonadas por los troncos, se extenderá hasta la mitad del teatro.

ESCENA I

TACIO y HERMILIA.

HERM. ¿Qué esperamos, señor? ¿Por qué motivo
no te alejas del bosque? Mucho temo
los rigores de Rómulo.
TACIO. No es fácil
ejecutar, Hermilia, tu consejo.
La suma vigilancia del tirano
descubrió nuestra fuga; y al momento,
como hambriento león que los balidos
del tierno recental sigue a lo lejos,
así salió de Roma en nuestro alcance.
Retardaban el paso a mis guerreros,
ya la esposa, que asida de la diestra
tropezaba en las peñas; ya el hijuelo,
que con su acerbo llanto humedecía
el acerado arnés; ya, en fin, el viejo,
a quien el torpe báculo guïaba;
y, así, en breve escuchamos el estruendo
de las romanas armas, y las voces
con que aplaudían ya su vencimiento.
Yo, en fin, para evitar nuestra rüina

formo mis escuadrones; y, resuelto,
con la ronca trompeta lo provoco;
mas el astuto Rómulo, temiendo
empeñar un combate entre las sombras,
detuvo hasta la aurora su ardimiento.
Nuestras segures cortan entretanto
las gruesas hayas, los antiguos fresnos
que el rito de este bosque defendía;
de suerte que, al dorar el padre Febo
las elevadas cumbres, el romano
halló un antemural de unidos leños,
capaz de contener su fiero orgullo.
Sentó su campo entonces, guarneciendo
las lomas inmediatas, desde donde
atalaya y observa tan atento
todas nuestras acciones, que no es dable
la marcha proseguir sin que, primero,
decida una batalla si Sabinia
debe adorar de Roma los decretos.

HERM. ¡Oh, si nos concedieran las deidades
siquiera el triste asilo de un desierto,
donde en humildes chozas de retama
tantos tronos tuvieses como pechos!

TACIO. No, Hermilia, no me envidies el reposo.
Numa y tú reinaréis, si acaso el Cielo
se nos muestra propicio.

HERM. Pero, padre,
¿pudiera ser dichosa poseyendo
un corazón herido de otra flecha?
¡Ay, cuál fuera mi afán, y cuál su tedio;
pues prisiones, señor, que amor no labra
son insufribles y pesados hierros!

TACIO. No receles, Hermilia. Las violentas
pasiones nunca duran mucho tiempo.
Numa suspirará; mas tus virtudes
tienen siempre seguro el vencimiento.

ESCENA II

TACIO, HERMILIA, NUMA y OSTILIO.

NUMA. Rómulo se dirige, enarbolando
la pacífica oliva, al campo nuestro.

TACIO. ¿Qué pretende el tirano? ¿Solicita
con su falsa elocuencia someternos
al yugo que nos forja? ¿O se persuade
desarmar fácilmente nuestro esfuerzo
con vanas amenazas? Lo conozco.
No podrá alucinarme. En este puesto
lo aguardo. Parte, Numa, a conducirlo.
Y tú, Ostilio, coloca mis guerreros
en torno del vestíbulo.

ESCENA III

TACIO, HERMILIA y OSTILIO, que coloca las guardias sabinas alrededor de la tienda.

HERM. Aun me anima
la esperanza, señor, de algún convenio.
¿Quién sabe si los dioses...?

TACIO. Sí; los dioses
pueden hacer que moren en un lecho
el cordero y el lobo; pero mientras
no deje de reinar la edad de hierro,
debe el hombre prudente en los peligros
esperar con cautela los portentos.

ESCENA IV

TACIO, HERMILIA, OSTILIO, NUMA, TULIA, y RÓMULO con un ramo de oliva.

RÓMULO. Jamás imaginé, prudente Tacio,
declararte mis quejas en un cerco

de amenazantes picas, y a la sombra
de este sagrado ramo. Mas ya veo
que los hombres crüeles, los que llenan
de terror y de sangre al Universo
con sus fatales triunfos, sacrifican
a la santa amistad unos afectos
más ilustres, más dulces, más sencillos,
que los de esos espíritus modestos
que en público predican las virtudes
e idolatran los vicios en secreto.

TACIO. *(Haciéndole señal de sentarse en unos escaños que han acercado.)*

Así será, gran Rómulo. Mas dime,
por que nuestras ideas confrontemos:
¿qué es la santa amistad? ¿Es, por ventura,
un simulado ardid, un torpe medio
de someter los cuellos que rehusan
su tiránico yugo? ¿Es un pretexto
que busca la ambición para lanzarse
como infernal harpía sobre un cetro,
cuyo claro esplendor provoca y mueve
su atroz voracidad? ¿Es, pues, un velo
que tiende cautelosa la injusticia
sobre la falsedad y el vilipendio,
con que abate y ultraja la inocencia,
con que inculca y vïola los derechos
de unos pueblos que nacen, que respiran
en dulce libertad? Yo te confieso
que si ésta es la amistad, Tacio te debe
los más puros y fieles sentimientos;
pero si, como juzgo, sus colores
son el desinterés, el fino afecto,
la mutua confïanza, la franqueza
y la simple verdad, duda no tengo
de que eres mi enemigo. Sí; no fío
de tus dobles palabras; me estremezco

al verte en mi presencia; y esas picas,
esas fuertes espadas, esos yelmos,
aun me parecen débiles recursos
para las fieras artes de tu pecho.

Rómulo. No ceses de ultrajarme si así halagas
la implacable ojeriza que tan negros,
tan horribles colores ha prestado
a tu duro pincel. ¿Hay más dicterios?
Tirano, injusto, avaro, un fiero monstruo,
ante tu tribunal hoy comparezco.
¿Pero quién me condena? Sólo Tacio;
Tacio, que dicta leyes en mi reino;
Tacio, que ocupa parte de mi trono;
Tacio, en fin, por quien sudo, por quien vierto
mi sangre en los combates. ¡Quién creyera
que tan rígido fueses! Mas ya veo
mi crimen capital. ¡Qué fatuo! Dije
que, así que descansases en el seno
de los dioses, romanos y sabinos
habían de obedecer a un solo dueño.
Esta es mi culpa, sí. Pero ¿en qué, Tacio,
perjudicarte pueden mis intentos?
¿Quieres aún gobernar, desde la urna,
el pueblo y el Senado? ¿Tendrás celos,
ya convertido en polvo, de que empuñe
viviente mano tu adorado cetro?
No te juzgo tan débil. Es preciso
que resuelvas nombrar un heredero
que imite tus virtudes. ¿Y quién puede
ser más digno que Rómulo? ¿Mi esfuerzo
no sabrá conservar el claro lustre
de tus predecesores? ¿En mi celo
no hallarán los sabinos un buen padre,
un vigilante rey?

Tacio. Pero extranjero.
¡Ah Rómulo! ¿No sabes que los hombres

amamos ciegamente los objetos
que al salir de la cuna nos sorprenden?
¿Ignoras que jamás borran los tiempos
las primeras ideas que, en la cera
de la tierna niñez, estampa el sello
de nuestra educación? Di: ¿qué sabino
no verá derribar con sentimiento
el augusto dosel que a tanta costa
elevaron sus ínclitos abuelos?
Yo lo miro correr hacia la tumba
donde descansan los helados restos
de sus héroes; yo escucho sus gemidos:
«Padres, clama llorando, vuestro esfuerzo
fué inútil a la patria, a vuestros hijos
y a vuestra misma gloria. Ved el suelo
que vuestra ilustre sangre ha fecundado
tributar hoy sus frutos al que ha puesto
sobre nuestra cerviz la dura planta.
¿No veis desnudos los sagrados templos,
de los ricos despojos que colgaron
vuestras manos triunfantes? ¿Qué se han hecho
los metales, las piedras, que en columnas,
en lápidas y estatuas defendieron
del choque de los siglos vuestros timbres?
¡Ay, que el precioso polvo de esos huesos
ha perdido su lustre, y sólo sirve
para causarnos trágicos recuerdos!»
Tales serán, ¡oh Rómulo!, los gritos
del mísero sabino; justo duelo
de su eterna desgracia. ¿Y con qué voces
podrás justificar en ningún tiempo
semejante violencia? ¿Dónde hallaste,
si la fuerza exceptúas, un derecho
que tales tiranías autorice?

RÓMULO. En el libro de todos los guerreros.
Yo no examino leyes, sino sigo

las que abrazan los héroes, cuyos hechos
se respetan y aplauden en el Orbe.
Desengáñate al fin. Cuantos Imperios
en su luciente giro el sol registra
tuvieron breve cuna, o en el hueco
de un cortezudo tronco, o en la quiebra
de una encorvada peña; pero luego
que en brazos de la gloria comenzaron
a gustar el dulcísimo alimento
de las grandes victorias, de tal suerte
desenrollaron sus robustos miembros,
que, colosos enormes, hoy oprimen
los montes y los mares con su peso.
Estos ejemplos, Tacio, me convencen
más que todas tus voces; y supuesto
que Roma está en la infancia, que ahora debe
desplegar su estatura, doble el cuello
la decrépita Italia, y no pretenda
murmurar lo que admira el Universo.

TACIO. Poco me importa, Rómulo, que Italia,
toda la tierra sirva de sustento
a tu loca ambición, como Sabinia
su libertad conserve. Sí; yo creo
que mis votos se cumplan, porque antes
que Roma entre sus bárbaros trofeos
numere a los sabinos, despechados
prometemos lidiar; mas lidiaremos
teniendo a nuestra espalda las matronas
que, armadas de puñales, al momento
que nos miren exánimes, de un golpe
clavarán nuestros hijos a sus pechos,
para que no le quede a tu injusticia
sino la vanidad del vencimiento.

RÓMULO. ¿Y tú eres el humano? ¿El que detesta
los estragos? ¡Crüel! Yo me estremezco
al contemplar la imagen que tú pintas

con tal serenidad. ¿Quién tan horrendo
designio te ha inspirado?

TACIO. ¿Quién, preguntas?
Tu tirana ambición. Sí; yo detesto
los males de la guerra. Con mi sangre
compraría la paz del Universo.
Pero cuando se trata de oprimirnos,
de igualarnos al bruto, destruyendo
los lazos que nos unen con la patria,
no piedades, no dulces sentimientos
mi corazón ocupan, sino horrores,
iras, destrozos, todos los despechos
de una fiera que, herida y acosada,
vibra en torno las garras en el viento.

RÓMULO. Admiro en ti ese ardor, esa constancia
que no sabré imitar. No quiera el Cielo
que dos pueblos amigos se destrocen
por un vano capricho, un devaneo
de sus ciegos caudillos. ¡Ah buen Tacio!
Mitíguense las iras. Haya un medio,
y ahorremos tanta sangre. ¿Qué pretendes?

TACIO. La libertad perpetua de mi pueblo.

RÓMULO. Yo no pensé jamás esclavizarlo.
Los cielos son testigos. Mas supuesto
que llaman los sabinos servidumbre
obedecer a Rómulo, no intento
violentar su albedrío. Vivan libres,
reservándose Roma el privilegio
de elegirles monarca, si la muerte
se lo impide al que reine.

TACIO. Me convengo.

RÓMULO. Sólo sí te suplico que permitas
la unión de Numa y Tulia. Comencemos
a estrechar la amistad de ambas naciones
con los más dulces vínculos, haciendo
venturosas dos almas que se abrasan,

holocaustos de amor, en blando fuego.

TACIO. Pero Numa...

RÓMULO. ¿Qué dudas? Entre tantos
próceres y magnánimos guerreros,
hay muchos cuyas ínclitas virtudes
merecedoras son del alto premio
que a Numa preparabas.

TACIO. No lo ignoro...
Mas mi amor paternal... Tantos desvelos...
¡Ah!, que perder a Numa es sacrificio
que tan sólo la paz puede obtenerlo.
En fin, cedo a tu instancia.

NUMA. Justos dioses;
vuestra clemencia adoro.

TULIA. Crueles celos
mi ventura envenenan.

HERM. ¡Ah, qué en breve
todas mis esperanzas fenecieron!

RÓMULO. Pues, Tacio, si los jueces de los reyes
son las altas deidades, en el templo
de Marte será justo que los pactos
con el himno y la víctima sellemos.

TACIO. Dondequiera que estoy sé que los dioses
mis acciones observan, y procedo
con la santa verdad que les es grata.
Pero desvanezcamos tus recelos.
Lleguemos al altar; y el sacro numen
que penetra los íntimos secretos
del corazón humano, con su dardo
castigue al violador del juramento.

RÓMULO. El justo nunca teme. Ve a las aras,
que en ellas con la víctima te espero.

ESCENA V

TACIO, NUMA, OSTILIO, HERMILIA y SABINOS.

TACIO. Ya te sigo, gran Rómulo. Sabinos;
yo bien sé que jamás disfrutaremos
de una perfecta paz, mientras de Roma
no nos separen piélagos inmensos.
Sé que miente el tirano. Sus crueldades,
su implacable ambición, su altivo genio,
no es posible, sin dolo, que dividan
con un mortal la gloria y el Imperio.
Mas vuestra situación, el riesgo, el trance
me obligan a ceder. Sabinos; esto
tan sólo es prolongar el triste plazo
del choque y del horror. Conque velemos;
no apartemos los ojos de ese monstruo,
que intenta cauteloso adormecernos
para más a placer despedazarnos.
Todos siempre tengamos junto al lecho
el escudo y la espada; nadie cuelgue
la coraza ni el casco, pues recelo
que la señal de armarse será el golpe,
y el momento terrible no está lejos.
OSTILIO. Nosotros viviremos vigilantes;
y, en siendo necesario, venderemos
nuestras vidas muy caras.
TACIO. Ven, Ostilio,
y verás el impío atrevimiento
con que un mortal perjura ante los dioses.
Tú, Numa, permanece en este puesto,
y custodia por último servicio
estas tristes familias, mientras vuelvo.

ESCENA VI

NUMA y HERMILIA.

Numa. Duro amor, ¿de qué sirven tus delicias,
si gloria y patria por gustarlas pierdo?

Herm. Sólo tú debes, Numa, de estas paces,
recibir parabienes. Nuestro pueblo
no mejora de suerte, pues conoce
la amistad del romano; y los convenios
más sobresalto que alborozo infunden.
Yo he salido también de un devaneo,
de una amable ilusión que me pintaba
menos terribles los presentes riesgos;
de suerte que los hados han cambiado
de circunstancias, pero no de objeto.
Sólo tú eres dichoso, lo repito;
tú, que al pie del altar oirás el eco
de un sí que tanto anhelas, que termina
todos tus ayes, todos tus tormentos.

Numa. ¿Y juzgas, bella Hermilia, que tranquilo
al suspirado tálamo me acerco,
yo, que miro los males de mi patria?
No agravies, ¡ay de mí!, con tal concepto
mi noble corazón. Si a los altares
lleva mi infausto amor algún consuelo,
solamente se cifra en la esperanza
de poder conseguir por este medio
la salud de Sabinia.

Herm. Calla, Numa;
¿piensas tú que nosotros estimemos
una salud precaria? ¿Conque estriba
nuestra felicidad (¡de pena muero!)
en las dulces ternezas que tu labio
tribute a una orgullosa? No; los buenos,
los honrados sabinos no acostumbran

a comprar su justicia a tan vil precio.
¿Tú patriotismo? Pérfido; no finjas.
Si querías librarnos de los hierros,
del baldón con que Rómulo nos trata,
¿por qué rehusaste, ingrato, el regio cetro
que te ofreció mi padre? ¿Por qué, aleve,
no mostraste el valor, el ardimiento
que Tulia te inspiró, cuando seguías
al compás del clarín su hermoso ceño?
Yo entonces, ¡ay!, yo entonces, aunque débil,
te hubiera acompañado entre los riesgos,
animado en las lides, defendido
de los mortales tiros con mi pecho.
Mas ¿qué digo? Perdona si mis ansias
interrumpen los dulces pensamientos
que a las próximas dichas anteceden.
Haces bien; tú la adoras; tú eres dueño
de su albedrío. Goza, feliz Numa,
goza tan alto bien; y nuestro duelo
termine con la muerte. No te culpo.
Tu destino es amar; gemir el nuestro. *(Vase.)*

NUMA. Aguarda, bella Hermilia.

ESCENA VII

NUMA y TULIA.

TULIA. Tente, ingrato;
escúchame un instante, y sigue luego
a tu dulce tirana.

NUMA. Dueño mío,
¿de qué tus iras nacen? Yo no intento...

TULIA. Deja satisfacciones... ¿De qué sirven
inútiles palabras? Hubo un tiempo
en que mi ceguedad se alimentaba
de pueriles, de locos devaneos;

pero, ya, repetidos desengaños
me han quitado la venda. Sí, perverso;
conozco que las teas que se encienden
te llenan de pavor. ¡Ah!, yo no llevo
en dote la corona que codicia
tu loca vanidad. Un puro afecto,
una constante fe; ve aquí las arras
que conduce al altar mi amante pecho;
prendas, sí, muy preciosas para un alma
sensible y virtüosa; mas trofeos
despreciables y odiosos para Numa,
que esperaba de Hermilia todo un reino.

Numa. ¿Qué profieres, crüel? ¿Yo posponerte
al esplendor del trono? ¿Al vano incienso
que envuelve los palacios? ¿Al deleite
de ver el maquinal abatimiento
de la infame lisonja? ¿Tú me juzgas
tan débil, tan demente? Justo cielo,
¿qué puede compararse con la gloria
de amar y ser amado? ¿Qué embeleso
como el de un corazón que se embrïaga
de dulces esperanzas? Yo desprecio,
monarcas de la tierra, vuestra pompa
sin los tiernos y fieles sentimientos
que me ha inspirado Tulia. Sí; una gruta,
un escarpado risco, los desiertos
de la Libia, si Tulia me acompaña,
serán para mi amor tronos e imperios.
No lo dudes, mi bien; tu blanca mano
es la felicidad que ansioso anhelo.
Testigos son los dioses...

Tulia. Sí; los dioses
saben tus falsedades. Yo no invento
ilusiones. ¿Lo fueron tus tibiezas?
¿La pretensión de Tacio? ¿Los misterios
de la insensata Hermilia? ¿La ternura

con que aquí la llamabas? ¡De ira tiemblo!
¿Cómo para el ingrato no hay suplicios?
Pero basta de quejas. Sólo vengo
a librarte, traidor, de la violencia
con que al ara te arrastran. Cobra aliento.
Dile a Rómulo, dile que no adorne
el tálamo nupcial; que el blando fuego
que me abrasaba el alma se ha extinguido
cual leve exhalación; que te aborrezco;
que jamás te amaré.

NUMA. Detén el labio,
si no quieres, tirana, que el exceso
de mi dolor me acabe. Amada Tulia;
confieso que el tiránico precepto
de un funesto deber, tan suave lazo
me obligó a renunciar. Mas ¿cuáles fueron
mis congojas entonces? Estos troncos
son testigos del bárbaro despecho
de mi ardiente pasión. Mis tristes ayes
sin cesar resonaban en los huecos
de sus rotas cortezas, y las grutas
tu nombre articulaban a lo lejos.
¡Ay, qué horribles instantes! El delirio
me arrastraba a la muerte; y si los cielos
hubieran decretado el duro choque
entre Roma y Sabinia, por los densos
escuadrones hubiera penetrado,
despreciando los tiros; y cubierto
de mortales heridas, a tus ojos,
víctima del amor, hubiera muerto.
(Con expresión que va creciendo por grados.)
Ve aquí toda mi culpa. Mas, ¡ay triste!,
que yo no te ofendí. Tú, amado dueño,
sabes cuán poderosas son las voces
del honor y la patria. Sí; yo advierto
más tranquilo tu rostro. Tú disculpas

al desgraciado Numa. Hados adversos;
al pie de los altares, cuando enciende
sus lucientes antorchas Himeneo,
¿huirá Tulia de mí?... No; yo conozco
su tierno corazón. Mitiga el ceño;
cesen, mi bien, las iras, o tu espada
termine mi dolor. Ve aquí mi pecho.
(Se arrodilla, presentándole el pecho.)

TULIA. ¿Dónde aprendiste, dónde, ese lenguaje
de seducir las almas? ¡Que sabiendo
la magia de tus voces, mis oídos
se presten a su encanto lisonjero!
No, engañoso; yo huiré de tus ficciones,
de esos halagos pérfidos que temo
más que la misma muerte. Adiós, ingrato...
¡Ah Numa!... Adiós...

NUMA. *(Deteniéndola.)* Crüel; oye un momento.
¡Tú olvidarme resuelves! ¡Ay!, ¿no bastan
para desagraviarte los acerbos
pesares que me afligen? ¿Qué peñasco,
qué rudo pedernal, qué duro acero
formó tu corazón? Crüel; las fieras
son menos inflexibles. En el centro
de esas hondas cavernas, donde braman
las carniceras tigres, mi tormento
hallará la piedad que en ti no encuentra.
Mas ¿para qué la busco, si aun detesto
la clara luz del día? Presto, injusta,
saciarás tu ojeriza. Sí; yo espero
que no tarde la muerte... Mas ¿qué digo?
Aquí mismo, a tus pies, ten el consuelo
de mirarme expirar.
(Saca la espada, y al arrojarse sobre ella le detiene Tulia.)

TULIA. Mi bien, ¿qué haces?
Detén el brazo... ¡Oh dioses!

NUMA. ¡Qué oigo, cielos!
¿Yo tu bien, Tulia mía?
TULIA. Sí; tú sabes
que Tulia es débil, y que el triunfo es cierto.
NUMA. Deja, mi dulce amor...
(Al arrodillarse se oye estruendo de guerra.)
VOCES. ¡Al arma; al arma!
NUMA. ¿Mas qué voces son éstas?
TULIA. Yo recelo
nuevos males. El campo se conmueve.
¿Si acaso los romanos han dispuesto
algún ataque? Mas sin orden, ¿cómo
se atreven?...
NUMA. Ve, mi bien, a contenerlos;
que yo lo mismo haré con los sabinos.
TULIA. Mi vista sola calmará este exceso.

ESCENA VIII

NUMA y SABINOS, que toman arrebatadamente las armas.

SABINOS. ¡A las armas!
NUMA. Sabinos, ¿dónde vais?
¿Qué riesgo os sobresalta? Deteneos;
las iras refrenad.

ESCENA IX

NUMA, los SABINOS, HERMILIA y matronas sabinas, que salen despavoridas.

HERM. ¡Acude, Numa!
Las voces y el rumor son hacia el templo...
Mi padre es quien peligra. Justos dioses,
su vida conservad o yo fallezco.
NUMA. Seguid, todos, mis pasos.

ESCENA X

NUMA, HERMILIA, SABINOS y OSTILIO, que llega agitado.

OSTILIO. Noble Numa...
NUMA. ¿Qué ha sucedido, Ostilio? Di, ¿qué es esto?
¿Qué es de Tacio?
OSTILIO. Expirando lo conducen.
NUMA. ¡Qué escucho, hado crüel!
HERM. ¡Cielos, yo muero!
(Numa y los demás sabinos quedan en actitudes que expresan el dolor y el espanto. Hermilia se desmaya en los brazos de las sabinas; y mientras Ostilio sigue hablando, vuelve a recobrarse.)
OSTILIO. Hechas las libaciones; consumidas
las sangrientas entrañas en el fuego,
y jurados los pactos, ambos reyes
en el sagrado umbral se despidieron.
Entramos en el verde laberinto
que forman los robustos y altos fresnos,
y al llegar a esa peña cuya punta
domina todo el bosque, diez guerreros
que tras su ruda mole se ocultaban,
en ruidoso tropel nos embistieron.
Las repentinas voces, y los dardos
que, silbando por cima de los yelmos
cayeron en la hierba, nos sorprenden;
pero, desesperados y resueltos,
apretando en las manos las espadas
corremos como fieras a su encuentro.
Resuena el martilleo de las armas
en torno de la selva, y por el viento
vuelan en leves piezas los plumajes.
Los traidores persiguen con empeño
al débil Tacio; intrépidos nosotros,
procuramos entonces defenderlo.

Aquí y allí corremos a cubrirlo
con los fuertes escudos; nuestros pechos
respiran con afán; unos y otros
nos apiñamos; Tacio, siempre en medio
del confuso tropel, titubeaba.
Pero, al fin, la fatiga, el desaliento,
nuestra desgracia, ¡oh dioses!, no lo pudo
librar del mortal golpe. Cayó al suelo
el miserable anciano; los traidores
huyeron hacia Roma, y en su seno,
horroroso taller de iniquidades,
los viles regicidas se escondieron,
sin que el Cielo, testigo del delito,
vibrase el rayo, concitase el trueno.
Pero Tacio...

ESCENA XI

TACIO, herido, en los brazos de cuatro guerreros. HERMILIA y NUMA se arrojan a sus pies, y OSTILIO y los demás sabinos forman el cuadro del dolor y la turbación.

NUMA. Señor...
HERM. Padre...
TACIO. Hijos míos...
HERM. ¿Cómo a tan fiero golpe no fallezco!
NUMA. ¿Qué manos alevosas se han armado
contra esas nobles canas? ¿Quiénes fueron
los viles homicidas? ¡Ah, mi rabia
los sabrá descubrir!
TACIO. ¡Míseros! Ellos
no son los verdaderos delincuentes.
Quien les dictó las órdenes, quien, fiero,
puso en sus crueles diestras los puñales,
ése es, Numa, el traidor; ése es el reo.
En fin Rómulo, amigos, ha triunfado

de este débil rival por unos medios
que detesta el honor. Perdona, Numa;
sé que debes sentirlo; mas yo debo
hacer a la verdad esta justicia.

NUMA. ¿Qué profieres, señor? ¿Cómo? ¿Yo puedo
ser parcial del delito? ¿Cuándo, dioses,
tuvo Numa tan viles sentimientos?

TACIO. No te juzgo malvado. Mas, ¡ay triste!,
que una pasión te ciega. En otro tiempo
mi ultrajada vejez recibiría
este golpe fatal con el consuelo
de ver un vengador en ese brazo.
Pero ya Numa es otro, y yo fallezco
cercado de temores y congojas
que aceleran mi muerte, conociendo
que arrastro hacia la tumba las reliquias
de nuestra libertad. ¡Mísero pueblo;
sin apoyo, sin guía! ¡Destrozado,
si resiste...; infeliz, si humilla el cuello!

HERM. ¡Oh padre! No imagines que ese ingrato
pudiera ser jamás apoyo nuestro.
¿Dónde está su virtud? ¿Es heroísmo
abandonar su patria entre los riesgos
que la cercan? ¿Besar la injusta mano
que avara forja nuestros duros hierros;
que ha vertido la sangre del más justo
de los reyes? ¡Oh dioses! No son éstos
los héroes de Sabinia. Sí, inhumano;
vete a Roma, y si acaso el embeleso
de tu adorada Tulia algún sentido
te deja libre, admira el noble esfuerzo
con que en justa venganza de esta ofensa
coronados de gloria perecemos.

OSTILIO. Tranquilízate, ¡oh rey! Todos sin Numa
lidiaremos constantes; y si el ceño
no serenan los hados y conceden

a Roma la victoria, prometemos
labrarnos de cadáveres romanos
un sangriento y horrible mausoleo.
¿Son estos, compañeros, vuestros votos?

SABINOS. Sin Numa todos combatir sabremos.

NUMA. Hermilia, Tacio, amigos, ¿cuándo Numa
su patria abandonó? Sí; yo confieso
que la violenta llama que en mis venas
las seductoras gracias encendieron
de esa bella romana, me consume,
se enciende más y más; pero mi pecho
jamás ha vacilado entre la patria
y esta ardiente pasión. Si un devaneo,
hijo de mi delirio, ha sustentado
mis vanas esperanzas, ya las pierdo.
Nunca, sabinos, nunca el verde mirto
me tejerán las manos de un protervo
que, con la frente erguida, ante los dioses
comete los perjurios, que soberbio
atropella la fe, rompe los pactos,
y no excusa rigor, no omite exceso
que halague su ambición. ¡Ah! Yo lo juro
por la sangre que mana de este seno,
trono de la virtud; por esos dioses
que Rómulo ha ofendido. Sí; detesto
este funesto amor, este delirio
tirano de mi gloria. Ya soy vuestro,
valerosos sabinos; con vosotros
o vencer o morir sólo deseo.

TACIO. Ven, mi querido Numa; ven y estrecha
a este infeliz amigo. Ya contento
mi espíritu, rompiendo sus prisiones
volará hacia los dioses, pues os dejo,
sabinos, un caudillo... Mas la muerte
su hielo esparce por mis yertos miembros...
Acercaos, hijos míos... Que yo os mire

por la postrera vez.

HERM. ¡Ah!, mi tormento
unirá mis cenizas a las tuyas.

NUMA. ¡Ah buen Tacio! ¡Ah señor!

TACIO. Hijos; mi anhelo
fué conservar en paz vuestros hogares,
pero escuchar mis votos no quisieron
las sagradas deidades... Hoy, sabinos,
que lidiéis con valor os aconsejo
por vuestra libertad... La servidumbre
no es estado de hombres... ¡Crueles hierros!,
¿a quién no hacéis temblar?... Sensible Hermilia,
enjuga el tierno llanto... De consuelo
te sirva tu virtud... Numa; no olvides
a la hija de Tacio... ¡Santos cielos;
compadeced la suerte del sabino!...
Hijos míos... ¡Oh dioses!... Protegedlos... *(Muere.)*

HERM. ¡Amado padre!...

NUMA. ¡Cielos; no resisto
tan duro golpe!

OSTILIO. ¡Oh Tacio! Vengaremos
tu desastrada muerte.

SABINOS. ¡A la venganza!

NUMA. Eso sí, amigos míos; nuestro acero
este bosque fatal de sangre inunde.
Inflame vuestras iras el aspecto
de este helado cadáver. Ved sus labios,
órganos de la ley, en un eterno
silencio sepultados. Ved su frente,
la augusta frente que sostuvo el peso
de la regia corona. Mas, ¡ay triste!,
que ya pálido, exánime, ha depuesto
el oro sobre el polvo. Avara mano
se lo arrancó, violando los derechos
más justos y sagrados. Mano aleve,
instrumento de crímenes; yo espero

que los dioses castiguen tus crueldades.
Ellos fulminarán desde los cielos
sus rayos destructores. En sus ejes
conmoverán el Orbe; y, al violento
y espantoso vaivén, la altiva Roma
inclinará sus torres hasta el suelo.
Desplomada caerá, como peñasco
desprendido del monte. Oid mis ruegos,
justos dioses. Vengadnos. Hoy enseñe
vuestro potente brazo a los perversos
que hay rayos, que hay justicia, que no siempre
toleráis la maldad. Y este tremendo,
este triste y funesto desengaño
consérvese indeleble en los fragmentos
de esa aleve ciudad, para que sirva
a la perfidia de perpetuo freno.

Herm. Venganza, dioses; escuchad las voces
de nuestra angustia, del agravio nuestro...

ACTO TERCERO

La misma escena del bosque sagrado, y campamento. En el centro una pira de troncos gruesos, ardiendo. Al lado un ara que figure ser de un trozo grande de mármol, sobre la cual estarán la segur, las tazas del vino sacro y la naveta del incienso. Alrededor habrá por el suelo, maniatados y dispuestos para el sacrificio, algunos corderos y ternerillos con las pezuñas y pitoncillos dorados, sartas de flores enredadas por las testas, etc.

ESCENA I

NUMA y HERMILIA, en medio de la escena, contemplan llorando una pequeña urna puesta en el suelo, donde se supone recogidas las cenizas de Tacio. Todos los sabinos, apiñados alrededor, manifiestan su dolor con los más expresivos ademanes.

HERM. Regias cenizas, venerables restos
del mejor de los padres y monarcas,
sombra augusta, que escuchas desde el centro
de ese fúnebre vaso nuestras ansias;
¿cómo a la voz de Hermilia enmudecéis?
¿Acaso extingue la funesta Parca
el paternal amor? ¿Acaso borran
del turbio Lete las revueltas aguas
tan amables memorias? Mas, ¡ay triste!,
que en vano gimo, en vano mis plegarias
dirijo a un yerto polvo. Inmenso espacio
nuestra existencia, ¡oh mísera!, separa.
¡Fiero dolor!... Adiós, dulces reliquias.
Adiós, ¡ay!, para siempre. Eterna calma
los cielos os concedan.

NUMA. Justo Tacio;
recibe el tierno llanto en que se exhala
la gratitud de Numa y la de tantos
como gimen tu muerte y su desgracia.
¿Quién nos consolará? ¿Quién, en los males
que prueban sin cesar nuestra constancia,
nos prestará el alivio? Mas ¿qué digo?
Todos fundan en ti sus esperanzas.
¡Ay!, no nos abandones. Si ya pisas
las amenas y plácidas campañas
de los sacros Elisios, ¡ah!, dirige
tus benignas y amantes ojeadas
a nuestros tristes lloros... Adiós, padre...
¡Ay, qué dolor apura las amargas
corrientes de mis ojos!...

HERM. Padre; admite
estos ardientes ósculos que estampa
mi labio en tus cenizas. Los postreros,
sí, los postreros son... ¡Cómo no acaba
mi aborrecible vida al duro filo
del dolor que me oprime y despedaza!

NUMA. Venid, amigos míos; conduzcamos
estos preciosos restos.

HERM. Que me arrancan
el corazón... ¡Oh dioses!... Padre mío;
pronto a tu sombra me unirá la Parca.

NUMA. La tierra, justo Tacio, te sea leve.

SABINOS. Adiós, buen rey, adiós. En paz descansa.

ESCENA II

Un guerrero toma la urna en brazos; y todos la acompañan hasta la entrada de la tienda. OSTILIO, apresurado, y los DICHOS.

OSTILIO. Sabinos, esperad. Los justos dioses
oyeron nuestros votos. La venganza
nos ofrecen propicios este día.

NUMA. ¿De qué manera? Di.
OSTILIO. La altiva planta
el tirano dirige a nuestro campo,
sin más escolta que su loca audacia.
Ya no dista dos tiros de saeta;
conque a saciar, sabinos, nuestra rabia
en su alevosa sangre. Por mil bocas
precipítese airada su vil alma
en el profundo abismo. Nuestro agravio
venguemos, compañeros. Esta espada
el ejemplo os dará. Seguidme todos.
SABINOS. ¡Muera el tirano, muera!
NUMA. Ostilio, aguarda.
Sabinos, esperad. Oidme. ¿Adónde
las frenéticas iras os arrastran?
¿Qué furia del Averno se apodera
de vuestros crueles pechos?
OSTILIO. Numa, aparta.
¿Qué pretendes? ¿Tú impides que ese monstruo
aplaque con su sangre la ultrajada
sombra de Tacio?
NUMA. No; yo no lo impido;
antes pretendo, sí, desagraviarla;
pero no con un crimen. Si el tirano,
por saciar su ambición, su nombre infama,
denigra su memoria, los sabinos
no deben imitarlo en su venganza.
Sí, guerreros ilustres; cuando anime
el malvado sus bélicas escuadras;
cuando armado del dardo y de la pica
provoque nuestro ardor en la campaña,
entonces asaltadlo, perseguidlo
hasta que muerda con mortales ansias
la ensangrentada tierra. De otro modo,
contraerá nuestro honor la torpe mancha
de una indigna traición, y el justo Tacio

sentirá que lo venguen con infamia.

OSTILIO. Cedo, aunque a mi pesar.

NUMA. Fuertes guerreros,
evitad la ignominia. En la borrasca
que ha movido el rigor de nuestros hados,
la muerte es lo de menos, si en la tabla
que a los buenos presentan las virtudes
hoy nuestra gloria, nuestro honor se salva.

ESCENA III

NUMA, HERMILIA, OSTILIO, RÓMULO y SABINOS.

RÓMULO. Os contemplo, sabinos, penetrados
de la pena más grande. La desgracia
del inocente Tacio será asunto
de gemidos y llantos, mientras haya
corazones sensibles que veneren
las ínclitas virtudes. ¡Ah!, la espada
que atravesó su pecho es imposible
que algún genio infernal no la guïara.
Mas no quedará impune Si los velos
que ocultan el delito no se rasgan
al golpe de mi cetro, las deidades
que registran los senos de las almas,
sus rayos lanzarán contra los viles
que osaron derramar sangre tan cara.

NUMA. Por las deidades, Rómulo, que ceses
una vez de insultarnos. Di, ¿qué trazas?
¿Vienes a ver tu obra? ¿A deleitarte
con las copiosas lágrimas que bañan
este bosque fatal, fiero teatro
de tus dolos, traiciones y asechanzas;
o vienes a elegir, entre esta turba
de infelices que injurias y maltratas,
otra inocente víctima que adule

tu ambición y crueldad? ¿A quién señalas
para el golpe insidioso que dispone
tu falso disimulo? Ya las aras,
los juramentos, los mentidos pactos
serán vanos recursos. Tus falacias
nos han escarmentado. Vete, vete;
imagina otros medios con que abatas
nuestra noble altivez. Mas nó te canses;
todo inútil será; prevén las armas.

RÓMULO. Sin duda el sentimiento ha trastornado
tu ofuscada razón. Sí; tal audacia
es hija de un delirio. Mas ¿qué digo?
Sólo tu altanería te embrïaga.
¿Yo perjuro? ¿Yo aleve? ¿Yo homicida?
¿Sobre qué fundas, Numa, tan osada,
tan torpe acusación? Dirás que a Roma
los traidores huyeron. ¿Y esto basta?
¿Fueron mis Capitanes? ¿Armó acaso
mi precepto la pérfida celada?
¿Les mandé dar asilo? ¿Pude, entonces,
salirles al encuentro en las murallas?
Luego ¿por qué me culpas?

HERM. Porque sabe
que nadie sino Rómulo insidiara
la vida de mi padre. ¿Qué romano
se quejó en algún tiempo de sus canas?
¿A quién sus justas leyes oprimieron?
¿No consoló, piadoso, las desgracias
del inocente huérfano? ¿Los llantos
de la infelice viuda? ¿Las plegarias
del miserable anciano, del guerrero,
del labrador, de todo el que imploraba
su benigna clemencia? Luego ¿cuáles
fueron sus enemigos?

RÓMULO. Los que braman
como sañudas fieras bajo el yugo

de las severas leyes, duras trabas
de perversas pasiones. ¿Quién ignora
que el que tiene en su diestra la balanza
de la inflexible Astrea, no se libra
de los tiros del vicio, que batalla
por romper sus cadenas?

Ostilio. Nunca el vicio,
por más que sea feroz, sus iras arma
contra unas leyes justas; y, así, sólo
morderá las cadenas que le labran
los tiranos, los Rómulos; pues temen
aun las mismas virtudes arrastrarlas.

Rómulo. ¿Qué desacato es éste? ¿Conque todos
se atreven a insultarme? Tanta audacia
sabré yo refrenar.

Ostilio. (*Empuña.*) ¡Viven los dioses!

Numa. Tente, Ostilio.

Rómulo. ¿Qué es esto? ¿Me prepara
la traición algún lazo? ¿Qué me dicen
esas fieras y ardientes ojeadas;
esos locos amagos, esas iras
que en vuestro torvo ceño se retratan?
¡Ah, que mi confianza me ha perdido!
¿Qué pretende, malvados, vuestra saña?
Si queréis destrozarme, llegad todos;
perfeccionad el crimen. Ya os aguarda
mi magnánimo pecho, como roca
que embravecidas olas no contrastan.
Yo expiraré a los golpes de la infame
perfidia, sí; mas antes que la Parca
este brazo desarme, muchas vidas
serán despojos de mi invicta espada.

Numa. Tranquilízate, Rómulo. Tu orgullo,
tu doblez, tu crueldad y tus falacias
el premio que recelas merecían;
pero no son capaces de una infamia

los ilustres sabinos. Pronto el rayo
de nuestra indignación dará, en campaña,
su terrible estallido. Sí, perverso;
cuantos miras presentes se preparan
a quitarte la vida. Ni trincheras,
ni escuadrones, ni fosos, ni murallas
detendrán nuestra furia. El mismo Marte
no te podrá librar, aunque te armara
con su sagrado yelmo, y a tu lado
blandiese fiero su temible lanza.
Tu sangre beberemos; no lo dudes.
Lo hemos jurado, Rómulo, a las sacras
deidades de este bosque; y el sabino
sus juramentos santos no quebranta.

RÓMULO. Intentáis ardua empresa. Qué, ¿tan presto
se olvida vuestra ciega pertinacia
del valor con que Rómulo confunde
sus débiles contrarios? ¿Quién aguarda
los golpes que fulmino? ¿Quién resiste
sólo un amago mío, una mirada?
¿Juzgáis intimidar mis vencedores
guerreros con pueriles amenazas?
¡Os tengo compasión! Sedme testigos,
deidades inmortales, que mi saña
provocan los sabinos. No ha bastado
a templar su furor la tolerancia
con que los he sufrido. Ya me miro
forzado a castigar sus temerarias,
sus locas pretensiones. Sí, rebeldes;
pronto, con el acero a la garganta,
imploraréis humildes mi clemencia;
y entonces besará vuestra arrogancia
la pesada cadena; y a las aves,
de pasto servirán vuestras escuadras. *(Vase.)*

ESCENA IV

NUMA, HERMILIA, OSTILIO y SABINOS.

NUMA. Lo postrero en tal trance elegiremos.
Ya, fuertes compañeros, está echada
la formidable, la dudosa suerte.
Antes que apague su luciente llama
el padre de los días en el seno
del océano inmenso, nuestras ansias
cesarán con el triunfo o con la muerte.
No se entibie el ardor que nos inflama,
ese divino rayo que la gloria
desde su eterno templo nos dispara.
Tengan todos presente en el combate
que lidian por sus hijos, por su patria,
por su propio interés. Cada cual sepa
que, si el puesto que ocupa desampara,
no tiene más asilo que los hierros.
Discurramos, en fin, que a nuestra espalda
desparece la tierra, y que es forzoso
romper por los contrarios a buscarla.
Pero tales avisos serán vanos
si no los dicta el labio de un Monarca.
Yo no aspiro a este honor, por más que Tacio
su cetro y su laurel me encomendara.
Nombradlo a vuestro agrado. Sea el que fuere,
obedecer sabré; y en la batalla,
la senda que me muestre su plumaje
ésa siempre hollará mi heroica planta.
OSTILIO. Ninguno como tú podrá guiarnos
a la gloria, en las arduas circunstancias
del trance en que nos vemos. Compañeros;
yo no daré otro voto. ¿Os desagrada
la elección?
SABINOS. Ciña Numa la corona.

NUMA. Yo admitiré ese honor sin repugnancia
si la divina Hermilia, desde el trono,
me da para subir su mano blanca.

HERM. ¿Por qué mi auxilio imploras, si te presta
tu sublime virtud tan dignas alas?
¡Ah generoso Numa!, yo te libro
del fatal sacrificio a que te arrastran
los ruegos de mi padre. Sí; mi mano
sé bien que labraría tu desgracia.
Tu amante corazón gime y suspira,
sin poder arrancarse la dorada
saeta que lo hiere; y mis halagos,
lejos de derramar en la honda llaga
un saludable bálsamo, tus penas,
tus graves inquietudes aumentaran.
Pues no exaspere, Numa, nuestros males
un estéril deber. Si desagravias
la sombra de mi padre; si disipas
los peligros que cercan a mi patria,
¿el cetro qué me importa? Yo reduzco
a tu felicidad mis esperanzas.

NUMA. ¡Ah virtuosa Hermilia; cuánto exceden
las prendas de tu espíritu a las gracias
de esa feroz beldad! Divina Hermilia;
líbrame, por los dioses, de esta llama
que devora mi pecho. Tú, tú sola
podrás con tus ternezas apagarla.
¿Qué no destruye el tiempo? ¿Qué no cede
al ruego y al cariño? ¿A quién no encantan
las heroicas virtudes? Sí; en tu mano,
en esta blanca mano está cifrada
mi ventura. ¿Qué temes? ¿Imaginas
que yo no te amaré? ¿Tendré yo un alma
tan dura, tan indócil?

HERM. No, mi Numa;
no me aborrecerás si no me amas.

Yo registro tu pecho... Mas, ¡ay triste!,
que no es un dulce amor quien nos enlaza.
Tacio...; tu honor..., la suerte...

NUMA. No, mi dueño;
tus méritos me rinden. Ven al ara;
enciéndanse las teas. ¡Oh Citeres!
Muéstrate favorable en las entrañas
de las simples palomas; y el disgusto
nunca marchite la nupcial guirnalda.
(Al conducirla por la mano al ara, suena dentro estrépito de guerra.)
Pero ¿qué estruendo es éste?

OSTILIO. Todo el campo
en movimiento mira.

HERM. Ya extrañaba
que mi dicha no diese en un escollo.

ESCENA V

Un SABINO y los DICHOS.

SABINO. No os detengáis, sabinos. A las armas
corramos presurosos. Los romanos
por tres distintas partes nos asaltan.
Ya nos hieren sus rápidas saetas;
y las nubes de polvo que levanta
el confuso tropel de las cohortes,
la clara luz del sol nos arrebatan.
Ea, pues; coronemos al instante
esas robustas y trabadas hayas
que intentan escalar los enemigos,
y hallen en cada pecho una muralla.

NUMA. Seguidme, compañeros.

HERM. A tu lado,
nueva Belona, blandiré la lanza.

NUMA. No, mi bien; a tu tienda te retira.

Parte, Ostilio; defiende con tu escuadra
esa parte. O la muerte o la victoria
ordeno a tu valor.

OSTILIO. Ten confianza.
Guerreros; a lidiar por la justicia.

SABINOS. Volemos a morir o a vindicarla.

ESCENA VI

HERMILIA y las SABINAS.

HERM. Las deidades os guíen y, severas,
contra el tirano Rómulo combatan.

SAB. 1.ª Ya de las armas el terrible estruendo
atruena todo el bosque.

SAB. 2.ª Suerte airada.
¿Si triunfará el romano?

SAB. 1.ª ¿Qué destino
tu implacable ojeriza nos prepara?

HERM. Ved cómo, al duro golpe de los dardos,
comienzan a exhalar las nobles almas
nuestros fuertes guerreros. Entre el polvo,
las voces y el tropel, los yelmos saltan,
vuelan las picas, los escudos ruedan
sobre la roja yerba. ¡Cielos! ¡Cuánta
sangre, cuánto sudor por todas partes
con el afán y el hierro se derrama!

SABINAS. ¡Oh día lamentable!

HERM. Más, sabinas,
más infausto fué aquel en que, insensatas,
dejamos nuestros plácidos hogares
por la pérfida Roma. ¡Qué de ansias
este yerro nos cuesta! Mas, ¡ay triste!,
que los sabinos ceden. Las escuadras
enemigas inundan los reales,
como torrente rápido que baja

de las excelsas cumbres, arrollando
las peñas y los árboles que arranca.

SAB. 2.ª ¿Qué haremos? ¡Ay! ¿Adónde esconderemos
nuestros hijos?

SAB. 1.ª ¡Oh madres desgraciadas!
Huyamos a los montes.

SAB. 3.ª ¡Dioses justos;
apiadaos de nosotras!

ESCENA VII

HERMILIA, sola.

¡Pena amarga!
Ya se ha perdido todo; se ha perdido
la libertad, la gloria... Ya no hay patria;
ya no hay Sabinia... Númenes terribles,
¿dónde está la justicia? ¿Vuestra saña
cuándo terminará? Pero ¿qué miro?
¿Cómo volvéis, sabinos, las espaldas?
¿Adónde vais, cobardes?

ESCENA VIII

Algunos sabinos atraviesan, huyendo. HERMILIA, TULIA
y ROMANOS.

TULIA. No sigáis
esa tímida turba. A mí me basta
esta aleve sabina para triunfo.

HERM. ¿Y qué importa que triunfes de una flaca,
de una infeliz mujer, si aun te disputan
muchos nobles guerreros la ventaja
que esos viles te ofrecen?

TULIA. La victoria
les cedo, a trueque de poner la planta
sobre tu infame cuello. Conducidla.

HERM. Apura tu furor; tu enojo sacia,
implacable mujer; pero no esperes
que tus rigores mi valor abatan.
No me sorprende el hado. Bien sabía
que sin designio esparce sus guirnaldas
la mudable Fortuna, y así miro
con sereno semblante las desgracias.

TULIA. Tú gemirás al fin.

HERM. Antes espero
que tus iras se cansen.

TULIA. Arrastradla;
sumergidla en los hierros, y suspire
entre la turba vil de mis esclavas.

ESCENA IX

NUMA, por el centro, con algunos sabinos. Traban el combate con los romanos; y al retirarse éstos vencidos, salen por la izquierda algunas tropas romanas que cercan a Numa y a los suyos. Lídiase con tesón; y opresos al fin los sabinos, quedan rendidos y desarmados, formando un cuadro pintoresco, cuyo grupo principal se compone de TULIA, HERMILIA y dos guerreros que han aprisionado a Numa.

NUMA. Sabinos; defendamos vuestra reina.

TULIA. Antes seréis despojo de mi espada.

NUMA. ¿Por qué la vida, dioses, me dejasteis?

TULIA. Por que tu eterno llanto satisfaga
su justa indignación. Infiel; ¿creíste
que a mis suspiros, quejas y plegarias
ensordecieron los sagrados dioses?
¿Te persuadiste, aleve, que dejaran
impune tu traición? ¿O imaginaste
que no fuese delito tu mudanza?
Desengáñate, ingrato, y reconoce
que no son insensibles a las ansias
de un amante, que nada los irrita

como la ingratitud y la inconstancia.

NUMA. No me atormentes, Tulia; no dupliques
mis congojas mortales. Yo te amaba
cuando amarte podía sin delito;
pero, así que el peligro de mi patria
me instruyó en mi deber, fué necesario
ser ingrato contigo por salvarla.
Mas, ¡ay!, que se han frustrado mis desvelos.
En medio de este bosque, donde nadan
en tibia sangre los hendidos cráneos,
los yertos miembros, las deshechas armas
de mis fieles amigos, me conservan
los dioses una vida, que me cansa,
para funesto ejemplo de sus iras.
Yo, miserable pueblo, soy la causa
de tu horroroso estrago. Sí; los cielos
tu inocencia clementes perdonaran
si tu suerte de mí no dependiese;
de mí que arrastro asido a mis pisadas
el acerbo infortunio, emponzoñando
el aire que respiro. ¡Oh, cuán infausta
fué la elección de Tacio! ¿Por qué, Hermilia,
cediste generosa a mis instancias?
¿Por qué diste la mano a un desdichado,
a un infeliz, objeto de la saña
del Cielo y de la tierra?

HERM. Porque nunca
la virtud desmerece en la desgracia.
Sí, mi Numa; no temas me arrepienta
de ser tu fiel esposa. En la garganta
de la calamidad que nos devora,
tu amor es mi consuelo... Mas, ¡ay ansias!,
que cesó tu deber, cesó el empeño,
cesaron los clamores de la patria,
y tu pasión no cesa... Pronto, pronto
enjugarás el llanto. Entre sus alas

te arrullará el amor; y si la gloria
te saca alguna vez a la campaña,
será para volver, con mil naciones
uncidas a tu carro, a las murallas
de la orgullosa Roma, donde fina
tu arnés destrence la beldad que amas.
Pero no lo veré... Ya el lento filo
de mis fieros pesares, en el alma
honda llaga habrán hecho; y de la Estigia,
errante y triste, pisaré las playas.

NUMA. ¿Qué dices, bella Hermilia? ¿Te persuades
que olvide yo la sangre derramada
de tantos infelices? ¿Tus ternezas,
tus ayes, tu dolor?...

TULIA. Aleve, calla.
¿Cómo a mis ojos, pérfido, te atreves
a ostentar tu traición? ¿Quién tal audacia,
quién tal descaro tuvo? No sé cómo
mi rabioso despecho no te arranca
ese infiel corazón, donde se albergan
tantos engaños, osadía tanta.
Mas no es tuya la culpa; la insolente
que aviva con sus lágrimas tu llama,
debe ser el objeto de mis iras.
Guerreros; al momento separadla
de ese traidor, y a Roma se conduzca.

HERM. Tus crueldades, ¡oh Tulia!, serán vanas.
¿De qué sirve el rigor? En las prisiones,
cercada de tinieblas, aherrojada
en la desnuda tierra, cada instante
volará, a tu pesar, sobre las alas
de nuestro casto amor, mi pensamiento,
y en mi esposo hallará tranquila calma.

TULIA. Yo haré, atrevida, que la muerte extinga
esa loca pasión de que te jactas.

HERM. ¡Oh qué débil recurso! Aun ignoramos

si con la vida nuestro amor se acaba.
TULIA. Obedeced, romanos.
HERM. Adiós, Numa.
NUMA. Mi corazón, Hermilia, te acompaña.
TULIA. Llevadla.
HERM. Adiós.
NUMA. Adiós.

ESCENA X

OSTILIO, presuroso, y los DICHOS.

OSTILIO. Numa, respira.
Los cielos han tomado la venganza
que nuestros flacos brazos no pudieron.
NUMA. ¿De qué manera, Ostilio?
TULIA. Suerte infausta,
¿qué golpe me previenes?
OSTILIO. Ya no existe
el ambicioso Rómulo.
HERM. ¡Oh sagrada
Providencia!
TULIA. ¡Yo muero de despecho!
OSTILIO. Rotas ya las trincheras que cercaban
nuestro campo; cubiertos los sabinos
de mortales heridas; sus corazas
y yelmos destrozados; respirando
con angustia y afán; casi agotadas
las fuerzas, sin vigor ni resistencia,
empiezan a ceder. Cada pisada
era un lago de sangre, y el romano
en nuestros yertos cuerpos tropezaba.
El tirano, animando sus cohortes,
más terrible que el dios de las batallas,
en torno fulminaba el fuerte acero,
que al girar por el aire salpicaba

con nuestra sangre su feroz penacho.
Crece su furia; sus guerreros llama;
hiere al caballo con la aguda espuela,
y el iracundo bruto entonces salta,
rompiendo nuestras filas, abollando
con la herradura las bruñidas armas.
Entre tantos horrores, las deidades
oyeron nuestros ruegos. Una espada
que el moribundo brazo de un sabino
esgrimió sobre el polvo en que expiraba,
penetró el ancho pecho de la fiera.
Siente la aguda punta en las entrañas
y, ciego de dolor, mordiendo el freno
que en vano lo contiene, se abalanza
como rápido rayo al precipicio
que forman esas rocas escarpadas.
Tres veces a las riendas el tirano
toda su fuerza aplica, y otras tantas
empinó su estatura el fiero bruto;
mas fáltale la tierra, y a las auras
despechado se arroja. Ruedan ambos
dando tremendos vuelcos por las pardas
y desiguales peñas, cuyas puntas
rompen las duras armas y desgarran
los palpitantes miembros. Yo, sabinos,
a pesar del rumor y la distancia,
escuché el grave golpe de los cuerpos
en el profundo abismo. Las escuadras
atónitas quedaron; se les caen
las picas de las manos; todos clavan
los espantados ojos en las rocas
que arrebataron su feroz Monarca.
Sí, felices sabinos; ya los dioses
han tomado a su cargo nuestra causa;
ya no existe el tirano, y al Averno
nuestra infelicidad consigo arrastra.

TULIA. No imaginéis, traidores, que este caso
rompa los hierros que mi agravio os labra.
Si ha fallecido Rómulo, yo existo;
y en tanto que el Senado no proclama
un nuevo soberano, será Tulia
del augusto laurel depositaria.
Guerreros: conducid a la alta Roma
esos dos sediciosos. ¡Vil!, ¿pensabas
burlar mis iras y mirar tranquilo
mi rabioso dolor? No; Tulia manda;
ya está dado el decreto. Una ponzoña
gustaremos; y en hora tan amarga,
tu congoja mayor, tu mayor muerte
serán mis fallecientes ojeadas.
HERM. Yo espero que se frustren tus rigores.
TULIA. ¿Frustrarse? Pues qué, pérfida, ¿no basta
para desengañarte el infortunio
que lamentas?
HERM. Quizá los cielos calman
su indignación. ¿Quién sabe?...
VOCES. *(Dentro.)* ¡Numa viva!
TULIA. ¿Quién estas voces y alboroto causa?

ESCENA XI

MARCELO, guerreros romanos y sabinos, y los DICHOS.

MARC. Generoso sabino, ilustre Numa:
los poderosos númenes que guardan
este sagrado bosque, han castigado
la impiedad que sus aras profanaba.
Roma, sin dueño, gime; mas, prudente,
enjugando sus lágrimas, me manda
que en su nombre te ofrezca el regio cetro
y el glorioso laurel, que...
TULIA. ¡Aleve, calla!

¿Qué pronuncias? ¡Un pérfido en el trono!...
¡La pena y el furor la voz me embargan!
¿Quiénes son los traidores que pretenden
coronar a un sabino?

MARC. Las escuadras.

TULIA. Opondráse el Senado.

MARC. Poco importa,
si están en nuestras diestras las espadas.

TULIA. ¿Y a un extranjero eligen?

MARC. ¿Qué te admiras,
si han visto su valor en la campaña;
si conocen sus ínclitas virtudes?
Éstas, Tulia, lo elevan; no la patria.
Y, así, señor, admite el vasallaje
que juran a tus pies. La paz renazca
en nuestros secos campos. Ambos pueblos
una familia formen, y la insana,
la sangrienta discordia para siempre
brame en el hondo abismo encadenada.

NUMA. Admito vuestro don, nobles guerreros,
y juro a las deidades soberanas
conservar siempre en paz vuestros hogares.
Ven, adorada Hermilia, y en las aras
únanos el amor. Pueblos amigos;
coronad vuestras sienes de guirnaldas
de pacífica oliva, y en el templo
demos a Jove las debidas gracias.

TODOS. ¡Vivan Numa y Hermilia!

TULIA. Mi despecho
ha llegado a su colmo. ¡Ingrato, aguarda!
Romanos, deteneos. ¡Fementido,
escucha a una mujer que idolatrabas,
y que aun ciega te adora! No pretendo
enternecerte, no. Sé que son vanas
las lágrimas que vierto. Sólo, aleve,
sólo, sí, te suplico, por las ansias

que el pecho me destrozan, por mi llanto,
por mis suspiros, ¡ah!, si te fuí grata,
si te fuí dulce un tiempo, si algún premio
merece mi fineza, que esa espada,
esa diestra crüel, que tantas veces
me prometiste, rompa mis entrañas,
destruya mis alientos... Mas, ¡ay triste!,
que dirijo a una roca mis plegarias...
¿A quién me volveré? Escucha, Hermilia,
escucha a una rival que, despechada,
provoca tus enojos. Teme, injusta,
teme, mientras respire, que la llama
de nuestro antiguo amor turbe el reposo
del lecho que Himeneo te prepara.
Sí, tirana; yo adoro a este inconstante (1).
[Ya ni decoro, ni pudor, ni fama
contendrán mi delirio. No lo dudes.
Mis caricias, mi llanto, aquellas gracias
que alabó en otro tiempo, de tus brazos
lo sabrán arrancar. ¡Ay! ¿Cómo tardas
en herirme, crüel? ¿Pero qué es esto?
¿Yo suspiro? ¿Yo gimo? ¿A mi contraria
le ofrezco yo este triunfo? Débil Tulia,
¿en este trance tu valor desmaya?
¿Tú mendigas la muerte? ¿Solicitas
ajeno brazo que tu sangre esparza?
¿En dónde están tus iras? ¿Cómo, furias,
estáis ociosas en la opaca estancia
del tenebroso abismo? Ya el incendio
centellea, se agita y se derrama
por mis ardientes venas. ¡Ah!, muramos;
muramos, triste Tulia, sin venganza.
Mas ¿qué digo? ¿No hay dioses? ¿Mis furores

(1) Los versos siguientes, comprendidos entre paréntesis, fueron omitidos en la colección publicada por D. Adolfo Castro.

no vendrán desde el Tártaro a tomarla?
Sí, malvado; mi sombra, ardiendo en iras,
armará cuantos pueblos el sol baña
contra la altiva Roma. El ancho Tíber
arrollará, sangriento, las corazas,
los yelmos y los miembros de los tuyos.
Estos campos que ves llenos de grama
serán hedionda tumba, y el arado
surcará esos palacios y murallas.
Entonces, sí, traidor, cuando cubierto
de polvo y de sudor, bajo la espada
del fiero vencedor, muerdas la tierra,
entonces llamarás con tristes ansias
a la infelice Tulia; y Tulia entonces,
arrancándote, infiel, esa vil alma,
en medio del tumulto y los clamores
de las horribles furias, despechada,
descenderá, tirano, como en triunfo,
al pavoroso abismo a sepultarla.
Dioses; oid mis votos, oid las voces
de un agraviado pecho que embrïagan
la pena y el furor, y sea este golpe
infausto precursor de mi venganza. *(Se hiere.)*

NUMA. Tente, Tulia... ¡Qué horror!

TULIA. Huye, perverso...
No aumentes mi agonía... Ya la Parca
te libra de mis quejas... ¿Qué más quieres?
He aquí el triunfo, crüel, de tu inconstancia.] (1)
(Muere.)

NUMA. Conducidla, guerreros... ¡Ay!, libradme
de ese objeto fatal. Hermilia amada,
no extrañes mi dolor. La quise un tiempo;

(1) Este final fué substituído, creemos que después de fallecido el autor, por el siguiente que aparece en la colección del Sr. Castro.

fué mi primer amor... Él es la causa
de su trágico fin... ¡Ah!, no soy mármol.
Yo debo lamentar tanta desgracia.
Qué, ¿pudiera ofender mi triste llanto
a la sensible Hermilia?

HERM. No me agravian
tus nobles sentimientos. ¡Ah mi Numa!
Su desastre estas lágrimas me arranca.

NUMA. Vamos todos al templo. Justos dioses,
velad sobre estos pueblos que se enlazan
con tan estrechos vínculos, y vivan
en la paz, la alegría y la abundancia.

FIN

EL NUMA [1]

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS, REFUNDIDA POR EL CIUDADANO

DIEGO M. GARAY

representada en el Teatro de Cádiz el 27 de abril del año de 1820, con el plausible motivo de ser día en que se colocó la lápida de la Constitución.

A LOS SEÑORES DIRECTORES Y ACCIONISTAS del Teatro de Cádiz.

A vos, señores, que tan dignamente
en la famosa Gades sostuvisteis
la olímpica mansión, y entre los duelos
de horrible mortandad fuisteis apoyo (2)
del actor infelice y angustiado,
se dirige mi voz; y ¡oh si pudiese
mi indocta musa publicar al mundo
vuestra innata piedad!... A vos ofrece
mi ardiente gratitud el pobre fruto
que mis deseos de agradar sembraron;
que nunca, nunca a la eminente cumbre
del sagrado *Elicón* subir podría
por otra senda con estéril numen.
Y si devuelvo a la engañosa escena,
fama adquiriendo nuevamente, *El Numa*,

---

(1) Según ofrecimos en el Prólogo, insertamos solamente la dedicatoria y el reparto de la refundición hecha por Garay.

(2) Alude a los oportunos socorros que estos señores adelantaron a todos los individuos de la Compañía en el conflicto de la epidemia ocurrida el año 19.

no un poético ardor, sí la memoria
del insigne Castillo me ha inspirado;
que no deben perderse en el olvido
las sublimes bellezas con que pinta
al héroe de Sabinia. En este ensayo
quiso adiestrarme grave Melpomene
y acaso no acertó; pero dignaos
de admitirle propicios cual don puro
que os dedica mi fe; corto es sin duda,
mas ¿cuál hubiera de vosotros digno?

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TACIO	Sr. Mateo Furnier.
RÓMULO	Sr. Diego María Garay.
NUMA	Sr. Manuel González.
MECIO	Sr. Manuel Fernández.
TULIA	Sra. Juana Galán.
HERMILIA	Sra. Josefa García.
MARCELO	Sr. José Rosales.

Lictores. — Pueblo. — Guerreros.

POESÍAS LÍRICAS

LA GALIADA

O

FRANCIA REVUELTA

—

POEMA

Hay en Italia un sitio (según dicen)
que los griegos llamaban el Averno,
porque es un negro lago que aun las aves
no pueden transitar. Del hondo seno
siempre está respirando densas nubes
de vapores mefíticos. Un cerco
de inaccesibles riscos, donde apenas
nace el punzante abrojo, tiene opreso
aquel corrupto estanque, solapado
de pardos juncos y asqueroso cieno.
Bajo una corva peña está una gruta
sembrada de cambrones, cuyo centro
es el obscuro asilo de las sombras
cuando el sol las ahuyenta. Mil estrechos
caminos se desprenden de su boca,
que, girando con vueltas y rodeos
por las negras entrañas de la tierra,
llegan a terminar en el infierno.
Por ella (según fama), de repente,
de sus profundas cárceles salieron
cuantas Furias habitan las sombrías
mansiones del Cocito, con deseo

de ver la claridad, y en aquel sitio
gozar de sus nefarios pasatiempos.
Viendo a las serpentíferas hermanas,
el lago se conmueve, los horrendos
peñascos titubean, el Vesubio
vomita entonces con tremendos truenos
torrentes de betún y nitro ardiente;
vuelan a gran distancia por el viento
las humosas cenizas, empañando
los claros rayos del purpúreo Febo.
En este sitio, pues, las crueles Furias,
después que demostraron su contento
(¡oh Dios, y qué contento es el que pueden
disfrutar por ventura aquellos pechos
roídos del furor!), sobre las peñas
se sentaron. Sus tétricos aspectos
se enardecen; las víboras se erizan,
se ensortijan, se enredan al cabello;
sus afiladas lenguas se revuelven
por los aires; enróscanse los cuellos
silbadores; respiran por las fauces
una nube de humo en cada aliento,
cuyos hediondos hálitos corrompen
el céfiro sutil; braman a un tiempo
desencajando los hundidos ojos,
y arrugando las frentes al esfuerzo
de los tristes clamores, salpicados
de ferviente alquitrán y azufre ardiendo.
En tanto que del ocio disfrutaban
las Euménides, sale con estruendo
de la cueva fatal la insana Erinnis;
atravesando el lago, salta en medio
de la horrible asamblea, y despechada
habla a todas así, con roncos ecos:
«¿Qué es esto, compañeras? ¿Cómo, torpes,
os entregáis al ocio? ¿Para esto

habéis abandonado las moradas
del llanto y del terror? ¿Qué es del despecho?
¿Qué del fiero rencor? ¿Qué de la audacia
con que hacéis palpitar el Universo?
¡Oh Furias!, sacudid ese letargo
porque, en el triste estado en que nos vemos,
es preciso alistar en nuestro auxilio
todos los Manes y malignos Genios.
¡Ay, cuán rápidamente se propaga
nuestra rüina! ¡Oh Furias; presto, presto
corramos a las armas; impidamos
del mortífero cáncer los progresos!
Al principio se cura fácilmente
su perniciosa peste; pero luego
que por todas las venas se derrama,
no lo atajan ni el arte ni el remedio.»
Luego que pronunció la cruel Erinnis
con frenético gesto estos acentos,
temblando de furor la crin se arranca,
cruje los negros dientes, y esgrimiendo
las cortadoras uñas, cubre, airada,
de rojos surcos el semblante y pecho.
Entonces Tisifone se levanta
herida del terror y, entre funestos
y espantosos gemidos, articula
semejantes palabras: «¿Qué suceso
excita tu temor, sangrienta Erinnis?
Ea, pues, habla, amiga. ¿Qué proyecto
se fragua contra el Orco? ¿Por ventura
abandonan la tierra el fingimiento,
el terrible homicidio, el torpe engaño,
la insaciable codicia? ¿O se han abierto
las puertas de la Paz? ¡Ay, que este solo
infortunio, este solo contratiempo
convirtiera en escombros y rüinas
el palacio infernal! ¡Yo me estremezco!

Acaba, pues, hermana; di, si acaso,
se engaña mi temor. ¡Oh, quiera el negro
Estigio que se engañe! ¡Cuán amable
nos sería este error! ¡Cuán halagüeño!»
Entonces, arrancando del ardiente
corazón un suspiro, en humo envuelto,
«No te engañas, hermana — dijo Erinnis —;
la Paz, nuestra enemiga, descendiendo
en su triunfante carro por los aires,
pisa ya los umbrales de su templo.
Todo, todo a su influjo se ha mudado.
El britano poder, que en otro tiempo
abrumó con armadas numerosas
la espalda de los mares, ya ha depuesto
su natural orgullo. España, España,
esa nación robusta, cuyo esfuerzo
arranca al mismo Marte de las manos
los vengativos rayos, hoy tejiendo
su heroica lauréola se reclina
sobre la multitud de sus trofeos.
Los campos, ¡ay de mí!, que fueron antes
depósitos de podre, y monumentos
de furibundos héroes, hoy se cubren
de simples labradores, que cogiendo
con sus manos sudosas las espigas,
alzan los ojos adorando al Cielo.
El gozo y la abundancia han penetrado
los más pobres hogares; ni un lamento,
ni una queja se escucha; todos, todos
se llaman venturosos, y corriendo
coronados de olivas y laureles
al templo de la Paz, queman inciensos,
cantan himnos y ofrecen de sus frutos
las feraces primicias al Eterno.»
Estas voces despiertan los furores
de las terribles Furias, cual los frescos

cefirillos excitan lenta llama;
grita la fiera turba con horrendos
alaridos; resuenan las cavernas;
la tierra se conmueve; el humo denso
puebla el aire, y el lago y el Vesubio
comenzaron a arder. Crece el estruendo;
así como, en las graves tempestades
quebrantando sus cárceles, los vientos
combaten con furor, resuena entonces
con formidable son el hondo reino
de Neptuno; responden las riberas;
ora braman las olas en el centro
de las marinas grutas, ora chocan
en los fuertes escollos, escupiendo
amarguísima espuma y rocïando
las altas nubes con cristal deshecho.
Luego que la algazara de las Furias
se sosegó un instante, saltó en medio
del congreso feroz la cruel Megera;
brillaba en sus pupilas el incendio
del corazón; rodaban sobre el vientre
a cualquier ademán los secos pechos,
y por la inmunda piel aparecía
la varia trabazón del esqueleto.
Así que la frenética asamblea,
respetando su voz, prestó silencio,
«No estéis dudando — dijo —, compañeras,
de un éxito feliz. Como los Genios
del pavoroso Estigio y las fatales
Parcas nos den socorro, me prometo
que la sangrienta empresa que medito
disipe nuestros males y recelos.»
Estas voces infunden nuevos bríos
en las fieras Euménides; sus negros
corazones palpitan con el ansia
de saber de Megera el pensamiento;

mas la Furia, clavando en sus hermanas
la torva vista, prosiguió diciendo:
«Desde que el gran Voltaire... ¡Ah, quién pudiera
hacer el justo elogio del proteo
de la impiedad, del sumo patrïarca
de la disolución y el sacrilegio!
Pero son muy preciosos los instantes...
Vosotras, tristes almas, negros Genios
del Tártaro, bajad a su morada
y hacedle por Erinnis los obsequios.
Desde que el gran Voltaire, como decía,
empapado en sus máximas y ejemplos
tomó la pluma en Francia, me animaron
las esperanzas de un feliz suceso.
Esta altiva nación, cuya inconstancia
es quizá el atributo más sincero
de su vano carácter, revolando,
como la leve pluma entre los vientos,
por las artes y ciencias, discurría
que sólo a sus tareas y desvelos
lograba levantar Naturaleza
el velo celestial de sus misterios.
Su natural orgullo suspiraba
viéndose reducido a los estrechos
límites de la humana inteligencia,
e intentando elevar más alto el vuelo,
como nocturno buho que a los golpes
del rudo leñador sale del centro
del tenebroso nido dando vueltas
sin tino, por las auras, así, ciego,
chocaba con mil falsas opiniones
hasta hundirse en la sima de sus yerros.
Halló en Voltaire un padre y un caudillo
conforme a sus ideas; y siguiendo
sus atrevidas huellas, penetraron
los más remotos ángulos del reino.

Desde entonces, ¿qué triunfos, qué victorias
no debe la impiedad a sus desvelos?
La Religión vacila a los impulsos
de la incredulidad; cualquier exceso,
debajo de las prensas luego encuentra
un favorable asilo; el desenfreno
contamina las aulas y academias;
los vicios, como pálidos espectros,
salen de los profundos subterráneos
donde los oprimió tan largo tiempo
la terrible virtud, y se coronan
entre el común aplauso de los pueblos.
Francia perece en fin; sus convulsiones
son mortales; no puede haber remedio
que reanime un cadáver. Yo, yo, Furias,
lo aseguro. ¿Y quién duda que este fuego,
que tiempo, impunidad y error fomentan,
no se convierta a un soplo en Mongibelo
que terrores aborte? Bien lo temen
las potencias vecinas, advirtiendo
la multitud de chispas que acarrea
el soplo del error hasta sus senos.
Si esto es así, decidme : ¿a qué aguardamos?,
¿Por qué no arrebatamos con denuedo
el pendón infernal, y dando auxilio
a nuestro bando impío, no envolvemos
a esa altiva nación en sus rüinas?
¿Cómo no derribamos por los suelos
al templo de la Fe, que ha tantos años
edificó el ilustre Clodoveo?
Ea, pues; ¿qué teméis? Yo voy delante.
Caiga Francia, y arrastre su despeño
al resto de la Europa, compañeras.
Volemos a París, y coloquemos
la impiedad en sus aras; y entre el vicio,
la confusión, los llantos, los lamentos,

las heridas, la sangre, las rapiñas,
homicidios, escándalos, incendios,
guerra, profanación y cuanto ofrecen
semejantes escenas, disfrutemos
de un placer más amable que el que os brindan
las opacas orillas del Averno.»
Esto dijo Megera, poseída
de un júbilo infernal. Todo el congreso
aplaude con horrísonos clamores
la deleznable empresa; dan tremendos
saltos por los peñascos; cantan himnos
al cavernoso abismo; y, a sus ecos,
hierve el lago, claudican los collados
y se asustan los Manes del infierno.
Después de este placer, cortan en tropa,
con negras alas los sutiles vientos,
y a Francia se dirigen. Van delante
Megera, Erinnis y la horrible Athleto.
Por donde pasan, queman y destruyen
con formidable estrépito los pueblos
y heredades, así como en diciembre
la opaca tempestad, rasgando el seno
de las nubes, inunda las campiñas;
crujen los polos y, entre roncos truenos,
culebrean los rayos estallando,
ya en la excelsa ciudad, ya en el otero;
el huracán, a un tiempo, con bramidos,
cimbra la dura encina; y al violento
impulso se desgajan los arbustos
y vuelan hojas, ramas y renuevos.
Era la media noche, cuando el Orbe,
envuelto en pardas sombras, es bosquejo
del tenebroso caos. Tal cual astro
trepidante brillaba; el blando sueño,
volando por los pueblos y las selvas,
derramaba su plácido beleño

en los cansados ojos; los cuidados
rodeaban inmóviles los lechos,
aguardando a la aurora, que ahuyentase
en los humanos pechos el sosiego.
Tan sólo Mirabeau, junto al bufete,
en su agitada mente revolviendo
tumultos y desórdenes, velaba;
abrasado del rápido veneno
que gustó incautamente en los escritos
del malvado Voltaire, buscaba, ciego,
el antídoto en medio del destrozo,
y en los comunes males el remedio.
Fatigado algún tanto su discurso,
dormitaba en la silla, sosteniendo
la frente delirante con la diestra,
cuando empieza a temblar el pavimento
y a crujir las paredes y los quicios
al violento vaivén. Ahuyenta el miedo
al pesado letargo que oprimía
sus soñolientos párpados; y, en medio
de la estancia, descubre a la iracunda
Megera. Queda al punto sin aliento;
hiélansele los huesos, se estremece,
y el espanto le eriza los cabellos.
La Furia entonces, con terribles voces,
«No te asustes — le dice —; yo aquí vengo
a proteger tus máximas; respira;
el abismo promete a tus desvelos
un gran premio, su influjo y tu cautela.
Voltaire por mí te intima que, en obsequio
de sus egregios Manes, establezcas
y esparzas su doctrina. Bien advierto
que el aspecto del plan es formidable;
pero no hay que temer, pues en inmenso
clamoroso tropel, toda la plebe
tus huellas seguirá; su atrevimiento

ya sabe conspirar contra la vida
de los reyes. Suspira, con deseo
de sacudir el yugo de la ley
y abrir del corazón los hondos senos .
para dar libertad a las pasiones
que braman despechadas, cual soberbio
toro en cerrado circo. Y, así, parte;
concita sus furores sin recelo,
que yo te asistiré; mas, por si acaso
entre la confusión se aumenta el riesgo,
esta escamosa sierpe sabrá darte,
en los lances, valor, arte y consejo.»
Así dijo, y al punto se desprende
una víbora parda del cabello;
a Mirabeau la entrega, y desparece.
El francés la recibe; y, al momento,
el monstruo ponzoñoso se introduce
con horrísonos silbos en su pecho.
Levántase agitado; su fogosa
fantasía concibe los más negros
horrores y delitos; iracundo
discurre por la estancia, hiriendo el suelo
con los malvados pies; no de otra suerte,
delirante ministro de Lieo,
sube al nevado Ródope, vibrando
el serpentino tirso; azota el viento
su esparcida melena; desparrama
feroces ojeadas; y torciendo
los espumosos labios de mil modos,
pronuncia el *evan* con terrible acento.
Ya por las altas cumbres de los montes
iba la clara luz desvaneciendo
las espesas tinieblas, y ya el dolo
y la ambición volaban por los pueblos,
despertando a los míseros mortales,
cuando llegó a París la cruel Athleto

delante de la horrible comitiva
de truculentas Furias; suben luego
a las erguidas torres, de do sueltan
a la infausta Discordia; y al momento
el implacable monstruo, como un rayo,
vuela por todas partes, esparciendo
un humor sanguinario que destila
de las terribles fauces. El veneno
penetra las entrañas de la plebe,
que, ciega de furor, deja los lechos
y en corros se rëune. Después llega
el falso Mirabeau, quien, puesto en medio
del concurso feroz, con voz vehemente
comienza este fatal razonamiento:

«¿Hasta cuándo, franceses, la cadena
de tan duro y tan largo cautiverio
arrastraréis, cobardes? ¿Cuándo, cuándo
sacudiréis el yugo que os ha impuesto
la injusta tiranía? ¿Será dable
que el clamor incesante de un inmenso
número de filósofos, no arroje
la indigna timidez de vuestros pechos?
¿Cómo podéis mirar, sin triste llanto,
gemir la libertad y los derechos
de la patria, debajo de la planta
del despotismo impío? Si el ejemplo
de las demás naciones os contiene;
si la voz indeleble de los tiempos,
clamando que hubo siempre soberanos
que oprimiesen los vicios bajo el peso
de las sagradas leyes, os obligan
a llevar estampado el torpe sello
de la desgracia, y a vivir tranquilos
en el seno fatal del vilipendio,
¿por qué no abrís los fastos, y observáis
a la invencible Roma construyendo

columnas a sus triunfos? ¿A Cartago
demarcando los mares con su imperio?
¿A la famosa Atenas, siempre grande,
ya en la arena marcial, ya en el Liceo?
¿A la rígida Esparta eternizando
con sus nombres sus leyes? ¿Y a otros pueblos
que amaron la virtud bajo el auspicio
de aquella libertad que pretendemos?
Ni escuchéis a esos sabios que critican
la corta duración y los defectos
de estas mismas repúblicas. Si todas
dieron las manos a dorados hierros;
si continuas e internas disensiones
rasgaron sus entrañas; si gimieron
su temprano trastorno, o su rüina
casi en la rapidez de sus trofeos,
fué por no conocer los intereses
de la patria y la ciencia del gobierno.
A Francia solamente se reserva
el especioso hallazgo, el gran secreto
de existir, como iguales espartanos,
en el seno del oro; el arduo empeño
de trastornar el Globo, demostrando
lo que cincuenta siglos no advirtieron.
¡Oh dulce libertad! Pueblos dichosos
donde la voz del rudo, del ateo,
del ebrio, del infame, del vicioso,
son parte de la ley; donde el exceso,
cometido en tumulto, se indemniza.
¡En vosotros se goza sin recelos
del nativo albedrío!... Mas ¡oh tristes
monarquías! ¡Oh míseros imperios!
¿Qué escena me ofrecéis? ¡El noble! ¡El grande!
¿Por qué tal distinción, tal privilegio?
¿En nacer y morir, fuertes franceses,
no son todos iguales? ¿Pues qué fuero

o qué excepción es ésta? El patriotismo
debe igualar los nobles y plebeyos.
¡Oh abusos! ¡Oh costumbres corrompidas!
No puedo meditarlas sin que el pecho,
lastimado, palpite. Reyes, papas,
próceres..., ¿quién podrá tascar el freno
de tanta sujeción? Qué, ¿los franceses
carecen, por ventura, de talentos
para seguir la senda de lo justo,
dictar su religión y sus derechos?
No permitamos, no, fieles amigos,
que se confunda Francia entre los reinos
opresos de la bárbara ignorancia.
Ea, pues, ¿qué aguardamos? No el aspecto
de tan gigante empresa os intimide.
¿Quién podrá resistir nuestro denuedo
si unimos nuestros brazos? Ni la Europa
ni el mundo son bastantes a ponernos
el yugo sacudido... Sí, no hay duda;
sólo basta lleguemos a creerlo.
¡A las armas, y viva siempre en Francia
la libertad; rompamos, arruinemos
cuanto se nos oponga; al arma, amigos;
seguid mis pasos, imitad mi ejemplo!»
Dijo; y la plebe, entonces despechada,
discurre por la calle previniendo
el incendio y las armas. Luego, unidos,
asaltan los palacios con tremendos
alaridos; resuenan con el llanto
de las matronas los dorados techos,
y la rápida llama se apodera
de las sagradas cúpulas; al suelo
se desploman las lámparas, y el oro,
la plata y el latón forman diversos
arroyos rechinando por las losas.

Hieren, con triste son, el blando viento
las trémulas campanas. Ya los nobles
se ponen en defensa; chocan fieros
ambos bandos, y al golpe de la espada
comienzan a exhalarse los alientos.
La truculenta guerra, desde el aire
vibra la aguda lanza; el terso peto,
el yelmo y el escudo centellean,
así como en el piélago sereno
del sol heridas las temblantes olas;
parecen dos ardientes Mongibelos
sus furibundos ojos; y espumando
negra cólera, anima los sangrientos
corazones con voz desentonada.
Vuelan las Furias respirando fuego
por el duro combate. Llega entonces
una caterva de infernales Genios
convoyando a la Muerte. Este atroz monstruo,
que por más que devora humanos cuerpos
aun carece, ¡qué horror!, de una tez débil
con que poder cubrir sus secos huesos,
se lanza como un rayo fulminado
en medio de la lid. Crece el estruendo,
el furor y el destrozo. Aquí se rinde
un combatiente herido al mismo tiempo
que le oprime una huella fugitiva,
y acaba de expirar; allí el acero
postran con mutuos golpes dos rivales,
y asidos ruedan por el pardo suelo.
Aturden las continuas explosiones
de la ruidosa pólvora; al violento
impulso de las balas titubean
los altos edificios; caen los techos
con desusado estrépito y debajo
de los rudos escombros y fragmentos,

gimen niños y ancianos oprimidos.
Humo y polvo mezclándose en el viento
arrebatan el día; cada instante
eructa nuevas furias el infierno.
Los helados cadáveres ya impiden
el paso al combatiente. Tristes ecos,
suspiros moribundos, ansias, lloros,
blasfemias, amenazas y despechos
son las sombras del cuadro; crueles Parcas,
vosotras retocad este bosquejo.

Ya el rumor espantoso del combate
ocupaba las bóvedas del templo
de la sagrada Paz. Al punto deja
el camarín la diosa; eleva el vuelo
y desde el gran pináculo descubre
el formidable choque; un llanto tierno
humedece sus párpados; el susto
apaga el colorido de su bello
semblante; en él se estampa la funesta
imagen del dolor, y retorciendo
sus tremebundas manos, tales voces
sollozando articula: «Santos cielos,
¿qué espectáculo triste ven mis ojos?
¿Muerte, sangre y furor son los inciensos
que me ofrecéis, franceses? ¿Cuándo, cuándo
llegaréis a mis aras con modesto
y puro corazón? ¡Oh Dios!; mostradles
a estos desatinados el sendero
de la justicia; observen vuestras leyes,
y no corran, dementes, al despeño!»

Así decía llorando, y de improviso
interrumpe su voz un lastimero,
delicado suspiro; vuelve el rostro,
y ve a la Religión cortar el viento
con sus brillantes alas. Ondeaba

en el aire sin orden el cabello;
el ropaje talar aparecía
rasgado por mil partes; en el pecho
se perdían las lágrimas; los labios,
cárdenos, abatidos y entreabiertos,
articulaban lánguidos suspiros,
mas nada en su semblante era grosero,
nada vulgar; sublime era su pena,
majestad respiraban sus afectos.
Ambas diosas se abrazan, sin que el llanto
dé permiso a la voz. De allí a un momento,
arrancando del pecho tristes ayes,
la Religión pronuncia estos acentos:
«Huye, adorable Paz, huye la vista
de este malvado clima; sal del seno
del horrible delito, y no veamos
libremente triunfar al sacrilegio.
Ya no queda esperanza. La Justicia
palpita moribunda entre funestos
montones de cadáveres; la Regia
Autoridad, privada ya del cetro,
profanada la púrpura, abollada
la sagrada diadema, bajo el peso
de una infame cadena se lamenta.
Yacen los santüarios por el suelo,
las aras destrozadas; y el impío,
hollando sus rüinas con imperio,
brinda en los sacros vasos el insulto
a sus secuaces; claman a los cielos
mis leales ministros, y una tropa
de intrusos y frenéticos, vistiendo
las consagradas túnicas, se abrogan
un ilusorio y falso privilegio.
Todo, en fin, se trastorna; aun la tïara
del sabio sucesor del justo Pedro

rueda en la inmunda tierra...
.... (1) ... ¡Infieles pueblos;
hijos del entusiasmo, triste presa
de vuestra libertad, temed el recto
castigo del airado Omnipotente!
Desde el trono sembrado de luceros
verterá sobre todas vuestras culpas
la copa del rigor. El Universo
os mirará al soslayo, y con sorpresa
lanzará la cadena a vuestros cuellos.
Días de oprobio, sí, días de horrores
labrarán vuestros años. El Eterno
les negará la lluvia a vuestros campos;
y dando la aridez negros bostezos,
brotarán, en lugar de rubia espiga,
el abrojo mordaz y el cardo seco.»
Así dijo, y la Paz en sus mejillas
dos ósculos imprime; un grupo bello
de nubes las rodea, y cual ligera
exhalación, se esconden en el cielo.

(1) En la edición primera de *La Galiada* se echa de menos un verso por evidente descuido del autor, como sucede en diversos pasajes de sus obras.

FIN

HANNÍBAL [1]

Representa el teatro la estancia o habitación de Hannibal, con una ventana a cada lado, que figuren estar cerradas con fuertes aldabas y cerrojos, exento los pequeños postigos, que serán movibles; retrato de Amílcar Africano a un lado; mesa con un jarro de agua; estoque, celada, capacete y demás armas de acero, puestas en una especie de armero; silla. Estruendo marcial retirado.

HANNÍBAL, agitado de una turbación vehemente, se conduce a la ventana del lado izquierdo; observa por el postigo con recato; cierra, y oprimiendo la frente con ambas manos, se suspende algún tanto. Corre a la otra ventana; acecha del mismo modo; se sobresalta, y después de una pausa instantánea, comienza la representación.

Mi mal es cierto... Sí... Yo soy perdido...
Terrible multitud de gente armada
se conduce a este sitio... No me engaño.
Entre la parda nube que levanta,
de polvo denso, la confusa tropa,
brutos relinchan y los frenos tascan;
los petos centellean con los rayos
del sol heridos; las agudas astas
activamente brillan; y las plumas
arden en las cimeras aceradas...

---

(1) Aníbal.

Mas ¿qué digo?... Yo sueño... No es posible...
Los ojos son falaces. Esas guardias
serán para otro fin... Distante rumbo
sin duda siguen... No; no temo nada...
Pero ¡triste de mí! ¡Ya ha mucho tiempo
que los hados terribles, las sagradas
deidades, toda la Naturaleza
conspiran contra mí!... ¡Si; me amenazan,
me oprimen, me persiguen de mil modos!...
Volvamos otra vez, desconfïanza,
a observar el dudoso, airado golpe
que al corazón abate y sobresalta.

(Se acerca con temor; observa por una ventana, y cierra violentamente el postigo; vase para la silla con las más vivas expresiones de sentimiento; y dejándose caer en ella, dice agitado):

¡Ah destino crüel; ya te has vengado!...
He visto, entre el tropel de esas escuadras,
dos Cónsules romanos; sus escudos,
mantos y capacetes los declaran...
Ya di en manos de Roma... ¡Oh infame Prusias!
Tu favor inconstante, tu falsaria
fe me ha vendido... ¡Infiel!... Has quebrantado
los derechos de hospicio, la alïanza
y amistad que juraste; sacrificas
con veleidad tiránica, en las aras
de tu cautela, tu infidencia y trato,
mi vida, mi valor y confïanza...
Vosotras, ¡oh deidades inmortales!,
vosotras sois testigos de esta ingrata,
pérfida acción, de este hecho, de este crimen,
el más fiero, el más bárbaro y que espanta
a la sincera y fiel Naturaleza;
vosotras advertís esta tirana
culpa, y presencïáis este delito;
y él, al fin, se comete sin que haga

la espada del castigo movimiento...
¿Dónde está la Justicia? ¿Dónde? ¡Oh sacras
deidades!... ¿O es, acaso, vuestra esencia
de crimen y maldad originaria,
o vuestro brazo obtiene, ciertamente,
débil poder o fuerzas limitadas?

(Se levanta de la silla, y demostrando variedad de pensamientos, unas veces intenta volver a observar, otras dirigirse a la puerta; pero a nada se determina, y dice con impulso):

Ea, pues, alma mía, ¿qué resuelves?,
¿qué determinas?... ¡Ah, que mi desgracia
no halla remedio..., no!... La medicina
dista del mal; y ya la muerte airada,
desde la puerta del umbroso Averno,
con su pálida mano me señala...
¡Hannibal infeliz! ¡Qué imagen triste
se te presenta!... ¡Oh cielos!... Subyugada
al triunfal carro la cerviz altiva,
entras ya por las calles y las plazas
de la orgullosa Roma; todo el pueblo
te rodea; y aquél, que antes temblaba
al eco de tu nombre, ahora corre
intrépido a insultarte; ya con ansias
al Capitolio llegas, y en sus losas
el labio triste con rubor estampas...
El Cónsul, ¡ay!..., el Cónsul que venciste
rubrica tu rüina, y las tiranas
legiones, las que en más gloriosos tiempos
respetaron tu sombra en la campaña,
con bárbara impiedad tu yerto cuerpo
hasta la cumbre del suplicio arrastran.
¡Oh mísero!... ¿Qué digo?... ¿Yo soy ése?
Ese despojo infausto, esa humillada
pompa, ese padrón de la Fortuna,
¿es Hannibal acaso?... ¡Ah soberanas

influencias!... ¿Yo existo, por ventura?
¿Yo aliento?... ¿Yo respiro?... ¡Oh duda vana!
¡Yo existo, sí! ¡Yo animo! ¡Aun no fallezco;
y, a pesar de mi honor y mi arrogancia,
soy despojo de Roma; soy objeto
de sus iras, despechos y venganzas!
(Queda en un profundo abatimiento, y vuelve con más serenidad, aunque con eco sentido.)
Pero a esa República ambiciosa
no culpa mi dolor; ella se arma
contra un fiero rival que la intimida,
que ha doblegado su cerviz tirana...
De ti sí, patria injusta, me lamento...;
tu emulación y envidia me preparan
esta afrenta, me arrastran a este trance,
a tanta pena y a desdicha tanta...
Sí, inhumana; conspiras, ciertamente,
contra mi vida con mayores ansias,
con mayor interés, afán más grande
que la sangrienta Roma... Mas ¿qué causa
origina tu odio? ¿Qué motivo
excita tu rigor? ¿Por qué así clamas
y solicitas mi fatal rüina?
¿Acaso porque el eco de tu fama
he dilatado desde el Mediodía
al frío Septentrión; de la escarchada
cabeza de los Alpes al ruidoso
reflujo de las playas gaditanas,
y del flüido Tíber a los secos
y arenosos desiertos de la Arabia?
¿Porque arranqué animoso, de las manos
de tu rival tremendo, la pesada,
servil cadena que en tu cuello dócil
imponer pretendía su arrogancia?
¿Porque daba a tu frente a cada instante
repetido laurel, nueva guirnalda,

nuevos trofeos?... ¡Ah! Yo no lo diga;
hablad vosotras, sí, selvas hispanas,
itálicas florestas... Tú, profundo
Ródano, tú numérale a mi patria
las veces que, gloriosas, sus banderas
retrataron mis triunfos en tus aguas...
Vosotros, ¡oh recintos de Venusia,
del Po, del Trasimeno frescas playas!,
mostrad esos funestos obeliscos
de cadáveres; dad, en viva estampa,
esos Cónsules: Rufo, Tito Graco,
fugitivos correr a las montañas
explorando un asilo; los Servilios,
los Lelios, los Marcelos, entre ansias,
exhalando suspiros, moribundos;
esos carros, banderas, petos, astas,
capacetes de tantos capitanes,
en desorden sembrados por la parda,
sangrienta tierra... Alzad también el eco,
rüinas de Sagunto, cumbres altas
de los Alpes, fragosos Pirineos...
Mas no; callad..., cesad... ¡Pretensión vana,
inútiles clamores! La terrible
Cartago sabe bien que con mi espada
he tenido suspensa a la Fortuna;
sabe que sobre el plan de mis hazañas,
los hados y el Destino no han tenido
poder alguno; que su nombre y fama
son hijos de mis hechos; mas, con todo,
mi vida le fastidia; piensa y traza
de Hannîbal la rüina... ¡Oh infidencia!
¿De qué nación se cuenta tan tirana
ingratitud?... Venid, venid, feroces
moradores de Scitia, almas crïadas
en las hórridas grutas donde ruge
el furioso león, el tigre brama;

venid, y si aprender queréis crueldades,
mirad mi situación, ved a mi patria.

(Permanece suspenso, en ademán de un sentimiento penetrante; y repentinamente vuelve en sí sobresaltado, unas veces en acción de atender, y otras con inquietud extraña.)

¿Qué podré hacer? ¡Oh pena!... Ya el estruendo
se percibe más cerca... ¡Qué inmediata
advierto mi desdicha!... ¡Ay de mí, triste!
Los inhumanos llegarán con rabia
infernal; y rompiendo los cerrojos,
abatiendo los quicios y las altas,
robustas puertas con impías manos,
me arrastrarán, cual presa que a la saña
de los fieros lebreles va cediendo,
de diente en diente ya despedazada.

(Con mayor sobresalto y confusión.)

¡Qué confusión me cerca! ¡Qué terribles
sobresaltos! ¡Qué ideas tan infaustas!
Parece que no soy aquel caudillo
que hizo temblar al Orbe con su espada.
¡Qué pánico terror!... Ya me imagino
sepultado en las pálidas entrañas
del abismo, cercado de mil sombras
y suspensa la máquina agitada
de mi sér, en un frágil equilibrio,
éxtasis doloroso que la embarga
y confunde en las tristes frigideces
del caos y la noche... ¡Pena amarga;
dolor agudo!... ¡Ah!, ¿quién, entre tantos
horrores y tinieblas, una clara
antorcha me dará, que sea mi norte?
¿Adónde os ocultáis, deidades santas,
protectoras de míseros...; vosotras,
que consoláis las almas perturbadas,
que socorréis al infeliz y al triste?...

Pero no...; no os invoco... Ya no clama
mi corazón auxilios inflexibles.
A vosotros dirijo mis postradas,
ansiosas voces, genios horrorosos,
dioses del lago Stigio, negras almas
del Tártaro profundo; sed clementes...;
rasgad ya vuestras hórridas entrañas,
abrid vuestras mansiones pavorosas,
y envolved entre pasmos, penas, ansias,
mi yerto corazón; pues no hay deidades
que me escuchen; no envían ya su gracia
los cielos; no descienden las piedades;
cesó la protección; justicia falta...;
y los orbes del cielo y de la tierra
el orden pierden, su belleza empañan...
¡Padre; padre!

(Con acciones que indiquen una mortal desesperación se conduce y apoya la cabeza en un extremo de la escena; pero después vuelve a los mismos arrebatos; y yendo adonde está el retrato de Amílcar, alza la vista a él y, con un grito, retrocede de espaldas hasta caer en la silla.)

¡Oh! ¡Amílcar fortunado!...
¿Para qué te presentas en la amarga
situación que consterna a tu hijo triste?
No me acordéis, señor, vuestras palabras...,
mi juramento..., el cielo..., vuestros ruegos...,
¡ay triste!..., nuestros votos..., mi desgracia...

(Después de un transporte vehemente, prosigue con animación.)

Pero tú, padre mío, en este instante,
a mi débil memoria, trastornada
con tal pena, presentas los retratos
de mi honor, tu virtud y tu enseñanza.
Yo siento ya un valor, un brío heroico
que, cual jugo nutricio por las ramas

del sauce corre, me penetra activo
del corazón las partes desmayadas.
Ya vuestras nobles voces en mi oído
vuelven a resonar, voces que el alma
indelebles conserva. Ante el gran Jove,
en su templo, en su altar, ante sus aras
la cabeza inclinada y ambas manos
puestas sobre la losa sacrosanta,
me mandaste jurar para con Roma
de un implacable odio la observancia.
Desde entonces, señor, respiro sólo
los más vivos deseos de arruinarla.
He roto sus legiones, he asolado
sus pueblos, han huído de mi espada
sus Cónsules... Mas ya se ha trastornado
el carro que mis triunfos arrastraba...;
se cansó la Fortuna; el mismo Marte
receló que su imperio le usurpara,
y todos contra mí se conjuraron...
Sí, padre mío; escucha: nuestra patria
fué la primera que aguzó el cuchillo
sangriento. Fugitivo de su saña,
huyendo sus rigores, mendigando
por diversos imperios y comarcas
un extraño favor, llego a Bitinia;
me recibe su rey y me afianza.
su protección... Mas, ¡ay!, que es por venderme,
por ponerme en las manos sanguinarias
de mis rivales... Ya; ya, como hambrientos
hircanos tigres que, en las escarpadas
cavernas del Caucaso el arte aprenden
de devorar, se acercan con el ansia
de asirme... ¡Oh infelice!... Las excelsas
victorias, los blasones y la fama
de que hiciste mi rico patrimonio,
mi herencia y mi tutela, ahora acaban...;

ya van a fenecer... ¡Oh día aciago;
día funesto, lleno de desgracia,
lleno de horrores, lleno de amargura!
No siento, no, la muerte que amenaza
mis alientos... (Los héroes generosos
triunfan de su furor con la constancia.)
... La injuria, sí, la afrenta, el vilipendio
que en tan dura ocasión mi pecho aguarda,
es la sierpe inhumana que me roe
el negro corazón; la Hidra insana
que envenena mi sangre; la cruel Furia
que despedaza y muerde mis entrañas,
siendo mis venas nervios y medulas
hogueras de dolor, de angustia y rabia.
(Vuelve del transporte con serenidad.)
Mas ¿qué digo? ¡Insensato!... ¿Llamas día
terrible al que ha nacido para tanta
gloria y esplendor tuyo? ¡Qué delirio!
A tus pies, padre mío, rindo gracias
por esa heroicidad con que me influyes,
me inspiras una muerte acrisolada
con los rasgos de noble y generosa;
y voy a obedecerte... En esta caja
el veneno conservo más violento,
más activo y mortal... ¡Ah, quién pensara
que fuese mi destino que él hubiera
de premiar mis acciones!... Mas ¡qué vana
fatiga!... Inficionemos prontamente
el líquido cristal que en esta taza
se contiene.
(Llega a la mesa con serenidad, y derrama los polvos en el agua.)
¡Ay de mí!... De el labio al pecho
corra, inundando con finales ansias
mi triste vida; arroje de mis miembros *(Bebe.)*
los espíritus torpes, que se hallan

vanamente empleados... Sí; los ayes,
los lamentos, las voces, las turbadas
potencias, los alientos fallecientes,
cuanto a esta débil máquina realza
y sustenta, perezca, caiga, pruebe
el hielo de la muerte, pues ya nada
importa; todo es vano; inútil todo,
cuando Roma triunfar de mí se jacta;
cuando Prusias su fe, tirano, rompe,
y sus proyectos consiguió mi patria.
Mas discurrir ya siento por mis venas
el ardor del veneno; y que, ahuyentada,
la vida me abandona... ¡Cruel momento!
(Se apoya en la mesa.)
¡Amílcar; padre amado! Ya mi alma
a los Elíseos Campos venturosos
se apresura a bajar. Corte la Parca
el hilo, de una vez, que me detiene
sin pisar el umbral de tu morada.
Y no presumas que es porque ambiciono
el fin de estos dolores que me matan,
sino para decirte que tu hijo
cumplió sus juramentos y palabras;
y en el último instante de la vida,
el odio contra Roma aun no le falta.
(Con voz débil y esforzándola.)
¿Dirás... que muero... sin vengar mi muerte?
Jamás..., jamás, ¡oh padre!... A las batallas...
en que postré... el orgullo... del romano...
pregúntales... si muero... sin venganza.
(Cae y expira.)

FIN

PASATIEMPOS JUVENILES (1)

A UNA SEÑORITA

CUYOS MÉRITOS Y GRACIAS SON EL MEJOR ANAGRAMA DE SU NOMBRE

A vos, señora, mi bisoña musa
dedica en grato obsequio las tareas
de su tierna niñez, cuando, sentada
sobre los haces de doradas mieses
en las ardientes eras, o a la sombra
de los frondosos álamos que ciñen
la frente del Genil, con su zampoña
poblaba el aire de silvestres versos;
o cuando, reclinada en las riberas
del gaditano puerto, donde Alcides
tuvo otro tiempo sus famosas aras,
ceñida de laurel, ora la trompa,
ora pulsaba la facunda lira.

A vos, en fin, a vos los sentimientos
que le inspiró el amor, y la ternura,
reverente consagra. ¿A quién pudiera
más dignamente dedicar sus votos
un fino corazón? Vos, entre todas
las bellezas que adornan este suelo,
sobresalís, al modo que en el prado
entre el cárdeno lirio y la violeta,
la rosa matutina, que hace alarde
de toda su fragancia, dilatando
el purpúreo azafate de sus hojas.

---

(1) Con este título fueron publicadas las siguientes poesías que completan las obras del autor.

¿Ese divino rostro, a quién no infunde
admiración? En vano de Lisipo
el célebre cincel, y de Timantes
los muy diestros pinceles se esforzaran
en copiar vuestras raras perfecciones;
mármol, oro y marfil expresarían
vuestro adorable bulto; pero nunca
las halagüeñas Gracias y Amorcillos
que palpitantes vuelan por los labios;
nunca el lánguido humor en que se bañan
vuestras brillantes niñas, ni los giros
con que deslumbran los atentos ojos.
Mas ¿qué podré decir de los talentos
que enriquecen el alma? ¡Cuán felice
fué en hallar, entre tantos atractivos,
órganos tan perfectos! La nerviosa
elocuencia del Anglo y el dialecto
del bullicioso Galo, en vuestro labio
resuenan con primor, sin que amancillen
del castellano idioma la pureza,
y aquella majestad que lo distingue
entre las hijas del lenguaje Lacio.
Pero si gran placer a los oídos
vuestra elegancia ofrece, ¿qué no admira
la destreza feliz con que en el clave
unís los dulces y elevados tonos?
Entonces, ¡ay!, entonces, ¿qué alma puede
resistirse a las gratas impresiones
del melodioso encanto? A vuestras manos
lleváis asidos los inmobles ojos
de mil admiradores, que no encuentran
lugar de respirar. A un tiempo mismo
siente el golpe la tecla, y en el alma
causa la vibración. Allí el deliquio,
allí la agitación, y los extremos
de dulzura, y afán, despecho y gusto.

¿Pues, qué, cuando en la tersa superficie
de la pintada seda o blanco lino,
describís: ya la verde hierbezuela,
ya la esmaltada flor, ya el corvo arbusto,
o el veloz pajarillo que se eleva
pendiente de sus trémulas alillas
por la vaga región? ¿Qué, cuando uniendo
con bello maridaje los colores,
copiáis de varios modos la Natura
sobre el dispuesto lienzo? Al diestro toque
del pincel elocuente se aparecen
los distantes collados tras el velo
de los tenues vapores; de la aurora
el claro resplandor, que reflejando
en los leves celajes, los esmalta
de dorados, purpúreos y albos visos.
A veces, entre pálidas vislumbres
del falleciente día, delinea
con negra tinta las soberbias torres
de los lejanos pueblos, recortadas
en el triste horizonte. El manso río
corre bajo el pincel; los hondos mares
se entapizan de espumas, encrespando
las desiguales olas; y, a un retoque,
luego se mecen en tranquila calma.
Las rojas iras, los rabiosos celos,
el insinuante amor, cuantas pasiones
engendra el corazón, las retratáis
con profunda y sutil filosofía.
Mas ¿qué intento? ¡Ay de mí! ¿Dónde mi mente,
de imprudente furor arrebatada,
se transporta? Decir vuestros loores,
pintar tanta beldad, mérito tanto,
es empresa que excede a sus esfuerzos.
¡Ah!, perdonad, señora, un inocente
cuanto inculpable error. Será este rasgo

desanimado, sí; mas la lisonja
no dirige mi diestra. Mientras corre
sobre el blanco papel la torpe pluma,
la cándida verdad bajo sus plantas
oprime al fingimiento; y, el afecto,
con su invisible poderosa mano
me arrastra a vuestros pies, donde el Destino
puerto tan favorable me previno.

A LA SÁTIRA

Detén, Sátira, el dardo. Esa biforme,
espantosa figura; esas guedejas,
sin orden encrespadas en la frente
bicorne; esas pupilas, escondidas
entre rugosos párpados, al modo
que la insidiosa araña se recata
en el breve orificio, que rodea
de entretejidos hilos; ese ceño
adusto, de los soles atezado;
tu luenga barba; tus feroces gritos;
todo, todo me asusta y me confunde.
¿Qué de mí solicitas? ¿Por qué, dime,
a mis ojos te ofreces? Estas planas
y estos torcidos rasgos no son muestra
de un pulso ejercitado, sino sólo
el tosco cartapacio de una mano
que se ensaya, y sin tino borrajea.
¿Qué más quieres? He aquí que yo confieso
mi ignorancia. Soy claro; me conozco.
Pero tampoco, Sátira, imagines
que han arado los años mi semblante,
y que son las estólidas chocheces
de un imbécil decrépito, o los ciegos
delirios de un celebro siempre indócil
a la impresión del gusto, mis versillos.

No es así, no; mi negra cabellera,
la tersa cutis y el naciente bozo,
qué son los blandos juegos te declaran
de una musa inocente que en la cuna
palpar quiere, aunque torpe, los objetos.
Deja que a la razón descubra el velo
la viva pubertad; no la intimides
en su débil infancia; sé un instante,
¡oh truculenla Sátira!, piadosa.
Mas ¡ay triste! ¿Qué digo? ¿A quién, aleve,
perdonó tu furor? Tú has insultado
las preciosas cenizas del poeta
que hizo famoso el Xanto, cuya rauda
corriente, tantas veces tinta en sangre,
arrolló los bruñidos capacetes,
las duras astas y grabados petos
del feroz griego y animoso frigio.
Tú has mordido las páginas, injusta,
que el tiempo ha respetado, en que el encono
de la implacable Juno y los estragos
que cubrieron el Lacio, cuanto el Teucro
con la espada marcaba los recintos
de sus nuevos hogares, se describen.
Tú has injuriado, en fin, aquel gran genio
que cantó los destrozos de Farsalia,
do tanto campeón fué triste presa
del lobo carnicero y voraz buitre.
Ninguno, sí, ninguno se ha librado
de tu mordacidad. Mas ¿qué me admiro,
si aun sufrió tus malvadas asechanzas
el dulce Anacreón de nuestro suelo?
¡Ah crüel! ¿Cómo, cómo no admiraste
su elocuente pincel, que hubiera sido
encanto de las áticas ovejas?
¿Quién animó los céfiros y amores
con más delicadeza? ¿Quién los trinos,

colores y cambiantes de las aves
pintó con más verdad? ¿Quién los arrullos
de la cándida y dócil palomita,
delicia de su Filis; o las gracias,
la hermosura o los blandos alicientes
de una simple zagala, ha retocado
con más vivos y bellos coloridos?
No fué el Griego más tierno; ni las selvas
de la opulenta Jonia, que el Meandro
y el caudaloso Caystro fertilizan
con tortüosos cauces, le ofrecieron
más amenas imágenes. La España,
la España docta, sí, lo recomienda
a la posteridad. Tú sola, impía,
de la mortal envidia devorada,
afilaste el arpón; y disfrazando
el pálido semblante y negro pecho
con la máscara y traje de la infame,
mendaz hipocresía, detuviste
de los sudosos tipos las tareas.
Bien lo suspiran y lamentan todos.
¡Oh execrable maldad! ¿Cómo es posible
que en este culto siglo, cuando casi
el ingenio del hombre ha calculado
toda la Creación, ya se remonte
hasta esos grandes globos que circulan
por los inmensos cielos, ya se abata
a los undosos senos donde nace
la matizada concha, o a las hondas
cavernas do se filtra de las fuentes
el cristalino humor; cuando las Artes,
ya desprendidas del inmundo polvo
do la ruda barbarie tanto tiempo
las tuvo sepultadas, iluminan
con nuevo resplandor los horizontes
de la estudiosa Europa; cuando, libres,

las venerables Ciencias del obscuro
laberinto, do el vano Sarraceno
opresas las dejó, corren ahora
tras la simple verdad, acaudilladas
de la sutil y sólida experiencia;
cómo es posible, digo, que la ruda
ignorancia, tomando el claro nombre
de la crítica, vista los arreos
de la sátira amarga, equivocando
de una y otra el lenguaje y el oficio?
¡Oh funesto trastorno! ¡Oh triste España,
objeto del sarcasmo y de la burla
con que hieres al mérito! Mas ¿cómo,
qué, te alteras, lo sientes, o pretendes
con tus gestos mostrar que desvarío?
Pues no, tirana; he visto en tus audaces,
profanadoras manos, ser el juego
de insulsas invectivas las defensas
de nuestra antigua gloria, acreditando
del demente Masón ciegos delirios.
He visto... Mas ¿qué digo? Inútilmente
tus delirios, sandeces y osadías
pretendo numerar. Ellas son tantas
cuantas las bellas obras que han volado
desde la dura prensa a nuestros ojos.
Y qué, ¿serás tú siempre quien usurpe
los obsequios y aplausos que se deben
a una crítica recta? No, perversa.
El tiempo, lentamente, de tu trono
descorre la cortina; y de tu aliento
los hálitos hediondos, empañando
el prestado oropel de que te adornas,
quedarás despojada de tus brillos,
como suele en el cielo la alta luna,
cuando cortando la terrestre mole
las líneas de la luz, lame entretanto

su faz opaca con la aguda sombra.
Sí; presto serás, pérfida, el ludibrio
de tus admiradores. No te temo.
Ejerce contra mí cuantos rigores
te inspire la crueldad. Nunca mi planta
se apartará medrosa de la senda
que conduce a la gloria. Este deseo
será siempre laudable, aun cuando nunca
bese su sacro umbral. ¡Ah, si pudiese
al pie de sus altares algún día
dejar pendientes mis rizadas canas!
¡Oh, si lograse cincelar mi nombre
sobre las tersas lápidas que el tiempo,
el olvido, la muerte y tú, tirana,
admiráis con dolor y rabia insana!

ODA I

EL VERDADERO HEROÍSMO

¿Ves, Fabio, ese soberbio monumento
que de jaspes informes ha labrado
el tenaz corte del cincel mordiente?
¿Ves esa estatua que despliega al viento
manto triunfal, que viste acicalado
peto, y que ciñe de laurel la frente?
¿Ves por allí pendiente
ya el roto yelmo, ya la rota espada?
¿Ves aquí amontonada
multitud de lorigas,
picas, dardos, banderas enemigas?
¿Ves, en fin, esa losa donde el vano
orgullo de los hombres solemniza
con huecos epitetos la ceniza,
inmunda presa del roedor gusano,
solicitando con insano culto
dar a la nada duración y bulto?

Pues ése es un sepulcro donde yace
(si acaso existe) el polvo de un Monarca
que se adquirió en el Orbe eterna gloria.
Ni el tiempo, que consume, que deshace
como cera los bronces; ni la Parca,
que borra dignidad, sér y memoria,
arrancó de la Historia
su nombre, que aun se lee con entusiasmo.
Celébranse con pasmo
sus hechos y virtudes.
De polo a polo (Fabio, no lo dudes)
vuela su fama con errante giro,
aclamándolo el Magno, el Invencible.
Mas, aunque no es mi labio preferible
al suyo, diré siempre (no deliro)
que fué un tirano que infestó la tierra
de cadenas, patíbulos y guerra.
Si lo queremos ver, retrocedamos
al lamentable siglo de sus hechos;
volemos desde Grecia a la remota
cuna del sol... Mas ¡cielos! ¿Qué observamos?
¡Qué disformes montones de deshechos
escombros, este infausto campo brota!
¡Qué misera derrota
es ésta! ¿Dónde están tantas ciudades?
Infaustas soledades.
¿Qué es de la rica Tiro;
qué de Tebas? No existen; sólo miro
mil colunas en trozos hacinadas;
paredes carcomidas, donde habita
el verdoso lagarto; una infinita
multitud de murallas desplomadas,
entre cuya rüina y duro estrago
nace el hisopo, abunda el jaramago.
Éste, Fabio, ¡ay dolor!, fué el cruel ensayo
de aquel héroe; éstas, siempre, las resultas

de su hidrópica sed de gloria y fama;
éstos son los efectos de aquel rayo.
Sí, Alejandro: las sombras insepultas
que fueron pasto de la ardiente llama;
cuantos sobre la grama
presentaron al hierro el firme pecho,
rodean con despecho
tu tumba pavorosa:
allí te increpa el hijo, allí la esposa;
allí lloran el joven y el anciano;
suspiran por sus plácidos hogares,
por sus familias, por sus santos lares;
allí imprecan furiosos al tirano
que arrancó del regazo de la madre
al hijo tierno cuando herían al padre.
Dejemos, ¡ay!, tan lóbrega pintura;
no oigamos el clamor de esas naciones
que lamentan sus trágicos destinos.
¿Mas quién será insensible a su amargura?
He allí a los Licios, Carios, Paphlagones;
he aquí a los Tracios, Scitas y Bitinos
con aullidos ferinos
morder la tierra, blasfemar su suerte,
clamorear la muerte,
para que en tanta pena
rompa con sus alientos la cadena
que lanzó el vencedor a sus cervices,
mientras que con su carro atropellaba
los cuerpos palpitantes que inmolaba.
¡Oh Dios; no puedo ver tan infelices,
tan sangrientas escenas' Fabio, huyamos;
ésta es Persia; su campo es el que hollamos.
Mas ¿qué estragos son éstos, qué destrozos?
Guerreros y caballos trastornados,
cubiertos de sudor, polvo y heridas,
¡unos muriendo y otros hechos trozos!;

¡castillos y elefantes desplomados!;
¡carros volcados, tiendas abatidas!;
¡banderas esparcidas!;
¡cascos, escudos; todo, al fin, nadante
en la sangre humeante!...
¡Horrible objeto; cuánto
me llenas de dolor!... Pero ¿qué llanto
hiere el aire? Ve allí las desgraciadas
princesas de la Persia, que rasgando
las regias vestiduras, golpeando
los ya desnudos pechos, y abrazadas
al difunto Darío, en triste coro
las exequias celebran con su lloro.
¿Qué es esto? ¿En todas partes estampada
dejó Alejandro la sangrienta huella?
Mas ¿qué me admiro, si esa ruda sierra
que, de helados carámbanos peinada,
los altos cielos con su frente sella,
tembló a su voz? Al punto la cruel guerra
la santa paz destierra
que el Indio entre sus pieles disfrutaba;
la envenenada aljaba
se desprende del hombro;
suelta el arco, y se arroja con asombro
al hondo seno de su gruta obscura.
Pero nada le libra: la terrible
esclavitud penetra el centro horrible;
y, ligando sus brazos con la dura
cadena, sin oir su clamor vano,
lo arrastra hasta los pies de su tirano.
¡Oh triste Humanidad! ¡Con qué de sustos
verás nacer los héroes! ¡Con qué pena
verás tejer guirnaldas y laureles,
cincelar simulacros, grabar bustos!
Lejos de mí una gloria que condena
a los débiles. ¡Ay! Esos doseles

que labran los crüeles
estragos; esos triunfos y victorias,
que aplauden las historias,
son funestos padrones
de los duros y avaros corazones,
que mira con horror Naturaleza.
El perfecto, el más ínclito heroísmo,
es saber conocerse el hombre mismo;
saber lo que es piedad, lo que es flaqueza;
y el que cumpla deber tan generoso,
ése, es Grande; ése, Heroico; ése, Animoso.

ODA II

LAS VICISITUDES HUMANAS

¿Juzgas, Fabio imprudente,
que en el alto dosel de tu fortuna
has de lograr reposo permanente?
Si desde el blando arrullo de la cuna
a sólo remontarte has aspirado,
cuando bajes al féretro enlutado
serás otro Faetón, que en un momento
brilló en la cuarta esfera
y zozobró en el líquido elemento.
Quien en cimientos de flexible cera
fábrica erige, mientras más vecina
al sol, sera más grave su rüina.
¡Todo es instable y breve!
Desciende la risueña Primavera
rasgando nubes, liquidando nieve;
purifícase el aire; la pradera
se viste de olorosas florecillas;
bate el aura sus trémulas alillas
entre las verdes hojas; nueva alma
cobra Naturaleza;
mas el invierno truena, y esta calma

cede a la tempestad; la lluvia empieza
a hinchar los anchos ríos; se enfurece
el Aquilón, y hierba y flor perece.
Así la vida humana
eslabona los bienes y los males;
así el poder, riqueza y pompa vana
desparecen. Registra los anales
de los tiempos; verás entronizado
al Asirio, y después atropellado
bajo el carro del Medo; al feroz Griego
vibrar, do el sol asoma,
su acero vencedor; veráisle luego
ser débil presa de la altiva Roma,
cuyo imperio ya existe solamente
en la pluma y el labio de la gente.
Y aun cuando tu esperanza
pase de objeto a objeto, disfrutando
favores y placeres sin mudanza,
vendrá la senectud, y derramando
por tus frágiles miembros la torpeza,
y el hielo, y el temblor, y la flaqueza,
apoyado en el báculo nudoso,
circundado de males,
observarás con párpado rugoso
fenecer los deleites criminales,
a tiempo que, debajo de tu planta,
la losa del sepulcro se levanta.
¡Oh día lamentable,
el en que ejerce su rigor la Parca,
ésa cuya cuchilla formidable
no teme al héroe, al áulico, al monarca;
día en que el fuerte y débil restituye
a la tierra su sér; en que concluye
su período la vida lisonjera!
En él la lozanía
cae ajada, cual suele, en la pradera,

al duro golpe de segur impía,
rosa que, al claro albor de la mañana,
rasgó el capullo de encendida grana.
  Créeme, querido Fabio;
deja esa vanidad, esa codicia;
limpia tu pecho del menor resabio.
Si te ha estragado el alma la delicia
del halagüeño vicio, el tiempo vence
los más arduos obstáculos. Convence
la obstinada razón; y, más sagaces,
miremos los objetos
sin dolosos afeites ni disfraces,
y, entre el fiero tropel de los afectos (1),
luchemos con tesón y fuerte diestra
cual intrépido atleta en la palestra.

ODA III

MUERTE DE UN LIBERTINO

  Sí, Fabio; ya la muerte
arrojó en la honda huesa al triste Licio.
Ésa, que llaman suerte
y es realmente la máscara del vicio,
lo arrastró al precipicio
por la anchurosa senda
de los blandos placeres, cual ofrenda
que conducen al pie del simulacro
entre el himno, el incienso y fuego sacro.
  Desde su tierna infancia
fué presa de las bárbaras pasiones
que el ocio y la abundancia
despiertan en los flacos corazones.
¡Oh, en cuántas ocasiones

(1) El autor escribió sin duda «afetos».

quiso la amistad mía
refrenar su orgullosa lozanía!
Mas confundían todos mis clamores
los silbos del tropel de aduladores.
Andaba peregrino
ora por los banquetes, eructando
el pestilente vino;
ora por los burdeles, disipando
con júbilo nefando
la venidera herencia;
llegando a tal extremo su demencia,
que el huracán, las sombras, lluvia y hielo
eran de sus delicias el anzuelo.
Mas llegó el destructivo,
el formidable fin de sus excesos.
Yo le vi semivivo,
las pupilas inmóviles, impresos
los descarnados huesos
en el cutis inmundo;
yo le vi que, exhalando un ¡ay! profundo,
las manos tremebundas levantaba
y el favor de los cielos imploraba.
¡Qué pánicos terrores
agitaban su ardiente fantasía!
Despechos y temores,
esperanzas y dudas a porfía
doblaban su agonía.
En tan funesta hora,
volviendo a mí los ojos, «Ahora, ahora,
leal amigo —exclamaba—, tus verdades
son las que más arguyen mis maldades.
»Miro, instantáneamente,
rasgarse el cielo con terrible estruendo,
y en un grupo luciente
de nubes, descender al Dios tremendo
armado del horrendo

dardo con que iracundo
precipita en el Tártaro profundo
los soberbios Titanes, como peña
que de la cumbre al valle se despeña.
»Mis bárbaros delitos,
girando en torno de mi infausto lecho,
con formidables gritos
me confunden... ¡Ay triste! Ya mi pecho
cede a tanto despecho...
¿Qué fuego es el que arde
en mis negras entrañas?... Tarde, tarde
veo mi error... La muerte ya me hiere...
¡Oh eternidad!...» No dice más, y muere.
Tal fué de ese insensato,
idólatra del vicio, la rüina.
Contempla su retrato
y corrige el desorden que te inclina,
¡oh Fabio!, a tan mezquina,
tan formidable suerte.
Cada instante es un paso hacia la muerte.
Si apuras el placer, llegará el plazo;
y embriagado caerás dentro del lazo.

ODA IV

DELICIAS DEL ESTUDIO

Colme, Fabio, en buen hora,
de acuñado metal, el usurero
las grandes arcas que azorado cela;
ciña la vencedora
frente de lauréolas el guerrero
que con la pica al hombro atento vela;
cubra de rica tela,
y envuelva entre finísimos holanes,
su delicado cuerpo el ciudadano;
devore el cortesano

mil sabrosas perdices y faisanes,
y alegrad su banquete
tú, dulce Fortiñán; tú, Pajarete.
Mientras yo, en mi aposento,
cercado de mis libros, atesoro
más preciosas riquezas en mi mente;
mientras yo, finalmente,
menospreciando las groseras galas
que obscurece el pavón con sus colores,
detestando licores
que turban la razón, muevo las alas
con que el alma se afana
a elevarse hacia el Sér de do dimana.
Con sólo una ojeada
corro de extremo a extremo las edades,
y suspendo del tiempo el veloz vuelo.
Al punto, de la Nada
se desprenden los reinos; las ciudades
sacan sus torres del arado suelo;
descorre el denso velo
la docta antigüedad, y miro a Roma
abrir el Capitolio; veo a Cartago
envolverse en su estrago
de do se esconde el sol a do se asoma,
hallo, en fin, otros reyes,
diversos ritos y diversas leyes.
En torno de mi estancia,
apiñados están los caros manes
de los Plautos, Horacios y Morones.
También, con su elegancia,
disipan de mi pecho los afanes
los Demóstenes, Tulios y Platones.
Con tan doctas lecciones
aprendo a dominar a la Fortuna
y refreno mi indómito deseo.
Disputo en el Liceo,

asisto a la Academia, a la Tribuna,
y soy en un instante,
de mil siglos y gentes, habitante.
A veces, revolando
con el sutil Neutón por el vacío
de los inmensos cielos, voy, atento,
las fuerzas calculando
de la atracción. A veces me extravío
en brazos de Descartes, por el viento;
y en menos de un momento,
como suele en el aire leve arista
de un turbillón en otro arrebatado,
registro el estrellado
firmamento, mil veces con la vista,
donde, todo embebido,
peso los astros, su grandeza mido.
Mas luego me recojo
en el polvo, do atónito me deja
la sabia economía del Eterno.
Me admiran: de un gorgojo,
la pequeña estructura; de una abeja,
la morada, el trabajo y el gobierno;
observo en el invierno
cómo el lento gusano desparece,
y cómo, al renacer la primavera,
en la verde pradera
con alas y matices aparece.
¡Y qué no me confundo,
si miro por la lente un nuevo mundo!
¡Cuántos, cuántos primores
a mi contemplación ofrece el prado!
Si corto una pequeña florecilla,
me pasman los colores,
tersura y suavidad del recortado
cáliz, do se fecunda la semilla.
¡Qué no me maravilla

de un empinado roble el esqueleto!
¿Cómo en diciembre, Fabio, se despoja
de su frondosa hoja?
¿Cómo en abril se viste? Yo sujeto,
Señor Omnipotente,
en tus obras los vuelos de mi mente.
En fin, querido Fabio;
hasta el profundo piélago me ofrece
riquezas que antepongo a las de Creso.
¿Cómo podrá mi labio
pintar el caracol, que resplandece
con bruñidos matices? Yo confieso
que, absorto en mi embeleso,
se inflama la razón, la voz se hiela.
Sí; confesad, modernos Epicuros,
vosotros que seguros
frecuentáis del placer la torpe escuela,
que es feliz todo hombre,
si es sabio en realidad, y no en el nombre.

LA MELANCOLÍA

Fiera Melancolía;
levanta el negro manto que has echado
sobre mi corazón. ¡Ay de mí, triste;
que el luminoso día
a mis confusos ojos se ha eclipsado;
y, el aire, de tinieblas se reviste!
De aquí y allá me embiste
el terror, mil espectros convoyando.
Yo los miro, girando
encima de mi frente
como, cuando al cubrirse tras la cumbre
el astro refulgente,
se observa, entre la pálida vislumbre,
volante bulto de fatal corneja

que ora veloz se abate, ora se aleja.
   Salgo de mi morada,
en medio de la noche macilenta,
a turbar el silencio con mi llanto,
y la faz plateada
de la brillante luna se ensangrienta.
A veces, cual si fuera por encanto,
advierto con espanto
combatir en las húmedas regiones
terribles escuadrones
de fuego reluciente.
Si doy al firmamento una ojeada,
sacude el León rugiente
la melena de estrellas salpicada;
el Toro afila su arma tortüosa;
el Can se inflama; hiélase la Osa.
   Huyo a los hondos valles,
que en torno ciñen escarpados riscos,
a ofrecer a mi pecho algún recreo;
y por las verdes calles
de funestos cipreses y lentiscos,
embebido en mis ansias, me paseo.
Allí, mil veces, veo
las nubes en el aire aglomerarse;
el rayo desatarse
con furioso estallido;
bajar, a grandes saltos, por las peñas
el río embravecido,
inundando los chozas y las breñas;
el Iris encorvarse por los vientos;
y, al punto, enmudecer los elementos.
¡Ay triste; que a mis ojos
la Natura enfurece su semblante!
Doquiera que me lleva mi amargura,
pienso que piso abrojos,
o que, bajo mi huella vacilante,

se rasga con temblor la tierra dura.
¡Mas, ay, que mi tortura
se aumenta con los vuelos del discurso!
¡Oh muerte, cruel recurso
de mi insufrible pena,
acelera el descenso repetido
de la menuda arena
que en ese vaso guardas! Quien sumido
se ve en tales cüitas, ¿qué le importa
la vida breve, si el sentir se acorta?
¡Oh mísero! ¿Qué hado
ordena el curso de mis negros días?
Nunca he visto el reposo en mis umbrales.
Por ellos han pasado,
cual leve exhalación, las alegrías
sin dejar de sus huellas ni aun señales.
Sólo mis duros males
contra mi ansioso espíritu se ensañan,
y el corazón me bañan
con un licor amargo,
negro como la pez, cuyo veneno
causa mortal letargo.
¿Cuándo he de ver, ¡ay!, cuándo, un día sereno?
¿Cuándo el fiero dolor que me devora
me dejará gozar sólo una aurora?
¿Qué pesar, qué tormento
no ha probado mi alma? Vi (¡qué angustias!)
expirar a mi bien, a mis amores.
Yo vi en aquel momento:
las rosas de su rostro, todas mustias;
extintos de sus ojos los fulgores;
y, sobre los albores
de su divina frente y blanco cuello,
impreso el torpe sello
de la pálida muerte.
¡Fallezco al acordarme! ¡Ay, alma mía!,

tú que ya de la suerte
desprecias la implacable tiranía,
no me dejes gemir en este suelo;
ven y volemos al brillante cielo.
  Después tuve un amigo
que mis continuas ansias aliviaba
con dulce razonar y trato amable.
Mas el hado enemigo
me arrebató este bien que me quedaba.
¡Oh, qué instante fué aquel tan formidable,
cuando el piélago instable
lo ocultó de mi vista! En la ribera
miraba la velera
nave con tal espanto,
que, el alma abandonando, los sentidos
ni dieron curso al llanto
ni paso a las querellas y gemidos;
y, del fiero dolor a la violencia,
estaba sin saber de mi existencia.
  En fin, por varios modos
me arrastró mi destino hasta el postrero
ángulo de la tierra, donde gimo
circundado de todos
los males que ha inventado un hado fiero.
Aquí desamparado, sin arrimo,
como insecto en el limo,
vivo por mi desgracia sepultado.
Mas ¿quién de un malhadado
escucha las querellas?
No es el mérito, no, ni es el talento
quien sube a las estrellas.
Tú, lisonja; tú, vano fingimiento,
de la virtud el trono tiranizas;
tú, riqueza, su crimen autorizas.
  ¿Y cuál es el remedio
que me ofrece mi débil esperanza?

¿Cómo podré llevar, ¡ay!, una vida
llena de amargo tedio?
¡Ay, que mi pecho mísero se lanza
a encontrar el despecho; y, abatida,
busca el alma la huída
del afligido cuerpo! ¿Quién refrena,
quién, cielos, encadena
esta pasión impía
que, cual bruto indomable, me atropella?
Sabia filosofía,
¿dónde estás? Ven al punto; ven y sella
mi frente con tu mano. ¿Qué haces? Vuela,
tu bálsamo derrama, y me consuela.

ODA

A UN GENIO BIENHECHOR

Desde aquellas edades
que a la curiosa lente de la Historia
sólo ofrecen tinieblas y visiones,
deifica vanidades
la ceguedad del hombre, cuya gloria
es el logro total de sus pasiones.
En busca de oblaciones
taladra infatigable las montañas,
y arranca de sus lóbregas entrañas
mármoles, jaspes, pórfidos, metales,
eternos monumentos de sus males.
El pico, en una parte
desbasta el simulacro de un guerrero
que de sangre los campos ha inundado;
en otra, forja el Arte,
de bronce sonoroso, el busto fiero
de un monarca que tronos ha usurpado.
Aun el vulgar soldado
pide a la dura prensa con instancia

que publique su intrépida arrogancia;
y arroja entre los tipos, engreído,
los desangrados cráneos que ha rompido.
Con risueño semblante
así el hombre insensato se avecina
a su funesto estrago de hora en hora,
hasta que en un instante
le oprime entre sus fauces la rüina;
y en vano, entonces, su desgracia llora;
mas, mientras lo devora
el monstruo destructor, otro demente
corona de laurel la bruta frente,
siendo, del malhadado el triste llanto,
heroico asunto de plausible canto.
Pero tú, Genio amigo,
¡cuánto más bien mereces las coronas!,
¡cuán grande te presentas a mis ojos!
Tú no eres enemigo
de ningún racional; tú no ambicionas
las victorias, los triunfos y despojos;
ni teme tus arrojos
en su aprisco el humilde ganadero,
ni tiembla el labrador en su granero,
ni la madre en sus lágrimas se baña
viendo partir el hijo a la campaña.
Tu mano bienhechora
penetra la más mísera morada,
y su contacto ahuyenta la indigencia.
Al punto se incorpora
el traspillado anciano; y levantada
la encanecida frente, con vehemencia
bendice tu clemencia;
y sus rugosos párpados alzando,
tu mano entre las suyas estrechando,
te encomienda con lágrimas al Cielo;
lágrimas, sí, que explican su consuelo.

¿Pues qué si te rodea
tropel de parvulillos, que has librado
de la pálida hambre, generoso?
El uno clamorea,
mezclando risa y llanto; otro, empinado,
se cuelga de tu mano, cariñoso;
aquél se arrastra ansioso
por la tierra a encontrarte; y éste, asido
de la capa, te llama enternecido,
mientras la madre, con su labio, sella
las preciosas señales de tu huella.
¿Quién es el que no siente
tu benéfico influjo, Genio mío?
Dígalo yo, que soy también tu hechura;
pues cuando la inclemente,
la instable suerte quebrantó mi brío
y, opreso del dolor y la amargura,
daba en tal estrechura
gemidos como Encélado, que airado
bajo el Etna se queja, sepultado,
tu humanidad, ¡oh Genio!, en esta hora
fué de mi noche lúgubre la aurora.
Desde tan negro día
a mis ojos cual Numen apareces.
Si sales a gozar la fresca sombra
de la arboleda umbría,
juzgo se encorvan robles y cipreses,
soltando ramas para hacerte alfombra.
Allí, pienso, te nombra
el susurro del aura lisonjera;
y, si pisas acaso la ribera,
el ruidoso oleaje se quebranta
y llega mansamente hasta tu planta.
Tu gloria no se funda
en elogios ni aplausos, que son obra
de labio adulador; sí en la dulzura

que el corazón te inunda
cuando el hambriento fuerzas por ti cobra.
¿Qué elocuencia hará entonces la pintura
de la alegría pura
que penetra tu alma? ¡Oh Celestiales!
Sólo entre vuestros gozos eternales
se puede colocar: no hallo su nombre
en el idioma rústico del hombre.
Así los que las huellas
siguen de las virtudes, se desprenden
del polvo en que te arrastras, ¡oh profano!
Tú miras las estrellas;
y tu ambición y orgullo en vano extienden,
por alcanzar su luz, la torpe mano.
¿No ves, débil gusano,
tu pequeñez? Si quieres ser gigante
y sostener los cielos, como Atlante,
el mundano laurel luego te quita
y de mi Genio la piedad imita.

CARTA DE UNA DAMA

(A IMITACIÓN DE OVIDIO)

Estremécete, pérfido: estas letras
que amoroso besabas otro tiempo;
estos rasgos que fueron de mis ayes,
como de mis tristezas, mensajeros,
te van a confundir. Por más que muevas
esta vez los resortes de tu ingenio,
fértil en falsedades, no es posible
que logres acallar mis sentimientos.
Estamos, hombre aleve, convencidos
de tu engañoso trato. Mas, ¡ay cielos,
y cuánto no me cuesta la experiencia!
Este blanco papel lo está diciendo.

Escribo, y de mis ojos se desliza
una lluvia de lágrimas. Ni puedo
formar los caracteres, pues el llanto
me borra a cada instante los objetos.
A veces, apoyando la mejilla
en la trémula mano, desenvuelvo
mi viva fantasía, y con mis penas
empieza a resonar el aposento.
¿Por qué, exclamo; por qué, fatal destino,
me conservas la vida que aborrezco?
Nadie puede alentar sin esperanza;
¿pues a qué son conmigo los portentos,
cuando goza el traidor en otros brazos
los halagos?... ¡Ay Dios...; a tal recuerdo
la sangre se me hiela!... Apenas late
el yerto corazón dentro del pecho.
Si tan sólo la idea me confunde,
¿cuál sería mi angustia en el momento
que supe tu traición? Morí mil veces,
morí mil veces, sí; no lo encarezco.
Estaba en aquel trance (¡cruel memoria!)
despojada de incómodos arreos,
con sólo un faldellín, dando suspiros
sobre el terrible potro de mi lecho.
Una opaca bujía, escasamente
alumbraba la estancia. El movimiento
de un pequeño reloj interrumpía
solamente aquel tétrico silencio.
La hora, el sitio, el amor, todo agitaba
mi ansioso corazón; y el pensamiento,
ocupado en tu ausencia, me ofrecía
mil especies de penas y recelos.
En medio de ese afín cruje la puerta;
me incorporo. «¿Quién es; quién es?», voceo...
«Ama mía, yo soy.» «¿Qué es esto, Celia?...»
«¡Ay, señora; gran mal!» «Habla.» «No puedo.»

No sé qué imaginé; sé que al instante
sobrecogió un temblor todos mis miembros.
«Habla, Celia», repito; y me responde
con balbuciente voz: «Cobraré aliento.
Mientras estuve — dijo — desnudando
a vuestra madre... ¡Ay triste! No me atrevo,
señorita, a decirlo.» Yo, impaciente,
«No dupliques — le digo — mi tormento.»
«Ya prosigo, señora. Vuestra madre
me refirió... (No acabo de creerlo...)
que se ha casado...» «¿Quién? Acaba, Celia.»
«Vuestro amante.» «¿Qué dices? Yo fallezco.»
De improviso la voz se ahogó en las fauces;
un frígido sudor me cubre el cuerpo;
el corazón se altera, y asustados
los espíritus huyen de mis miembros.
Abatióme un desmayo. La criada,
opresa del terror, salió corriendo,
y su llanto, sollozos y alaridos
ahuyentan de los párpados el sueño.
La casa se alborota. Dejan todos,
medio desnudos, los mullidos lechos;
unos corren gritando por las salas,
otros suben con luz, otros a tiento.
Informados de Celia, se dirigen
en tropel a mi estancia. Mil remedios
la confusión me ofrece; y el succino
me sacó del descanso a los tormentos.
Abrí los ojos; revolví llorosa
la vista a todas partes; y con tiernos
ósculos, ¡ay Dios!, ¡ay!, mis tristes padres
las suyas con mis lágrimas vertieron.
Desde entonces, por más que profundiza
la docta Medicina sus secretos,
mi estragada salud se deteriora,
se enerva el corazón, las fuerzas pierdo.

¡Si me vieras, crüel! No soy aquélla
que fingiste adorar en otro tiempo;
ya en mi rostro no hay rosas; ya no brilla
el bruñido alabastro en frente y cuello.
Cárdenos lirios, sí, pálida cera
funestan mi semblante; casi puedo
contar huesos y fibras, pues el cutis
yace pegado al hórrido esqueleto.
¿Y por quién vivo así? Por un injusto
que sedujo con viles fingimientos
mi corazón. Acuérdate, tirano,
de tus promesas y falaces ruegos.
Mil veces, a mis pies, traidor, juraste
una constante fe; muchas, oyeron
mis rejas tus suspiros. ¿Cuándo el alba
no te halló a mis umbrales ya despierto?
«Tú eres mi bien — decías —; mientras viva
serás mi único amor. Sólo en mi pecho,
do conservo esculpida tu belleza,
no podrá establecer su imperio el tiempo.»
Pero mentiste, infiel. El tiempo pasa
desnudando los árboles, cubriendo
las cumbres de alta nieve, y arrollando
con sus veloces pies tus juramentos.
En otros brazos..., ¡ay!..., en otros brazos
reposas..., ¡oh maldad! Dime, perverso,
¿cuando llegaste al pie de los altares
no temiste el castigo de los cielos?
Tus labios, en aquel terrible acto
¿cómo, cómo, traidor, no enmudecieron?
¿Cómo esa mano aleve no temblaba
al irse a consagrar a extraño dueño?
¿Con tal serenidad, con tal descaro
se cometen los crímenes? ¿Qué es esto?
¿No hay rayos? ¿No hay suplicios? ¿Quién castiga
de las almas ingratas los excesos?

¿Quién me venga, ¡ay de mí! ¿Será posible
que te adule el placer, mientras me quejo
en balde y, a la orilla del sepulcro,
inundada de llanto, titubeo?
¡Ah, qué días me esperan! ¡Ya el descanso
se acabó para mí! ¡Todo es funesto
a mis ojos! ¡Oh cielos! ¿Dónde, dónde
ocultarme podré del Universo?
No puedo proseguir, pues la congoja
enflaquece mi espíritu... ¡Perverso;
la muerte me arrebata de la mano
la pluma!... El plazo llega. No hay remedio.
Cuando te den mis padres el aviso
del triste funeral, irás risueño
a poner en las manos de tu esposa
la relación fatal, como trofeo.
«Esta fué una mujer — dirás ufano —
que yo fingí adorar en otro tiempo;
creyóse tan feliz..., ¡pobre insensata!...,
y ha expirado de amor, dolor y celos.»
¡Ay de mí que, aun después de las exequias,
he de ser insultada! Santos cielos;
¿y sufriréis mi oprobio? No, no es dable;
hay un Divino Juez; ante él te reto.
Mi espíritu guiará los infortunios
en torno de tu estancia; el negro tedio
tu mesa cubrirá de sinsabores,
y de inquietudes sembrará tu lecho.
Yo lanzaré a tu pecho el cruel gusano
del fatal, del roedor remordimiento;
y al herirte la muerte, yo, yo entonces
al alto tribunal te iré siguiendo.

CARTA DEL CABALLERO SYDNEI (1)

Si mi trémula mano en este trance
puede acaso formar alguna letra,
recibe el postrer vale, amada esposa,
escrito con la sangre de mis venas (2).
He aquí la tinta que me ofrece el hado
en la triste oficina de esta estrecha
prisión, adonde nunca el claro día
libre de sombras pálidas penetra.
Cumplióse al fin tu oráculo; cumplióse
el presagio infeliz de tu terneza;
pues mil veces, colgada de mi cuello,
agoraste entre halagos mi tragedia.
«Caro Sydnei —decías—, no confíes
de un poderoso airado en las promesas,
pues nunca el corazón en los palacios
con el labio político concuerda.
El partido de Cromvell será en Londres
abominable siempre; por sus huellas
correrá la venganza, fulminando
la rigorosa espada y las cadenas.
En la idea de Carlos, vuestros gritos,
vuestras armas y escándalos resuenan.
Aun están destilando negra sangre
las puntas de su trémula diadema.
No te fíes, Sydnei; no te alucine
una aparente calma; el pez, en ella,

(1) Siguió el partido de Cromvell en las revoluciones de Inglaterra; después pasó fugitivo a Holanda; y habiendo vuelto a Londres confiado en la favorable promesa de su indulto, fué públicamente degollado.

(2) Se picó una vena para escribir a su esposa la víspera de su muerte.

suele dar en las redes que no pudo
tender el pescador en la tormenta.»
Esto, pues, me decías; y yo, incauto,
sordo a tus prevenciones y querellas,
me entregué a mis rivales. ¡Oh, qué tarde,
qué tarde que lamento mi imprudencia!
En medio de las sombras, cuando el cielo
con los brillantes astros centellea;
cuando nuevos espíritus el hombre
sobre el mullido lecho recupera,
furiosos me asaltaron. El estruendo
de la enemiga turba me despierta,
a cuyos fuertes golpes se cimbraban
medio arrancadas las robustas puertas.
Me precipito absorto al duro suelo;
dudo algún tiempo; el brío titubea;
tres veces empuñé la aguda espada
y otras tantas perdí todas las fuerzas.
Anímome por fin, y me dispongo
a salir de la estancia; mas apenas
lo ejecuto, ¡ay de mí!, cuando me miro
cercado de un tropel de bayonetas.
Una mano atrevida me arrebata
la espada... Mas ¿qué mucho, si la venda
se quitó la razón, y a mis errores
descorrió el negro velo la conciencia?
Me cargan de prisiones y me arrastran
a esta obscura mansión, do me atormentan,
tomando horrible bulto entre las sombras,
los funestos espectros de mi idea.
Un inflexible juez ya ha rubricado
con vengativa pluma mi sentencia;
y el verdugo, mañana, en un suplicio
dividirá, sangriento, mi cabeza.
Ésta es mi situación... ¿Cómo la lucha
de mi agitado espíritu no quiebra

el estambre vital? ¿Cómo el despecho,
cómo el dolor no abrevian mi existencia?
¡Que una aurora han de ver no más mis ojos!
¡Una aurora que tantas dulces prendas
me ha de usurpar! ¡Ay Dios! ¿Por qué en los males
está la fantasía más despierta?
Mañana se desata, dulce esposa,
el lazo que nos une. Tú, entre penas,
luto y desolación, mientras yo muero,
al aire exhalarás ardientes quejas.
En tu retiro, trémula y llorosa
verás cada momento mi tragedia.
«Ahora—dirás—, ahora el cruel cuchillo
sobre Sydnei desciende; ya no alienta.»
Una respiración, un eco, un grito
te arrastrarán gimiendo hasta las rejas
a ver si es mi cadáver, o si acaso
el pueblo vuelve de la infausta escena.
Entretanto tu pálida figura
ante mis ojos doblará mi acerba
congoja en aquel trance, en aquel trance
do la Natura se anonada y tiembla.
Veréte reclinada en un asiento,
envuelta, ¡ay Dios!, en fúnebres bayetas,
descompuesto el cabello, y transformado
el carmín de tu rostro en tersa cera.
Veré apiñados mis queridos hijos
al materno regazo, y con sus tiernas
manecitas ceñir tu blando cuello,
buscando en él abrigo su inocencia.
Oiré, en fin, tus sollozos..., sus clamores...,
sin poder acallarlos... ¿Quién me presta
un corazón que abarque este torrente
de amargura que inunda mi terneza?
Aguardar con valor el duro golpe
es cosa que el honor a un noble enseña;

mas ¡perder tales prendas!... ¿Dónde, dónde
se aprende el arte de imitar las fieras?
Horas amargas, horas horrorosas
me quedan que pasar... ¡Oh tiempo; abrevia
tu acelerado curso; no en mi daño
se muevan hoy tus alas con pereza!
Logren mis enemigos su venganza...
¡Insensato! Yo, yo me he dado en presa
a su negro furor; yo me he ofrecido
a sus bárbaras iras por ofrenda.
En el lazo me miro; y ni los cielos
ni los hombres se apiadan de mis quejas.
¿Qué es esto? ¿Son tan grandes mis delitos
que agotan el raudal de la clemencia?
¡Oh Londres; ay de mí, tirana Londres,
madrastra de mis glorias! ¿Así premias
mis repetidos triunfos; así, injusta,
mis antiguos servicios remuneras?
Después que mis mayores fecundaron
tus palmas con su sangre y sus proezas;
después que por los piélagos hicieron
respetables tus armas y banderas,
¿es éste el galardón; es ésta, acaso,
de tus héroes la dura recompensa?
¿Podrás ver, indolente, en un suplicio
rodar con ignominia mi cabeza?
Tu ingratitud me arroja entre los brazos
de un bárbaro despecho; la impaciencia,
la congoja, el furor, como terribles
furias en este instante me rodean.
La razón me abandona, y estas líneas
maquinalmente escribo. ¡Oh, si pudiera,
pues miro levantada ya la losa,
lanzarme entre las sombras de la huesa!
Mas ¡ay, que no es posible! ¡Mi destino
más formidable arpón contra mí asesta;

aún la postrera copa de sus iras
que verter en mi espíritu le queda!
Huye, esposa infeliz; huye al instante
de este funesto clima, de una tierra
manchada con mi sangre. ¿Ya qué puedes
hallar de gusto ni reposo en ella?
Tan sólo monumentos dolorosos
de mi trágico fin, que desenvuelvan
en tu mente mil tétricas figuras
y tus párpados tristes humedezcan.
Adiós, mi bien; adiós... Voy a esperarte
en la región do habita la suprema
felicidad, do nunca el torpe vicio
sus umbrales santísimos penetra.
Cuida, pues, de mis hijos... ¡Ah, no extrañes
que estén medio borradas estas letras,
cuando mi corazón ya casi exhala
el último vapor de su terneza!
Edúcalos, ¡ay Dios!, con el ejemplo
de su mísero padre, por que aprendan
a subir a la cumbre de la gloria
por más laudables y seguras sendas.
Estos ósculos dales, que ahora sello
sobre estas rojas líneas... ¡Oh, si fuera
posible que me vieses! Asombrada,
desconfïaras igualar mi pena.
Tengo pegado al húmedo bufete
el pecho palpitante; y en la tersa
faz del papel, mis labios entreabiertos
imprimen el dolor con tiernas quejas.
El brazo que desnudo, ¡oh cielos!, vierte
purpúrea tinta por la rota vena,
nada sobre la tabla; y la otra mano
a pausas forma las torcidas letras.
Todo yo me estremezco, cual el roble
impelido del Bóreas... Ya las fuerzas

me faltan..., ¡ay de mí!...; que el largo llanto
ha cercado mis ojos de tinieblas.
No puedo más... ¡Adiós!... Rumor escucho...
Pasos son... ¿Qué será?... Pero no temas...
Sydnei no va a morir enteramente;
tiene un alma inmortal... Tu pena templa.

RESPUESTA A LA ANTECEDENTE

No se sorprende tanto el caminante
cuando con grave estrépito se rasga
la parda nube fulminando el rayo,
que hiere el duro roble en que se ampara,
como el mísero pecho de tu esposa
al contemplar los rasgos de tu carta.
¡Oh, qué momento aquél! ¡A tanto golpe
vaciló mi razón y mi constancia!
Al punto mis sentidos se entorpecen;
ayúntanse los párpados; se empaña
la blanca tez; las manos se deslizan,
y, dando un gran vaivén, quedé postrada.
Así permanecí hasta que, abriendo
los desmayados ojos, vi a las caras
prendas de nuestro amor, a nuestros hijos,
que mi muerte, llorosos, lamentaban.
Entonces, dirigiendo con la idea
a mi estado infeliz una ojeada,
y mirando la turba de infortunios
que la tumba, crüeles, me labraban,
«¿Cómo, cielos—clamé—, cómo los hombres
con tanta impunidad su fe quebrantan?
¿Dónde está la Justicia? ¿Cómo sufre
logre sus tiros la mortal venganza?
¿Qué es, pues, la Humanidad, ésa que todos
con acentos enfáticos ensalzan?

¡Ay!, que el vicio, ocupado con las obras,
deja en su libertad a las palabras.
Y qué, ¿será posible que no encuentre,
entre tantas inicuas, sólo un alma
que se duela de mí? ¿Cómo en mi daño
se han animado escollos y montañas?
¡Ah, no; yo no lo creo!... Sin demora
correré suspirando hasta las plantas
del rigoroso juez, y mis sollozos
copiarán vivamente mi desgracia.
¿No lo he de enternecer? ¡Ah, sí; aunque fuera
de pedernal su pecho, se ablandara
al fuego de mis voces! Pues ¿qué hago?
Volemos a implorar alguna gracia.»
Esto dije; y después, despavorida
entro en el Tribunal, donde postrada
tanto me arrebaté, que con mis quejas
se oyeron resonar las anchas salas.
La grande agitación había encendido
mis mejillas; la pena me prestaba
la más noble elocuencia, y mis pupilas
giraban al tenor de mis palabras.
Yo vi entonces a muchos, dulce esposo,
enjugar a hurto el llanto; y, consolada,
me prometí triunfar... Mas ¡ay, qué en breve
quedó desvanecida mi esperanza!
Aquel inicuo juez, con cauteloso
artificio, llevándome a otra estancia...
¿Diréło o callaréło? Mas no; es justo
que sepas cuánto el hado nos ultraja.
«Vuestras lágrimas —dijo— han conseguido
desarmar mi rigor. Vos la balanza
inclináis a favor de vuestro esposo,
y a la Justicia le arrancáis la espada.
Esos purpúreos labios, cuando piden,
a un mismo tiempo poderosos mandan;

fuerza es obedecerlos. Mas ¿quién duda
que no exceda al favor también la paga?
Esa fisonomía está indicando
un pecho generoso, unas entrañas
do la piedad se anida. Ven, hermosa,
y templa este volcán, pues tú lo causas.»
Así dijo, y audaz pretende asirme;
mas olvidando entonces, con la rabia,
mi triste situación, «Suspende — digo —;
suspende, monstruo vil, la mano osada.
Injusto, ¿qué profieres? ¿Te persuades
que, a precio de rubor y de la infamia,
redima yo a Sydnei? ¿Cómo pretendes
venderme con usura la desgracia?
Una vida inhonesta, ¿de qué sirve;
y una vida, además, tan desdichada
que es un bien el perderla? A tanta costa,
detesto tu favor; tengo constancia.»
Pronunciando los últimos acentos
volví intrépida al bárbaro la espalda,
y, como cierva herida, en un instante
sobre el funesto umbral puse la planta.
Entonces, como aquel que de un letargo
rompe las ligaduras, vi azorada
la imagen de mi suerte; ¡mas qué horrible!
¡qué formidable, cielos; cuán infausta!
Todas las penas, todos los martirios
que puedan padecerse, allí me asaltan;
y, cual voraces y rabiosos tigres,
el yerto corazón me despedazan.
Despechada, afligida, pueblo el aire
de lamentables voces; mas son vanas;
nadie las oye, no, que es muy profunda
la sima en que me oprime mi desgracia.
¡Oh, nunca de las costas holandesas
acelerada nave nos llevara

a la britana arena! ¡Oh, si las olas
callado hubieran, en eterna calma!
¡Infelice, y mil veces infelice,
tanta bonanza fué! ¡Ay!, ¿dónde estabas
entonces, Aquilón, que no encrespaste
con tus ruidosas ráfagas las aguas?
¿Por qué de tantas rocas como cubre,
¡oh verdinegro mar!, tu undosa espalda,
no opusiste una sola a nuestra quilla,
que sus cruzados leños destrabara?
¿Por qué, brújula injusta, no engañaste
del piloto sagaz la vigilancia,
dirigiendo, ¡ojalá!, la corva proa
a la más retirada, inculta playa?
Pudiera ser que ahora, entre las nieves
de los climas polares, descansara
en mis brazos Sydnei... Mas ¡ay, qué vanos
son los consuelos que el discurso halla!
¿Adónde iré, infeliz? ¿A quién, ¡ay cielos!,
dirigiré mis ayes y plegarias?
Ministros del rigor, ¿no oís el grito
con que la Humanidad ansiosa clama?
¡Bárbaro juez! ¿Son éstas, por ventura,
las leyes que veneras? Vil, ¿aguarda
el premio tu clemencia de mi oprobio?
¿Para ser justo exiges una infamia?
No ha de ser; yo no tuve más que un padre,
y un esposo tendré, mientras la Parca
no rompa con despecho las cadenas
que en tantos males nuestras vidas atan.
Mas ¿qué digo, qué digo! Esposo mío;
tú has de entregar al hierro la garganta
¡y yo puedo salvarte! Yo lo puedo...
¡Terrible tentación, si no te amara!
Ídolo mío, cree... Mas ¿qué pronuncio?
camina; ve al patíbulo; derrama

tu sangre con valor; que yo entretanto
infeliz viviré, no deshonrada.
Yo quedo con tus hijos... ¡Ah, no puedo
proseguir!... ¿Qué queréis, prendas del alma?
¿Para qué me estrecháis? ¿Qué significan
esas dulces y tiernas ojeadas?
¡Ay de mí! Juez injusto; ven, contempla
esta mísera escena, que apiadara
al más fiero caribe; ven, y temple
este objeto infeliz tu torpe llama.
La miseria, los llantos, los terrores
y las congojas son las circunstancias
de este cuadro fatal; no hay movimiento
que no exprese el exceso de mis ansias.
Mas ¡ay, que está en bosquejo! Aún, todavía
restan las más funestas pinceladas;
cada vez el dolor apura el arte
de herir un corazón que ya desmaya.
Adiós, esposo, adiós... ¡Ah, subyuguemos
la cerviz al destino!... ¡Oh, si lograra
mezclar a un mismo tiempo con los tuyos
mis huesos fríos en la tumba opaca!
Mas el Cielo sin duda me conserva
para que increpe la implacable saña
de tus rivales, y el terror y el pasmo
en sus fieros espíritus esparza.
Sobre la losa, sí, de tu sepulcro,
cercada de mis hijos, elevadas
nuestras trémulas manos, sollozando,
del Cielo imploraremos la venganza.
Mas el dolor se aumenta... Ya la pluma
en su fácil carrera se embaraza...
¡Oh muerte, cruda muerte! ¿Por qué, cuando
te ofrezco la cerviz, sólo me amagas?
Adiós, mi bien, adiós... Quizás ya partes
al suplicio... Yo sigo tus pisadas...

Mi espíritu ya vuela a unirse al tuyo.
Hijos... Mas ¿qué rumor?... ¡Oh Dios; las cajas!...

ODAS PASTORILES

I

Estaba al pie de un sauce
la pastorcilla Celia,
engalanando ufana
su cándida ovejuela.
Peinóle los vellones,
más suaves que la seda;
después sobre la frente
atóle unas mosquetas
con una roja cinta;
y al verla tan apuesta,
la estrecha entre sus brazos,
la halaga y la requiebra.
Yo, que detrás de un roble
miraba su belleza,
lleguéme de puntillas,
cual suele en la pradera
el cazador astuto
rondar la cauta cierva.
Asíla de la mano;
mas, dando un grito, intenta
ponerse en fuga. Entonces
le dije: «Zagaleja,
¿cuándo serás humana?;
¿por qué mi amor desdeñas?;
¿por qué de otros pastores
no excusas la presencia,
y sólo de mí huyes?»
Miróme, y más serena,
me respondió: «Salicio,
¿por qué de mí te quejas?
Si todos aseguran
que amor es una guerra,
¿pretendes que no huya
viendo el peligro cerca?»

II

Primero, Celia mía,
se arrullarán amantes
la fina tortolilla
y el fiero gerifalte;
primero, en la cabaña
harán las amistades
los carniceros lobos
y tiernos recentales;
primero, el lento impulso
del céfiro süave
igualará ese monte
con el profundo valle,
que deje, Celia mía,
mi pecho de adorarte.

III

Yo he visto, bella Celia,
en esa pradería,
al despuntar la aurora,
dejar las avecillas,
en los calientes nidos,

sus ternezuelas crías;
y, puestas en las ramas
que el céfiro movía,
después de aderezarse
sus trémulas plumillas
con los agudos picos,
hacer como a porfía,
ora alternando quiebros,
ora trinando unidas,
armoniosa salva
al renaciente día.
Yo he visto en ese bosque,
que entoldan las encinas
con sus ancianas copas,
mientras las dulces ninfas
de violas y azucenas
sus trenzas guarnecían,
a los lascivos faunos,
saltando por las cimas
de las tajadas peñas,
tocar con alegría
sus roncos timpanillos
y rústicas flautillas.
También oí mil veces
cantar en la vendimia
a la graciosa Clori,
llevando su cestilla
colmada de racimos;
y cierto que es la envidia
de todas las zagalas
que en esta selva habitan;
mas nada, nada, Celia,
me pasma y maravilla
como cuando tus manos
la cítara repican,
y en tu garganta pulsan
variadas melodías.
Entonces no comprendo
qué oculta fuerza agita
mi corazón sensible.
Si el blando aliento vibras,
cual suele el jilguerillo
que la pastora Cintia
en su inocente pecho
halaga y domestica,
zozobran mis potencias
en golfos de delicias.
Si con desmayo abates
la voz, al punto excitas
tristezas de mi pecho;
si elevas la armonía,
se alternan en mi alma
despechos y fatigas.
A veces suelto el llanto,
a veces, ¡ay!, la risa;
y al aire de tus ecos,
se mueven mis pupilas.
¿Qué es esto, bella Celia?
¿Qué oculta simpatía
es ésta? No; no sabes
cuánto a todos cautivan
tus dulces cantilenas.
¡Ay! Créeme, pastorcita;
si quieres que mil quejas,
suspiros y caricias
no ofendan tus oídos,
entona las letrillas
por los severos tonos
que indiferencia inspiran.
¡Ay! Huye de las pausas
fallecientes; evita
los amoross quiebros

y blandas carrerillas,
que el temple no conoces
del pecho que te admira.

IV

¡Hola, pastor? ¡Dorilo?
Aguarda... Mas ¿qué veo?
¿Adónde esa piel llevas?
¡Ay triste! ¿No son éstos
los negros lunarillos
que al cándido cordero
de Celia salpicaban
el pecho, frente y cuello?
¿Éstas no son las cintas
que, bajo de ese fresno,
teniéndolo en sus faldas,
se desató del pelo
para adornar sus blancos
vellones? He aquí presos
algunos piececillos
de las mosquetas. Cielos,
¿qué hará sin sus delicias?;
¿qué hará cuando el funesto
despojo le presentes?
¡Ay Dios!, que en mucho tiempo
saldrán a ver los campos
sus húmedos ojuelos,
al modo que en los días
del proceloso invierno,
de pálidos vapores
se asoma el sol cubierto
para inundar las selvas
e hinchar los arroyuelos.
¡Ah simple animalillo!
¿Por qué del blando seno
de Celia te apartaste?
Incauto; ¿qué alimento
puede brindarte el prado
que valga más que un beso
de la inocente Celia?
Mil veces los vaqueros,
mirándote en sus brazos
y oyendo sus requiebros,
lloraron envidiosos
tu dicha y sus desprecios.
En fin, avaro diente
sació en tu tierno pecho
su feroz hambre. ¡Oh lobo,
oh salteador sangriento
de tímidos rebaños!
¿En qué empinado cerro
te escondes? ¡Ah!, permita
el vengativo Cielo
que en cauteloso lazo
te mires prisionero;
que intrépidos lebreles,
dejando atrás al viento,
te sigan por las breñas
y, haciendo luego un cerco,
con hórridos ladridos,
pegando contra el suelo
los pechos palpitantes,
a tu descuido atentos,
te asalten, y hagan presa
en tu peludo cuello;
que luego, separada
la piel de carne y huesos,
se cuelgue en la cabaña
por montaraz trofeo,
donde la abrase agosto
y la hiele febrero.

V

Pastores; ya mi Celia,
al ver mi tierno llanto,
trocó las esquiveces
en plácidos halagos.
Ya suele presurosa
buscarme por el prado,
dejando a sus mastines
la guarda del rebaño.
¿Veis esos tulipanes?
Pues ella, con sus manos,
me los prendió al pellico.
Mas ¡qué no me ha costado
la dicha que celebro!
Testigo ese remanso,
cuyo cristal mil veces
mis ojos enturbiaron.
Hable esa verde selva,
donde mi ardiente labio
gemía los rigores
de Celia; y resonando
su nombre y mis sollozos:
Celia, clamaba el llano,
y, Celia, repetían
las grutas y collados.
Mas ya desparecieron
los días acïagos;
ya salen las auroras
riendo, no llorando;
y todos los objetos
son para mí más gratos.
Felicitadme, amigos;
cortad frondosos ramos
de misterioso mirto;
y todos, coronados,
con nuestras pastorcitas
bailemos y bebamos.

VI

Cuando considero
a una ciudadana
ungida de afeites,
sahumada con ámbar,
con tantos holanes
y estofas doradas,
diamantes y perlas
y plumas tan altas,
volar en carroza
por calles y plazas,
«Esta fruta — digo —
no debe estar sana,
porque sin misterio
nadie se disfraza.»
¡Oh, cuán diferente
mi linda zagala
sale de su choza!
Entre toscas lanas
y groseras pieles,
ostenta su cara
candores de nieve,
ardores de grana.
Su frente, ¡qué tersa!;
su trenza, ¡qué larga!;
sus ojos, ¡qué ledos!;
sus manos, ¡qué albas!;
su talle, ¡qué airoso!
Mas, ¡ay!, que aventajan
a tanta hermosura
las prendas del alma.
No finge finezas,

no estudia palabras,
porque desde el nido
la instruye y ensaya
la fiel tortolilla
que amorosa halaga,
fina corresponde
y constante ama.
No; vivir no quiero
entre ciudadanas
que bajo las flores
el áspid recatan;
quiero, en los hogares
de nuestra cabaña,
en alegre coro,
rebosar la taza
y bailar con Celia
al son de mi gaita.

VII

Orgulloso arroyuelo,
¿por qué a un pastor amante
niegas, soberbio, el paso?
¿De qué tus iras nacen?
Yo siempre he venerado
tus líquidos cristales,
y nunca mis rebaños,
por más que el sol abrase,
enturbian tus corrientes.
¡Ay Dios! Ya las fugaces
sombras, al alba ceden
la posesión del aire;
y ya en esas campiñas
empiezan los zagales
a uncir los tardos bueyes.
Éste es aquel instante
en que la bella Celia
me aguarda junto al sauce.
Estrecha, cruel arroyo,
el anchuroso cauce;
permíteme que imprima
el pie en la opuesta margen;
o tuerce, tuerce el curso,
arroyo, hacia otra parte,
mas que la selva inundes
donde mis vacas pacen,
y mas que mi chozuela
sobre tus aguas nade.
Mas, ¡ay!, que es vano el ruego,
inútiles los ayes;
él crece y se dilata;
y yo, cual débil ave
opresa en duro lazo,
me quejo y gimo en balde.
¿Dó iré? ¿Qué haré, infelice?
Bellísimas Nayades,
deidades de los ríos;
vosotras, que habitáis
los cristalinos lechos,
si acaso mis pesares
os mueven, conducidme;
venid, venid; llevadme
en vuestros sacros hombros;
yo, por favor tan grande,
os labraré en la arena
dos aras de fluviales
juncos, donde os ofrezcan
zagalas y zagales
violetas y claveles,
rosas y tulipanes.
Mas, ¡ay!, que a mis suspiros
están inexorables.

¿Qué aguardo cuando el día
alumbra ya los valles?
A ti me entrego, arroyo;
si alguna vez amaste,
lastímete mi suerte,
mis lágrimas te ablanden,
y libre de peligros
ponme en la opuesta margen.

VIII

¿Qué es esto, Celia mía?
¡Ay triste! ¿Qué tibieza
advierto en tus ojuelos?
¿Después de tanta ausencia
recibes de este modo,
tirana, mis ternezas?
¿Son éstas, santos cielos,
las venturosas selvas
de do partí? ¿O acaso
erró mi pie la senda,
y piso en este instante
la bárbara Siberia?
Mas, ¡ah!, que no es posible
que engañen tantas señas.
Aquel frondoso roble
conserva en su corteza
el nombre de esa ingrata;
aquella dura peña
es donde me juraba
fidelidad; aquella
ruda gruta, aquel río,
esos árboles, estas
pajizas chozas, dicen
que aquí gocé finezas,
durables cual la rosa
que al claro albor despliega
su rosicler, y luego
fallece en las tinieblas.
¿Pues cómo, cuando todo
existe, en ti se encuentra
mudanza? ¿Cómo, ingrata,
olvidas tus promesas?
Mas, ¡ay!, que ya penetro
la causa de mi pena;
conozco bien de dónde
nace tu indiferencia.
Cuando dejé tus brazos
eras menos perfecta,
pero tan inocente
cual cándida cordera.
Ya los adultos años
despliegan tu belleza,
y al paso de tus gracias
se aumentan tus cautelas.
Viendo que mil zagales
te sirven y rodean,
creyéndote Dïana
recibes las ofrendas
con el adusto ceño
que un amo las tareas
del humillado esclavo;
y en tanto que, soberbia,
numeras las victorias
que logras en la selva,
confundes mis halagos
con los de la caterva
de amantes que tus aras
postradamente inciensan.
Y qué, crüel, ¿resuelves
pagar así la deuda
que contrajiste a vista

del Cielo y de la tierra?
¿Bajas los ojos? ¿Callas?
¿Te ruborizas? ¿Tiemblas?
¿Qué miro? ¿Tú suspiras?
¡Ay Dios! ¿Tú viertes perlas?
¡Oh Celia! Venturosas
siempre serán mis quejas,
si tu precioso llanto
las deja satisfechas.

IX

Sí, Silvio, sí; lo juro;
ya basta de cariños;
basta de Celia; basta
de celos y martirios.
He visto el desengaño.
¡Oh cielos! ¿Son, los riscos,
do la inocencia habita?
¿Aquí se ignora, Silvio,
la falsedad, la ofensa,
el dolo y artificio?
¿Qué más habrá en los pueblos
do dicen que los ricos
bajo de la lisonja
ocultan los delitos;
do suelen las madamas
con lánguidos suspiros
vender en sólo un hora
su afecto a veinte y cinco?
¡Ay triste! ¡Cuán errados
se forman los jüicios!
¡Cuán dura es la experiencia!
¿Te acuerdas, dulce amigo,
de aquel felice tiempo
que Celia, de contino,
siguiendo mis pisadas
por este ameno sitio,
decía que a mi sombra
la ataba el amor mismo?
¿Te acuerdas de aquel día
que fué por agua al río
y en la arenosa margen
dejando el cantarillo,
veloz como una garza
atravesó el ejido
para prenderme, amante,
un lirio en el pellico?
¿Hubieras creído nunca
que fuesen sus cariños
engaños y traiciones?
Pues créelo, amigo Silvio.
Esa crüel pastora,
mientras que daba indicios
de amarme, se abrasaba
por el zagal Dorilo.
¡Qué incauto fuí! Mil veces
en ese bosquecillo
los encontré sentados
bajo un laurel, testigo
de todas sus perfidias
y del agravio mío.
A mi llegada, entrambos
quedaban, de improviso,
enrojecida Celia
y pálido Dorilo.
Entonces, balbucientes,
con desmayado brío,
excusas mendigaban
sin orden y sin tino.
Yo, fácil al halago,
me daba por vencido,

juzgando incautamente
sus pechos por el mío.
Pero si tanto tiempo
estuve sumergido
en tal letargo, sabe
que he despertado, Silvio;
y, así, no quiero amores;
lo juro, sí; lo afirmo;
basta de Celia; basta
de celos y martirios.

X

¿Qué sirve, astuta Clori,
que por la amena orilla
del Betis mis rebaños
disimulada sigas?
¿Qué sirve que conmigo
te hagas encontradiza
en selva y en cabaña
y que, con mil caricias,
mis blancos recentales
adornes con tus cintas?
¿Qué sirve, finalmente,
que al verme te sonrías,
y muevas de mil modos
tus halagüeñas niñas
para que, recatadas,
se encuentren con las mías?
¿Ignoras, por ventura,
las ansias y fatigas
que me ha costado Celia?
¿No sabes que la misma
que en este verde prado
danzó con sus amigas,
ceñidos sus cabellos
de la frondosa oliva,
que me adquirió la barra,
la lucha y la gaitilla,
descansa en otros brazos,
disfruta otras caricias?
Pues si lo sabes, Clori,
¿para qué solicitas
que nuevos sinsabores
perturben mi alegría?
¡Ah, no! Deja que goce
de mi tranquila vida.
Aquí, cuantos zagales
en esta selva habitan,
me cuentan sus amores;
y yo, mientras suspiran,
me burlo de sus quejas,
delirios y manías.
Aquí con mis lebreles
penetro esas colinas
y traigo a la majada,
colgados de la cinta,
la corredora liebre
y tierna tortolilla.
Yo miro sin zozobra
arrebolarse el día;
y cuando por mi choza
transitan las cuadrillas
de rudos segadores
que van a sus campiñas,
les digo cuatro motes
que excitan nuestra risa,
durando hasta muy lejos
la alegre vocería.
Yo miro, sin disgustos,
bajar, de las vecinas
cumbres, las pardas sombras;
y suelo, en compañía

de algunos ganaderos,
tocar bajo la encina
mi rústica zampoña;
y, si los fríos pican,
tendemos sobre el fuego
un tronco, do se empinan
las tazas, que circulan
con amistosa trisca.
¿No es ésta, bella Clori,
la más dichosa vida?
¿Podrá el amor, zagala,
brindarme estas delicias?
¡Ah Clori! Si me amas,
si es cierto que me estimas,
si acreditar pretendes
tu fineza, no sigan
labrándome tus ojos
de nuevo mi rüina.

TRADUCCIONES

ODA XV

(DEL GRIEGO ANACREONTE)

Pinta tú, el más perito
de los pintores, ea;
pinta tú que, de cuantos
la rodia arte profesan
eres el más sublime,
pinta a mi amante prenda.
Retrátame primero
su negra y suave trenza;
y si es acaso dable
fingirse en blanda cera
que exhale la fragancia
del bálsamo y del néctar,
entre sus negreantes
cabellos y las llenas,
elásticas mejillas,
atento delinea
la tersa, ebúrnea frente.
Cuida de que sus cejas
ni mucho se avecinen
ni mucho se desprendan,
sino que la distancia
de entrambos arcos sea
enteramente el mismo
que en su semblante muestra,
siendo negro el contorno
de sus pestañas. Ea;
toma color del fuego
con que pintarse puedan
sus dos ojuelos garzos,
como los de Minerva
bañados, igualmente
que los de Citerea,
de aquel blando humorcillo
que lánguido embelesa.
Luego la nariz pinta
y, en las mejillas, mezcla
las rosas con la leche.
Retrata con destreza
sus rubicundos labios
de modo que parezca

que, aun a la persuasiva,
provocan a ternezas.
Pon dentro del oyuelo
que hay en su barba, y cerca
del cuello que de Paros
al mármol se asemeja,
las Cárites en torno
revuelen placenteras.
Adorna lo restante
como las sacras Deas,
imitando de modo
su púrpura, que pueda
la forma de los miembros
traslucirse por ella,
y así se manifieste
su talle y gentileza.
Quita ya de la obra,
quita la mano diestra,
pues sin ningún defecto
ya me la representas.
¿Qué aguardas, pues? Al punto
háblame, viva cera.

LA CAZA PELIGROSA

(DEL GRIEGO BION)

Un niño, acostumbrado
con pegajosa liga
a cazar pajarillos,
vió a Cupidillo un día
ligero revolando
de un boj sobre la cima.
Así que lo hubo visto,
cególe la codicia
de conseguir la presa;
pues, simple, discurría
que era el Amor un ave
corpulenta. Tendidas
en oportuno sitio,
ya untadas las varillas,
acecha al ceguezuelo,
que sin cesar batía
aquí y allí sus alas,
saltando en las ramillas.
Por último, llorando
sus vanas tentativas,
rompió entonces las varas
que preparado había,
pues contra el mismo dueño
sus dolos revolvían;
y acelerado corre,
buscando en la campiña
a un labrador maestro
del arte que ejercía.
Refiérele el suceso,
mostrando la maligna
ave al astuto anciano,
el cual, reconocida
la falsedad y engaño
que el pájaro encubría,
le dice : «Simplecillo,
¡por cierto solicitas
muy peligrosa caza!
Huye, pues; no prosigas
en insidiar un ave
que excede en tiranía

a las perversas fieras.
El que daño imaginas
tu bien será, si nunca
entre tus lazos ligas
esa funesta presa.
Pero cuando consigan
tus juveniles años
toda su lozanía,
ésa, que presurosa
ahora se retira
de tu niñez, entonces
sobre tu frente misma
se posará, colmando
tu pecho de fatigas.»

EL TRIUNFO DE LA GLORIA

(DE METASTASIO)

En el desierto ameno
de la tranquila Sciro se arrullaba,
prisionero de Amor, de Teti el hijo,
de Amor que tan celoso
de prisionero tal como orgulloso,
en guardarlo empleaba
sus más sutiles artes. Cada instante
en Deidamia sagaz le presentaba
una nueva beldad. De cada acento,
de cada movimiento
y de cada ojeada indiferente,
urdía de repente
un lazo al corazón del fuerte Aquiles.
Tenía rodeada
de atractivas insidias la morada;
del palacio opulento en cada parte
sólo dulces suspiros se escuchaban,
sólo voces, susurros y lamentos
de seductivo amor; y en el silencio
de los umbrosos bosques, fiel amigo
para los dulces hurtos: ora el lento
retozar de los blandos cefirillos;
ora de los alegres pajarillos
el lascivo gorjeo; ora el romperse,

entre una y otra peña, en la ribera,
las sonorosas olas; ora el cielo,
la tierra, todo, todo embelesaba,
todo placer y amores inspiraba.
En femeniles trajes,
de sí mismo olvidado, el héroe amante
pasaba allí sus días. No batallas,
no furores, ni armas, ni trofeos
animaban sus rápidos deseos;
sino amorosas citas,
desmayadas repulsas,
reiteradas promesas,
contiendas y perdones,
y lisonjas, y ofensas, y mil cosas
semejantes a estos
desvaríos pueriles,
eran serios cuidados para Aquiles.
«Sólo tú — tal vez decía —
eres mi vida y contento»;
y siempre el último acento
terminaba en suspirar.
«Yo desmayo, yo fallezco
por ti sola», pronunciaba,
y en sus brazos estrechaba
la causa de su pesar.
Mas no sufrió la Gloria
que un pecho, tanto tiempo prometido,
se lo usurpase Amor. Corre hacia Aquiles,
le advierte de su estado,
y a Ulises le presenta luego armado.
Al exhorto, a la vida
Aquiles despertó; mira su yerro;
cúbrelo de carmines la vergüenza;
de palidez la ira; por mil partes
desgarra el traje vil; pide las armas,
y a enmendar sus errores se dispone,

cuando Deidamia al paso se le opone.
Pálida, semiviva,
despechada, anhelante, en vano intenta
prorrumpir una queja, pues el llanto
le embargaba la voz. Si hablar pudiera
la infeliz, ¡ay!, quizá, quizá venciera.
«Injustos, ¡oh princesa!
— él la dice —, son todos tus extremos.
Si aun me quieres, infame, fácilmente
repararás mi pérdida. Mas, ¡ay!,
si me deseas héroe, sufre al menos
que yo lo llegue a ser. Adiós; tú siempre
sola serás...» Aquel resuelto vale
Deidamia no sostiene;
su corazón se oprime, un mortal hielo
la cubre, y desmayada dió en el suelo.
¡Ah!, ¿qué será de Aquiles? Lauros, palmas
le promete la Gloria; Amor le ofrece
moribundo a su bien; la una, cobarde;
el otro, cruel le llama. Héroe y amante
se confunden en él y unidos lidian.
A un tiempo brama y llora;
ahora quiere partir, desiste ahora;
se encamina, retorna; al fin recoge
todo su gran valor; dentro del pecho
oprime la terneza
que el corazón amante le destruye;
calla, piensa, resuelve, emprende y huye.
  Huye llorando, es cierto;
mas a la Gloria unido,
que endulzó su gemido,
que triunfó del Amor.
Ésta del dios flechero
es la manía loca:
vencido, es quien provoca;
quien huye, vencedor.

EL PADRE MATÍAS SARBIEVIO

A SU LIRA

En tanto, dulce lira,
hija de unido boj, que el vientecillo
se sonríe y el trémulo soplillo
ligero en torno gira,
azotando las hojas lentamente,
quedarás en un álamo pendiente.
Aquí, pues, el aliento
del Euro silbador, mucho más manso,
te halagará, mi lira. Yo, el descanso
buscaré este momento
reclinando la frente, y descuidado,
así en la verde margen recostado.
Mas ¡ay, qué niebla enturbia
de improviso la esfera, confundiendo
su claro resplandor! ¡Qué horrible estruendo
de procelosa lluvia!
Levantémonos. ¡Ah, que siempre el gozo
ha de pasar con paso presuroso! (1).

IDILIO XIV

(DE DÉCIMO MAGNO AUSONIO)

LAS ROSAS

Era la primavera;
y el día, que de nuevo se asomaba
colorando la esfera
de rubios resplandores, respiraba
un fresquísimo ambiente

(1) El autor rimó «gozo» con «presuroso» y «lluvia» con «enturbia». De estos descuidos se advierten varios en sus obras.

cuyo tacto punzaba suavemente.
Un grato vientecillo
más sutil que otras veces, pero blando,
con rápido vuelillo
se adelantó a la aurora, demostrando
que entonces, presuroso,
se anticipaba a un día caloroso.
Yo, con pasos inciertos
iba por los cruzados andadores
de los regados huertos
solicitando pues, con los albores
del renaciente día,
excitar en mi pecho la alegría.
Entonces vi el rocío
ya pender de las corvas hierbezuelas
cuajado con el frío,
ya estar sobre las verdes cabezuelas
de la tierna hortaliza,
cual por las leves auras se desliza.
Vi las gruesas gotillas,
unas tras otras descender rodando
por las blancas celdillas
de los tendidos tallos; abultando
sus globos con exceso
del agua celestial al grave peso.
Vi también los rosales,
que ostentaban, con plácida frescura,
las gracias naturales
propias de la pestana agricultura,
de plata salpicados
al asomarse Cipria a los collados.
En las matas, que estaban
con la líquida escarcha guarnecidas,
entonces blanqueaban
las gotitas de aljófar esparcidas,
al blando herir de los primeros rayos.

Dudarías si daba
a las fragantes rosas el aurora,
o acaso les robaba
el bello rosicler que las colora,
o si el naciente día
las florecillas de rubor teñía.
Gozaban flor y estrella
de un color, de un rocío y de una aurora,
porque la diosa bella
de Citeres es única señora
del astro nacarado
y de la rosa, honor del verde prado.
Y acaso una fragancia
será la de los dos; pero fluyendo
aquél en más distancia,
por los aires se va desvaneciendo,
y ésta en sitio inmediato
hace más sensación en el olfato.
Así, según infiero,
Citeres, como reina y como diosa
del hermoso lucero
que precede a la luz, y de la rosa,
manda que a la mañana
ambos se vistan de la misma grana.
Llegó, pues, el momento
en que los pimpolluelos, que nacían
y al blando movimiento
de los jugos sus cálices abrían,
del todo se animasen
y en iguales casquillos se rasgasen.
Una, pues, verdeguea
con un capillo de apretadas hojas
que en torno la rodea;
ésta descubre las señales rojas
que la púrpura pinta
en las hojillas con sangrienta tinta.

Una, desenvainando
del capullo purpúreo la cuchilla,
prosigue desgajando
lentamente la erguida coronilla;
pues, desde que aparece,
en forma de obelisco alienta y crece.
Otra, insensiblemente
desenvuelve las finas vestiduras
que, en la agudilla frente,
recogió con espesas plegaduras,
queriendo entre las flores
graduar por sus hojas sus primores.
En efecto, al instante
la florecilla plácida dilata
su azafate fragante
mostrando, entre las hojas de escarlata,
las ocultas semillas
apiñadas en torno, y amarillas.
Mas la que con el fuego
de su rojo copete poco hace
resplandecía, luego
mustia, pálida y seca se deshace,
mirando entre congojas
la acelerada fuga de sus hojas.
Yo estaba como absorto,
admirando tan súbita derrota
en espacio tan corto;
y que la infeliz rosa, mientras brota,
llegue de un solo paso
desde el alegre Oriente al triste Ocaso.
En el breve momento
que lo digo, las hojas encendidas
volaron por el viento,
del botón primoroso desprendidas;
y la tierra lucía
con el rojo matiz que la cubría.

En fin; tanta belleza,
tan grandes y admirables creaciones,
tanto ornato y riqueza,
tan diversas y nuevas mutaciones,
un día las influye
y él mismo enteramente las destruye.
Nos quejamos, Natura,
de que tan poco duren de estas flores
la gracia y hermosura,
pues apenas ostentan sus primores
cuando la mano arrojas
y de tus mismos dones las despojas.
Lo que una aurora existe,
existen de la rosa vida y gozo;
pues apenas se viste
su tez brillante de purpúreo bozo,
cuando la vejez llega
y su cáliz y vástago doblega.
Pues a la que, primero,
parvulilla miró desde el Oriente
el radiante lucero,
después, cuando desciende al Occidente
la vuelve a ver anciana,
desaliñada, corva y casi cana.
Mas aunque injusto hado
en tan breves momentos la arrebata,
ella misma en el prado
los plazos de la vida se dilata,
dejando en sus botones
una gran multitud de sucesiones.
Por tanto, jovencillas,
cortad rosas, saciad vuestros anhelos
mientras hay florecillas
recientes, y recientes pimpolluelos;
mas no olvidéis, acaso,
que vuestra vida corre al mismo paso.

ARIADNA A TESEO

(DE OVIDIO)

Menos inexorable que tu pecho
toda especie de fieras he encontrado;
y no tan infeliz como en los tuyos
mi amor hubiera sido en otros brazos.
Estos rasgos que miras te remito
desde aquellas riberas, inhumano,
de donde sin Ariadna desprendieron
las blancas velas tus ligeras naos;
en donde me perdió, míseramente,
mi perezoso sueño, ¡oh triste!, cuando
tú mis incautos ojos insidiaste
para emprender tan bárbaro atentado.
Era entonces el tiempo, ¡cruel memoria!,
en que se cubren los feraces campos
de cristalina escarcha; en que las aves
se quejan escondidas en los ramos.
No sé si bien dormida o bien despierta,
entorpecida del fatal letargo,
para estrechar al pérfido Teseo
moví, inclinando el pecho, entrambas manos.
No lo hallo; segunda vez repito
la acción, otra y otra aplico el tacto,
ambos brazos revuelvo por el lecho,
examínolo todo; no lo hallo.
Sacudieron el sueño mis temores;
trémula y asustada me levanto,
y mis miembros exánimes se arrojan
del lecho marital abandonado.
A los tremendos golpes de las palmas
luego al punto mis pechos resonaron;
arrancándome airada los cabellos,

cual estaban del sueño destrenzados.
Aparece la luna; miro atenta
si otro objeto descubro, por acaso,
que la playa; mas nada sino playa
mis espantados ojos registraron.
Ahora aquí, ahora allí, y a todas partes
muevo sin tino los veloces pasos,
y la profunda arena les servía
a mis pies femeniles de embarazo.
Entretanto por toda la ribera
«Teseo» sin cesar, «Teseo», clamo;
y tu nombre, en contorno, me responden
las huecas peñas con igual conato.
Siempre que te llamaba, todo el yermo
te llamaba también, manifestando
querer el mismo yermo dar auxilio
a mis voces, fatigas y quebrantos.
Descubro una montaña, en cuya cumbre
se ven raros arbustos, y un peñasco,
carcomido del tiempo, se desprende
sobre las raudas aguas inclinado.
Subo por él; el ánimo me daba
nuevas fuerzas; y, de este modo, alcanzo
a medir largamente con la vista
la profunda extensión del Oceano.
Desde allí divisé tus blancas velas
que hinchaba el soplo rápido del Austro;
pues en esta ocasión hasta los vientos
se mostraron también mis adversarios.
Mas fuese realidad, fuese trastorno
de la imaginación, yo vi tu nao,
y yo quedé al momento semiviva,
más helada que el hielo condensado.
El dolor, mucho tiempo no consiente
estar entorpecido con el pasmo;
él me reanima en fin, él me reanima,

y en altas voces a Teseo llamo.
«¿Adónde vas? — exclamo —, ¿adónde huyes?
Vuelve, Teseo; vuelve, hombre malvado;
vira la nave; mira que tu gente
no está completa, no; yo sola falto.»
Dije; y lo que la voz no concluía
el impulso suplía de las manos;
pues con golpes y airadas mesaduras
mis agudos clamores alternaron.
Mis manos, en aquel terrible trance,
dieron de mi dolor indicios hartos
por que vieses mis males a lo menos,
si acaso no alcanzabas a escucharlos.
Hasta un blanco cendal desplegué al aire
puesto en la extremidad de un largo ramo,
para daros aviso que las ondas
surcabais, de esta mísera olvidados.
Ya que despareciste de mi vista,
me entregué finalmente al tierno llanto,
pues mis párpados antes estuvieron
entorpecidos del dolor y el pasmo.
¿Qué pudieran hacer mis tristes ojos
después, ¡oh dura suerte!, que dejaron
de ver en alta mar tus blancas velas,
sino llorar mis penas y quebrantos?
Unas veces sin orden el cabello,
precipitada y sola andaba errando,
como suele frenética bacante
a quien el dios Ogigio (1) ha concitado.
Otras me reclinaba en una peña,
sin calor en los huesos; y observando
los dilatados piélagos, inmóvil,
era tan piedra yo como el escaño.

(1) Ogigio, renombre de Baco; de Ogiges, rey de Tebas.— *(N. del A.)*

Muchas, retorno al tálamo que había
recibido a los dos en su regazo,
aunque ya no era dable que volviese
el amoroso par que había guardado.
En lugar de Teseo, sus vestigios
por una y otra parte ansiosa palpo;
también las blancas ropas examino,
que al calor de tus miembros se entibiaron.
Me recuesto, y corriendo por el lecho
los copiosos raudales que derramo,
«Dos te oprimimos —digo—; dos, ahora,
restituye crüel; retorna a entrambos.
Aquí vinimos dos; ¿pues por qué causa
dos de este mismo sitio no nos vamos?
¿En dónde, en dónde está la mejor parte
de mi fiel corazón, lecho tirano?»
¿Qué he de hacer, miserable? ¿Adónde, sola,
encaminar podré mis flacos pasos?
Yace inculta esta isla; ni de hombres
ni de bueyes encuentro algún trabajo.
Ciñe el undoso mar por todas partes
este yermo país; por ningún lado
se advierte marinero; mas ¿qué quilla
ha de surcar por rumbos ignorados?
Pero juzga que encuentre compañeros,
propicios vientos y ligera nao;
¿que podré resolver? Hoy el retorno,
justamente mi patria me ha vedado.
Aunque en fausto bajel yo navegara
con tranquila bonanza al Oceano;
aunque los vientos refrenase Eolo,
nunca de mi destierro viera el cabo.
Ya no te volverán a ver mis ojos,
famosa Creta, cuyos verdes campos
dividen cien ciudades, noble tierra
do moró el sacro Jove en tiernos años,

pues a un padre amoroso, pues a un pueblo
en que reina este padre recto y sabio,
fuí traidora, y sus caros fieles nombres
ofendí con infames atentados
cuando, por que en el ciego laberinto
con tu triunfo no fueses sepultado,
te di por conductor el sutil hilo
do dirigieses tus errantes pasos,
cuando tú me decías: «Yo te juro
por los mismos peligros que mi brazo
parte a emprender, que siempre serás mía
en tanto que los dos, mi bien, vivamos...»
Vivimos, sí, vivimos; y no soy
tuya, traidor Teseo; si es que acaso
vives, triste mujer a quien el dolo
de un esposo perjuro ha sepultado.
Si me hubieras privado de la vida
con la sangrienta clava que a mi hermano,
roto hubieras al menos, con la muerte,
de la jurada fe los fuertes lazos.
Medito en este instante no tan sólo
cuanto sufrir espero, sino cuanto
una débil mujer abandonada
puede experimentar en tales casos.
Mil especies de estragos y rüinas
en mi mente se abultan; y no es tanto
ni tan fiero el aspecto de la muerte
como la dilación del duro plazo.
Por aquí, por allí, cada momento
temo que vengan lobos sanguinarios
a rasgar con agudo, avaro diente
mis entrañas y miembros en pedazos.
Puede ser, ¡me estremezco!, que esta tierra
nutra pardos leones en sus antros;
y ¿quién sabe, quién sabe si esta isla
al tigre insidiador ofrece pasto?

Dicen que suelen los undosos mares
grandes focas lanzar de su regazo;
y ¿quién puede impedir que alguna espada
acometa sangrienta mi costado?
Yo, que mi padre es Minos; que es mi madre
hija también de Apolo soberano;
y, lo que más se ofrece a mi memoria,
yo, que fuí prometida a tus halagos,
recelo que en infame cautiverio
oprima el hierro mis cansados brazos;
o que con duro afán, largas tareas
labren, ¡ay triste!, mis serviles manos.
Si a las anchas riberas, si a los mares,
si a las tierras los párpados levanto,
me previenen las aguas mil peligros,
me amenaza la tierra con estragos.
Sólo me resta el Cielo; pero temo
de los dioses las formas y los raptos.
Me miro abandonada a las rapantes
terribles fieras como presa y pasto.
Si cultivan y habitan por ventura
hombres este país, desconfïamos
de todos ellos: aprendí, ultrajada,
a temer la maldad de los extraños.
¡Oh, si Androgeo (1) viviese! Pues no hubieras
tu crimen sólo, Cecrope, expïado
con el fatal tributo que pagabas
a la voracidad del Minotauro.
Ni tú en la fuerte diestra, cruel Teseo,

(1) Androgeo, hermano de Ariadna, muerto alevosamente por los atenienses; los cuales, después de una sangrienta guerra, fueron vencidos y obligados a tributar al rey Minos, en castigo de su perfidia, siete jóvenes y otras tantas doncellas, cada año, para satisfacer la voracidad del Minotauro. Hemos perifraseado el dístico para mayor inteligencia.— *(N. del A.)*

el nudoso venablo levantando,
al monstruo, parte toro y parte hombre,
hubieras crudamente destrozado,
ni te hubiera yo dado aquella hebra
que el retorno te fuese demostrando,
con recoger el hilo de continuo
al movimiento alterno de las manos.
Y no me maravilla ciertamente
que consiguieses el glorioso lauro,
ni que el vencido monstruo con su sangre
haya el suelo cretense salpicado;
pues sus agudos cuernos no pudieran
herir un corazón de bronce, ingrato;
y, aunque no te cubriera el fuerte escudo,
te sirviera tu pecho de resguardo.
En él llevaste sólidos diamantes;
en él llevaste rígidos peñascos;
en él está Teseo, que en dureza
excede al pedernal y al denso mármol.
¿Por qué, crüel letargo, me tuviste
tan perezosa? ¡Ay cielos! ¡Cuánto, cuánto
hubiera mejor sido, en noche eterna,
haber mis tristes ojos sepultado!
Vosotros, crueles vientos, también fuisteis
muy dispuestos, muy prontos a mi daño,
y vuestros leves soplos, oficiosos
en aumentar mis ayes y quebrantos.
Fué igualmente crüel aquella diestra
que dió muerte a Arïadna y a su hermano;
y la fe prometida a mis instancias,
una pura ficción, título vano.
Sueño, viento y promesas, todos juntos,
a un tiempo contra mí se conjuraron.
Mujer soy, por tres causas sumergida
en la desolación y el desamparo.
¿Conque ya no he de ver, cuando agonice,

de mi madre adorada el tierno llanto,
ni quien cierre ha de haber en aquel trance
mis tristes ojos con piadoso tacto?
¡Que ha de salir mi espíritu infelice
por extranjeras auras revolando?
¡Ni, después de compuesto mi cadáver,
tampoco lo ha de ungir amiga mano?
¡Que han de pisar las aves de estas playas
mis insepultos huesos? ¿Son, acaso,
son éstos los honrosos funerales
que merecen mis obras, cielo santo?
Saludarás los puertos atenienses;
y después de besar el suelo patrio,
cuando estés en los altos baluartes
de tu corte, crüel, con eco ufano
referirás del hombre semitoro
largamente el combate y el estrago,
y pintarás la fábrica de piedra
dividida en senderos complicados.
Pero cuenta también que abandonada
en estas soledades me has dejado;
no debes, hombre pérfido, omitirme
entre el número grande de tus lauros.
Ni tu padre es Egeo, ni tu madre
la hija de Piteo; no, tirano;
los terribles autores de tu vida
son los mares y rígidos peñascos.
¡Oh, si los justos dioses permitieran
que llegases a verme desde lo alto
de la popa! Mi tétrica figura
anegara tus párpados de llanto.
No con los ojos, con la mente mira,
pues así puedes sólo ejecutarlo,
a esta triste, apoyada en una roca,
que están las vagas olas azotando.
Mírame, pues, gimiendo y los cabellos

por el rostro dispersos; mira, ingrato,
con el lloro copioso, mis vestidos
como con largas lluvias empapados.
Mi cuerpo se estremece cual espiga
impelida del Bóreas; y estos rasgos,
con pulso trepidante dirigidos,
se empiezan a perder a cada paso.
No te suplico, no, por mis favores,
pues con tan mala suerte se emplearon;
mis amantes oficios no merezcan
una leve atención, un corto pago;
pero no pena, infiel; si yo no he sido
quien te sacó del riesgo en Creta, salvo,
no por eso tú debes ser ahora
quien procure mi mal, cause mi estrago.
Desde esta parte de los anchos mares,
hacia ti tiendo, mísera, los brazos
tremebundos, a golpes repetidos
mi pecho falleciente lacerando;
preséntote angustiada estos cabellos
que en mis penosos males me han quedado;
ruégote, por las lágrimas que arrancan
de mis ojos tus pérfidos engaños,
que vires el bajel. Vuelve, Teseo;
surca el undoso piélago, cambiando
las velas; y si acaso he fallecido,
siquiera llevarás mi cuerpo helado.

SONETOS

I

Cuando llega la hermosa Primavera
este antiguo encinal rejuvenece,
la grama resucita, y se guarnece
de jazmines y rosas la pradera.

Sólo declino yo. Mi cabellera
más y más se blanquea y enrarece,
y el esqueleto exánime aparece
bajo la cutis, pálida cual cera.
Cada vez que me miro en esa fuente,
viendo mustias y hundidas mis pupilas,
alzo las manos flacas a los cielos.
«¿Por qué—clamo—, por qué, tiempo inclemente
cuando el campo renuevas, me aniquilas?»
Mas, ¡ah!, que no eres tú, que son los celos.

II

Cuatro veces el sol ha rodeado
los estrellados signos, mientras ciego
del clamoroso llanto, en que me anego,
por selvas y por riscos he vagado;
cuatro veces diciembre ha coronado
las chozas de carámbanos; y luego,
del seco agosto el enojoso fuego
el condensado humor ha liquidado,
sin que, en todo ese tiempo, sólo un hora
haya dejado mi fatal tormento
de echar al corazón mortales lazos.
Mas, ¡ay!, que el cruel dolor que me devora
cesará cuando olvide el pensamiento
que mi Celia se arrulla en otros brazos.

III

Verde mirto; pues tú de mis amores
fuiste frondoso trono de este prado,
ahora pálido, mustio y deshojado,
sé tumba de mis ansias y dolores.
Destierra a los süaves ruiseñores
que, en tu copa, mi dicha han celebrado;

y en tus desnudas ramas anidado,
haga el buho a mis huesos los honores.
  Apacible airecillo no retoce
entre tus hojas; siempre horrible viento
furibundo te cimbre y te destroce.
  Borra, pues, la inscripción de mi contento,
y escribe en su lugar: «¡Oh caminante;
escarmienta! Aquí yace un triste amante.»

IV

  Llorad, Gracias, llorad; llorad Amores.
Celia murió... Rasgad vuestros vestidos,
vosotras; y vosotros, con gemidos,
despuntad los agudos pasadores.
  Ya nunca admiraréis los resplandores
de sus ojos, ni aquellos coloridos
que fueron tantas veces aplaudidos
por la sonora voz de los pastores.
  Dura mano de tétrico accidente
cortó en botón, ¡ay mísero!, la rosa
que fué siempre el honor de esta pradera.
  Haced su funeral; que yo, presente,
sin despegar los labios de la losa
he de permanecer hasta que muera.

V

  Desde que falleció la prenda mía
por este umbroso bosque me paseo;
aquí lloro, aquí gimo, aquí el deseo
se abulta en mi inflamada fantasía.
  Mil veces, ¡ay de mí!, su sombra fría
entre los troncos esconderse veo;
muchas, si vuela un ave, al punto creo
que desciende del cielo a mi porfía.

Cuando el aire retoza con las hojas,
juzgo que son sus pasos; y al instante
vuelvo azorado a ver el bien que adoro.
Mas ¡cuáles son entonces mis congojas
sintiendo el leve soplo en el semblante,
del aura que me burla mientras lloro!

VI

BUSTO POÉTICO DE NUESTRO SERENÍSIMO PRÍNCIPE DE ASTURIAS

¿De quién es ese busto?... Por los vientos
bajan dos Genios el laurel sagrado;
y el Tiempo, encanecido y agobiado,
postra a sus pies los rápidos momentos.
La Envidia, allí, con ojos macilentos
lo mira de soslayo, y a su lado
yace el triste Infortunio, encadenado
en medio de una turba de tormentos.
El Amor y la Fama se desprenden
de un pedestal, do advierto una matrona
diversos caracteres cincelando.
Acerquémonos más por si se entienden.
«Soy la Lealtad —escribe—; esta corona
descansa sobre mí; vive Fernando.»

VII

CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE DON TOMÁS DE IRIARTE

«Vencí a Iriarte», la Envidia repetía,
arrojando en la huesa el cuerpo helado;
y, con malvada planta y ceño airado,
hollaba sin cesar la losa fría.
El Tiempo, entonces, a la Furia impía
se presenta de plumas adornado

y le dice: «Tirana, no has triunfado,
sin que triunfe de mí tu alevosía.
»Si cortaste su espíritu doliente
con el filo fatal de la malicia,
no por eso el laurel has de llevarte;
»pues, mientras haya Historia que lo cuente
y el orbe literario haga justicia,
tú la Envidia serás, y él será Iriarte.»

VIII

¡Oh qué hermoso país! Los anchos prados
están de amena grama revestidos;
y esos robles, del tiempo carcomidos,
se ven en el remanso retratados.
Por aquí van los montes elevados
con la perpetua nieve encanecidos;
por allí los vapores divididos
forman varios celajes nacarados.
¡Todo es placer! El ledo pastorcillo
con el mastín custodia su rebaño,
y duerme sin temor en frágil choza.
¡Y aun habrá quien aprecie el fausto y brillo
de los falaces pueblos! ¡Oh qué engaño!
Si hay delicia en el mundo, aquí se goza.

IX

Pálidos, desgreñados y temblones,
las bocas espumosas, incendiadas
las pupilas, las capas enredadas,
y en las nerviosas manos los rejones,
combaten esos majos. A envïones
ya reciben, ya dan de puñaladas;
y chocando a manera de oleadas,
ya se agachan, ya bailan de talones.

Aquí rueda el sombrero sevillano,
allí yace la faja tunecina,
acullá el fleco y alamar pulido.
. Mas aquel infeliz lleva en la mano
sus propios intestinos. ¡Qué rüina!
¿Por qué riñen? ¿Por qué? Porque han bebido.

X

Nego, grita un famélico estudiante,
arrojando el bonete con despecho.
Probo, probo, esforzando el ronco pecho,
replica su adversario en el instante.
Con su proposición sigue adelante,
y a voces hunde el bovedado techo:
unas veces doblado, otras derecho,
gesticula y patea cual danzante.
Distinguo, clama el uno furibundo.
No hay distinción, el otro contradice...
Sí la hay... No la hay, recte loquendo...
Yo fundo mi razón... Yo más la fundo...
Pero ¿qué dice usted?... ¿Usted qué dice?...
¿Qué sé yo?... ¿Qué sé yo?... Cesó el estruendo.

XI

En un desván estrecho, y alumbrado
de un candil que da pasto a dos mechones,
juegan a desnudarse unos matones
sobre un bufete sucio y derrengado.
Éste los naipes muerde; allí un soldado
en la frente se da de mojicones;
uno, mira las cartas a tirones;
otro, fuma un cigarro, sosegado.
Gritan todos que hay trampa, y arrebatan
la apuesta y el candil. Dicen a voces:
«¡Que tiro; que disparo; que te pego!...»

Mas tras las sillas todos se recatan
hasta que sube luz; salen a coces;
y el que pilló, ganó; que ése era el juego.

XII

Brama el Bóreas, el piélago se altera,
apíñanse las nubes, desparece
la luz, el polo truena, la ola crece,
los rayos culebrean por la esfera.
La frágil nave, que su fin espera,
al choque de las ondas se estremece;
ya se vuelca, se esconde, se aparece,
cual si el centro de sí la despidiera.
Todos los marineros, temerosos
alzan las manos trémulas, y claman:
«No más mar, Santo Dios, si nos libramos.»
Toman puerto después, besan gozosos
la deseada arena; allí se llaman,
y se preguntan: «¡Eh! ¿Cuándo nos vamos!»

XIII

Hace Rómulo seña, y los romanos
unos ahuyentan, rinden y maltratan
a los sabinos; otros arrebatan
hijas, madres y esposas, inhumanos.
Claman todas al Cielo; con las manos
sus trenzados cabellos desbaratan;
ruegan, luchan; y en vano, en vano tratan
los brazos destrabar de sus tiranos.
Tacio, con gran furor, llama y exhorta
su fugitiva gente. «Al arma, amigos
—dice osado—. A cumplir nuestros deberes.»
«¡Oh Tacio! — grita Ostilio —. Ven; reporta
tu imprudente valor. Los enemigos,
ellos se destruirán; llevan mujeres.»

XIV

«¿Tú también, Bruto mío», César clama;
y envolviendo en la púrpura el semblante,
se revuelca en la sangre palpitante
que por cauces mortíferos derrama.
«¡Libertad, libertad!», el pueblo exclama;
Antonio corre; pónele delante
el horadado manto, y elegante
recuerda allí de César gloria y fama.
El inconstante vulgo se conmueve;
y del llanto pasándose al despecho,
contra los conjurados se amotina.
Huye Casio, y a Bruto dice: «Aleve,
¿qué fruto ha producido lo que has hecho?
¡Oh! ¡Casio, libertad... Bruto, rüina!»

DOMINO
DOMINO TOMAE AB IRIARTE,
ILLUSTRISSIMO DOCTISSIMOQUE VATI.

—

ECLOGA

MOPSUS

Argumentum.

Cum forte Corydon, et Mopsus, piscatores, quadam sub cripta convenissent, hic scenam Lyricam sive Unipersonalem, quae *Guzmanus* inscribitur laudat: dein uterque laetus Authori carmen alterna voce cantitat.

MOPSUS et CORYDON, piscatores.

Umbroso Corydon consedit forte sub antro
littoreas juxta rupes, et cannabe torta,
ad truncum lembo nodoso fune ligato,

casses, et gracili texebat vimine nassas;
cum celer Herculea veniens tunc Mopsus ab urbe,
piscator solers, et nare peritus, et undis
captare aequoreos pisces fallacibus hamis,
talia mox orsus festiva voce profari:

MOPSUS

¿Quid mollem, Corydon, quid cessas lentus adumbram?
¿Siccine consumis tempus, cum Numina ponti
te nunc invitant sylvestri fundere culmo
carmina digna viro, nostras qui nuper in oras
venit, quem et volitans praenuncia fama per orbem
innumeris tollit stellantia ad aethera linguis?

CORYDON

Ipse etiam nautas, super illo multa loquentes
audivi, è rapido dum captas gurgite praedas
retibus ad cymbam ducebam nocte silenti.
¿Sed quis, Mopse, vir est tam claro dignus honore?
Da, precor, et mira compingens arte cicutas,
procurvas actas nomen resonare docebo.

MOPSUS

¿Quas aures nunquam tetigit laus, atque perennis
tanti fama viri? Exesae clamore frequenti
ingeminant, cautes Iriarte, echoque recusa
collibus adversis, fontes et littora complet,
et rursus referunt virides Iriarte cavernae.
Hic Vates est, divino qui percitus oestro
praestans Guzmani facinus Ductoris Iberi,
insignis virtute et avito stemmate clari,
altisono cecinit plectro. ¿At depingere doctam
artem, qua numeris sublimia verba coëgit,
quis poterit? Vos, vos scopuli, vos caerula, testes.
¡O quoties lepidum recitante Iriarte poëma,
terribiles Phocae, et curvi Delphines, et Orcae,

caudis pulsantes limphas, pinnasque agitantes,
cum moesto commota secabant vada dolore!
¡O quoties nautis reboare et questubus actae
sunt visae, et guttis fluitantibus ora rigare
humida turba, quasi Guzmani fata doloret!
Ipse ego correptus flammata voce canentis
cernere credebam Tartessi moenia castris
cincta, et Guzmanam prolem, post terga revinctis
blandiculis manibus, bracchatos inter et hostes,
jamjam formidare immitis acinacis ictum.
Verum rumpe moras, Corydon, et flare cicutas
incipe: sedatis en jam tibi Doris ab undis,
aures et praebent glaucae de littore Nimphae.

CORYDON

Incipiam: tu, Mopse, modos percurre canoros.
Currite, Tritones, et marmora findite pinnis.
Vos, Thetidis natae, revolutas arte choreas
miscete, et conchas labris inflate retortas.
Hîc candente manu Idalios decerpite flores,
et fragili scirpo intextos cumulate canistros.
Vos, juvenes, etiam fluctus rescindite tonsis
retibus, aut calamis lampetras fallite aquosas,
atque leves tructas, rhombosque rubrosque erythinos.
Post mihi ferte vagas praedas, et carmina donis
apponam, deinde ac Iriarte haec munera mittan.

MOPSUS

¡O vates semper nostris memorabilis oris!
Dulce mari in medio nautis sine nubibus aether,
ratibus et portus, dulce et tritonibus udis
raucisonae conchae, et menti tua carmina nostrae.
¡O mihi quam gratos fundit tua buccina cantus!
Non tam suave sonant nivei per flumina cycni,
nec sylvis variat dulces Philomela querellas.
¿Sed tibi, qua possum, vates, persolvere honores?

¡Heu, sub gramineo tecto crudelis egestas
me piscatorem calcat! Non murice vestis,
aut baccis distincta meos fulgentibus artus
velat, non aurum ferratis congero capsis.
Me tantum viles servant à frigore panni
duraque pro lecto tellus me nocte resumit.
At si non renuis, dulcis, mea carmina, vates,
haec tibi perpetuo tanquam munuscula mittam,
seu remis tundam fluctus, seu cuspide adunca
fulgida praeruptis divellan è cautibus ostra.

CORYDON

Currite, Tritones, et marmora findite pinnis.
Eja agite, et pelagi salientes ite sub undas
quaesitum, pueri, pretiosa corallia fundo,
et nitidas gemmas picturatasque neritas:
Sic Iriarte implete marino munere palmas.

MOPSUS

¡O vates semper nostris memorabilis oris!
Hic dum per rupes saliam, dum lustra penetrem,
dum molles captem zephiri littoribus auras,
et digitis pulsem chelyn, et spirem, ore cicutas,
Nomen ad astra tuum jucundo carmine tollam.

CORYDON

Currite, Tritones, et marmora findite pinnis.
Vos nubiles, donec per curvas, ambulet actas
praecellens Iriarte, puellae, spargite muscum:
myrtorum virides praetexite frondibus umbras,
illius et frontem casta praecingite lauro.

MOPSUS

¡O vates semper nostris memorabilis oris!
Sunt mihi grata magis, quae ducis carmina plectro,
quam nitidae conchae, rubroque è gurgite gemmae,

quot venium, quantunque Indis deducitur aurum,
Seribus et textae pretioso stamine telae.

CORYDON

Surgamos: gelidis Phoebus nunc mergitur undis,
et nox terrificis montes amplectitur alis.

TRADUCCIÓN DE LA ÉGLOGA ANTECECENTE

—

MOPSO

—

ÉGLOGA

Al Señor Don Tomás de Iriarte,
ilustrísimo y doctísimo poeta

Argumento.

Habiendo casualmente concurrido en una gruta Corydón y Mopso, ambos pescadores, éste aplaude la Escena Lírica o unipersonal intitulada *El Guzmán;* y entrambos entonan alegres, con alternadas voces, diferentes versos en elogio de su dignísimo autor.

MOPSO y CORYDÓN, pescadores.

Sentóse Coridón en una umbrosa
caverna, que formaban los peñascos
de la playa; y dejando a un duro tronco
atado el bote con nudosa cuerda,
nasas de sutil mimbre, y anchas redes
de retorcido cáñamo tejía,
cuando viniendo del Hercúleo Puerto
con planta acelerada el joven Mopso,
astuto pescador, diestro nadando
y hábil en extraer los mudos peces

con engañoso anzuelo, de las ondas,
de esta suerte a decir alegre empieza:

Morso. ¿Qué es esto, Corydón? ¿Cómo, tranquilo,
de estos peñascos a la sombra yaces?
¿Así las horas presurosas gastas
cuando están convidándote los dioses
del cristalino piélago a que cantes
con silvestre zampoña dulces versos,
dignos del gran varón que a estas orillas
no ha mucho que arribó, y a quien la Fama,
que anuncia los sucesos, revolando
por todo el Orbe, sin cesar eleva
con infinitas lenguas hasta el cielo?

Corydón. Muchas cosas oí que de él hablaban
todos los marineros, cuando anoche
la pesca con las redes transportaba
desde el rápido mar a mi barquilla.
¿Pero quién es, ¡oh Mopso!, el varón digno
de tan sublime honor? Dímelo al punto;
y formando, ingenioso, de cañuelas
una sonora flauta, haré resuenen
estas corvas riberas con su nombre.

Morso. ¿A qué viviente, amigo, no han llegado
los famosos renombres de tan grande,
tan ilustre varón? Esos escollos,
«Iriarte» claman con frecuentes voces;
y, en los opuestos montes rechazando
el eco, puebla fuentes y riberas;
e «Iriarte, Iriarte» con clamor repiten.
Éste es, pues, Corydón, aquel poeta
que, de heroico entusiasmo arrebatado,
cantó con plectro armónico la hazaña
del español Guzmán, fuerte guerrero,
señalado en valor, y esclarecido
por el alto solar de sus mayores.
¿Mas qué lengua podrá decir el arte

con que al metro ligó su voz sublime?
Vosotras, sí; vosotras, toscas peñas;
vosotros, hondos mares, sois testigos.
¡Oh, cuántas veces recitando Iriarte
su precioso poema, las terribles
focas, y los delfines, y las orcas,
agitando sus trémulas aletas
y con las anchas colas azotando
las cristalinas aguas, dividían
llenos de pena los revueltos mares!
¡Cuántas veces los mismos marineros
creyeron que las playas retumbaban
con tristes alaridos, y que todos
los colonos del mar humedecían
con abundantes lágrimas sus rostros,
cual si gimiesen de Guzmán el hado!
Yo mismo, arrebado del ardiente
canto del gran Iriarte, imaginaba
ver las altas murallas de Tarifa
cercadas de lunados estandartes,
y al hijo de Guzmán, atrás ligadas
las ternezuelas manos, y oprimido
de un tropel de sayones, por momentos
temer el golpe del sangriento alfanje.
Pero más, Corydón, no te detengas;
empieza a dar aliento a tu zampoña.
Mira ya cómo Doris, desde el seno
del apacible mar, y el bello coro
de las cerúleas ninfas, en la playa,
previenen a tu acento grato oído.

CORYDÓN. Ya voy a comenzar; tú, Mopso, en tanto
bien puedes repasar los dulces tonos.
Corred, Tritones, y cortad los mares
con ligeras aletas. Y vosotras,
hijas de Tetis, en la rubia arena
tejed con varios lazos los bailetes,

e inflad los retorcidos caracoles.
Coged con mano cándida las rosas,
y colmad vuestros verdes canastillos
tejidos de sutil, endeble junco.
También vosotros, jóvenes, quebrando
las espumosas olas con los remos,
engañad con las redes o las cañas
las marinas lampreas, y las truchas,
los róbalos y rojos besuguetes.
Después dadme las pescas; y mezclados
los versos con los dones, luego al punto
mandaré este presente al grande Iriarte.

Morso. ¡Oh Numen para siempre memorable
en nuestras corvas playas! Deliciosa
es para el marinero la alta esfera,
libre de nubes en los anchos golfos;
dulce para las naves es el puerto;
para el vago Tritón, la ronca concha;
y tus versos lo son para mi alma.
¡Oh, cuánto me son gratos los süaves
cantos que entona la sonora trompa!
No suenan, por los ríos cristalinos,
tan dulcemente los nevados cisnes;
ni con tanta armonía, por los prados,
alterna el ruiseñor sus blandas quejas.
¿Pero de qué manera, ilustre Iriarte,
tú mérito honraré? ¡Triste! Debajo
de pajiza chozuela, siendo sólo
un pescador, la inopia me atropella.
Ni la costosa púrpura, sembrada
de refulgentes perlas, me decora,
ni en las herradas arcas acumulo
las preciosas riquezas; sólo, sólo
unos viles andrajos me defienden
de los molestos fríos; y la tierra
me recoge de noche, en vez de lecho.

Pero si no desprecias, dulce Iriarte,
mis versos, como obsequio de contino
te los podré ofrecer, o ya las ondas
azote con los remos, o ya arranque
de las quebradas rocas las lucientes
ostras con aguzada y corva punta.

CORYDÓN. Corred, Tritones, y cortad los mares
con ligeras aletas. ¡Oh mancebos!
Ea, pues; arrojaos bajo las ondas
a buscar en el fondo las brillantes
margaritas, las perlas, y conchuelas
de diversos colores esmaltadas.
De este modo llenad las doctas manos
del gran Iriarte con marinos dones.

MOPSO. ¡Oh Numen para siempre memorable
en nuestras corvas playas! Entretanto
que pueda saltar ágil por las peñas;
mientras penetre las obscuras grutas
y en la empapada arena quieto goce
el aliento del Céfiro halagüeño,
y la cítara pulse, o las sonoras
cañas aliente, elevaré tu nombre
en mi festivo canto hasta los astros.

CORYDÓN. Corred, Tritones, y cortad los mares
con ligeras aletas. Y vosotras,
casaderas muchachas, entretanto
que por la playa Iriarte se pasea,
alegres esparcid fragante musco.
Tejed, pues, con las ramas de los mirtos,
opacas sombras; coronando a un tiempo
de laurel casto su gloriosa frente.

MOPSO. ¡Oh Numen para siempre memorable
en nuestras corvas playas! Muy más gratos
son para mí los versos que difunde
tu plectro armonïoso, que no cuantas
pulidas perlas y pintadas conchas

vienen del Rojo Mar, y más que cuanto
metal del indio suelo se transporta,
y que estofas conducen del Oriente
tejidas de sutil, precioso estambre.
CORYDÓN. Levantémonos, Mopso; ya el planeta
bajo las frías ondas se sepulta;
y la pálida noche, con sus alas
pavorosas, abraza la alta cumbre.

ECLOGA

—

FOLAS

Argumentum.

Augusti Hispaniarum Regis, Patriae parentis amantissimi, illustris Artium Gentiumque fautoris, Caroli tertii tandem infandum Folas pastor obitum deflet. Illi vero pastor Amilcon Caroli Apotheosin referens, Haeredisque regii virtutem laudans, solatium praestat.

FOLAS, AMILCON, pastores.

Jam Phaebus superans praerupti culmina montis
rustica spargebat transverso lumine tecta;
et vigiles educentes armenta bubulci
ad pastum, crebro revolutae verbere fundae
lentas pulsabant auras : cum pastor Amilcon
annosae stratus denso sub tegmine quercus,
aurem praebebat lacrymis pastoris Folae,
qui procul à teneris agnis per prata per antra
tales afflicta fundebat voce querellas.

FOLAS

¿Quis nobis, generose, quis heu te, Carole ademit,
atque casas nostras acri maerore replevit?
¡Hei mihi!, mors truculenta fuit, quae dente voraci

tantum rectorem sceptro, nobisque parentem
eripuit, cunctis et spem et dulce levamen.
¡O scelus! ¡O crudele nefas! ¿Cur, palida Diva,
cur tua non torsisti tela, superstite Carlo,
in me? Qui pascunt pueri sunt mille bidentes,
luctari fortes, apti et certare canendo;
sed non camporum cultor, non Carolus alter.
Olim foetenti coeno sordebat ubique
hic locus, et ferro in curvo nec vomeris usquam
glebas vertebant tauri, nec messor aristis,
nec pictis madidus gaudebat vinitor uvis.
Carduus hîc tantum et spinis paliurus acutis
surgebant, horrentes et fera colla colubri
atris per dumos vibrabant sibila linguis.
Ast nunc frondescunt sylvae, nunc rura per ipsum:
atque referta videns flavis penuria granis
horrea, squallentes pannos avulsa furore,
et foedas discissa genas per prata refugit,
et sub furtivis antris nunc effera frendet.
Carolus agresti falci, duroque ligoni
praemia constituit, donis hortansque colonos.
Ipse ego chare mihi semper, te, Carole, vidi
semina credentem sulcis, sudore madentes
regales constante manu detergere vultus,
O dulces, hilari et risu clamare, *Labores*.
Tunc erat omne jocus, tunc omne beata voluptas.
Hîc magno coetu fundebant carmina culmis
Pastores: illic ferratos gnava juventus
aemula torquebat nervoso robore vectes,
Passim puniceis redimitae tempora sertis,
concordesque choros celebrabant arte puellae.
Tunc erat omne jocus, tunc omne beata voluptas.
¡Heu! ¿Ubi vos estis felicia tempora nobis?
¡Me miserum!, arva silent: nihis pendentibus ales
se condit; solum praenuncius omina bubo
laeva canit; fusca et crocitanti gutture cornix

stridorem volitans magnum per flumina tollit.
Custodes ovium sola sub rupe jacentes
moesta rigant tristes guttis humentibus ora,
dum praedome lupi saevi cum matribus agnos
dente vorant, invito saepe latrante molosso.
Omnia te extincto vultus sumpsere doloris,
ó Carle, et gemitu crebro tua funera lugent.
¡Heu mors fatalis! ¿Duro cur limina calce
regia trivisti? ¿Tanti non gloria Regis,
non lauri splendor, sceptri non magna potestas,
non querulus populi potuit te flectere clamor?
¡At quid, me miserum!, ¡questus de pectore rumpo,
si non ulla queunt diras mansuescere Parcas!
¿Quidve gradum sylvis sisto cum defit asylum,
et pater, et lumen, secura et gaudia nobis?
¡Heu!, tot vitemus tanti simulacra doloris.
Terga demus ruri. Tenues procul ite cicutae,
queis olim mulcens curas, et Phyllidis iras,
atque decus formae, et blandos meditabar amores.
Vos virides luci, vos arva, casaeque valete.
Jam me non cernetis oves ad pabula pratis
mittere : non mulctras expresso lacte replere :
non laetos versus quernis inscribire truncis;
nec lentus dulce animae ad carmina cannas.
Solus et in cryptis et culminibus desertis,
Vos, vos continuo sparsis sine lege capillis,
udis atque genis, immitia fata vocando,
auras invisas per dura per aspera carpam.
Haec dedit; atque impos mentis jam frangere cannas,
linquere et incerto pede agrosque casasque parabat,
cum surgens mansuetus humo tunc pastor Amilcon,
talibus afflicti coepit compescere luctum.

AMILCON

Siste gradum, Pastor: lacrymas absterge parumper :
nec pectus curis, mentem nec trade furori.

¿Quid Regem quereris vibratis unguibus ora,
crines et turpi perfussos pulvere foedans?
¿An debitas quin Rex stellantia testa moretur,
et Superos inter nectar delibet ovantes?
Crede mihi, Pastor: coelesti ex limine cernit
sub pedibus lustrare errantia sydera Coeli,
atris in nimbis conflari fulmina et imbres,
ac orbem circum pendentes aëre sylvas,
celsos et montes, urbesque hominesque ferasque.
Vidi ego turmatim, dum Sol luceret in alto,
aligerum coetus summo descendere Olympo;
vestibus ardebant nitidis corpuscula et alis;
pulsantesque lyras omnes tunc pollice lentas
mulcebant auras divino carmine circum.
Quos inter vidi Regem se ferre coruscum
lumine, praecinctum roseis et nubibus albis,
ut fulgur celerem è terris super astra volare.
¿An vero in summo nos deseruisse periclo
prorsus reris eum? En age nunc mihi dulcis Folas:
tanto parce metu. Generoso in pectore nati
Rex iterum superest: fato non totus et umbris
cessit. ¡Nunc ò fausta dies!, nunc ille parente
edoctus, sacro redimitus tempora lauro,
ascendit solium splendens gestamine regum.
¡O quantum patriae spirant virtutis, et acres
ostendunt animos, et dignas sanguine vires
regales vultus! Illum cum saepe viderem
clarorum juvenum turba percurrere sylvas
alipedis pressantem terga, avidisque molossis
umbrosos nemorum late circumdare saltus,
atque leve cervum, et timidam tranfigere damam;
protinus elapsis curis ex mente vigebat
nescio qua grata nostrum dulcedine pectus:
sicut vere novo vegetantia germina rore
coelesti, exsinuant collectos vertice amictus,
nidore et complent auras, ac prata colore.

¿At quid, dulci Folas, nunc de conjuge dicam?
¿Quae insigni sceptro, fulvo et diademate forma
dignior est? Non ora rosae, non colla pruinae,
aurum non crines aequa, non sydera ocellos.
Omnes festivae volitant per labra, per ejus
nigra supercilia et Charites et semper Amores;
ut per purpureos flores et lilia circum
gratum nectar apes rubicundo mane legentes.
Haec ego non vanus, nec veri improvidus auctor
nunc refero. Natura nihil neglexit in illa.
Si vero dubius perstas, me pone venito,
atque etiam populi plausus et vota videbis.
Haec ubi dicta, inhibens lacrymas afflictus Folas,
risu laxavit laeto gemebunda labella,
talia Amilconi et sedato reddidit ore.

FOLAS

¿Qualia, Amice, tuos clementia Numina gressus
adduxere mihi jucundum ferre levamen?
Fata lacessabam dudum plangoribus amens,
et surdos Coelos, sortem saevamque vocabam.
Ast nunc grata mihi lux, mors mihi dura videtur.
¡O quae insueta meum pertentant gaudia pectus!
Corripiamus iter. ¿Quid jam cessamus, Amilcon?
Duc age, donabo tanto duo pocula regi,
quae pretio merui, elatum cúm carmine vici.
Anthum, olim doctum dulces inflare cicutas.
Depicta in medio spectatur myrtea sylva
collibus ambita, et varii per gramina rivi
flexibus obliquis serpunt de rupe candentes.
Pulchra puella jacet frondente sub ilicis umbra,
cujus odorato nectentis flore corollam
fessis blanda quies furtim subrepsit ocellis;
pexas atque comas disturbant lusibus aurae.
Conditur iliceum robur post pastor ephebus,
qui firma truncum dextra complectitur, atque

uno pede obnixus, curvato corpore in arcum,
lumina fixa tenens formoso in Virginis ore,
eripit è gremio nardi versutus aristam.
Non longe puero pendentia poma legenti
vertice in arbusti summo, subducit ab imo
scalas, et patulam cistam cum fructibus alter.
Incurvis ille ab ramis tunc poma citatus
torquet in hunc, atque hic poma ipsa retorquetin illum:
et canis irrequietus, qua disrupta rotantur
poma, volat saevis complens latratibus auras.
Haec si rege tibi generoso digna videntur
ipse feram, nostra quae nunc servantur in arca,

AMILCON

Et lubet: at celeres gressus tendamus in urbem,
ante silens quam nox condat coelumque diemque.

FIN

ÍNDICE